



DIVISIÓN DE CIENCIAS Y ARTES PARA EL DISEÑO
ESPECIALIZACIÓN, MAESTRÍA Y DOCTORADO EN DISEÑO

MAESTRÍA EN DISEÑO

LA REUTILIZACIÓN DEL PATRIMONIO EDIFICADO

CASO: EX CONVENTO DE JESÚS MARÍA EN LA CIUDAD DE MÉXICO

autor

Julio Gabriel Konzevik Cabib

Dr. Francisco Santos Zertuche
DIRECTOR DE TESIS

MIEMBROS DEL JURADO

Mtro. Jorge Zavala Carrillo

Dr. Luis Fernando Guerrero Baca

Dr. Manuel Rodríguez Viqueira

Dr. Saúl Alcántara Onofre

Tesis para optar por el grado de Maestro en Diseño
Línea de investigación en conservación urbana y de inmuebles de valor patrimonial

Ciudad de México
agosto 2002

AGRADECIMIENTOS

Siento enorme gratitud y deuda con aquellos que me acompañaron y allanaron el camino en el proceso de elaboración de este trabajo, con el cual aspiro retribuir en alguna medida lo que de ellos he recibido.

A mi director de tesis, Francisco Santos Zertuche, por su apoyo incondicional durante todo el proceso, por encauzar mis reflexiones cuando se tornaban borrosas y por transmitirme rigor metodológico.

A Jorge Zavala Carrillo, de quien recibí lecciones sobre cómo hacer biografías de edificios históricos y por compartir sus hallazgos e hipótesis sobre la obra del ex convento de Jesús María, mientras realicé, bajo su dirección, el servicio social en el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

A Luis Guerrero Baca, por su generosidad intelectual y por haberme guiado con lecturas y observaciones críticas durante el desarrollo de la parte teórica.

A Manuel Rodríguez Viqueira, por hacerme tomar conciencia de la pronta caducidad funcional de la arquitectura moderna y de la urgencia de su conservación.

A Saúl Alcántara Onofre, quien, como Coordinador de este posgrado, me introdujo en la problemática de las alteraciones producidas por los cambios de uso en los edificios de los centros históricos.

A los especialistas, Alberto González Pozo, Ramón Bonfil Castro, Pablo Chico Ponce de León, Blanca Paredes Guerrero, Salvador Aceves García, Dionisio Zabaleta López y Nuria Salazar Simarro, por dedicar parte de su tiempo para aclarar mis dudas y recomendarme bibliografía.

A María Dolores González y a Pedro León Monjaraz de la UAM Azcapotzalco, por su apoyo y disponibilidad.

A mi padre y hermanas y especialmente a mi madre, Lia Cabib Levi, por su paciencia y por haber logrado que este texto fuera legible.

A Gabriela Suárez Pérez por su eficiente colaboración en la búsqueda y organización de la información y en el desarrollo de la parte visual del trabajo.

A mis amigos, Luciano Camardon Rivet por su crítica aguda y a Salvador Reyes-Ríos, compañero de ruta.

a Sara Makowski
y a Natasha,
nuestra maravillosa hija

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS DEDICATORIA

SINOPSIS	1
INTRODUCCIÓN	2

Capítulo I

FUNCIÓN Y REUTILIZACIÓN EN LA TEORÍA DE LA ARQUITECTURA	7
1.1 La reutilización de tipos y monumentos a través de los tratados	9
1.1.1 La Antigüedad Grecorromana	9
1.1.2 Clasicismo y reutilización de elementos tipológicos	11
1.2 La amnesia histórica de la arquitectura moderna	19
1.2.1 El ala radical del Movimiento Moderno	21
1.2.2 Orígenes del dogma funcionalista	23
1.2.3 El funcionalismo en México	26
1.2.4 El componente urbano	26
1.3 La crítica posmoderna y la recuperación de la memoria	31
1.3.1 La finalidad y las formas	32
1.3.2 La reutilización en el discurso rossiano	35
1.3.3 Monumentos y arquitectos de elite	39

Capítulo II

CAMBIO DE USO EN LA TEORÍA DE LA RESTAURACIÓN	44
2.1 Restauración estilística versus conservación a ultranza	46
2.2 Restauración Científica	53
2.3 Riegl: Valores del monumento y su restauración	61
2.4 Restauración Crítica	65
2.5 Pragmatismo inglés	67
2.6 El uso de los monumentos en el discurso de la conservación en México.....	70
2.6.1 Antropología urbana y cultural	80

Capítulo III

CARTAS Y LÍMITES LEGALES EN EL USO DE LOS MONUMENTOS	82
3.1 Tratados y convenciones internacionales sobre el uso del patrimonio	84
3.1.1 Congresos de carácter general	85
Carta de Atenas, 1931	
Carta de Venecia, 1964	
3.1.2 Los monumentos y los fines turísticos	88
Las Normas de Quito, 1967	
Carta del turismo cultural, 1976	
3.1.3 Propuestas para la revitalización de los centros históricos	90
La Carta europea del patrimonio arquitectónico de 1975	
Nairobi, 1976	
Berlín Oeste, 1982	
Carta de Granada, 1985	
Toledo, 1986	
3.1.4 Enfoque culturalista	94
Burra Burra, 1979, actualizaciones: 1981, 1988 y 1999	
3.2 Cartas italianas del restauro.....	97
Carta del restauro, 1932	
Carta del Restauro, 1972	
Carta de la conservación y restauración, 1987	
3.3 Introducción al marco jurídico para el uso de los monumentos en México	102
Constitución Política	
Ley General de Bienes Nacionales de 1969	
Ley General de Asentamientos Humanos	
Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público	
3.3.1 Breve historia de las leyes sobre los usos del patrimonio construido	108
Ley de Desamortización de los Bienes de las Corporaciones Civiles y Eclesiásticas	
Ley Sobre Conservación de Monumentos Históricos y Artísticos y Bellezas Naturales	
Ley sobre Conservación de Monumentos, Edificios, Templos y Objetos Históricos y Artísticos	
Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos y Bellezas Naturales	
Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos Arqueológicos e Históricos, Poblaciones Típicas y Lugares de Belleza Natural	
Ley Federal del Patrimonio Cultural	
Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos	
Reglamento de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos	

Capítulo IV

EL EX CONVENTO REAL DE JESÚS MARÍA	123
4.1 Conventos de monjas de la Ciudad de México	123
4.1.1 Características tipológicas y funcionales	123
4.1.2 Desamortización de los bienes eclesiásticos	130
4.1.3 El devenir de los usos de los ex conventos de monjas	131
4.2 Origen y evolución del convento de Jesús María	138
4.3 Usos y propietarios del ex convento de Jesús María	140
4.3.1 Gran Cine Progreso Mundial	152
4.3.2 Historia reciente: “invasión al ex convento de Jesús María”	166
4.4 Situación y perspectivas para la reutilización del ex convento	174
CONCLUSIONES	192
BIBLIOGRAFÍA	199
HEMEROGRAFÍA	210
ARCHIVOS CONSULTADOS	214
LISTA DE FIGURAS	215
ANEXOS	219
I. Avalúo de Adrián Téllez Pizarro	219
II. Avalúo de Mariano Téllez Pizarro	220
III. Relación de muebles y objetos de centro de espectáculos	222
CURRÍCULUM	226

SINOPSIS

El campo de las adecuaciones funcionales de los bienes construidos es complejo y atañe a distintos ámbitos del conocimiento. Esta investigación aborda el problema desde la conservación y la arquitectura, cada una de las cuales tiene su propia historia y actúa con objetivos y perspectivas diferentes.

Aunque la conservación de los bienes construidos exige su adecuación a las nuevas necesidades, los instrumentos conceptuales y operativos no están claros, ni existe tampoco un consenso sobre los límites de estas intervenciones. En este trabajo se exponen, por un lado, las ideas que se fueron formulando en torno a la reutilización de monumentos a partir del siglo XIX y, por otro, se señalan los alcances de algunos conceptos centrales de la arquitectura que aplican en este tipo de intervenciones, como son la utilidad, la funcionalidad, el programa y la tipología.

Las preguntas que guían este trabajo son:

¿En dónde radica la ansiada compatibilidad entre las obras antiguas y los nuevos usos? y, ¿cuáles son los instrumentos conceptuales para operar este tipo de adecuaciones funcionales?

Como objeto de estudio se ha seleccionado al ex convento de Jesús María de la Ciudad de México porque permite verificar muchas de las teorías expuestas. Se trata de un caso particularmente interesante, porque a pesar de haber tenido un buen número de usos diversos desde la desamortización de los bienes de la Iglesia, ninguno de ellos estuvo acorde con su importancia histórica. Por otra parte, y hasta el momento, tampoco ha logrado consolidar alguno que pueda favorecer su permanencia.

Uno de los hallazgos más importantes de este trabajo fue descubrir cuán profundamente enraizados se encuentran el funcionalismo y el tipologismo en el ámbito de la conservación de inmuebles. Los límites y prejuicios, usualmente poco conscientes, que emanan de estas ideologías suelen condicionar y dificultar, en gran medida, la posibilidad de mantener la vigencia de los bienes construidos, lo cual puede incluso poner en riesgo su propia supervivencia.

INTRODUCCIÓN

Mi inquietud sobre la reutilización de edificios históricos surgió mientras cursaba los estudios de la “Especialidad en conservación y restauración de bienes de valor patrimonial” en esta universidad. En ese tiempo trabajaba también en Grupo Plan y tuve la fortuna de participar en varios proyectos para la adecuación y restauración de ex haciendas henequeneras de Yucatán para dedicarlas a fines turísticos.

Me resultó claro entonces que algunos locales como los cuartos de hotel, que obviamente requerían altos niveles de confort, forzaban a la reconstrucción e implementación intensa de las instalaciones, mientras que había otros usos, como el de los bares o talleres, en los que bastaba con efectuar consolidaciones para mantener el encanto de la ruina. En consecuencia, deduje que la restauración está condicionada no sólo por el estado del inmueble, sino también por el nuevo uso que se le adjudique.

Esta inquietud me llevó a elegir como tema de tesis la reutilización y el cambio de uso de los monumentos en la teoría de la restauración y de la arquitectura.

El cambio de uso de edificios antiguos es una práctica habitual y, seguramente, tan frecuente como realizar obra nueva. Tanto que gran parte de los edificios de valor patrimonial que han llegado hasta nuestros días —y probablemente gracias a ello—, lo han hecho con usos distintos a los que le dieron origen, pero a la vez son pocos los estudios sistemáticos dedicados a analizar la relación entre dichos usos y las alteraciones que se produjeron en los monumentos a lo largo del tiempo.

Con el paso de los años, las obras construidas suelen adquirir un valor testimonial que es precisamente lo que las convierte en monumentos. Sin embargo, al mismo tiempo, lo más probable es que ya hayan perdido sus cualidades funcionales, quizá porque los estándares de confort también cambiaron de manera sustancial o por la obsolescencia y deterioro de algunos de sus componentes.

La rehabilitación de edificios, cuyo fundamento es en primera instancia la economía de medios (en el sentido de la posibilidad de aprovechar los existentes en lugar de construir otros nuevos), fue menospreciada durante siglos por la arquitectura, quizás por carecer de elementos que le son centrales, como la interpretación del tema, del sitio y de la selección tecnológica que, finalmente, resumen todo lo que habitualmente se entiende por creatividad.

Con respecto a la restauración, una disciplina mucho más reciente, tampoco existe un discurso muy elaborado en torno a las adecuaciones funcionales —a las que percibe básicamente como un mal menor—, y requiere aceptar la incómoda paradoja de que en muchos casos se debe adecuar para poder conservar. Esencialmente, aquí el problema consiste en hasta dónde es válido alterar sin desnaturalizar el bien patrimonial.

Dada su naturaleza, los proyectos de recuperación de edificios históricos tratan normalmente la cuestión funcional, anexan una memoria sobre los criterios tomados y posiblemente alguna consideración teórica. Esta tesis, por el contrario, intenta enfocarse en la reflexión crítica.

Desde la crítica a la arquitectura moderna, Aldo Rossi reinsertó en la arquitectura el sentido y el valor de la construcción histórica y sus múltiples posibilidades de reutilización. La primera formulación de un marco conceptual sobre los “Nuevos usos para edificios antiguos” es la planteada por Sherban Cantacuzino a mediados de los setenta. Sin embargo, desde entonces, los aportes a lo que podríamos llamar una teoría de la reutilización de los bienes culturales han provenido en buena medida de la antropología, así como de las propuestas más urbanísticas ligadas a la reanimación de los centros históricos.

Centralmente, este trabajo de investigación busca dar respuesta a un conjunto de preguntas que se anudan en torno al problema de la reutilización y cambio de uso de los edificios con valor patrimonial, a saber:

¿Cuál es y ha sido el rol de la función en la teoría de la arquitectura y qué implica refuncionalizar?

¿Cómo se fueron formando y qué significan los conceptos de utilidad, función y programa?

¿Cuál es la ideología de la arquitectura en torno a la función?

¿Por qué las reutilizaciones de edificios antiguos ocupan un lugar tan secundario en la teoría de la arquitectura?

Si bien desde la arquitectura no hay un discurso sobre la reutilización, ¿qué valores intervienen en la adecuación y refuncionalización de edificios?

¿Dónde radica la conveniencia de adecuar y alterar un monumento o simplemente consolidarlo?

¿Qué permite a un edificio absorber nuevos usos?

¿Qué limita los cambios de uso?

¿Cómo influye el cambio de uso en la modificación de los monumentos?

¿A qué se debe que ciertos usos se consideren inadecuados para los monumentos, a pesar de que no impliquen cambio alguno en su arquitectura?

¿Existe la compatibilidad de usos? ¿En qué radica?

Para auscultar el complejo y denso mapa analítico que estas interrogantes plantean, se ha escogido un estudio de caso a fin de poner en conjunción las dimensiones teóricas y analíticas planteadas con los avatares arquitectónicos, históricos y biográficos de un edificio en particular: el ex convento de Jesús María.

La elección del ex convento de Jesús María como caso de estudio obedece a varias razones. La primera y fundamental es que se trata de un monumento de primer orden con más de cuatro siglos de densidad histórica. Desde la exclaustación de las monjas no se ha encontrado un uso digno para el edificio e, increíblemente, durante las dos últimas décadas ha estado prácticamente abandonado, en una especie de limbo jurídico, mientras es objeto de las más inusitadas propuestas de destino. Otra cuestión interesante es que Jesús María pertenece a una tipología funcional, la de los conventos de monjas, y el hecho de que existan otros conventos femeninos hace posible revisar y comparar los usos que estos adquirieron a lo largo del tiempo.

Las actividades humanas tienen que ver en primera instancia con las prácticas sociales y la arquitectura tiene por objeto darle un ámbito adecuado para su desarrollo. Pero si la utilidad es lo que da origen a la construcción, ¿qué es lo que sucede cuando el edificio ya existe? El orden natural del proyectar se invierte y, desde una óptica conservativa, lo que debe descubrirse es la necesidad o utilidad del edificio.

Las perspectivas más recurrentes de la teoría de la restauración recomiendan la conveniencia de mantener idealmente el uso original, o al menos la compatibilidad entre ese uso original y el nuevo destino, para disminuir las alteraciones en un edificio histórico. A partir del estudio de caso del ex convento de Jesús María, este trabajo plantea como hipótesis central que, contrariamente a lo que se cree, la cuestión del destino de los monumentos está mucho más culturalmente condicionada que arquitectónicamente determinada. De tal suerte que, salvo excepciones, los usos originales y los adquiridos suelen no ser socialmente aceptados.

Esta tesis busca esclarecer, además, cuáles son las propuestas de quienes escribieron y reflexionaron desde diversas perspectivas sobre la reutilización de edificios de valor patrimonial. Por lo tanto, se centra en escudriñar la teoría de la arquitectura y de la restauración entendidas como disciplinas que abordan desde ángulos distintos la problemática edilicia, debido a que la primera hace hincapié en la obra nueva, mientras que la segunda se encarga de reflexionar e intervenir los edificios existentes con el propósito último y escurridizo de prolongar su vida útil sin alterar sus valores esenciales. Entre ambas queda, sin duda, el problema de las adecuaciones funcionales.

Los objetivos particulares de este estudio son analizar los discursos referidos a la reutilización de edificios de valor cultural y exponer el marco legal que limita el uso o destino de los monumentos en México. Además, se trata de reconstruir la historia del ex claustro de Jesús María, particularmente desde la exclaustación de las monjas hasta nuestros días; señalar la incidencia del cambio de uso en las alteraciones y en la conservación; generar planos de reconstrucción hipotética del inmueble por períodos y,

finalmente, formular algunas propuestas conceptuales para el rescate del inmueble en cuestión.

Las fuentes consultadas para la realización de este trabajo son de diversa índole, la principal es bibliográfica y hemerográfica sobre la teoría de la arquitectura y de la restauración. En segundo término, los documentos sobre la conservación de los bienes patrimoniales que conforman una suerte de cuerpo doctrinario de la disciplina, además de las leyes nacionales. Otro elemento importante, especialmente en el último capítulo, son los trabajos sobre la historia de los conventos de monjas que incluyen fuentes bibliográficas, tesis y documentos de archivo provenientes de notarías, planotecas y fototecas.

Durante mi búsqueda de material referido a la utilización de los bienes construidos no encontré trabajo alguno que formulara directamente una historia de las ideas y los límites para la reutilización de los edificios de valor patrimonial.

Para comprender las etapas históricas por las que atravesó el edificio, se realizaron levantamientos y tomas fotográficas, fundamentalmente durante el período en que el Instituto Nacional de Antropología e Historia realizó trabajos de restauración en el inmueble.

La metodología va de lo general a lo particular. Los primeros tres capítulos son básicamente una historia de las ideas y prácticas en torno a la reutilización de los elementos tipológicos y de los monumentos. En el primero, el tema de la reutilización se aborda desde la historia de la teoría de la arquitectura, mientras que en el segundo y el tercero, se parte del marco de la conservación y de la restauración. El cuarto y último trata directamente el caso del ex convento de Jesús María, donde se hace el recuento de los usos, deterioros y alteraciones que ha sufrido el inmueble, principalmente desde la exclaustación de las monjas.

Capítulo I

FUNCIÓN Y REUTILIZACIÓN EN LA TEORÍA DE LA ARQUITECTURA

Los cambios de uso de edificios antiguos ponen en tela de juicio algunos principios básicos de la arquitectura moderna que exigen concordancia entre la forma y la función. Si se acepta esta hipótesis, conviene revisar los conceptos vinculados con la refuncionalización de edificios que, en última instancia, son un legado de la historia y a veces un verdadero lastre para la restauración.

Este capítulo abarca tres períodos históricos que son clave en la teoría de la arquitectura debido a que cada uno de ellos establece una relación particular con el pasado y una reutilización o negación de los elementos y prácticas de la arquitectura histórica, además de ser probablemente los más significativos en la producción teórica con respecto a las cuestiones funcionales. El primero corresponde a la Antigüedad Clásica y al Clasicismo, el segundo al Movimiento Moderno y el tercero al Posmodernismo.

Por las implicaciones que tienen los cambios de uso en sitios y monumentos se requiere revisar algunas cuestiones tales como el lugar que tienen la utilidad y la función para la arquitectura. La función y el programa son premisas básicas en la proyectación de edificios que por un lado actúan como el anclaje social de la arquitectura y que, por otro, se convierten habitualmente en el elemento motivador del proyecto. Por otra parte, en las refuncionalizaciones que apuntan a la conservación del inmueble, la forma y la consistencia física son algo dado y en consecuencia la acción del proyectista es inversa, ya que se trata de disponer el nuevo programa en el inmueble o en algunos casos de promover y desarrollar una uso o necesidad que justifique económicamente la restauración del mismo.

La pregunta que atraviesa este apartado se refiere al significado y al papel que juegan la utilidad, la función, el uso, el programa y la tipología en el corpus teórico de la arquitectura. Con ello se tratan de entender las premisas o bases ideológicas a partir de las cuales los arquitectos realizan adecuaciones funcionales de edificios de valor patrimonial, lo que se

pierde al cambiar el uso de un edificio histórico desde el punto de vista arquitectónico, así como los valores que se alteran con este tipo de operaciones.

Además debe considerarse que “No hay edificios que estén dedicados enteramente a una sola función. La mayoría de los edificios contiene una mezcla de funciones puramente utilitarias y de funciones simbólicas.”¹ Sin embargo, como se verá más adelante, entre los arquitectos hay dogmas, creencias y prácticas que inhiben o condicionan las refuncionalizaciones² que favorecen la conservación de los inmuebles.

Si bien la teoría de la arquitectura no generó una reflexión directa sobre la manera de adaptar los monumentos, parece válida la tarea de inferir a partir de algunos de los textos centrales y de la práctica profesional de los principales teóricos su postura con respecto a qué valores e intenciones de la arquitectura se ven tergiversados por la reutilización de edificios que fueron originalmente proyectados para otros fines.

Cada período representa una visión sobre el pasado y sobre sus monumentos. El de la Antigüedad Grecorromana y el Período Clásico de la arquitectura se caracteriza por una profunda reutilización,³ no sólo del lenguaje griego, sino también de las tipologías para nuevos fines. Sin embargo, salvo el caso de las termas dioclecianas convertidas en iglesia por Miguel Ángel, son pocos las veces que artistas de la talla del italiano cambiaron el uso de edificios importantes de la antigüedad.

Durante el Movimiento Moderno hay un esfuerzo consciente por olvidar y superar el pasado, de modo que las refuncionalizaciones son trabajos despreciados por los grandes maestros de la arquitectura moderna. Finalmente, la Posmodernidad supone por un lado una

¹ Roth, *Entender la arquitectura*, p. 15

² Debido al uso ambiguo de los términos vinculados con la restauración, se irán aclarando en el pie de página los significados que este trabajo les atribuye. Aunque el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* no prevé una definición de *refuncionalización*, en este trabajo se usa para referirse ya sea al cambio de uso de un edificio o a una actualización funcional que no implica dicho cambio, como la que se realizó recientemente en el Teatro de la Ciudad de México, inaugurado en 1918 y cerrado en 1996. En sentido estricto, se trata de devolver la funcionalidad al inmueble.

³ El término reutilización se usa en un sentido amplio. Se trata tanto de la utilización de edificios para nuevos fines, de elementos tipológicos o constructivos aplicados a nuevas obras, o bien de materiales y lenguajes.

recuperación de la historia en el campo de la arquitectura y por otro la de las técnicas constructivas en el campo de la restauración. Entonces, como nunca antes, las adecuaciones funcionales se convirtieron en objeto del interés de la comunidad y del *jet set* de los arquitectos que usaron el argumento del nuevo uso para convertirlo en obra-espectáculo. Y no sólo de edificios antiguos, sino también de aquellos del siglo XIX y principios del XX dedicados a la industria y abandonados desde la terciarización de la economía.

1.1 La reutilización de tipos y monumentos a través de los tratados

1.1.1 La Antigüedad Grecorromana

Este primer período es el de la formación del cuerpo doctrinal de la arquitectura en términos que son aún válidos. La arquitectura helénica logra, cinco siglos antes de nuestra era, un catálogo de soluciones lingüísticamente estandarizadas con los órdenes dórico, jónico y corintio. Estos conformaron un sistema lógico de articulación de los elementos constructivos en torno al par columna y arquitrabe que se destinaron sobre todo a la arquitectura religiosa y con los que se desarrollaron principalmente tres tipos funcionales de obra pública: templos, teatros y ágoras.

El Partenón (447–438 a.C.) es sin duda la obra modélica de la arquitectura clásica a pesar de haber permanecido prácticamente inaccesible para los occidentales hasta el siglo XVII. La cámara *–cella–* mayor estaba destinada a albergar armamento y a la estatua de marfil de Atenea Pártenos (diosa de la guerra y la sabiduría) y la posterior, a los tesoros. El templo fue transformado en iglesia bizantina, más tarde en mezquita de los turcos, después sirvió de almacén de pólvora, hasta que en 1687 sufrió los estragos de las baterías venecianas junto con los demás edificios de la Acrópolis. Muy temprano aparece la reutilización de monumentos como resultado de la irrupción de otras culturas: generalmente la violencia deja su impronta.

La arquitectura romana encuentra su inspiración en la griega, se la apropia y la desarrolla hasta límites insospechados. Además la vuelve cada vez más compleja al agregar elementos

constructivos como los arcos y las bóvedas derivados de las culturas mediterráneas. El tratado más antiguo de arquitectura⁴ que ha llegado a nuestros días es el de Marco Vitruvio Polión (88-26 a.C.) Su famosa definición asevera que los “edificios deben construirse con atención a la *firmitas, utilitas y venustas*.”⁵ Las traducciones de estos términos son diversas: firmeza, solidez; utilidad, comodidad, función, distribución; y belleza, deleite o hermosura”, respectivamente. Dado el sesgo de este trabajo retomamos sólo la primera, *utilitas*, de la cual el propio Vitruvio dijo: “La utilidad se conseguirá con oportuna situación de las partes, de modo que no haya impedimento en el uso; y por la colocación de cada una de ellas hacia el aspecto celeste que más le convenga.”⁶

La posición de Vitruvio implica que el edificio no impida las actividades humanas y no tiene que ver con los atributos mecánicos de la función sino con algo mucho más sutil: la presencia etérea de lo que no estorba.⁷ Además, la definición no se circunscribe a lo que hoy entendemos como función ya que abarca también cuestiones de asoleamiento y de la implantación de la obra en el terreno.

Mientras que la complejidad de la sociedad romana generaba una enorme cantidad de temas adicionales como basílicas, tribunales, curias, termas, teatros, anfiteatros, odeones, circos y bibliotecas; obras de infraestructura como caminos, puentes y acueductos, así como una serie de elementos conmemorativos como los arcos de triunfo, las columnas conmemorativas, los obeliscos y los cenotafios. El primer tratadista divide a la construcción en dos ramas: una relacionada con la edificación de murallas y obras públicas y la otra que corresponde a los particulares. A su vez distingue a los edificios públicos en tres clases: los de defensa, los destinados a la religión y los dedicados a la comodidad.

⁴ Aunque antes hubo al menos sesenta y tres libros tanto griegos como romanos sobre distintos aspectos de la arquitectura, de ellos sólo conocemos los títulos gracias al propio Vitruvio.

⁵ Vitruvio, *Los diez libros de arquitectura*, p. 15

⁶ Vitruvio, *ídem*

⁷ El único cambio de uso del que Vitruvio da cuenta es el siguiente: “La casa de Cresio, que los Sardinios dieron a sus ciudadanos para recreo en tiempos de ocio y después la hicieron Colegio de hombres ancianos, llamado Gerusia.” El tratadista menciona el caso sin connotaciones y en el marco de comentar el traslado de pintura mural. *Ibid*, p. 46

Vitruvio murió antes de la era cristiana por lo que no le tocó vivir la aparición de nuevas tipologías como serían las termas. Es de suponerse que de haber escrito su tratado un siglo más tarde habría hecho mención de los temas del cristianismo, y si lo hubiera hecho tres siglos después, este hubiera sido el tema central. Como se sabe, las primeras iglesias, asambleas, se llevaban a cabo en viviendas comunes; posteriormente se retomaron las basílicas en occidente, mientras que en oriente se inclinaron por las plantas centralizadas cuya culminación fue Santa Sofía en Constantinopla. La cuestión de la utilidad de las plantas longitudinales en términos de propaganda y difusión del credo en oposición al valor simbólico de la planta central será tema de cientos de proyectos y discusiones durante la Contrarreforma.

“En la primera época del Imperio Romano cada aspecto de la vida diaria tenía su propio y claramente definido emplazamiento arquitectónico. No era posible confundir un templo con un mercado, o un tribunal con unas termas. En el siglo III fueron desapareciendo rápidamente esas diferencias ... y en tiempos de Constantino iba resultando cada vez más difícil a primera vista saber qué clase de edificio se tenía enfrente.”⁸ Durante la última etapa del Imperio Romano, y particularmente con la oficialización del cristianismo (antes tolerado), en el año 324 d.C. inició el Imperio Bizantino con la fundación de Constantinopla. Comienza entonces un período intenso de refuncionalización de edificios existentes, de creación de obras, así como de adopción y adaptación tipológica. En este caso, un cambio social particularmente en el aspecto religioso conlleva un cambio profundo en el uso de los edificios.

1.1.2 Clasicismo y reutilización de elementos tipológicos

Tras un largo período de trabajos e investigaciones muy distintas, el Renacimiento retoma los aspectos filosóficos y artísticos de la antigüedad grecorromana que se convierte en una fuente inagotable de conocimiento y de prestigio social. Cuatro siglos se abocan a la reelaboración y experimentación de los temas de la antigüedad no sólo en el campo formal

⁸ J. B. Ward-Perkins, “Memoria, Marty’s Tomb and Church”, *Journal of Theological Studies*, s. 1.17, 1966, p. 24 y sgs., en Mango, *Arquitectura Bizantina*, p. 6

o lingüístico de la arquitectura, sino también en la reutilización de las tipologías funcionales con nuevos fines.

En pleno Renacimiento, el genovés León Battista Alberti (1404-1472) retoma críticamente el “oscuro” tratado de Vitruvio, al que compara desfavorablemente con las ruinas romanas, para rescribirlo y adecuarlo a sus circunstancias históricas.

Para Alberti, uno de los intelectuales más destacados del humanismo⁹, la arquitectura tiene un claro fin social por medio de la *concinitas*. Su teoría supone a la arquitectura como una segunda naturaleza y, a diferencia de la pintura y la escultura, es una imitación indirecta de la naturaleza que se puede lograr por medio de la *concinitas* y el conocimiento y el dominio de las leyes que la generan. El número, la ley áurea y la relación demostrable entre las partes, son los instrumentos que logran la belleza o *voluptas* al establecer la armonía entre la obra arquitectónica y el universo.

Alberti reformula la tríada vitruviana y propone la *necessitas* (ligada a la solidez y a las necesidades primarias de la vida), la *commoditas* (tipologías funcionales y carácter) y la *voluptas* (*venustas* o deleite) como tres niveles que para el autor deben tratarse con equilibrio y coherencia. De los diez libros que componen *De re aedificatoria*, el IV y el V están dedicados a lo que ahora llamaríamos la tipología funcional de los edificios, donde se señala que su tamaño y ornamento deben concordar con su función, de modo que la *utilitas* influye en la *venustas* aunque sin determinarla.

Como Vitruvio, Alberti cree que la arquitectura nace de la *utilitas*, pero extiende el proceso a tres niveles: “al principio los seres humanos comenzaron a hacer la obra para guarecerse ellos y proteger sus pertenencias de los elementos climatológicos adversos. A continuación comenzaron a querer no sólo lo que les era necesario para la salud, sino que fue también su deseo que no se pasara por alto lo que pudiera contribuir a proporcionarles comodidades de

⁹ Entre otros tratados escribió el célebre *De re aedificatoria* y una vez concluida la primera redacción en 1452, se la entregó al Papa Nicolás V quien, cinco años antes, lo había nombrado superintendente para la restauración de importantes edificios de la antigüedad.

todo tipo. Luego, movidos y seducidos de tal forma por la oportunidad que se les presentaba, llegaron al punto de idear y poner en práctica también aquello que fuera encaminado a satisfacer su placer: de forma que si uno dijere que hay un tipo de edificios destinados a remediar necesidades vitales, otros están destinados a una función concreta, otros diseñados para procurar placer puntual, puede que quizás dijera algo sujeto a razón sobre el tema que nos ocupa.”¹⁰ Se pasa entonces de la simple *necessitas* a la *commoditas* y finalmente se accede a la *voluptas*. Aunque las categorías albertianas fueron pensadas para la arquitectura de nueva planta, también explican el proceso evolutivo del habitar y permiten reflexionar sobre las reutilizaciones y sus implicancias teóricas.

En el caso de los edificios de valor histórico, la *necessitas* suele verse alterada y en conflicto de intereses debido a que la necesidad del inmueble no radica en su utilidad práctica y económica sino en el interés cultural por conservarlo y en la imposibilidad legal de demolerlo o alterarlo. Por lo tanto, es común que el valor patrimonial no coincida con el valor económico.

Por su parte, la *commoditas*, que tiene que ver con las tipologías funcionales, se ve directamente atacada con el cambio de uso, ya que cada necesidad (privada o pública, rural o urbana) se relaciona con un cierto tipo de edificio adecuado para tal fin. Buena parte de los tratados están dedicados a las recomendaciones para lograr buenos edificios que tengan el carácter específico para satisfacer esas necesidades.

Alberti afirmaba que las formas más perfectas, el círculo y los polígonos elementales, debían reservarse a las iglesias porque la jerarquía de la edificación debía corresponder a la jerarquía de las formas. Ambas acepciones de la *commoditas*, en tanto carácter y adecuación tipológica, se ven afectadas en una refuncionalización.

Finalmente, la *voluptas* implicará seguramente una remodelación del inmueble para lograr la armonía. Incluso recurriendo a la tradición hermética y sin considerar los cambios de uso, Alberti se dio a la tarea de reinsertar la *concinitas* y poner a prueba la universalidad del

¹⁰ Alberti, *De re aedificatoria*, p. 165

lenguaje clásico en edificios tardomedievales como la fachada de Santa María Novella¹¹ en Florencia y el templo Malatestiano (1) en Rímmini. En este último caso el arquitecto ensaya remodelar la fachada sobreponiendo un arco de triunfo rematado con un frontis, mientras que los laterales son tratados con una arquería con aspecto de acueducto. Estas operaciones cualificadoras en la materialidad e imagen de las obras antiguas están en las antípodas de los criterios actuales de restauración.

Es difícil pensar que una rehabilitación¹² por eficiente que resulte y que haya sido realizada según los principios de la conservación pudiera salir bien librada si se la midiera de acuerdo con los principios albertianos, aunque, al mismo tiempo, esto permitiría determinar los valores que el edificio pierde cuando se interviene en él según los criterios actuales.

Gran parte de la teoría y de la práctica de la arquitectura se basaba por un lado en que los edificios resolvieran correctamente la función para la que habían sido creados y, por otro, en que la simbolizaran adecuadamente: que la cosa pareciera lo que era. Para ello se desarrollaron diversas estrategias, una de las cuales se relacionaba con el decoro y el carácter de la construcción.

De otro lado, el uso adecuado de los órdenes giraba en torno a la idea del carácter y esto fue explicitado y de alguna manera canonizado por Sebastiano Serlio (1475-1552): “El orden de una casa refleja las características de sus habitantes.” El tratadista, nacido en Bolonia, recomendaba el dórico para las iglesias dedicadas a los santos más extrovertidos: San Pablo, San Pedro y San Jorge; por su feminidad, el corintio se reservaba para las vírgenes y los monasterios; por su naturaleza asexuada, el jónico fue previsto para las santas y el

¹¹ Ver el artículo de Dezzi Bardeschi, “Sole in leone, León Battista Alberti...”

¹² El término “rehabilitación” se mencionó tímidamente en el Simposio de Avignon de 1968 y se usa en el mundo latino, particularmente en España. Es el proceso por el cual se recupera la habitabilidad (que no está etimológicamente definida) o la habilidad de un edificio deteriorado por su estado patológico. La palabra tiene además una connotación técnica que supone la reparación de estructuras, instalaciones, humedades, etc. La definición proporcionada por el *Diccionario de Autoridades* (1737) resulta asombrosamente parecida a lo que hoy se entiende por restauración, sobre todo, en la segunda parte: “Habilitar de nuevo, o restituir alguna cosa a su antiguo estado”. Por su parte, el *Diccionario de la Real Academia* no prevé ninguna definición para la rehabilitación en la arquitectura. En el caso de la medicina, la define como el conjunto de métodos que tiene por finalidad la recuperación de una actividad o función perdida o disminuida por traumatismo o enfermedad.

toscano para las fortalezas y las prisiones.¹³ En realidad, estas distinciones nunca se aplicaron estrictamente ya que estaban sujetas al arbitrio del arquitecto, al gusto reinante y al monto destinado a la obra.

El discurso serliano hace referencia al problema de la comunicabilidad de la arquitectura¹⁴, en cualquier caso, una refuncionalización de los edificios según los principios serlianos se vería menoscabada al perder la relación entre significado y significante o entre forma y significado. El único atenuante es el pobre consuelo de que actualmente son muy pocos los que tienen los conocimientos y la sensibilidad para apreciar el carácter de una obra clásica.

Al final del tercer libro de Andrea Palladio (1508-1580), éste alude a los temas de la antigüedad que son actualizables: “De la misma manera que los antiguos hicieron sus basílicas para que en invierno y en verano los hombres tuvieran donde reunirse a tratar sus pleitos y sus negocios, así en nuestros tiempos (...) se hacen algunas salas públicas, las cuales se las puede llamar merecidamente basílicas...”¹⁵ y posteriormente menciona las diferencias entre las basílicas antiguas y las modernas. El Palacio Comunal (2) de Venecia¹⁶ tiene poco y nada que ver con las basílicas romanas que, por otra parte, Palladio conoce sólo por intermedio de Vitruvio, aunque lo suficiente como para señalar él mismo las diferencias. Pero dado que el uso es similar, le basta a Palladio para incluir la obra “entre las principales y más bellas fábricas que hayan sido hechas desde los antiguos hasta ahora.” Para entonces, la Antigüedad se podía utilizar con cierta libertad y hasta incluso superarla.

La reutilización de elementos de la arquitectura clásica con fines domésticos destinados originalmente a los templos reportó a la arquitectura palladiana éxito y difusión internacional por más de tres siglos. Según Manfredo Tafuri, esto se debe a la desvinculación del lenguaje de las referencias simbólicas consolidadas hasta el límite de la

¹³ Summerson, *El lenguaje clásico de la arquitectura*, p. 20

¹⁴ Asunto olvidado por el Movimiento Moderno y retomado con diversa suerte por los posmodernos americanos: Venturi, Graves, Johnson, etc.

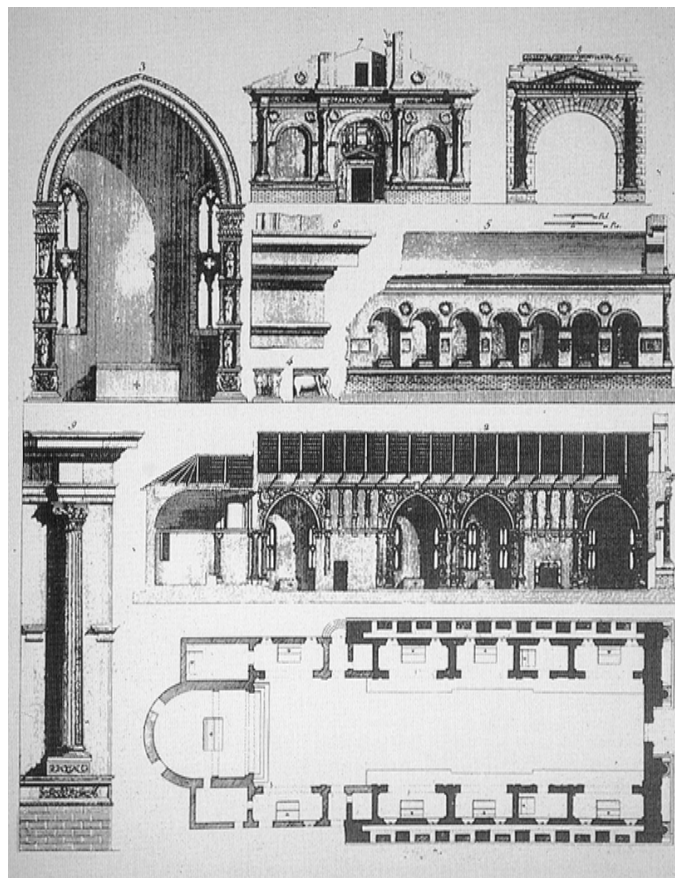
¹⁵ Palladio, *Los cuatro libros de arquitectura*, pp. 325 y 326

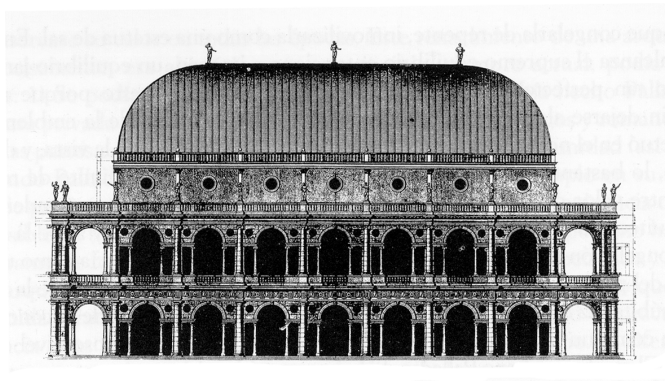
¹⁶ Otra interpretación de este hecho es la de Walter Kruft, *Historia de la teoría de la arquitectura*, p. 116, donde “...reconoce un valor de modelo a aquellos edificios de la antigüedad, cuyas funciones coinciden con las necesidades de la actualidad. Si hay un cambio de función, Palladio exige una nueva forma. Esto se manifiesta claramente en el caso de la basílica: debido a las diferentes funciones de la basílica romana y de la contemporánea propone para una y otra tipos distintos”.



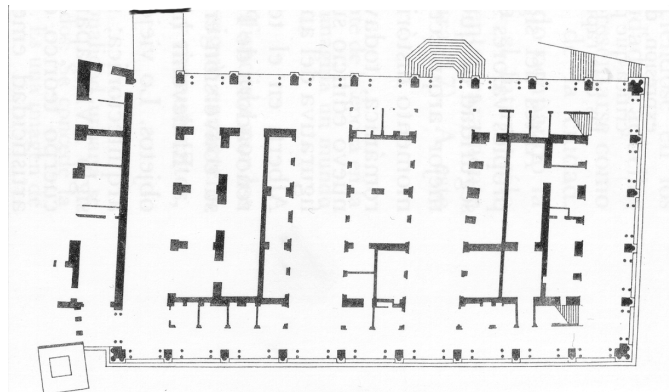
1. Templo Malatestiano en Rimini, remodelado por León Battista Alberti, sin que mediara un cambio de función. (Fotografía: Hintzen, *Arte y arquitectura Roma*)

Planos del Templo Malatestiano.
 “Ocultación de la preexistencia medieval
 y modernización del edificio con una
 epidermis
 contemporánea”
 (Rivera, *Teoría e historia de la
 restauración*)



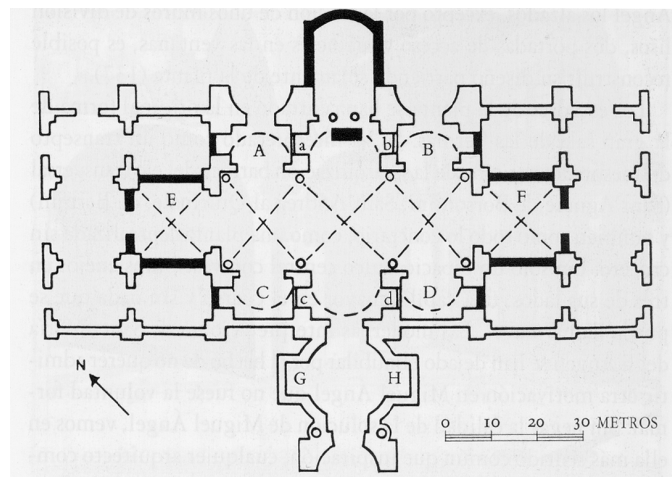


2. Palladio. Alzado de la
Basilica de Vicenza
(Patetta, *Historia de la
arquitectura*)



Planta Basilica de Vicenza
(De Gracia, *Construir en lo
construido*)

3. Planta de Santa María
Angeli. El proyecto de Miguel
Ángel convierte en iglesia a las
antiguas termas dioclecianas
(Ackerman, *Arquitectura de
Miguel Ángel*)



herejía: recuérdese la adopción de los tímpanos y del espacio cupulado en la edificación civil¹⁷, lo cual debió ser un error propio de un arqueologismo incipiente que estaba convencido de que las antiguas villas contaban con pórticos y frontones.¹⁸

Otro caso distinto de reutilización, más precisamente de refuncionalización, es la que le tocó resolver a Miguel Ángel cuando obtuvo el encargo de Pío IV de convertir las inmensas Termas de Diocleciano en la iglesia¹⁹ de Santa María degli Angeli (3). La obra nueva debía ser mínima y al artista se le presentaron dos alternativas igualmente válidas; la más obvia era ingresar por la fachada corta y tomarla como una gran nave longitudinal, pero Miguel Ángel optó por reforzar el eje transversal entrando por la rotonda del lado largo. La iglesia fue estructurada en el *frigidarium* para lo que agregó algunos muros interiores, redujo la sala y formó dos capillas laterales. Fuera de la construcción ubicó un altar como remate del ábside.

Alberti, Serlio, Vignola y Palladio estudiaron los edificios de la antigüedad como fuente de conocimiento. Partían de la idea de que los romanos conocían las leyes del cosmos y de que su arquitectura tenía una relación directa con la naturaleza. No se trataba entonces de adoptar en forma automática y acrítica el lenguaje clásico que, por otro lado, no era ni una expresión única ni estaba cerrado.

Como señalamos, la arquitectura clásica se dedicó en buena medida a investigar y reutilizar algunos elementos tipológicos o modelos altamente prestigiados con fines diversos. Un caso muy claro de series tipológicas es el templo de planta circular que Bramante utiliza en el templete de San Prieto in Montorio (1502-1506), para el que se inspira en la descripción realizada por Vitruvio, además de tomar como ejemplo el templo dedicado a Vesta²⁰ en

¹⁷ Tafuri, *La arquitectura del humanismo*, p. 70

¹⁸ Murray, *Arquitectura del Renacimiento*, p. 153

¹⁹ En el capítulo XI de *La arquitectura* de Miguel Ángel, Ackerman desarrolla con amplitud el tema de la conversión de estas termas en iglesia y, en menor medida, Cantacuzino también lo trata en *Nuevos usos para edificios antiguos*. Algunos de los edificios importantes de la antigua Roma ya habían sido convertidos en iglesias al principio del cristianismo (el Panteón convertido en Santa María Rotonda; la tumba de Constancia, en Santa Constanza; el templo de Antonino y Faustina, en la iglesia de los Santos Cosme y Damián, etc.), sin embargo, este proceso se detiene a fines de la Edad Media.

²⁰ Debido al estado ruinoso del templo de Vesta es probable que Bramante supusiera que estaba rematado con una cúpula esférica y no con un tejado cónico como realmente lo estuvo, pero lo cierto es que creó un potente

Tibur Tívoli (50 a.C.). Posteriormente, el mismo tema se consolidó en cientos de casos con fines diversos: la cúpula de la Basílica de San Pedro en Roma proyectada por Miguel Ángel (1554); la catedral de Saint Paul (1696-1708) en Londres, obra de Sir Christopher Wren; la biblioteca de Radcliffe, Oxford (1739-40); en 1845 Lorenzo de la Hidalga reconstruyó la cúpula de Santa Teresa la Antigua, en el centro de la Ciudad de México y el Congreso de la Nación de Víctor Meano, en Buenos Aires (1895-1906).

1.2 La amnesia histórica de la arquitectura moderna

Los enormes conflictos y reacomodos sociales producto de la revolución industrial encontraron salida a principios del siglo XIX con las utopías sociales y las versiones alternas de organización económica y política. Los retos del Estado incipiente en cuanto a la organización social demandaron un nuevo perfil profesional que se concretó con la creación de la carrera de ingeniería. Desde principios del siglo XX se perfila un rechazo cada vez más generalizado hacia la arquitectura histórica por su focalización en la cuestión de los estilos, para centrarse ahora en la resolución de los conflictos sociales por medio de la racionalización de los procesos de construcción y la creación de prototipos más eficientes.

Por un lado, la industrialización produjo la fascinación por lo nuevo: el Movimiento Moderno, o período heroico de la arquitectura, ya no buscará su inspiración en los modelos antiguos, rechazará las revitalizaciones de las formas históricas y del ornamento y en su lugar apostará por la abstracción geométrica y el uso de nuevos materiales con miras a resolver por medio de la arquitectura los problemas sociales.

La industrialización produjo nuevas estructuras económicas, cambió la organización en el mundo de los oficios y generó nuevos tipos edilicios y sistemas constructivos que dejaron sin genealogía concreta a la arquitectura. Cada período histórico había tenido en su estilo

ejemplo de espacio centralizado. Son interesantes tanto la disquisición que hace Argan sobre este edificio, como las diferencias entre tipología y modelo que plantea en *El concepto del espacio arquitectónico...*, pp. 36-41.

una manifestación auténtica como la expresión del verdadero sentido de su tiempo, mientras que la cultura actual carecía de expresión propia.

Según Colin Rowe, “La arquitectura moderna debe ser vigorosamente interpretada como un evangelio, literalmente, como un mensaje de buena nueva: de ahí su impacto.”²¹ Sólo así puede explicarse la propuesta corbusierana de destruir la ciudad histórica para sembrar algunos prototipos modernos en medio de inmensos jardines. Esto se pone claramente de manifiesto en los proyectos urbanos que el propio Le Corbusier realizó para París (Plan Voisin de 1925) (4) y para Buenos Aires (1939), por citar sólo dos casos.

Julien Guadet (1834-1908) fue uno de los personajes más influyentes en la formación de arquitectos de la transición como Auguste Perret y Tony Garnier. En 1894 enseñaba teoría de la arquitectura en la Academia y definía el carácter como la identidad entre la impresión arquitectónica y la impresión moral del programa. No debe olvidarse que uno de los temas centrales del siglo XIX era justamente el carácter y para ello se valían de los órdenes y de los estilos más diversos.

Es fácil entonces inferir lo que Guadet hubiera considerado como una falta o pérdida en un edificio al que se le cambia el uso: “Las formas magnificentes de un palacio aplicadas a una prisión serían ridículas; aplicadas a una escuela o a una construcción industrial estarán aún fuera de lugar. La persecución del carácter es una concepción relativamente moderna. (...) La Edad Media y el Renacimiento, continuados por la arquitectura moderna, subrayan por adelantado el carácter en iglesias, claustros y conventos, cuya arquitectura es tan especial; más tarde lo hacen en los edificios del municipio, palacios, edificios administrativos, judiciales, escolares, etc.”²²

En la segunda parte del curso de teoría proponía: “Una vez establecidos los principios generales de composición, se estudiarán los principales tipos de edificios: religiosos, civiles, militares, públicos y privados, presentando para cada uno los ejemplos más notables

²¹ Rowe, *Ciudad collage*, p. 17

²² Guadet citado por Villagrán, *Teoría de la arquitectura*, p. 347

de todas las épocas y de todos los países, demostrando a qué necesidades responden y exponiendo después cómo y en qué medida estas necesidades se han modificado, para llegar a las exigencias actuales y a los programas más recientes.”²³ El gran maestro francés también señaló en sus clases dos hechos elementales que sirven para comprender hoy los trabajos de rehabilitación. Uno de ellos es que las necesidades van cambiando, que aunque los edificios mantengan su función nominativa como vivienda, escuela, cárcel, etc., los requisitos o programas son muy distintos en diferentes períodos y lugares. Es por ello falso que para preservar un edificio histórico lo mejor es mantener su uso original. El otro se refiere a la mutación de los programas hacia instancias más complejas.

En la historia de la arquitectura se encuentran ejemplos de múltiples reutilizaciones de edificios antiguos —que es el caso que nos ocupa— y también, aunque no menos interesante, de elementos tipológicos para nuevas construcciones. Pero hay un hecho indiscutible y es que todos los objetos y todas las formas tienen para las sociedades e individuos algún significado por lo que no existe el grado cero de expresión y de significado, aunque tampoco se puede olvidar que a pesar de los intentos de Boullée y Ledoux con la arquitectura parlante y más recientemente de Robert Venturi con su libro *Aprendiendo de la Vegas*, el fin de la arquitectura no es precisamente la comunicabilidad, aunque no la pueda evitar. De ahí la dificultad para aplicar los criterios de la semiología al análisis de las obras.

1.2.1 El ala radical del Movimiento Moderno

Que la arquitectura es un arte funcional es un entendido del Movimiento Moderno y esto lo fue hasta tal punto que Hannes Meyer, Hans Wittewer y Mart Stamp de la Línea Dura llegaron a despreciar sus atributos artísticos porque consideraban al gusto como una cuestión burguesa, por lo que centraron su labor profesional en los problemas relacionados con la técnica constructiva al servicio social y a la revolución.

²³ Guadet, *Eléments et théorie de l'architecture*, París, 1984, t. I, pp. 2 y 3, en Leonardo Benevolo, *Historia de la arquitectura moderna*, p. 153

Los conceptos de los arquitectos más radicales dentro de la misma escuela excedían con mucho estas acepciones. Por ejemplo, Bruno Taut, André Lucart y el primer O’Gorman, hicieron hincapié en la función social de la arquitectura. Incluso un joven y materialista Mies van der Rohe sostenía que el sujeto no podía crear la esencia de la forma, ya que ésta se desprendía directamente de los requisitos de la vida. La idea básica era que la forma salía del estudio de las necesidades y de la racionalización constructiva.

En su manifiesto “Bauen” (construir) de 1925, Hannes Meyer asegura que “Todas las cosas de este mundo son producto de la fórmula función por economía. Ninguna de estas cosas es una obra de arte. Todo arte es una composición y por dicha razón no posee utilidad particular. Toda vida es una función y por lo tanto no es artística.” Este manifiesto pone en relieve una distinción típica entre la arquitectura y las demás artes. La arquitectura es un arte funcional, y si se lo lleva al extremo de la lógica del realismo socialista, es construcción, es técnica y no un arte burgués. Este manifiesto de lo que después se denominó como la Línea Dura del Movimiento Moderno muestra algunas fisuras dentro del mismo movimiento si lo comparamos, por ejemplo, con el discurso corbusierano.

En su oda a la ingeniería, al proceso industrial y a sus productos, Le Corbusier declara la muerte de los estilos, y ante la obviedad de que “un avión es una máquina de volar”, plantea una propuesta tan provocadora como inquietante: “La casa es una máquina de habitar (...) un sillón es una máquina de sentarse, etc.”²⁴ En la misma sintonía, Mies sostuvo en 1927 que “la vivienda se deriva aún de su finalidad, es decir de organizar el vivir.”²⁵

Sin embargo, el discurso radical y rupturista corbusierano baja de intensidad cuando sentencia: “La arquitectura es música congelada” o “...existe arquitectura cuando hay una emoción poética. La arquitectura es cosa plástica.”²⁶ Y ni siquiera el mismo Le Corbusier desecha algunos saberes académicos como los trazados reguladores y las leyes áureas como principio de la composición a pesar de ser prácticas que poco y nada tienen que ver con los designios modernos de la función y de la estandarización tan proclamadas como sinónimo

²⁴ Le Corbusier, *Hacia una nueva arquitectura*, p. 78

²⁵ Mies Van der Rohe “¡Arquitectura y voluntad de la época!” 1927, citado por Neumeyer, ..., p. 239

²⁶ Le Corbusier, *Hacia una...*, p. 175

de modernidad y progreso. Sostuvo incluso que es un malentendido entre los arquitectos jóvenes suponer que “una cosa es bella cuando responde a una necesidad”²⁷ y, más adelante, en una polémica con el húngaro Karel Teige, se burló de la relación mecánica entre función y forma: “La función belleza es independiente de la función utilidad; son dos cosas. Lo desagradable al espíritu es derroche; porque el derroche es tonto; por eso lo útil nos gusta. Pero lo útil no es bello.”²⁸

Mies propuso un criterio opuesto para el diseño de edificios al sostener que aspiraba a los espacios polifuncionales: *vielzweckrau*. No buscaba adaptar la forma a la función sino que buscaba una forma práctica y satisfactoria para después acomodar las funciones a ella.

1.2.2 Orígenes del dogma funcionalista

Para De Zurko, el funcionalismo, aunque carente de una definición unívoca, se constituye en una premisa rectora para los arquitectos y también en un patrón para evaluar la arquitectura. De modo que el funcionalismo es un valor. Una definición posible de las teorías funcionalistas de la arquitectura sería la siguiente: “...son aquellas que hacen de la estricta adaptación de la forma a la finalidad el principio rector básico del diseño y el cartabón fundamental para medir la excelencia o la belleza de la arquitectura.”²⁹

Las funciones típicas e intemporales como “comer, dormir, lavarse, descansar, respirar, ver, oír, son exigencias cuyo contenido y jerarquía cambian según los individuos, las familias, las categorías sociales o los grupos culturales.”³⁰ De ahí que la acción del arquitecto radica en dar forma a esas funciones, muchas de ellas simultáneas en la ambigüedad del espacio.

El funcionalismo en la arquitectura y en otras disciplinas de las ciencias sociales tiene su origen en las investigaciones realizadas por la incipiente biología. Es común asimilar la expresión de arquitectura orgánica a la funcional y, de hecho, las premisas biologistas en la

²⁷ Le Corbusier, *ibid*, p. 86

²⁸ Carles Martí y Xavier Monteys, *La Línea Dura*, p. 17. Este libro expresa como pocos las insalvables diferencias ideológicas existentes entre los “heroicos” arquitectos del Movimiento Moderno.

²⁹ De Zurko, *La teoría del funcionalismo en la arquitectura*, p. 15

arquitectura y el urbanismo son todavía muy fuertes. El término “orgánico” es una manera poética de asimilar la arquitectura funcional con la vida vegetal y animal y, sin embargo, la propia biología tiene orígenes bastante confusos.

En 1800 Lamarck inventó el término “biología” como la ciencia de la vida, mientras que Goethe, científico, además de poeta, usó el término de “morfología” en forma paralela para definir la relación entre las estructuras vivientes en las que incluyó también a los minerales y su desarrollo.

A poco de iniciarse los trabajos de anatomía comparada (morfología) surgieron dos dilemas de interpretación de los hechos: ¿la forma sigue a la función o la función sigue a la forma? Para los biólogos la polémica duró medio siglo y fue abandonada por otros temas como el de la célula, pero para los arquitectos la discusión se zanjó sin necesidad de demostración.

Georges Cuvier, exponente de la primera postura y amigo del arquitecto A. T. Brogniart, afirmó que toda modificación de una función trae consigo la modificación de un órgano y, como se sabe, fue Luis Sullivan quien acuñó una de las máximas más exitosas de la arquitectura moderna claramente inspirada en sus lecturas sobre biología: “la forma sigue a la función”.

Vicq de d’Azyr clasificó el número de fenómenos en nueve categorías: digestión, nutrición, circulación, respiración, secreción, osificación, generación, irritabilidad y sensibilidad, de las cuales sólo la circulación parece tener correspondencia con las funciones de la arquitectura. Por otra parte, la incipiente morfología señalaba que el crecimiento podía ser radial, longitudinal, masivo y vertebrado, procesos estos que sugieren muy poco para el diseño de edificios.³¹

Parecería ser que la analogía tiene que ser general y poética y para Collins las analogías posibles son cuatro: las relaciones entre organismo y ambiente, la correlación entre

³⁰ Schnaidt, A propósito del funcionalismo, “Disparen contra el Movimiento Moderno”, p. 6

³¹ Collins, *Los ideales de la arquitectura moderna*, p. 154

órganos, la relación forma y función y el principio de vitalidad. El ciclo de la vida, nacimiento, desarrollo o crecimiento, reproducción y muerte, puede tener también algunas analogías directas con el ciclo de las construcciones. Aunque la cuestión de la reproducción es la más difícil de asimilar, la verdad es que muchos edificios “tuvieron hijos”, a veces después de siglos de desaparecidos y en el sentido de que se convirtieron en modelos prototípicos para otros. De hecho, no es difícil reconocer los genes del Templo del Rey Salomón en una vasta prole con usos muy lejanos al de su padre.

“La idea de función no es simple. La función puede ser objetiva o subjetiva y existen además diversos tipos interrelacionados de funciones tales como las necesidades prácticas o materiales de los ocupantes de un edificio; la expresión funcional de la construcción; las necesidades psicológicas de sus ocupantes; la función social y la función simbólico-monumental de la arquitectura.”³² Muchos de los planteos funcionalistas tienen orígenes clásicos, Sócrates —según Jenofonte en *Memorabilia*— señaló las relaciones existentes entre lo bueno, lo bello y lo útil. Mucho después, a principios del siglo XIX, el primer impulsor del medievalismo, Northmore Pugin, aseveró que “la prueba de fuego de la belleza de la arquitectura era la adecuación del proyecto a la finalidad perseguida.”³³

El funcionalismo adquiere título entre 1890 y 1900 con la Escuela de Chicago y sus principales exponentes fueron William Le Baron Jenney y Louis Sullivan, cuya famosa frase se convirtió en dogma: “Es una ley de todas las cosas orgánicas e inorgánicas, físicas y metafísicas, humanas y sobrehumanas, de todas las manifestaciones del intelecto, del corazón y del alma, que la vida es reconocible en la expresión, que la forma siempre sigue a la función”³⁴ y lo paradójico de todo esto es que Sullivan fue, antes que nada, un extraordinario realizador de ornamentos. Finalmente, son las variantes en la interpretación arquitectónica del mencionado aforismo las que dan variedad a la arquitectura moderna.

Pevsner, Gropius y Giedion pregonaban el lema de que las cosas y los edificios útiles son bellos, que la verdad es belleza y que la “forma sigue a la función”, como paradigmas de un progresismo fincado en el ataque a la cultura y a la arquitectura académica “decadente”.

³² De Zurco, *ibid*, p. 17

³³ De Zurco, *ibid*, p. 126

³⁴ Müller y Vogel, *Atlas de la arquitectura*, tomo 2, p. 521

Pero fueron desmentidos a partir de los años sesenta desde distintas ópticas posmodernas capaces de retirar del discurso algunos aspectos moralistas e ideológicos arraigados hasta la médula del Movimiento Moderno.

1.2.3 El funcionalismo en México

El debate sobre el funcionalismo tuvo su punto culminante en México con las llamadas “Pláticas sobre arquitectura”³⁵ que se llevaron a cabo en 1933 y que fueron organizadas por la Sociedad de Arquitectos Mexicanos. El motivo del debate fue la reciente creación de la Escuela Superior de Construcción (ESC) como parte de la institución politécnica que defendía las posturas técnicas como medio para resolver los problemas edilicios del país agravados por la crisis económica del 29. Al mismo tiempo, la Escuela Nacional de Arquitectura (ENA) quedó como de tendencia humanística y burguesa.

Seis fueron los ejes de las “Pláticas” que permiten ver el grado de cuestionamiento y redefinición que había en torno a la arquitectura y su enseñanza: ¿qué es la arquitectura? ¿qué es el funcionalismo? ¿puede considerarse al funcionalismo como una etapa definitiva de la arquitectura o como el principio embrionario de todo un devenir arquitectónico? ¿debe considerarse al arquitecto como un simple técnico de la construcción o además como un impulsor de la cultura del pueblo? La belleza arquitectónica, ¿resulta necesariamente de la solución funcional o exige además de la actuación conciente de la voluntad creadora del arquitecto? y, finalmente, ¿cuál debe ser la orientación arquitectónica actual en México?

1.2.4 El componente urbano

Aunque ya muy superado, además de ser un tema que excede con mucho el objeto de la tesis, se menciona aquí al funcionalismo urbano como una concepción que suele atentar contra el patrimonio cultural³⁶ y porque sus vestigios permanecen todavía en la visión de

³⁵ Ver *Pláticas sobre arquitectura*, México, 1933, primera reimpresión 2001 UNAM –UAM-A, Col. Raíces 1, Documentos para la historia de la arquitectura mexicana

³⁶ El término comienza a usarse en 1962 en la Conferencia General de la organización de Estados Americanos de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

muchos urbanistas. Un tanto desde la teoría y otro poco a partir de la misma realidad, lo cierto es que existe una enorme dificultad para emprender actuaciones centralizadas y de grandes alcances sobre una ciudad.

El funcionalismo urbano tiene a su mayor promotor en Le Corbusier en su proyecto utópico denominado la ciudad radiante, cuya concepción se basaba en reducir las actividades humanas a cuatro funciones básicas: dormir, circular, trabajar y recrearse, las cuales se asociaban a su vez a zonas de la ciudad específicamente destinadas a cada función.

Fracasado el intento de llevarla a cabo el congreso en Moscú —el cuarto de los CIAM—, la Carta de Atenas de 1933³⁷ se desarrolló en el viaje de Marsella a Atenas en la nave *Patris II* y fue encabezada y firmada por Le Corbusier en 1957. En el congreso de Atenas los presentes realizaron un dramático diagnóstico sobre los “núcleos históricos”: hacinamiento, falta de asoleamiento, vetustez, tuberculosis, ausencia o carencia de instalaciones sanitarias, promiscuidad por la mala disposición interior de las viviendas, estrechez de las calles, carencia total de espacios verdes.³⁸ Todas estas calamidades fueron atribuidas por el autor y la mayoría de los estudiosos de los conflictos sociales al crecimiento explosivo de la población urbana como producto de la revolución industrial del siglo XIX dentro de un orden capitalista que fomentaba la explotación del suelo. Para Norberg-Schulz el fondo del credo funcionalista radicaba en que “Los problemas sociales y humanos de nuestra época son en gran medida producto de un entorno falso y deficiente y que la condición humana

Según Néstor García Canelini en el “Patrimonio cultural de México...”, p. 63. Se entiende por patrimonio cultural “...lo que el conjunto social estima como cultura propia, que sustenta su identidad y lo diferencia de otros grupos, no abarca sólo a los monumentos históricos, el diseño urbanístico, y otros bienes físicos; también la experiencia vivida, se condensa en los lenguajes, conocimientos, tradiciones inmateriales, modos de usar los bienes y los espacios físicos”.

³⁷ La Carta de Atenas de 1933 tuvo mucha mayor divulgación que la de 1931. Aunque ambas cartas responden a organismos e intereses muy distintos es común que se confundan. Los CIAM, Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna, fueron fundados en 1928 en Suiza, bajo los siguientes conceptos: “El destino de la arquitectura es expresar el espíritu de la época” y la racionalización por medio de la normalización y el uso de los métodos industriales permiten mayores rendimientos para “satisfacer plenamente las necesidades humanas”. En cuanto al urbanismo, este es “por esencia misma, de orden funcional”.

³⁸ Le Corbusier, *Principios de urbanismo, La carta de Atenas*, p. 38

puede mejorarse mediante una nueva arquitectura que reconquiste los valores verdaderos y fundamentales.”³⁹

El procedimiento para revertir los males de ciudad partía de la zonificación: “La zonificación es la operación que se realiza sobre un plano urbano con el fin de asignar a cada función y a cada individuo su lugar adecuado.”⁴⁰ La propuesta corbusierana avanza más allá de una mera zonificación que en primera instancia significaría reagrupar las funciones en las áreas más convenientes por medio de diferenciaciones fiscales o de prohibiciones expresas hasta el punto de hacer una ciudad nueva en el lugar de la antigua, lo cual no implicaba de por sí una negación rotunda de la ciudad histórica.

Reducir la existencia humana a algunas funciones y considerar que cada actividad debe tener un espacio propio y excluyente de las demás es una idea netamente funcionalista que afecta no sólo al diseño urbano sino también al de los edificios. La división de funciones en la vivienda es producto del siglo XIX y está ligado a criterios morales e higienistas relacionados con la educación de los hijos, así como a la búsqueda de una mayor producción por parte de la clase obrera.⁴¹

La carta dedica cinco de los noventa y cinco artículos que contiene al patrimonio histórico de las ciudades en donde se señala que los “...testimonios del pasado serán respetados, en primer lugar por su valor histórico o sentimental...”⁴² y esta declaración se matiza en los siguientes artículos: “La muerte, que no perdona a ser vivo alguno, alcanza también a las obras de los hombres. Entre los testimonios del pasado hay que saber reconocer y discriminar los que siguen aún con plena vida (...) podrá aislarse la parte que constituya un recuerdo o un valor real, modificándose el resto de manera útil.”⁴³ En el artículo 67 se precisa que “No puede permitirse que por un culto mezquino al pasado, se ignoren las

³⁹ Norberg-Schulz, *Arquitectura occidental*, p. 189

⁴⁰ Le Corbusier, *ibid*, p. 45

⁴¹ Los estudios franceses de las mentalidades, como los de Foucault y el grupo de Francisco Liernur, en Argentina, realizaron análisis de las modificaciones en el hábitat desde criterios ideológicos.

⁴² Le Corbusier, *ibid*, p. 103

⁴³ Le Corbusier, *ibid*, p. 104

reglas de la justicia social. Algunas personas (...) militan a favor de algunos viejos barrios pintorescos.”⁴⁴

Ésta es la concepción patrimonial típica del siglo XIX, donde lo que se rescata son las grandes obras, los monumentos de primera línea y en su caso algún ejemplar representativo de la “arquitectura menor”, como la llamaba Giovannoni. Es evidente y no debe sorprender que los CIAM estén en las antípodas de los criterios de la conservación del tejido y del ambiente urbano, justamente porque es moderno en tanto rechaza y se apoya en la negación del pasado al cual perciben como una carga.

A quien lea los *Principios de urbanismo* le llamarán la atención algunas cuestiones, en primer lugar la prodigiosa capacidad de Le Corbusier para repensar la ciudad con territorio incluido en términos absolutamente mesiánicos y novedosos inmersos en un discurso altamente persuasivo. También llamará la atención la descalificación lisa y llana de la ciudad histórica, la viva encarnación de todos los males de la humanidad que no merece ninguna rehabilitación, probablemente por el moderno “espíritu de la época” y por la era de la máquina que es a la vez causa y paradójicamente capaz de resolver los mismos problemas que ha generado.

Este apartado sobre cuestiones urbanas se incluyó porque resultaría muy estrecho suponer que la restauración y rehabilitación de edificios y la revitalización y restauración urbana son ámbitos del todo independientes. De hecho, la separación de las funciones o la especialización de las funciones como lugares excluyentes constituye una característica típicamente moderna.

Excepto por Brasilia, no se construyeron otras ciudades según los principios funcionalistas, pero sus remanentes todavía se pueden encontrar en el llamado *zoning* que se aplicó en Nueva York a partir de 1916 y posteriormente en la mayoría de las ciudades de Estados Unidos. Esta operación es un poderoso criterio normativo usado por los urbanistas para

⁴⁴ Le Corbusier, *ibid*, p. 105

ordenar las funciones y las obras en la ciudad, incluyendo, por supuesto, a la propia edificación histórica.

Desde el punto de vista de la conservación de los bienes construidos, la apuesta funcionalista de mejorar las condiciones sociales se ha convertido en un extraordinario recurso para la especulación inmobiliaria que destruye en gran medida a las ciudades europeas y que rompe con la riqueza de la casa-habitación, como un hecho cultural y personal.⁴⁵

El problema de la adaptación de la máquina a la función es fácil de entender porque su función es precisa, mientras que la función de lo construido es compleja y ambigua. La arquitectura no puede reducirse a una función, la función es más un título para designar una obra y dar una idea de lo que allí sucede que una definición arquitectónica. Es común que los edificios se definan de manera indirecta y prima en nuestra cultura el nombrarlos por lo que allí se realiza y no por lo que son.

En general, las vanguardias de las primeras décadas del siglo XX, particularmente la generación de los años veinte y el funcionalismo plantean que “sólo es bello lo necesario, todos los productos posibles deberían diseñarse de nuevo en la búsqueda de formas que sólo correspondieran a sus usos.”⁴⁶

Estos breves antecedentes muestran que el tema del funcionalismo es mucho más complejo que como normalmente se presenta. Si bien hay un consenso general con respecto a la primacía de la función como determinante de la forma y como expresión y diferenciación formal, quizás las mayores discrepancias dentro de esta corriente se refieran a la relación entre la utilidad y la belleza. Para algunos de los más radicales, el problema de la belleza no merecía ni siquiera tomarse en cuenta, mientras que para otros la belleza se desprendía de la utilidad y finalmente había quienes, como Le Corbusier y Villagrán, que sostenían que utilidad y belleza eran valores independientes.

⁴⁵ Rossi, Transcripción de la primera conferencia dictada en La Escuelita como parte del seminario impartido en diciembre de 1978 en Buenos Aires, Argentina.

⁴⁶ Kubler, *La configuración del tiempo*, p. 132

El funcionalismo no es sólo una actitud de diseño, sino también de análisis de la arquitectura histórica. Por ejemplo, los estudios que presuponen que los cambios en los programas de la arquitectura supusieron cambios en la forma suelen ser muy útiles, porque las concepciones funcionalistas, metidas hasta la médula del cuerpo disciplinar, implican no sólo una actitud prospectiva que favorece la invención, sino también lo que es quizás el punto menos claro: una mirada retrospectiva que explica los cambios de la arquitectura histórica como producto de los cambios en la función.

Como vimos, lo central en el funcionalismo no era precisamente el tema de que si lo bello es útil, sino que giraba en torno al principio de que la forma deviene de la función. Con esta premisa en mente, parece por demás difícil operar en el patrimonio histórico y cambiar el uso de los edificios, porque la pregunta sobre qué funciones podrían ser aptas para un edificio histórico y ocioso, aunque en buen estado de mantenimiento, quedaría descartada desde su mismo planteamiento por la relación biunívoca entre forma y función.

1.3 La crítica posmoderna y la recuperación de la memoria

Sucintamente podemos asegurar que la condición posmoderna como producto de la sociedad post industrial supone una decepción con respecto a la promesa de progreso y de igualdad, de las utopías sociales y de la capacidad de la tecnología para revertir la pobreza y la marginalidad. Este desencanto también se reflejó en el campo de la arquitectura en el que se perciben dos líneas principales: la desilusión con la arquitectura internacional y una revalorización de la historia en términos formales, sobre todo en los Estados Unidos. Aquí quizás la obra más emblemática es el rascacielos para la AT&T (que ahora pertenece a la Sony) realizado en 1988 por un decepcionado Philip Johnson⁴⁷ quien, parodiando a Mies, dijo: “menos es aburrido”. Dicha obra conjuga en un collage al basamento a la manera de la

⁴⁷ Johnson fue alumno de Walter Gropius en Harvard. Introdujo la arquitectura moderna en Estados Unidos al realizar una exposición en el MOMA y el libro en 1932 llamado *International Style: Architecture since 1922*, escrito en colaboración con el historiador Henry Russel Hitchcock. Participó en el diseño del rascacielos Seagram Building en Nueva York (1958), una de las obras más conocidas de Mies van der Rohe.

Capilla Pazzi de Brunelleschi, al desarrollo, como una pilastra estriada similar a la arquitectura de Chicago de fines del siglo XIX y al remate, el cual adoptó la forma de un frontón roto como los muebles de Chippendale.

“Las críticas a la arquitectura, por su parte, se centraron principalmente en el lenguaje y en los métodos de proyectación del modernismo. (...) En lo referente al lenguaje, se atacaba al reduccionismo del lenguaje moderno en función de las recientemente valorizadas necesidades de comunicación, y se argumentaba a favor de la utilización del lenguaje del pasado que había sido comprensible y capaz de transmitir significados legibles por el público en general.”⁴⁸

Otra revisión de los dogmas modernos consiste en la defensa de la ambigüedad en la arquitectura encarnada por Robert Venturi (Filadelfia, 1925), quién aseguró que ella “...es necesariamente compleja por el hecho de incluir los tradicionales elementos vitruvianos de comodidad, solidez y belleza y hoy las necesidades de programas, estructura, equipo mecánico y expresión.”⁴⁹ La nueva complejidad radica en que para cubrir las mismas funciones que antes, se requiere por un lado de medios cada vez más complejos y, por el otro, de programas que también son cada vez más complejos, como es el caso de los hospitales, cuya obsolescencia se calcula en diez años.

1.3.1 La finalidad y las formas

No es fácil ubicar a Antonio Monestiroli (Milán, 1940) como posmoderno ya que sostiene que el proyecto de arquitectura es en primera instancia un acto cognoscitivo y que el anclaje de la disciplina con la sociedad se da por medio de los temas que no son otra cosa que las demandas sociales por obtener lugares para llevar a cabo sus actividades. De modo que podríamos situarlo como un posfuncionalista. “En cada proyecto la relación entre la finalidad y las formas de la arquitectura se establece de nuevo.”⁵⁰ El replanteo de la

⁴⁸ Waisman, “El posmodernismo ...” p. 18

⁴⁹ Venturi, *Complejidad y contradicción...*, p. 25

⁵⁰ Monestiroli, *La arquitectura de la realidad*, p. 13

relación entre forma y función podría ser una verdadera aspiración moderna aunque no es algo que se realice en forma habitual. En cambio, en el caso de las reutilizaciones y refuncionalizaciones de edificios, esto sucede de manera inevitable porque, paradójicamente, las formas antiguas adquieren nuevas finalidades y las soluciones del pasado se ponen a prueba con temas modernos. Sin duda, este sólo hecho redefine la relación entre la finalidad y las formas: mismas formas, nuevas finalidades. Y, en principio, en una operación restauradora, ya que las formas, la espacialidad, la materia e incluso los recorridos internos de los edificios no deberían alterarse. Lo que sí cambia es la finalidad del inmueble y, por ende, la relación entre forma y finalidad.

Para Monestiroli el proyecto de arquitectura es ante todo una instancia de conocimiento: “Todo proyecto de arquitectura es una solución distinta, más avanzada, de un tema de arquitectura (...) En el tema de arquitectura se encierra todo un patrimonio de conocimientos y aspiraciones de una colectividad.”⁵¹ Llama la atención la confianza positivista del autor que piensa que cada proyecto implica un avance con respecto al anterior sólo por afianzarse sobre el conocimiento pasado.

Aún bajo un mismo tema, la tecnología, el lote y el clima, son algunos de los aspectos que el arquitecto tiene que resolver, entre los cuales, el tema es sólo uno de ellos. Por otro lado, la interpretación es ante todo cultural. “Creo que sin duda alguna la razón de cada edificio se fundamenta en su función, o se origina en ella, sin embargo, no coincide con ésta. Y es justamente esta no coincidencia en lo que consiste el progreso de la arquitectura o por lo menos el progreso de uno de sus aspectos: el conocimiento general del sentido de toda obra.”⁵²

En las reutilizaciones de estructuras existentes no aplica lo expuesto por Monestiroli: “El tema de arquitectura no lo plantea aquél que lo desarrolla, sino la colectividad en su conjunto”, porque desde una óptica respetuosa del edificio original, el papel del arquitecto restaurador es central en la elección del tema o por lo menos en la propuesta, ya que es él

⁵¹ Monestiroli, *ibid*, pp. 15 y 16

⁵² Monestiroli, *ibid*, p. 28

quien puede interpretar su viabilidad, no desde el punto de vista económico, sino desde las compatibilidades potenciales del edificio en cuestión, lo cual obviamente no invalida la lógica del mercado.

No cabe duda de que la propuesta de la reutilización no puede distanciarse de la realidad: “En arquitectura podemos decir, pues, que el vínculo directo y concreto con la realidad y con la colectividad lo establece el tema de arquitectura. Este es un privilegio respecto a otras artes, en el sentido que contrariamente por ejemplo de la pintura, de la música, de la literatura, la arquitectura nunca ha podido alejarse de la realidad.”⁵³

En la lógica de Monestiroli las refuncionalizaciones vacían de sentido a la arquitectura, en tanto que la resolución (proyecto) original es producto del conocimiento y de las aspiraciones de un colectivo social, del cual él o los arquitectos son sólo un medio. La sociedad se representa y afirma en la arquitectura y las actividades sociales tienen sus propios contenidos llenos de significados y de sentido.

Las refuncionalizaciones son una suerte de tema o género de la arquitectura y cabe la aspiración de avanzar en sus proyectos y superar las experiencias pasadas, pero para ello no existe otra opción que conocerlas y reflexionar sobre los marcos conceptuales en que se basaron. Sería muy ingenuo pretender que el arquitecto se encuentre parado sobre los hombros de los que ya pasaron sólo por el hecho de sucederlos. También desde la perspectiva de la restauración, el papel del arquitecto restaurador es central siempre que se entienda como la disciplina que interviene físicamente sobre el patrimonio cultural material con el objeto de restituir las condiciones perdidas desde la premisa de la conservación. Con el nuevo uso se debe buscar el funcionamiento adecuado del inmueble que a la vez permita la lectura clara del edificio original y de su uso. Lo ideal sería que las nuevas y viejas actividades se superpusieran, incluso en cada local. De esta superposición que puede leerse desde distintos enfoques, se crea inevitablemente una nueva realidad para el edificio. Las lecturas comparadas podrían basarse en recorridos, áreas públicas y privadas, jerarquías, centralidad y periferia, etc.

⁵³ Monestiroli, *ibid*, p. 16

Venturi y Denise Scott Brown (Zambia, 1931) señalaron que a pesar de los propósitos de los arquitectos de principios del siglo pasado, “la arquitectura funcionalista fue más simbólica que funcional”⁵⁴ por un simbolismo negado y “al atribuir importancia primordial a la función en la arquitectura, los funcionalistas modificaron la definición vitruviana según la cual la arquitectura es comodidad, solidez y belleza. Se consideraba que las cualidades estéticas rara vez mencionadas, provenían de la sencilla solución de las exigencias funcionales, nunca contradictorias, del programa, la estructura y, en una etapa posterior, del equipo mecánico.”

1.3.2 La reutilización en el discurso rossiano

Por cierto *La arquitectura de la ciudad* de Aldo Rossi (Milán, 1931-1997) se convirtió en el texto más importante de la teoría de la arquitectura de la segunda mitad del siglo XX junto con *Complejidad y contradicción* de Venturi. Desde su publicación se generaron innumerables reflexiones e investigaciones apoyadas en sus conceptos, aunque ahora comienzan a surgir algunas voces desmitificadoras como la de un originalmente deslumbrado Rafael Moneo, quien recientemente calificó al libro de Rossi como “ingenuamente ambicioso”.

Resultaría demasiado extenso intentar hacer un resumen de los aportes del entonces treintañero y erudito Rossi,⁵⁵ por lo que sólo presentaré un recorte que ni siquiera abarca la mayoría de sus concepciones vinculadas con lo patrimonial, sino, y exclusivamente, las que se refieren a las propuestas enmarcadas en la discusión sobre la reutilización de las edificaciones históricas.

En el primer capítulo de su libro, Rossi sostiene que en todas las ciudades de Europa hay grandes palacios que constituyen auténticas partes de las mismas y cuya función

⁵⁴ Robert Venturi y Denise Scott Brown, *Funcionalismo si pero...* (Comunicación presentada en el simposio sobre el “Pathos del funcionalismo”, de 1974 y reproducida en “Arquitectura Bis”, noviembre de 1974.

⁵⁵ Entre la amplia bibliografía en nuestro idioma dedicada a Rossi y a la tipología como categoría de análisis podemos citar a José Luque Valdivia, *La ciudad de la arquitectura*.

difícilmente es la originaria. Toma como ejemplo el caso del *Pallazzo della Regione* de Padua: “Quedamos impresionados por la pluralidad de funciones que un palacio puede contener y cómo esas funciones son, por así decir, completamente independientes de su forma.”⁵⁶ Aquí queda insinuada la “crítica al funcionalismo ingenuo” y este es precisamente uno de los aportes cruciales de Rossi al campo de la conservación y restauración que extrañamente es poco reconocido.

El funcionalismo —verdadero puntal ideológico de la arquitectura moderna desde Sullivan— es, en palabras de Rossi, un “concepto inspirado en un ingenuo empirismo según el cual las funciones asumen la forma y constituyen unívocamente el hecho urbano y la arquitectura...” y fue “...tomado de la fisiología y asimila la forma a un órgano para el cual las funciones son las que justifican su formación y su desarrollo y las alteraciones de la función implican una alteración de la forma.”⁵⁷ Esta idea que en su origen es exógena a la arquitectura se convierte en la base de la formación profesional desde principios del siglo XX y que, además de inhibir el proceso de diseño, dificulta también las operaciones vinculadas con la comprensión y la reutilización de la arquitectura histórica.

Siguiendo con el mismo autor, “si los hechos urbanos pudiesen continuamente renovarse a través del simple establecimiento de nuevas funciones, los valores mismos de la estructura urbana, puestos en relieve por su arquitectura, estarían disponibles continua y fácilmente; la permanencia misma de los edificios y de las formas no tendría ningún significado...” al contrario, señala, “...debemos entender al tipo como el organizador de las funciones...”⁵⁸ o bien: “La forma es perfectamente indiferente a la distribución, precisamente cuando se constituye como forma tipológica.”⁵⁹ En otras palabras, la forma es más fuerte que los usos atribuidos y la libertad funcional aumenta con la precisión arquitectónica.

⁵⁶ Rossi, *La arquitectura de la ciudad*, p. 71

⁵⁷ Rossi, *ibid*, p. 81. Sobre los orígenes del discurso funcionalista aplicado a la ciudad y a la arquitectura se recomienda la lectura de la tercera parte del libro de Peter Collins, *Los ideales de la arquitectura moderna*; Sobre los distintos funcionalismos que en el libro de Rossi aparecen reducidos a uno solo, es interesante un libro anterior al de Rossi que incluso en el capítulo IV trata las concepciones funcionalistas de Pugin y Ruskin. De Zurko, *La teoría del funcionalismo en arquitectura*

⁵⁸ Rossi, *ibid*, p. 84

⁵⁹ Rossi, *ibid*, p. 55

Entre los casos más interesantes de invariantes urbanas citadas por Rossi en su primer libro que resisten a los cambios de cultura, al paso del tiempo y del de uso, está el anfiteatro de Nîmes que los visigodos transformaron en fortaleza para encerrar una ciudad de 2000 habitantes. Luego, al igual que en la ciudad de Arles, cita la manera en que los monumentos generan ciudad en torno a ellos. Las referencias de Rossi con respecto al anfiteatro son esclarecedoras: “...tiene una forma precisa e inequívoca y también su función (...) está extremadamente precisada en sus estructuras, su arquitectura, en su forma. Pero una vicisitud externa, uno de los momentos más dramáticos de la humanidad, transforma su función, un teatro se convierte en ciudad.”⁶⁰ Otro caso, también anfiteatro, es el del Coliseo. Se trata del proyecto de Sixto V y Carlo Maderna para convertirlo en hilandería de lana. En la planta baja iban a estar los talleres y en los pisos superiores las habitaciones de los obreros, y de no ser por la prematura muerte del Papa, el Coliseo se hubiera convertido en “un gran barrio obrero y fábrica racionalista.”⁶¹

Este caso muestra que los límites sobre lo que es posible reutilizar son básicamente culturales. La distancia cultural entre la Roma barroca y la de nuestros días contra la del Imperio Romano no son muy distintas. Incluso hoy sabemos mucho más del funcionamiento y de las tecnologías del poderoso imperio que en el siglo XVII.

En resumen, apoyado en la más elemental constatación del devenir histórico de las ciudades y sus monumentos, Rossi desarma el andamiaje ideológico predominante de la arquitectura moderna y abre una nueva discusión sobre las complejas relaciones entre forma y función. Las funciones aparecen en cambio continuo dentro de los ámbitos antiguos, donde los anfiteatros se convierten en ciudades y una ciudad en palacio.

A partir de la *Arquitectura de la ciudad*, la relación con la historia de la arquitectura es incluso totalmente distinta de la que estableció Giovannoni. Rossi ve el criterio de conservar el ambiente urbano como una cuestión superficial, al igual que a los ensayos basados en los fenómenos de percepción óptico-háptica de Riegl y muy tardíamente de

⁶⁰ Rossi, *ibid*, pp. 160 y 161

⁶¹ Rossi, *ibid*, p. 161

Villagrán García. La tipología es lo más cercano a la esencia de la arquitectura, diría en la introducción a la versión portuguesa y “...está más allá de la forma y a la vez la precede”.

El énfasis de Rossi en la permanencia de los elementos urbanos y de lo edilicio opaca las transformaciones que suceden al interno de las ciudades y de las obras. Si bien es cierto que una enorme cantidad de edificios se preservaron generalmente gracias a que adoptaron nuevos usos, también es cierto que en muchos casos ahora son apenas reconocibles. Desde la óptica más operativa de la preservación se insiste en la conveniencia de no alterar las características formales y materiales y de “respetar su integridad física” y otros autores incluso llaman a respetar la esencia —siempre dudosa— de los edificios al dotarlos de un nuevo destino. La corroboración de que estos procesos implicaron históricamente la metamorfosis de los monumentos, por tomar el término empleado por Antón Capitel,⁶² no le quita méritos a los planteos conservacionistas, ya que son criterios y prácticas producto de circunstancias históricas distintas.

Los límites de los análisis tipológicos para la restauración y los cambios de uso que pretendan preservar la integridad de los inmuebles parecen bastante claros. En primer lugar, la tipología sirve para comprender a los edificios u objetos como pertenecientes a una serie o para identificar elementos comunes pero, como señaló Quatremère de Quincy, teórico del siglo XVIII, “en la tipología todo es más o menos vago” porque borra lo específico, lo que le es propio a cada obra y que a su vez corresponde a la definición de modelo. El concepto de modelo puede ser más útil en el momento operativo, mientras que el de tipo es propio del análisis.

De otro lado, el cambio de uso y la reutilización de edificios antiguos son prácticas habituales seguramente tan o más frecuentes que la obra nueva y, sin embargo, estas actividades cuyo fundamento se basa en la economía de medios, no se han estudiado de manera sistemática. Por siglos fueron despreciadas por la arquitectura por carecer de elementos que le son centrales como la interpretación del tema, del sitio y de la selección de la tecnología y que, en última instancia, son los que se entienden como creatividad e

⁶² Ver: Capitel, *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*

invención. Esto se agudizó durante el Movimiento Moderno que entronizó con gran entusiasmo el *zeitgeist* (espíritu del tiempo o de la época) que implicaba, en realidad, la aspiración de adelantarse al futuro. En dicho contexto, el trabajo con la arquitectura histórica resultaba poco atractivo.

Aunque la experiencia histórica haya demostrado que la forma es más fuerte que cualquier uso que de ella pueda hacerse, por otro lado, “a lo largo de determinados ciclos históricos, se van estableciendo vinculaciones entre las formas y los usos, de manera que algunas aparecen durante cierto período insistentemente adscritas a actividades concretas.”⁶³ Rossi tampoco advierte esta cuestión cuando propone la reutilización indiscriminada de los monumentos. Aún suponiendo que la forma resista sin alteraciones los nuevos usos, es probable que sea la sociedad la que no lo permita por cuestiones culturales, al igual que muchos edificios fueron eliminados o mutilados, y no por no ser útiles, sino por ser simbólicamente inapropiados. A lo mejor, esto explica también el motivo por el cual los cambios de uso dejan esa sensación de pérdida y de traición, particularmente en los casos en que la función original ha quedado muy alejada en términos culturales del nuevo destino asignado. Quizás también este es el motivo por el que algunos sostienen que el uso original es el ideal.

1.3.3 Monumentos y arquitectos de elite

Perdido el prestigio de lo moderno a fines de los sesenta, la fascinación por el pasado hoy nos invade. En menos de dos décadas los arquitectos más reconocidos han ido tomando el campo de lo patrimonial. Sólo por citar algunos casos, la arquitecta italiana Gae Aulenti convirtió, entre 1980 y 1987, la antigua estación de trenes Quai d'Orsay (5) en museo dedicado al arte del siglo XIX cuando el edificio ya había sido usado como cárcel y estaba destinado a la picota; el Reichstag en Berlín fue intervenido por Norman Foster con objeto de ubicar allí el parlamento; el museo Del Prado de Madrid sigue en obras de ampliación y adecuaciones según los nuevos criterios museísticos de un proyecto largamente debatido y corregido por Rafael Moneo; Londres acaba de inaugurar una nueva sede para el museo

⁶³ Martí, *Las variaciones de la identidad*, p. 82

Tate Modern (6), según un proyecto realizado por Herzog & de Meuron⁶⁴, en una inmensa central eléctrica de ladrillo desactivada desde 1982 y situada en la orilla sur del Támesis.

En Buenos Aires, una de las experiencias más exitosas de gestión urbana se localiza en Puerto Madero. Los *docks*, bodegas de ladrillo pertenecientes a la tradición constructiva inglesa y holandesa y dignos exponentes de la arqueología industrial de finales del siglo XIX, se reciclaron⁶⁵ hace poco, al convertir las bodegas en viviendas, oficinas corporativas, restaurantes y universidades. Lo que fue una zona prácticamente inaccesible y subutilizada se convirtió en menos de una década en el último y más sofisticado de los barrios porteños.

México también tiene casos recientes y muy cuestionados en el medio de los restauradores en las obras de adecuación llevadas a cabo por Ricardo Legorreta en San Ildefonso y por Teodoro González de León en el ex convento de la Enseñanza, ahora Colegio Nacional.

Al alterar la espacialidad interna, la iluminación y los recorridos, estos trabajos suelen dificultar o impedir la lectura de las características tipológicas originales del edificio. Es por ello que después de estas experiencias, se insiste actualmente en la “restauración integral”, como una manera de denominar la defensa de la preservación de un conjunto de características como las mencionadas y evitar así las intervenciones radicales con la excusa de la refuncionalización, sólo aceptable en edificios de escaso valor histórico y artístico.

La posmodernidad ha revalorado la arquitectura histórica por diversos medios, uno de los cuales es la utilización desprejuiciada de los elementos proscritos por el Movimiento Moderno, por lo que ha dado lugar a obras que toman a la arquitectura histórica como cantera de imágenes que otorgan prestigio. La Función semántica domina sobre la función utilitaria y por sobre la especialidad moderna.

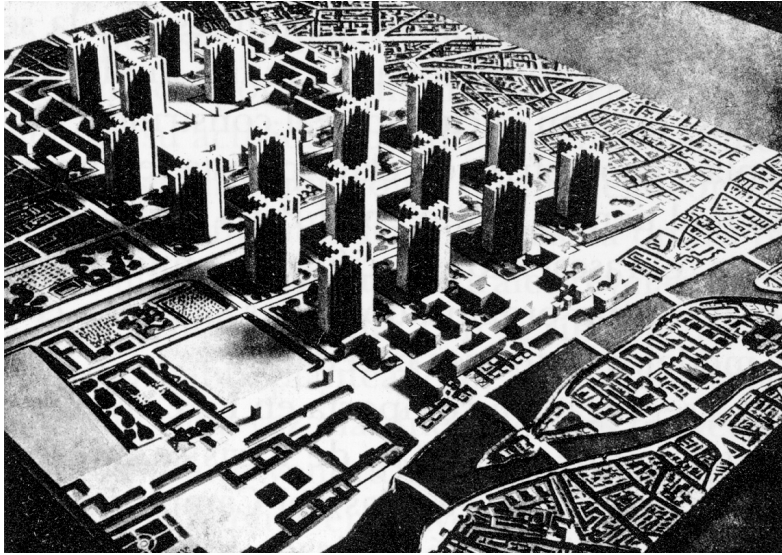
⁶⁴ Proyecto realizado según los autores bajo la estrategia Aikido “...en la que se usa la energía del enemigo a favor propio; en lugar de luchar contra él, se aprovecha y configura de un modo nuevo e inesperado toda su energía.” Herzog & de Meuron, revista Quaderns N° 230, p.62

⁶⁵ Desde hace un par de décadas, en el sur del continente, pero principalmente en Argentina, Chile y Perú, a los trabajos de rehabilitación de edificios antiguos se les llama “de reciclaje”.

Por otra parte, se gestó, particularmente en Italia con la Tendenza, la búsqueda de arquetipos intemporales a los que la arquitectura actual debe remitirse. La refundación introspectiva de la disciplina señala a las actividades humanas como cuestiones externas a la arquitectura, como cuestiones de segundo orden y, como diría Rossi, más o menos indiferentes a la forma tipológica. Frente a esta concepción se encuentran las restauraciones, porque éstas operan con la arquitectura real, con aquella que no es una abstracción, ya que tiene materia e historia propia.

Con el tiempo, el lugar de la función ha ido variando. En la teoría clásica ocupa uno de los tres pies que la compone, el primero y el que le da origen: la utilidad. Sin embargo, ya desde la Antigüedad estaba claro que había que trascenderla. Desde fines del siglo XVIII y con la formación de los estados modernos, y como resultado de las nuevas necesidades edilicias y de la aparición de nuevas tecnologías, la arquitectura busca reinventarse sobre la base de la utilidad y se centra en torno a la función y a los programas como determinantes de la forma. Por el contrario, la reacción posmoderna desecha el contenido social de la arquitectura y reutiliza con libertad el lenguaje y los elementos tipológicos antiguos, principalmente los clásicos.

La conservación y la restauración (refugio de la autenticidad) van forjando un camino paralelo al discurso arquitectónico en cuanto a la visión y a la actuación sobre los documentos del pasado, así como a la reutilización de los monumentos como una instancia para la conservación. Aquí se esconde la paradoja de que para conservar se debe transformar, aunque ésta no es excusa para la exhibición de la novedad pasajera.



4. Plan Voisin para París, 1925, Le Corbusier. El ímpetu moderno no puede sino borrar el pasado (Ábalos, *Técnica y arquitectura en la ciudad contemporánea*).

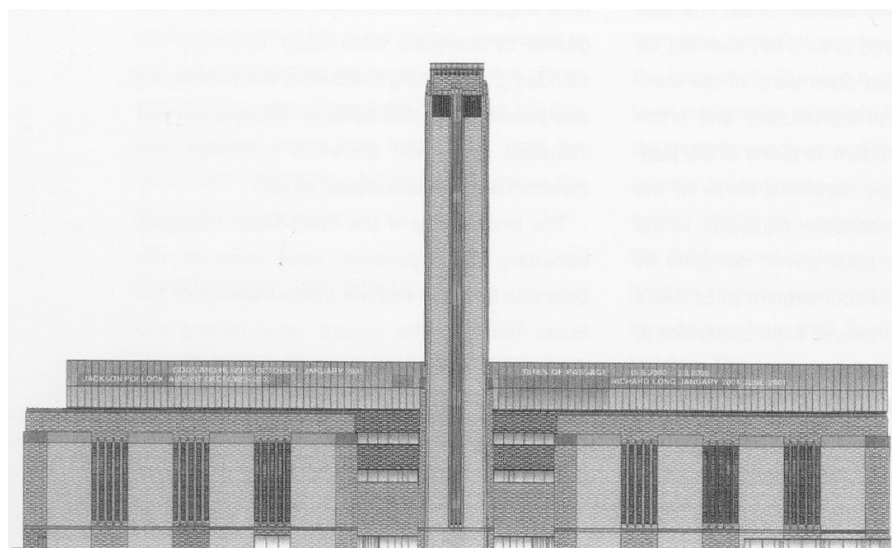


Estación de ferrocarriles D' Orsay.
Obra de Víctor Lanoux, inaugurada en 1900 (http://lartnouveau.iffance.com/lartnouveau/musee_d_orsay.htm).

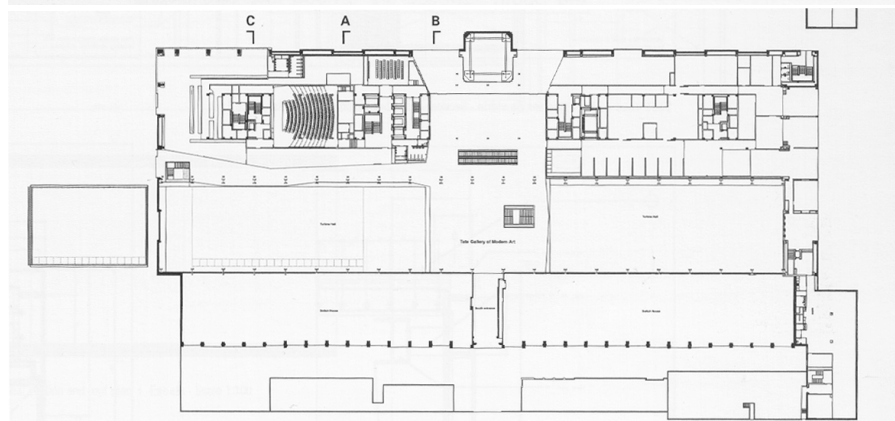
5. Museo de Orsay, 1980-1987. La antigua estación ferroviaria fue rescatada de la picota y destinada a museo. Con esta obra irrumpe la valoración de la arquitectura industrial y del *Star System* de los arquitectos en las adecuaciones funcionales (www.gamber.net/y21/page/orsay.htm).



6. Tate Modern. La abandonada central eléctrica diseñada por Giles Gilbert Scott se reconvirtió en sede del museo Tate Modern Herzog y de Meuron (*Quaderns 230*).



Fachada norte



Planta de acceso

Capítulo II

CAMBIO DE USO EN LA TEORIA DE LA RESTAURACIÓN

Aunque existiera un consenso generalizado con respecto a cuáles son los bienes culturales dignos de ser conservados, los problemas más complejos girarían en torno a la manera de hacerlo y al objeto de la intervención. La conservación y la restauración son los campos que se ocupan de dicha práctica. Además de los amplios conocimientos técnicos que ambas suponen, se enfrentan a un complicado problema filosófico de base que consiste ni más ni menos que en la manipulación del pasado siempre atravesada por fuertes componentes ideológicos. De modo que una obra restaurada resulta siempre polémica en función de la magnitud de la intervención y de la importancia que se atribuye a la misma.

Si entendemos a la restauración de inmuebles como la disciplina que tiene por objeto tanto restablecer alguna condición perdida como revertir los procesos de deterioro o las alteraciones que se consideren negativas en términos de la calidad documental o arquitectónica del inmueble, las adecuaciones funcionales vendrían a formar parte de las alteraciones. Para este trabajo, hemos considerado como deterioros aquellos que se producen por causas naturales intrínsecas o extrínsecas, mientras que a las alteraciones las entendemos como las que el hombre introduce con cualquier finalidad.

Pero, además, la conservación de edificios de valor histórico suele enfrentarse con la imposibilidad de mantener su uso original, debido a que en la mayoría de los casos ese uso ya se perdió o bien tiene poco y nada que ver con los requerimientos del momento. “Si la restauración tiene como objeto prolongar la vida del testimonio histórico, es lógico que abra la puerta a sucesivas intervenciones.”⁶⁶ Sin embargo, hay definiciones de restauración que no prevén la refuncionalización.

⁶⁶ Chanfón, *Fundamentos teóricos de la restauración*, p. 298

Por lo general se entiende que el “no uso” es sumamente perjudicial para los edificios y su entorno. El abandono de una obra supone su deterioro acelerado, mientras que un uso activo y continuo implica de por sí desgaste y alteraciones. En torno a estos problemas se han desarrollado diversos saberes para intervenir en edificios y conjuntos históricos. El no uso supone un deterioro acelerado y el fin de la primera razón de la existencia de una construcción. Heidegger consideraba que si la arquitectura está destinada a “ser” habitada, se puede decir que toda arquitectura que pierde su razón de “ser” está condenada a perecer, está condenada a degradarse rápidamente. Mientras el “ser” se mantenía, primaba como valor el hecho de habitar-la y se privilegiaban por lo tanto las reparaciones útiles en detrimento del resto. Se mantenía por “ser” habitada, creaba lugar.⁶⁷

La convicción de que mantener los bienes culturales construidos y los edificios o conjuntos urbanos con vida supone el planteamiento de que para conservarlos se requiere adaptarlos a otro uso. Esta realidad ha sido poco tratada por muy habitual que resulte.

Considerada como una actividad excepcional, la restauración es la única disciplina que intenta conciliar la rehabilitación de los inmuebles con el respeto por su autenticidad. Pero esta definición estricta de su esencia se ha visto en la práctica tensada y quizás rebasada en los últimos años por nuevos compromisos igualmente complejos relacionados con el destino de las construcciones.

A lo largo de la historia, la arquitectura registra dos prácticas paralelas y una aspiración más o menos continua que es la de lograr edificios cada vez más aptos para desarrollar en ellos ciertas actividades. En cuanto a las prácticas, se realizan reutilizaciones de dos tipos: las de estructuras antiguas para nuevas funciones y las nuevas construcciones revivalistas de elementos o edificios completos idénticos o muy similares a los del pasado pero con otros fines. Ambas acciones muestran la continuidad histórica de la arquitectura como un trabajo endógeno de la propia disciplina.

⁶⁷ Cantero, “Los usos del desuso...” El autor cita el artículo de Martín Heidegger, “Construir, habitar, pensar”, en *Conferencias y artículos*, Barcelona, pp. 127-142

La refuncionalización plantea *de facto* el problema de la utilidad y pone en evidencia la estrechez de muchas teorías de la arquitectura que buscan correspondencias directas entre forma y función y que, en última instancia, desembocan en la pregunta básica sobre cuál es realmente el cometido final de los edificios.

El objetivo central de este capítulo es presentar un panorama general del debate en torno al cambio de uso de los bienes construidos desde los inicios de la restauración como disciplina. Aquí las preguntas que subyacen a todos los cuestionamientos se refieren a qué es reutilizable y en qué términos.

2.1 Restauración estilística *versus* conservación a ultranza

Inevitablemente, todas las historias de la restauración como práctica institucional parten del antagonismo entre el parisino Eugène Viollet-le-Duc⁶⁸ (1814-1879) y el londinense John Ruskin⁶⁹ (1819-1900) con respecto a su significado e implicaciones. Ambos personajes, al igual que William Morris (1834-1896), son centrales en los inicios de la restauración y son igualmente importantes por sus principios ideológicos con respecto a la arquitectura moderna.

Al crítico de arte John Ruskin se le debe la descalificación más elocuente que haya sufrido la restauración. En el capítulo VI, “La lámpara de la memoria”, de su libro, *Las siete lámparas de la arquitectura*, aseveró que “La restauración supone el destrozo más absoluto que un edificio pueda sufrir; un destrozo del que no cabe más que recoger restos, un destrozo acompañado por una descripción falsa de lo destruido. No nos dejemos engañar en asunto tan importante; es imposible, tan imposible como levantar un muerto, restaurar nada en arquitectura que haya sido grande y hermoso.” Más adelante precisa la diferencia entre

⁶⁸ Viollet señaló en *Entretiens sur l'architecture*, 1863-1872: “En la arquitectura hay dos maneras de ser fiel. Debes ser fiel al programa y fiel de acuerdo con los métodos de construcción... las cuestiones puramente artísticas de simetría y forma aparente son tan sólo condiciones secundarias en presencia de nuestros principios dominantes”. Su nacionalismo anticlásico lo llevó a destacar la racionalidad estructural de la arquitectura gótica y el positivismo en depositar extrema confianza en los nuevos materiales y técnicas constructivas. Esas dos vertientes de su pensamiento son claves en la ruptura con la tradición clásica.

⁶⁹ Cabe destacar el peso enorme del argumento moral basado en los criterios de sinceridad constructiva y de rechazo al ornamento que el autor legó a la ideología de la arquitectura moderna.

restaurar y conservar: “Cúidese oportunamente de sus monumentos y no tendrá que restaurarlos” y propone una serie de medidas de mantenimiento y consolidación estructural tales como la limpieza de los techos y la reposición de las planchas de plomo que actúan como impermeabilizantes de la cubierta para salvar a la techumbre y muros de la ruina: “...átelo con hierro donde se suelte; sosténgalo con madera donde se debilite (...) muchas generaciones nacerán aún y desaparecerán al resguardo de su sombra. Llegará a la postre el día aciago, pero que llegue abierta, declaradamente, y que ningún deshonroso y falso sustituto le prive de los funerales de la memoria.” Él concibe al objeto artístico, en este caso la obra arquitectónica, como un ente dotado de vida al que no se debe profanar alterándolo o bien intentando su actualización. Para Ruskin el único renacimiento posible podría haber sido la anastilosis (reconstrucción con las mismas piezas), procedimiento que sin embargo suele no ser suficiente para restablecer la funcionalidad a un edificio. Y aunque le resultaba imposible “resucitar muertos”, tampoco prescribía medicinas para los edificios enfermos útiles y vivos, ya que si no prohibía en forma expresa las adecuaciones funcionales, su oposición era obvia: por un lado defendía la necesidad de darles mantenimiento y conservación y por el otro se negaba a cualquier intervención directa que implicara falseamientos. Sólo la ruina o la “muerte del monumento” era un final digno.

La controversial definición de restauración de Viollet-le-Duc, expuesta en el tomo VII del *Diccionario razonado de la arquitectura*⁷⁰, asegura que, “Restaurar un edificio no es mantenerlo, repararlo o rehacerlo, es restablecerlo en un estado completo que puede no haber existido en un momento determinado.”⁷¹ Con esta frase inicia un largo comentario sobre las características y las dificultades que implica una restauración seria. Aunque la cita no resume en lo más mínimo las consideraciones que el autor hace más adelante es la que quedó como emblema de lo que no debe hacerse. Los dos puntos que señala Viollet y que en la actualidad se rechazan de manera absoluta son los que se refieren a la conveniencia de

⁷⁰ El *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XI^e au XVI^e siècle* consta de diez tomos. En los primeros nueve se analizan 558 términos que están contenidos en 4737 páginas, mientras que el último es un compendio de monumentos ubicados por demarcaciones. El tomo VII fue redactado en 1866, pero la redacción de esta obra monumental inició en 1854 y concluyó en 1868.

⁷¹ Traducción realizada por Chanfón Olmos y publicada en la revista “Cuadernos de Arquitectura Virreinal”, N° 6, p.57, presenta diferencias sutiles con respecto a la traducción habitual. Aunque no es objeto de este estudio comentarlas, quizás se deba al intento de Chanfón por reivindicar la figura de Viollet-le-Duc dentro del ámbito de los “restauradores poco informados”.

restablecer un edificio en su totalidad, así como el de hacerlo en la forma ideal que quizás nunca tuvo.

Aunque Ruskin y Viollet fueron contemporáneos y crearon tendencias muy alejadas, lo más probable es que no hayan establecido una polémica directa, ya que entre ambas definiciones median diecisiete años, los suficientes como para mitigar el antagonismo personal con el que generalmente se los presenta.⁷²

Por otra parte, Ruskin no se pronuncia sobre el uso que debían tener los monumentos, sólo se limitó a recomendar una conservación acuciosa y los refuerzos estructurales necesarios hasta que la obra “muera” e inhibe cualquier acción que tienda a intervenir directamente sobre el inmueble: “No tenemos ningún derecho a tocarlos. No son nuestros. Pertenecen por un lado a quienes lo construyeron y, por otro, a todas las generaciones que nos han de suceder.”⁷³

El respeto, la pasividad contemplativa y la distancia fatalista que el pensamiento ruskiniano establece con la obra de arte (entendida como la imagen de un orden social) impiden actuar sobre un edificio ya dañado y el argumento de que sólo pertenece al pasado y al futuro imposibilita la apropiación del inmueble, hecho necesario para darle continuidad histórica.

En este caso, Viollet tiene una postura opuesta que se caracteriza por la actualidad de su pensamiento: “Salido de la mano del arquitecto, el edificio no deberá ser menos cómodo de lo que era antes de ser restaurado. Con frecuencia los arqueólogos especulativos no toman en cuenta estas necesidades y reprochan agriamente al arquitecto por haber cedido a las necesidades actuales, como si el monumento que se les confía fuera algo suyo, como si no tuviera que cumplir los programas que les son dados (...) Por lo demás, el mejor medio de conservar un edificio es hallarle un destino y satisfacer tan cabalmente todas las

⁷² La mayor parte de la actividad reestructuradora (*Restauración estilística*) de Viollet-le-Duc es posterior a los escritos de Ruskin. Ver el libro de Capitel, *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*, p. 23

⁷³ Ruskin, *Las siete lámparas de la arquitectura*, p. 174

necesidades que este destino señala que no haya que hacer cambios.”⁷⁴ En esta parte el autor no pone límites a la restauración apoyado en el argumento ideológico de que el arte de la Edad Media es tan “amplio y liberal en sus medios de ejecución que no hay programa que no pueda cumplir”. Se podría decir que todas las adaptaciones son admisibles mientras el arquitecto restaurador sepa manejar los recursos y códigos proyectuales de los maestros medievales para que la intervención mantenga la unidad de estilo.

Para integrar los nuevos elementos, Viollet-le-Duc propone que “lo mejor es ponerse en el lugar del arquitecto original” y continuamente plantea esta opción confiando en la posibilidad de asumir la mentalidad del otro artista. El buen restaurador sería entonces una suerte de médium para prolongar la mano del desaparecido arquitecto original.

En cuanto a las cuestiones relacionadas con la comodidad y a las que podemos considerar como actualizaciones tecnológicas, el autor insiste en la necesidad de incorporarlas y en la conveniencia de integrar estos elementos “en estilo”. Propone, por ejemplo, que si hay que poner un tiro de ventilación, lo mejor es dejarlo visible y revestirlo de la manera más conveniente, tal como lo hubiese hecho un maestro medieval. “Es comprensible que un arquitecto se rehúse a colocar tuberías de gas en una iglesia para evitar mutilaciones y accidentes, puesto que es posible alumbrar con otros medios; pero que se niegue a instalar un calefactor, por ejemplo pretextando que en la Edad Media no se había adoptado ese sistema de calefacción en los edificios religiosos y que obligue así a los fieles a acatarrarse en nombre de la arqueología, cae en el ridículo.”⁷⁵

Es de destacar la absoluta vigencia del criterio de que la mejor manera de conservar un edificio histórico es adecuarlo y destinarlo a un fin útil. Como se verá más adelante, se trata de un planteo idéntico al de la rehabilitación muy en boga en la actualidad que antepone las cuestiones funcionales a las del rigor en cuanto al respeto a la autenticidad que plantea la restauración.

⁷⁴ Eugene Emmanuel Viollet-le-Duc “Restauración” traducido por Chanfón en Cuadernos de arquitectura virreinal N° 6, p. 76

⁷⁵ Viollet-le-Duc, ídem, p. 78

William Morris destacó en diversos ámbitos y fue muy famoso por enarbolar el “socialismo utópico”, además de ser autor entre otras obras de *News from Nowhere*, en la que propone la disolución del Estado, así como borrar la diferencia entre la ciudad y el campo. Es importante también en el ámbito de la historiografía arquitectónica y para Nikolaus Pevsner es uno de los “pioneros del diseño moderno” que inicia con la dupla Ruskin-Morris y culmina con Walter Gropius y la Bauhaus.⁷⁶

Dentro del campo de la conservación, Morris siguió a su mentor cultural, John Ruskin. Incluso siendo muy joven, en 1855, se opuso a permanecer en París irritado por las restauraciones —reproyectos, deberíamos decir—, que en aquel entonces llevaban a cabo en Notre Dame (1) los arquitectos Jean Baptiste Lassus y Viollet-le-Duc. En relación con dichos trabajos, cabe mencionar que el crítico contemporáneo César Daly señaló acertadamente las falencias de la memoria descriptiva del proyecto al no establecer qué lugar tenía el edificio en tanto “monumento histórico” y la atención que se prestaba a las “cualidades utilitarias” de un edificio destinado al culto.⁷⁷

En el manifiesto de 1877 con motivo de la fundación de la Society for the Protection of Ancient Buildings (SPAB), Morris declaró: “Tenemos la convicción de que estos últimos 50 años de conocimiento y de cuidado han contribuido a su destrucción más que cuanto hayan podido hacerlo los siglos anteriores de revolución, violencia y ultraje.”⁷⁸ Esta sociedad —que era la vía por la que se difundía el pensamiento de Ruskin, quien intervino activamente en el plano internacional censurando las restauraciones que se llevaban a cabo

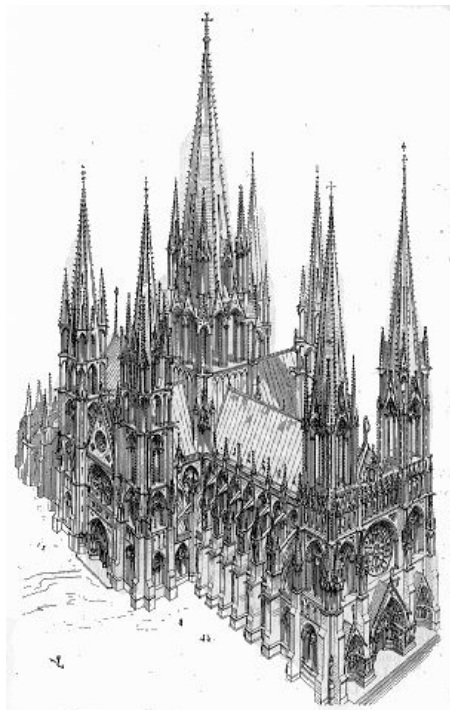
⁷⁶ El historiador Leonardo Benevolo afirma que “...la arquitectura moderna comienza cuando Morris inicia su actividad práctica, para los amantes de la exactitud, en 1892, año en el que sale al mercado la firma Morris, Faulkner, Marshall & Co”, en *Historia de la arquitectura moderna*, p.8. Además propone como válida y actual la definición de arquitectura que enunciara William Morris en 1881 “...la arquitectura es el conjunto de modificaciones y transformaciones introducidas en la superficie terrestre, en razón de las actividades humanas, con la excepción del puro desierto”. Esta tesis es ampliamente debatida por Mario Manieri Elia en *William Morris y la ideología de la arquitectura moderna*, donde el autor hace una extensa biografía de Morris con el objeto de desmontar de la historiografía el rol que Nikolaus Pevsner, Bruno Zevi y Leonardo Benevolo le habían otorgado como una suerte de coartada moral al Movimiento Moderno y sus actores principales. Para Manieri, Morris “...era básicamente un productor de objetos de alta artesanía”.

⁷⁷ Daly, *Restauration projectée* de Notre Dame de París, 1843, citado por Ignacio González-Varas en *Conservación de bienes culturales*, p. 164

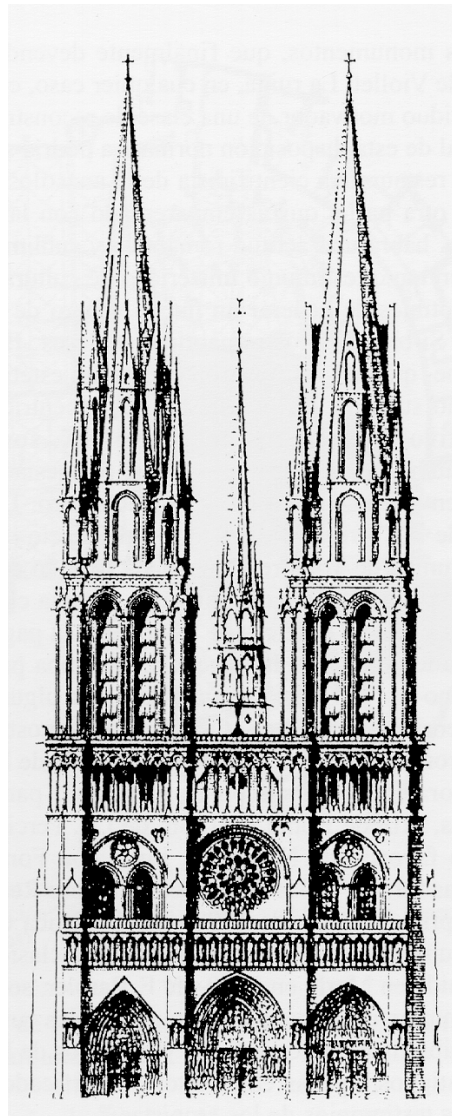
⁷⁸ La Sociedad posteriormente toma el nombre de Anti-Restauration Movement, Manifiesto de la SPAB en Manieri Elia, *William Morris y la ideología...* p. 22



1. Estado real de la Catedral Notre Dame.



Propuesta de Viollet-le-Duc para la Catedral Notre Dame de Paris (Rivera, *Teoría e Historia de la restauración*)



en Venecia—, solicitó y logró finalmente la suspensión de los trabajos en la fachada principal de la Basílica de San Marcos.

La originalidad del planteo de la SPAB —tan novedoso como reduccionista— radica en considerar que la restauración surgió en el siglo XIX como resultado de la falta de un estilo propio: “...no hay un genuino estilo artístico civil del siglo XIX (...) Este vacío ha suscitado en el ánimo contemporáneo la extraña idea de una Restauración de los antiguos monumentos; se trata ciertamente de una idea extraña y fatal, que, desde su misma enunciación, implica que sea posible despojar a una construcción de determinadas partes de su historia o, lo que es lo mismo, de su vida (y por tanto, manipularla con añadidos arbitrarios), y que subsista su carácter de histórica, viva, como era en un principio inclusive.”⁷⁹

Probablemente los teóricos del Movimiento Moderno amplificaron la estigmatización del eclecticismo “decadente”. Pevsner, el historiador y crítico de arquitectura, acuñó la famosa frase del “baile de máscaras” para descalificar moralmente la libre disposición de los estilos del pasado. No es entonces casual que las cuestiones éticas y morales, basadas en criterios de sinceridad y autenticidad, sean componentes ideológicos centrales tanto de la arquitectura como de la restauración moderna.

A pesar de la carga negativa de sus críticas, William Morris presenta una alternativa: “...postulamos que si un edificio ya no es adecuado al uso que se le da en el momento presente, antes que alterarlo o ampliarlo, debe construirse uno nuevo.”⁸⁰ Como resultado de las críticas provocadas por las palabras de Morris, el 24 de abril de 1924 la SPAB aclara lo siguiente: Si hay razones suficientes para añadir un modesto anexo a una edificación antigua, ello no contradice los principios de la Sociedad, siempre que se tenga en cuenta: 1) que la nueva fábrica responda a las formas propias de nuestro tiempo —subordinándose, eso sí, al viejo edificio— y no sea una mera reproducción de algún estilo del pasado; 2) que

⁷⁹ Manieri Elia, p. 22

⁸⁰ Ibid, p. 23

tal adición haya sido concebida como permanente; es decir: que, en ningún caso, pueda llegar a considerarse ulteriormente tal construcción como inadecuada o superflua.

Todo añadido cuyas motivaciones estriben en restaurar se opone decididamente a los principios de la sociedad. Este punto es interesante porque abre, seguramente sin desearlo, la todavía polémica incorporación de arquitecturas modernas en los centros históricos, tema que será retomado directamente por Gustavo Giovannoni por sus implicaciones urbanas.

2.2 Restauración Científica

Camillo Boito (1836-1914), arquitecto y primer teórico de la restauración en Italia, es el iniciador de la llamada restauración científica. Nacido en Roma, Boito manifestó varias veces su deuda intelectual con Giuseppe Valadier⁸¹ (uno de los autores de la restauración del Arco de Tito y del *Amphiteatrum Flavium* del Coliseo⁸²) con respecto a los criterios de intervención, los cuales consistieron en el caso del anfiteatro en una consolidación estructural visible y realizada con ladrillo, material distinto al travertino original.⁸³ Boito fue también discípulo de Pietro Selvatico. Se plantea la recuperación de los monumentos por medio del *riuso* (o sea, de la reutilización) y desde la crítica a la arquitectura contemporánea.⁸⁴

De modo que Boito, con un bagaje cultural muy distinto a los de Viollet-le-Duc y Ruskin, puede terciar entre posturas aparentemente irreconciliables. Por una parte, condena los

⁸¹ Raffaele Stern y Giuseppe Valadier son los exponentes más conocidos por sus trabajos en los Foros y fueron ubicados dentro de una corriente denominada Restauración arqueológica de principios del siglo XIX. Hicieron completamientos y consolidaciones de edificios después de haberlos estudiado desde el punto de vista filológico, excavado y dibujado en gran detalle para recomponer el monumento usando sus propios elementos (anastilosis) o diferenciando lo nuevo a partir del diseño simplificado y de los materiales. Por el tipo de monumentos que aborda la Restauración arqueológica es ajena a los problemas del *riuso*.

⁸² El anfiteatro es una especie de doble teatro, con una escena elíptica y un graderío continuo. El emperador Vespasiano inició en el año 72 d.C., la construcción del mayor Coliseo (Anfiteatro Flavio) jamás realizado, con capacidad para unas 50,000 personas, el cual fue inaugurado por su hijo Tito en el año 80. Al prohibirse las luchas entre gladiadores en el 407, se supone que comenzó a usarse para las ceremonias imperiales. En el siglo XIII, la familia Frangipiani lo convirtió en fortaleza.

⁸³ Según Paolo Marconi el verdadero autor de los criterios de intervención en los foros romanos fue Stern y no Valadier, quien sólo se limitó a continuarlos a la muerte del primero.

excesos de las reconstrucciones arbitrarias producto de la “restauración estilística” y, por otra, se aparta de las posturas del conservacionismo extremo que impiden la intervención directa en la obra.⁸⁵

Se distancia también de los criterios de mediados de siglo según los cuales los conceptos de arquitectura, lenguaje e ideología eran inseparables⁸⁶ con lo que logra establecer una valoración más objetiva (y a esto le llama “restauración científica”) que le permite proponer nuevos criterios a fines del siglo XIX: “cuando sea demostrada la necesidad de restaurar un edificio, debe ser antes consolidado que reparado, antes reparado que restaurado, evitando renovaciones y añadidos,”⁸⁷ y la acción restauradora será mínima y evidente para evitar el “falso histórico”.

Sus ideas y múltiples escritos se sintetizaron en ocho puntos que formaron parte de un documento que se presentó en el Congreso de Ingenieros y Arquitectos de 1883 y que se considera como un antecedente de la primera Carta del restauro italiana. La mayoría de sus principios siguen vigentes y se usan como guía de los trabajos actuales.⁸⁸ Sin embargo, considera como base de la restauración algunos axiomas que habría que discutir. La primera Carta del restauro italiana de 1933, y varias de las internacionales, incluyen en sus textos el elogio a la restauración efectuada al Arco de Tito (2). Al respecto, Paolo Marconi abundó acerca de las desventajas de diferenciar los materiales, así como de distinguir la intervención del original con diseños simplificados. Al notar la pérdida de forma de los capiteles originales, se preguntaba si todavía podía quedarnos algo del significado arquitectónico y si con tanta transformación no se “habrá traicionado, por tanto, su función principal: la de transmitirnos a nosotros, pero también a nuestros hijos y nietos, el mensaje arquitectónico de la época a la que ha sobrevivido.”⁸⁹

⁸⁴ Rivera, “Restauración arquitectónica...” p. 139

⁸⁵ González-Varas, *Conservación de los bienes culturales*, p. 229

⁸⁶ Fernández, “Introducción a la teoría...” p. 62

⁸⁷ Boito, traducido por Rivera, *ibid*, pp. 139-140

⁸⁸ Paolo Marconi es quien ha planteado con mayor claridad una crítica a las propuestas de Boito, particularmente en lo que se refiere a la diferenciación de materiales y a la síntesis de los detalles en los monumentos integrados.

⁸⁹ Marconi, “Revestimientos y color...” p. 18

Boito logra fijar como paradigma de la restauración moderna las obras llevadas a cabo en los foros romanos, particularmente en el Arco de Tito y en el Coliseo (3). La cuestión es que, en el primer caso, se trata de un monumento conmemorativo y no habitable por definición y, por su parte, el Coliseo era ya una construcción desactivada desde hacía siglos. En consecuencia, la restauración moderna relegó a la rehabilitación (entendida como la posibilidad de restablecer la habitabilidad de un inmueble) a un segundo plano. Se entiende, entonces, el motivo por el cual se suelen considerar como impuras las restauraciones que se enfrentan en primer término con los problemas relacionados con la funcionalidad. Y es que forzosamente incluyen adecuaciones que permiten dar un uso práctico al monumento y no se limitan exclusivamente a mantener o restablecer el testimonio histórico.

El Panteón (4) –todos los dioses– de Agripa es el edificio romano que ha llegado en mejores condiciones hasta nuestros días, y quizás sea su temprana conversión en iglesia,⁹⁰ lo que le valió la continuidad funcional. Por otra parte, fue la demolición que en 1893 realizó Gaetano Moretti de los dos campanarios de Lorenzo Bernini, según los criterios del método histórico, lo que le permitió recuperar su configuración original.

Gustavo Giovannoni participó activamente en la redacción de la Carta de Atenas de 1931 y en la Carta del restauro italiana de 1933, a las que aportó muchas de las propuestas de Camillo Boito. A Giovannoni se le debe el haber ampliado los límites de lo que hoy se consideran bienes patrimoniales ya que incorporó a ellos las llamadas “arquitecturas menores” por su valor ambiental o contextual, además de que para él las viviendas eran tan importantes como la obra mayor y sólo veía la diferencia en términos de tamaño y no de valor.

Distinguía tres clases de restauraciones: las de reparación, las de sustitución de algunos elementos y las de complemento o renovación. Las primeras dos tienen fuertes componentes técnicos mientras que la última es más compleja y se divide en dos

⁹⁰ Construido por el emperador Adriano entre los años 118 y 128 de nuestra era, en 1609 fue consagrado por el Papa Bonifacio IV como la Iglesia de Santa María ad Martyres o Santa María la Rotonda.

actividades: las de complemento, que suponen la reutilización de elementos propios de la obra (de restitución le llamaríamos ahora) y las de renovación que “se presentan cuando se precisa terminar una obra a la que le falta por completo una parte esencial o se deba adaptar la construcción a condiciones nuevas de tráfico y de ambiente artístico.” Esta última, la de renovación, es el tipo de restauración que se emplea para adecuar funcionalmente un inmueble.

Aún rechazando la falsificación del *ripristino*, Giovannoni acepta y encumbra la unidad y armonía de la obra de arte como su finalidad prevalente: “...donde se tenga un organismo vivo y completo, la restauración que le restituya la armonía no sólo es oportuna, sino inexcusable.”⁹¹ Para Boito y Giovannoni eran aceptables las renovaciones, sólo que el primero exigía la diferenciación de lo moderno en la intervención, mientras que Giovannoni, en correspondencia con su rechazo de la arquitectura contemporánea a la que negaba todo valor estético, prefería mantener las intervenciones dentro del estilo con el objeto de devolver a los edificios la cualidad artística perdida.

A principios del siglo XX, Giovannoni retomó la distinción conceptual entre monumentos muertos y vivos que había sido utilizada por la tradición arqueológica francesa. Los intelectuales y críticos Cloquet y Didrón distinguieron entre monumentos de culturas vivas y muertas⁹². Entre las últimas ubicaban la producción de los egipcios, griegos y en general todas las culturas de la Antigüedad, en las que la conservación debía prevalecer.

Para él se trataba de una cuestión de comodidad y no implicaba ningún juicio de valor. Entre los primeros (a los que correspondería el criterio ruskiniano) incluía tanto a los edificios de carácter arqueológico como a los que ya no se pueden usar y que por tanto sólo deben consolidarse y conservarse sin que exista razón alguna para completarlos (el Coliseo, las Termas de Caracalla, etc.); mientras que los edificios vivos (a los que se ajustaría el criterio violetiano) eran aquellos que todavía podían servir a las necesidades prácticas actuales, por lo que podían restaurarse procurando que no se alejaran demasiado de los

⁹¹ Giovannoni, “I Restauri dei Monumenti ed il recente Congresso Storico” en Bollettino della Società degli Ingegneri e degli Architetti Italiani (1903), en González-Varas, *Conservación de bienes culturales*, p. 237

⁹² Javier Rivera Blanco, “El debate sobre la pertinencia de los nuevos usos ...”, p. 270

antiguos.⁹³ Estos conceptos biólogos marcarán la Carta del restauro italiana de 1932, lo que las hizo acreedoras de múltiples críticas.

En definitiva, para los monumentos “vivos” estableció operaciones del tipo de la integración o novedad (como había señalado Riegl) mientras que en el caso de los “muertos” debían primar las consolidaciones no reconstructivas.

Si bien la distinción entre monumentos “vivos” y “muertos” —entendiéndose por muertos aquellos que no sirven desde el punto de vista utilitario al hombre moderno— no dejaba de ser artificiosa, como lo señaló Carlo Ceschi: “el monumento de la antigüedad está más vivo ya que vive en nuestro espíritu y porque habla de tiempos lejanos que forman nuestra cosmovisión.”⁹⁴ La restauración arqueológica, a diferencia de la restauración común, se encuentra con monumentos de la antigüedad que han perdido los atributos funcionales y utilitarios pero que son indudablemente ricos en presupuestos histórico-científicos y en una carga poética particular. Lo cierto es que este criterio estableció nuevas orientaciones metodológicas que señalan ya que los alcances de la restauración están sujetos al tipo de monumento de que se trate, independientemente del calificativo que se use para designarlo.

⁹³ Molina Montes, *La restauración arquitectónica...* p. 22

⁹⁴ Ceschi, *Teoria e storia del restauro*, p. 134



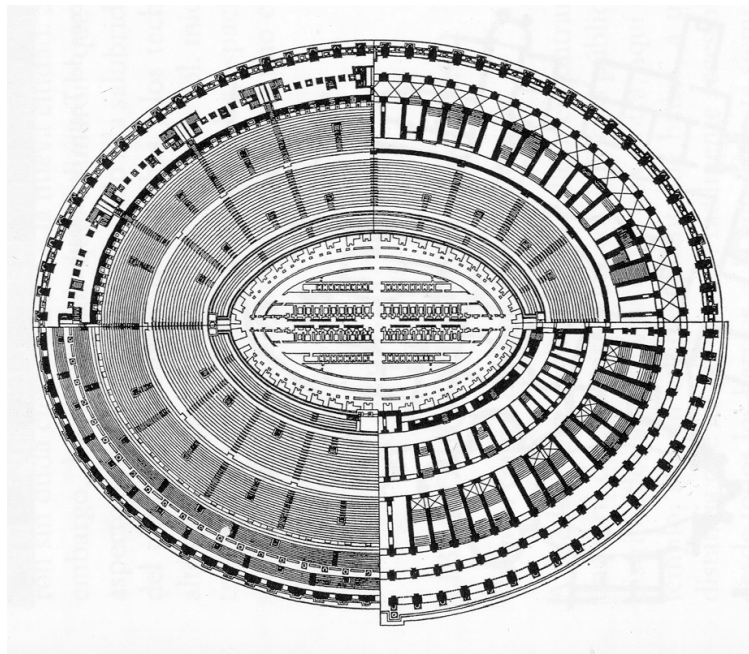
2. El Arco de Tito antes de la restauración. Se construyó para conmemorar la ocupación de Jerusalén por parte de las tropas comandadas por Tito y Vespasiano en el año 71 d.C. (Patetta, *Historia de la arquitectura. Antología crítica*)

Arco de Tito. Restauración paradigmática, llevada a cabo por Stern y Valadier entre 1815 y 1822, ajena al problema del “riuso” (fotografía: Hintzen, *Arte y arquitectura Roma*)

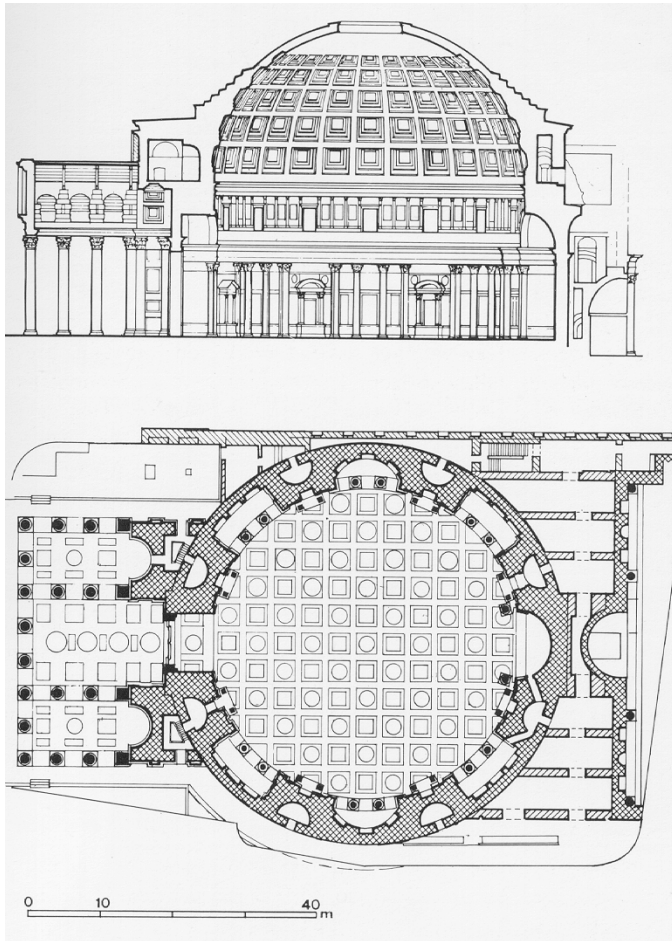




3. La construcción del Coliseo romano (Anfiteatro Flavio) fue iniciada por el emperador Vespasiano en el año 72 d.C. Entre 1814 y 1822, Stern y Valadier realizaron la consolidación estructural con ladrillo (fotografía: Hintzen, *Arte y arquitectura Roma*).



Planta del Coliseo romano.
 Durante el periodo barroco, el Coliseo se usó como cantera de travertino y en el siglo XVII, el Papa Sixto V lo propuso para barrio obrero (Patetta, *Historia de la arquitectura. Antología crítica*).



4. Planta y corte del Panteón romano, construido por orden de Adriano entre los años 118 y 125 d.C. Sustituyó al templo de Agripa del año 27 a.C. (Ward-Perkins, *Arquitectura romana*).



El Panteón convertido en Santa María la Rotonda, fue consagrado como iglesia en el año de 1060, aunque su uso eclesiástico data del siglo IX, razón por la cual es el monumento de la antigüedad clásica mejor conservado. “Recordemos como Bernini convierte el Panteón en iglesia al añadirle simplemente dos campaniles: las populares orejas de burro.” (Rivera, *Teoría e Historia de la restauración*).

2.3 Riegl: Valores del monumento y su reutilización

Nacido en Linz, Aloïs Riegl (1858-1905) es uno de los principales representantes del Formalismo en la historia del arte. Aparece distanciado del interés romántico típico de su siglo, el cual consistía en la recolección de las tradiciones nacionales y en la apreciación del patrimonio monumental, en tanto portavoz de los valores relacionados con la identidad y capaces de ligar a la comunidad con un sentido de pertenencia a un pasado glorioso.

Como Presidente de la Comisión Central y Real de Monumentos Históricos y Artísticos de Austria, su primer encargo consistió en preparar una nueva legislación para la conservación de monumentos. Por tal motivo redactó el célebre ensayo: “El culto moderno a los monumentos. Caracteres y orígenes” que se publicó en Viena en 1903. Riegl comienza por distinguir e instituir un campo de conceptos sobre la axiología de los monumentos y estudia las razones por las cuales se le atribuyen ciertos valores en lugar de considerarlos como innatos a las obras.

Aunque su preocupación de fondo por el cargo que ocupaba debería haber girado en torno a lo que debía resguardarse de la destrucción y de cuál era la mejor manera de hacerlo, el escrito de Riegl se limita a plantear el problema sin hacer recomendaciones explícitas ni analizar casos concretos. Sin embargo, esto no resta mérito a su trabajo debido a que es una de las reflexiones más profundas y vigentes sobre el significado social de los monumentos.⁹⁵

Para empezar, Riegl distingue dos tipos de monumentos, los intencionados y los no intencionados. Los primeros son aquellos que, como la columna de Trajano, se realizan ex profeso para recordar un hecho o un personaje, mientras que los no intencionados son los que adquieren valor en la modernidad por sus valores históricos y artísticos.

⁹⁵ Será Aldo Rossi quien retome el tema de los monumentos seis décadas más tarde y haga nuevos avances sobre el rol y significado de los mismos.

El monumento histórico era para él aquel “testimonio que parece representar etapas especialmente destacadas en el proceso evolutivo de una determinada rama de la actividad humana.” Pero frente a un monumento artístico, se pregunta si se trataba de un valor subjetivo atribuido por el hombre moderno o por el contrario era un atributo objetivo tanto como lo es el valor histórico: “si no existe un valor artístico eterno, sino sólo uno relativo, moderno, el valor artístico de un monumento ya no será un valor rememorativo, sino un valor de contemporaneidad.”

Siguiendo con sus ideas, el valor de antigüedad es el más evidente y aceptado de los valores porque no necesita explicación. La pátina del tiempo, el desgaste y la incompletitud son huellas que vuelven al monumento inmediatamente reconocible: “Sólo una cosa se ha de impedir de modo categórico desde el punto de vista del valor de antigüedad: la intervención arbitraria de la mano humana en el estado actual del monumento, pues éste no debe sufrir adición, ni sustracción, ni restitución de lo que las fuerzas naturales han destruido al correr del tiempo, ni eliminación de lo que por las mismas causas se ha incorporado al monumento, alterando así su forma cerrada originaria ... por lo cual el culto al valor de antigüedad actúa en contra de la conservación del monumento.”⁹⁶

Resumiendo podríamos afirmar que para el autor del *Culto moderno a los monumentos*, los valores rememorativos comprenden los históricos y los de la antigüedad, mientras que los valores de contemporaneidad incluyen al instrumental o práctico, al artístico y al de la novedad.

Para los fines de esta tesis, el valor instrumental resulta ser el más interesante porque plantea la cuestiones relativas al uso de los edificios: “No es necesario demostrar que los numerosos monumentos religiosos y profanos todavía hoy poseen la capacidad de ser utilizados de modo práctico, y de hecho lo son, si se les apartara de esa utilización, en la mayoría de los casos habría que crear algo que los sustituyera.”⁹⁷

⁹⁶ Riegl, *El culto moderno a los monumentos*, p. 53

Siguiendo con los postulados de Riegl, el valor moderno de la antigüedad y la apreciación de la ruina inhiben la restauración, mientras que ese mismo valor histórico la reclama como forma de borrar el paso del tiempo y para mostrar la obra íntegra tal como fue en el momento de su génesis. En su fase instrumental, el valor de contemporaneidad tiene una connotación negativa ya que “le es indiferente el tratamiento que se le dé a un monumento, mientras no afecte su existencia” y el edificio debe garantizar el desarrollo seguro de la vida humana en su interior.

Al presentar dialécticamente donde estriban los valores de la antigüedad, los históricos y los instrumentales, Riegl evidencia los conflictos que surgen entre ellos. Por ejemplo, en el caso del valor instrumental, lo considera conveniente en general pero no para todos los monumentos. En el de los más remotos y que perdieron ya su función útil, primará el valor de antigüedad y en consecuencia se imponen los trabajos de consolidación.

Por lo tanto, el valor de uso entra en conflicto con el valor histórico y con el valor de lo antiguo, ya que en la primera instancia el valor supone una serie de modificaciones y de adaptaciones que permitan conducir el monumento hacia una nueva posibilidad funcional.

Riegl propone tres casos: 1) Cuando el edificio pierde toda posibilidad de utilización, por lo que no existe conflicto entre los diversos valores y el edificio puede conservarse totalmente; 2) Los edificios que han conservado totalmente la función original. Aquí tampoco hay conflicto porque se puede limitar a los trabajos de mantenimiento necesarios sin afectar el valor histórico y el valor de lo antiguo; 3) Los edificios que no han conservado íntegramente sus funciones originales, en especial los que corresponden a la última fase del medioevo y que deben recuperarse. Cabe recordar la discrepancia con Viollet sobre este punto.

Riegl no oculta el hecho de que la conservación del valor histórico y del valor de lo antiguo no puede prescindir del valor de uso y explica el caso de aquellos edificios que no se usan y en consecuencia se convierten en ruinas, lo que representa una forma aún más violenta de

⁹⁷ Ibid, p. 73

destrucción que si se les atribuyera una función. Con el objeto de llevar al extremo las contradicciones entre el valor de uso y el de antigüedad formula una pregunta signada por el absurdo: ¿qué pasaría si todos los monumentos utilizados se sustituyeran con obras nuevas, de modo que al abandonarlos “... pudieran gozar de su existencia natural.” La respuesta, marcada por su adscripción al Formalismo, es que, paradójicamente, resultaría inconveniente aún en términos de valor de antigüedad por los efectos de la percepción. Entonces se plantea si a alguien le gustaría ver la Catedral San Pedro de Roma sin el decorado vivo de sus visitantes: “...esta visión sería más desagradable que sugestiva... produciendo la impresión de una destrucción violenta.”

A modo de conclusión, se infiere a partir del discurso riegleliano que el valor dominante sería el que señale el tipo de intervención y que además se buscaría conciliar lo que en principio aparecen como valores excluyentes. Parafraseando a Luis Sullivan que en una de sus máximas referidas al proyecto aseveraba que en el “problema está la solución”, Riegl podría haber expresado que el monumento mismo encierra el tipo de restauración que requiere.

Planteaba que las adecuaciones funcionales eran un mal menor y que de no hacerlas se podía llevar al edificio a una ruina violenta, cuestión no sólo desagradable a la percepción humana, sino que implicaba además un desperdicio desde el punto de vista económico por el hecho de tener que remplazar la obra histórica por una nueva. Plantea también cuáles son los conflictos a los que se debe enfrentar el restaurador al trabajar con edificios de ciertas características y valores, entre los cuales consideraba a los de finales del medioevo como los casos más difíciles de recuperar por no haber conservado íntegramente sus funciones originales. Aquí el austriaco desestima u olvida la gran cantidad de ejemplos de edificios que tienen un uso distinto del original, como es el caso del Panteón, pero que de igual manera requieren de trabajos de restauración y adecuación para mantenerlos vigentes.

2.4 Restauración Crítica

Roberto Pane, considerado como uno de los padres de la “restauración crítica,”⁹⁸ señaló una diferencia sustancial entre la preservación de los bienes muebles y la de los inmuebles, según la cual los primeros pueden asegurarse aunque no participen de la vida presente porque, aunque pierdan su uso práctico, se pueden destinar a brindar testimonio, y si se trata de obras de arte, su continuidad es todavía más clara. Con la obra arquitectónica el problema es más complejo debido a que su única posibilidad de subsistencia consiste en participar de la evolución ambiental e histórica. Aunque el edificio vaya perdiendo los objetos que contiene como los murales, los muebles y las pinturas porque su suerte es el anticuario o el museo, es su misma estructura la que sufre un proceso de adaptaciones, transformaciones y hasta la misma destrucción que se asocia directamente con el destino urbano.⁹⁹

En el texto “Para una enmienda parcial de la Carta del restauro italiana,” Pane y Gazzola señalaron entre otros un error en el artículo cuarto que dice: “para los monumentos ‘vivos’ deben admitirse usos similares a los originales,” porque para ellos un cambio de uso puede ser mejor que mantener el original. A modo de ejemplo presentan el caso de un palacio renacentista que no se puede dedicar a habitación a menos de que se le hicieran numerosas modificaciones, en cambio, si se le destinara a servir como museo, centro cultural, etc., las obras de adaptación implicarían sacrificios menores.

Proponen además eliminar la diferenciación entre monumentos “vivos” y “muertos” debido a que si bien una ruina ya no tiene su uso original puede adoptar un uso turístico o científico ya que la utilidad bien entendida no debe restringirse a la condición de ocupación material. Las críticas de Pane y Gazzola y también las de Ceschi con respecto a esta distinción entre monumentos se basan en la pretensión de querer convertir una metáfora en

⁹⁸ Suele situarse el inicio del Restauro crítico en 1944 cuando Pane expresó que era lícito eliminar, en contra del método filológico, los añadidos y transformaciones que afectan la lectura, la “figuratividad” del monumento. Renato Bonelli insistirá en que la restauración es un acto crítico y creativo en el marco de reconocer la cualidad artística del monumento.

⁹⁹ del informe presentado en el II Congreso Internacional de Arquitectos Técnicos de la Restauración en Venecia, del 25 al 31 de mayo de 1964, Ver Pane, *Attualità dell’ambiente antico*, pp. 25 –31.

una categoría. Discutir qué tan vivo está un monumento carece de sentido porque tanto la distinción como la selección obedecen inevitablemente a procesos culturales. Giovannoni, por ejemplo, había dado por sentado que el Coliseo romano era un monumento “muerto”, pero en el siglo XVI estuvo en los planes del Papa Sixto V convertirlo en una inmensa fábrica de hilados con las viviendas de los artesanos incluidas. Transformar un antiguo e inmenso edificio símbolo por excelencia del imperio romano dedicado durante siglos a espectáculos deportivos y circenses en un barrio-fábrica es para Norbert-Schulz la idea más innovadora y barroca que cualquier proyecto para la ciudad de Roma hubiese generado. Sólo la temprana muerte del “Papa Urbanista” detuvo la iniciativa. Por las lecciones que entraña, este ejemplo se retomará más adelante.

Cesare Brandi nació en Siena, Italia, y fue fundador y director del *Istituto Centrale del Restauro* durante veinte años desde sus inicios en 1939, de modo que representa la línea oficial y ortodoxa de la restauración, llamada comúnmente como “restauración crítica”. A él pertenece una de las definiciones más citadas: “la restauración constituye el momento metodológico del reconocimiento de la obra de arte, en su consistencia física y en su doble polaridad estética e histórico, en orden de su transmisión al futuro.”¹⁰⁰

Para Brandi la restauración tiene diversos cometidos según el tipo de obra de que se trate: en el caso de los productos industriales, el objetivo es el de restablecer la funcionalidad del producto, mientras que para la obra de arte, en la que incluye a las de la arquitectura y a las artes aplicadas, el “restablecimiento de la funcionalidad no representa en definitiva más que un aspecto secundario o colateral, nunca lo primario o fundamental...”¹⁰¹ Más adelante dice: “la obra de arte supone una doble exigencia: la instancia estética, (...y) la instancia histórica, que le concierne como producto humano realizado en un cierto tiempo y lugar (...) Como se ve, no es ni siquiera necesario llegar a la instancia de la utilidad.”¹⁰²

Establece la categoría de “segunda historicidad” que se refiere a los deterioros y alteraciones que se van sumando con el tiempo y que permite considerar los cambios de uso

¹⁰⁰ Brandi, *Teoría de la restauración*, p.15

¹⁰¹ Ibid, p. 13

¹⁰² Ibid, p. 15

y sus adecuaciones como aportes biográficos a la obra. Las modificaciones se entenderían como algo que le agrega densidad histórica en lugar de descalificarlas como alteraciones de la obra original. “Desde el punto de vista histórico, las adiciones sufridas por una obra de arte no son más que testimonios del quehacer humano y, por tanto, de la historia; en ese sentido lo añadido no se diferencia del núcleo original y tiene idéntico derecho a ser conservado.”¹⁰³

El autor se refiere a las obras de arte, aunque señala que los “productos industriales” también pueden ser objeto de restauración. El término actual de bienes culturales no es peyorativo ni excluyente y está anclado en la antropología y no en la estética en la que Brandi se apoyaba.¹⁰⁴ Llama la atención la dificultad que tiene el autor para notar las diferencias entre los criterios para la salvaguarda de los bienes muebles e inmuebles aunque esto bien podría obedecer al intento de lograr una teoría única y general de la restauración consecuente con su esteticismo. Finalmente, su posición resulta difícil de comprender porque los problemas de rehabilitación aparecen como ajenos a los de restauración¹⁰⁵, son de segundo orden y escapan a la “doble polaridad artístico-histórica”.

2.5 Pragmatismo inglés

Sherban Cantacuzino publicó en 1974 el libro *Nuevos usos para edificios antiguos*¹⁰⁶ con el que marca una nueva etapa en la reutilización de edificios históricos ya que sistematiza una serie de experiencias en algunos países centrales y ubica de manera pragmática los problemas típicos a los que se enfrenta quien trate estos temas. El libro contiene 73 casos agrupados por sus usos originales: iglesias, monasterios, recintos amurallados, casas, escuelas, lonjas de cereales, pajares y graneros, molinos, fábricas de cerveza, almacenes y

¹⁰³ Ibid, p. 139

¹⁰⁴ La Carta de Venecia de 1964 utilizó el concepto de “bienes culturales” en lugar de “obras de arte” como se usaba anteriormente.

¹⁰⁵ En Fundamentos..., p.30, Chanfón sostiene que la obra de Brandi es de carácter idealista y que sólo se refiere al problema de la pintura, aunque alude continuamente a las obras de arte en general, incluyendo a la arquitectura.

edificios industriales e incluso estaciones de bombeo. La mayor parte de los casos corresponden al Reino Unido, otros a Estados Unidos y los menos a Alemania, Italia, Francia, Canadá, Irlanda, Noruega y la ex Yugoslavia. Al decir del autor, el libro se centra en un aspecto específico de la restauración: la necesidad de encontrar usos nuevos cuando los edificios antiguos están amenazados por la obsolescencia.

Cantacuzino se lamenta de que los arquitectos de prestigio —a excepción de Giancarlo de Carlo— no se hagan cargo de realizar rehabilitaciones en centros históricos ya que se trata de un “trabajo creativo además de minucioso.” Esta situación ha cambiado radicalmente en la última década. A medida que los países incrementan de manera exponencial los edificios catalogados por considerarlos de valor patrimonial, como vimos en el capítulo anterior los arquitectos de mayor renombre han ido asumiendo estos trabajos, muchas veces como producto de concursos internacionales.

El libro de Cantacuzino, aunque escaso en análisis teórico, es valioso por la sistematización del problema de la reutilización donde el énfasis se pone en mostrar la creatividad de las intervenciones que algunas veces suponen severas transformaciones al espacio interior. Se ocupa en cada caso del carácter de la construcción original, de las obras realizadas y de la manera de resolver la sustitución de programas. En buena parte de los ejemplos se trata de criterios discutibles para la restauración ya que, parafraseando a Riegl, el principio de novedad se sobrepone al valor histórico.

Cantacuzino se plantea la conveniencia de catalogar los edificios haciendo énfasis en los problemas actuales y potenciales para poder preverlos y para hacer (junto con las asociaciones de vecinos) planes que eviten su deterioro. Recomendaba también que la planificación urbana intentara encontrar una mezcla equilibrada de usos en las áreas centrales y que se prestara particular atención a la búsqueda de usos adecuados para aquellos edificios que perdieron su función original fundamentalmente por el alza en el costo del suelo y por

¹⁰⁶ El primer trabajo sobre el tema apareció en la “Architectural Review” en mayo de 1972. Trataba los edificios pertenecientes a la Tradición Funcional, propios de la revolución industrial y adaptados a nuevos usos.

las migraciones de las zonas habitacionales a la periferia de las ciudades. Como señalaba Pane, los edificios están indisolublemente ligados al desarrollo urbano.

Asimismo, para cada uno de los ejemplos presenta las vicisitudes legales y biográficas involucradas en los procesos de cambio de uso, lo que da una visión más amplia y real del problema. De igual modo, sus observaciones sobre aspectos operativos son de gran valor, al punto de que, como veremos más adelante, algunos restauradores mexicanos las retomaron con variaciones mínimas: “Dos son los requisitos básicos que se deben cumplir para elegir un nuevo destino para una iglesia. Por un lado, el uso al que se le va a destinar al edificio debe ser, en cierto modo, afín tanto al carácter como a las formas del mismo. Así un refectorio o un salón destinado a reuniones y comidas, donde se desarrolle el ritual propio de un grupo de personas que almuerzan juntas, podría considerarse un uso apropiado, con tal de que las cocinas y las áreas de servicio no lesionen la integridad de los espacios principales.”¹⁰⁷

Cantacuzino propone una serie de consideraciones: una iglesia, además de servir como teatro o auditorio para música, conferencias o debates, se puede usar también para exponer arte o como biblioteca, “una actividad no ritual, aunque tranquila y ordenada”. Termina recomendando que a las iglesias las usen las personas y no las cosas y que se evite emplearlas como depósitos aunque esto es preferible a convertirlas por ejemplo en viviendas con las transformaciones estructurales y espaciales que esto supone.

Finalmente plantea que ciertas tipologías de edificios tienen un origen casual: “La planta de iglesia más repetida —nave central y dos laterales— podría haber adoptado otra forma si los primeros cristianos no hubiesen hecho uso de las basílicas romanas; y la tipología del convento podría haber seguido un esquema diferente de no haberse establecido la primera comunidad benedictina en los patios de una villa rústica.”¹⁰⁸

¹⁰⁷ Cantacuzino, *Nuevos usos para edificios antiguos*, p. x

¹⁰⁸ Cantacuzino, *ídem*

Este punto resulta particularmente interesante ya que habla de uno de los procesos típicos de la arquitectura que consiste en adaptar y apropiarse de edificios o tipologías para nuevos usos y que, por otro lado, se produce un proceso de diferenciación y especialización que busca establecer de nueva cuenta las soluciones más adecuadas para cada problema.

2.6 El uso de los monumentos en el discurso de la conservación en México

Uno de los primeros en manifestarse sobre el mal uso del patrimonio construido fue Francisco de la Maza quien, en 1964, aseveró que, “Cuando a un mexicano se le pregunta qué sería bueno hacer con una iglesia retirada del culto, con un claustro abandonado, con una residencia colonial o un palacio porfirista desocupado, respondía automáticamente: museo.”¹⁰⁹ Y continúa su alegato: “El mexicano no sabe que el claustro de la Merced, por ejemplo, debe permanecer por su pura belleza y tiene que justificar, no digamos su restauración, sino su existencia misma, con algún empleo, así sea de hemeroteca de microfilmes de mediados del siglo XIX.”¹¹⁰ El autor llega al extremo de proponer idílicamente que “iglesias como La Enseñanza o Regina puedan abrirse y cerrarse todos los días sólo para verlas y gozarlas, sin necesidad de que sigan en culto.”¹¹¹

Resulta por lo menos inusual que alguien a mediados de siglo proponga el no uso, sin embargo, como veremos más adelante en cierto sentido tuvo plena razón.

José Iturriaga¹¹², motivado por sentimientos contradictorios de orgullo y de vergüenza, de frustración y de esperanza, dirigió en 1964 un memorando al Presidente Adolfo López Mateos, donde le proponía poner en obra un gran plan autofinanciable para el rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México y que, según el propio autor fue desechado, por la oposición de un celoso Ernesto Uruchurtu, Jefe del Departamento del Distrito Federal

¹⁰⁹ De la Maza, *Arquitectura de los coros...*, p. 24

¹¹⁰ De la Maza, *idem*

¹¹¹ De la Maza, *idem*

¹¹² A Iturriaga se le otorgó la "Medalla de Honor Belisario Domínguez del Senado de la República", correspondiente al año 2001, “como un justo reconocimiento a los servicios que ha prestado a la patria y a la humanidad con su actividad desarrollada y la difusión de sus conocimientos.”

desde 1952. La propuesta de Iturriaga consistía básicamente en peatonalizar buena parte, restaurar fachadas y reordenar los usos de los edificios como un factor reanimador.

Pero lo que sí gestionó con éxito estaba sin embargo marcado por la “ira cívica”. A mediados de los años cincuenta denunció “un caso monstruoso: ante el altorrelieve de la Inmaculada Concepción había un mingitorio con propaganda de médicos especialistas en enfermedades venéreas.”¹¹³ Más adelante, en 1964, logró “dignificar el uso de Santa Teresa la Antigua”, donde se alojaba el archivo histórico de Hacienda para que las naves sirvieran para conciertos de música clásica (actualmente es el Centro de Arte Experimental); logró también la expropiación y recuperación de la fachada del templo de San Felipe Neri, ocupada desde 1861 por el Teatro Abreu.

En el texto incorporado al Dictamen por acuerdo de la Comisión de la Medalla Belisario Domínguez, se mencionan algunos de los comentarios de Iturriaga sobre el mal uso de los monumentos: La incuria había convertido el Palacio de Zuleta en escombros, el Palacio del Arzobispado, en antihigiénica guardería infantil, la Cárcel Perpetua del Santo Oficio, en una bodega de linóleos, la casona del Conde de Heras y Soto, en la terminal de una empresa de paquetería, la iglesia de San Miguel en hotel de paso, el viejo oratorio de San Felipe Neri, en taller mecánico, la planta baja de la primitiva sede de la Universidad, en cantina y urinario público de emergencia, las crujías del convento de Jesús María, en salones de billar, y las viejas residencias coloniales en casas de vecindad miserables y promiscuas. No hay duda de que Iturriaga percibía estos usos como degradantes e incompatibles con los monumentos de primer orden. A él no se le escapaba lo que a muchos: el valor simbólico del uso de los edificios.

Otro personaje destacado dentro del campo de la conservación y de la restauración es José Villagrán García (1902-1982), cuyo interés se puso de manifiesto durante los últimos veinte años de su vida. En 1967 se publicaron las conferencias que había dictado un año antes en el Colegio Nacional con el título de *Arquitectura y restauración de monumentos* y además fue el primer presidente del Comité Mexicano del Consejo Internacional de Monumentos y

¹¹³ Iturriaga, “Contribuciones para el rescate...” p. 86

Sitios (ICOMOS). No deja de llamar la atención que el principal difusor del funcionalismo¹¹⁴ en México desde los años veinte se convirtiera a la postre en el más importante teórico de la arquitectura oficial por generaciones y de que se ocupara precisamente de la conservación de monumentos. Es difícil encontrar dos posturas tan opuestas como el funcionalismo y la conservación de los bienes culturales por el lugar que ambas otorgan a las tradiciones y a la historia.

Una de las razones que explican esta dualidad en los variados intereses de Villagrán radica sin duda en el hecho de que él no era precisamente un funcionalista como se lo suele presentar. Se trataba más bien de un arquitecto montado en la tradición clásica, seguidor de la tratadística clásica incluyendo la tríada vitruviana de las simetrías y de los trazados reguladores. También muy influenciado por el último Beaux-Arts de Guadet, buscó a través de los caminos más rebuscados conciliar lo irreconciliable, pero eso sí, era un hábil operador del lenguaje moderno.

Sin detenernos en el carácter acientífico¹¹⁵ de las ponencias de Villagrán, nos limitaremos a comentar algunos aspectos de su concepción sobre la axiología arquitectónica y la restauración que, además, eran las mismas para ambas disciplinas.

Para Villagrán el programa era el principio de la composición y lo entendía de un modo mucho más amplio que lo usual como "...el conjunto de necesidades por satisfacer un problema cualquiera: estas necesidades (...) son de dos clases: las generales y las particulares. Son las primeras: el medio físico, el medio social-económico, el psicológico-social, la tradición, el medio intelecto-social, la industria mundial. Son las necesidades particulares, las directamente especiales del programa a resolver: económicas, de funcionamiento, de capricho, de sistema constructivo a emplear, de clima regional, de condiciones personales del arquitecto en relación con su cliente y consigo mismo,

¹¹⁴ Desde sus inicios, habría dos líneas diferenciadas del funcionalismo en México, una de ellas, la conservadora, que es la encabezada por Villagrán, según lo expone Rafael López Rangel en *La modernidad arquitectónica en la arquitectura mexicana*.

¹¹⁵ El análisis crítico de la ideología arquitectónica de Villagrán fue realizado con gran profundidad por Ramón Vargas Salguero y por Daniel Schávelson.

etcétera.”¹¹⁶ Sin embargo, para Guadet, el gran teórico francés de fines del siglo XIX, también el último tratadista y principal influencia en Villagrán, el programa era simplemente algo que el cliente debía entregar al artista, “al cliente el programa, al arquitecto la solución” y no era un objeto de investigación desmesurado realizado por el propio arquitecto.

Villagrán veía en lo útil una doble significación. Lo útil conveniente o útil económico que consiste en el “aprovechamiento del espacio delimitado o habitable, llámese circular, estar, iluminar, airear.” Mientras que lo útil mecánico-constructivo radica en que “Toda forma arquitectónica obedece a un programa.” En palabras más sencillas, conjunta dos conceptos vitruvianos que habían sido mantenidos como categorías distintas: la *utilitas* y la *firmitas*. El ejemplo que cita Villagrán de lo útil-mecánico-constructivo es la Catedral Metropolitana: “La amplitud de las naves está condicionada preliminarmente a su destino como circulaciones y como espacios de estar. Las alturas escalonadas de la nave central a las laterales y a las capillas, permiten la iluminación diurna admirablemente adecuada al clima local y a las exigencias del culto. Los espacios edificados o delimitantes (debería llamar elementos constructivos) del espacio útil de las naves (pilares, cubiertas abovedadas, arcos botareles, los muros que forman las capillas laterales, ¿son útiles? Indudablemente que lo son; están sirviendo para distintas funciones: unas distributivas, otras defensivas y otras eminentemente mecánicas de resistencia. Son de tal modo útiles que sin su adecuación a las complejas finalidades a que se destinan en el organismo arquitectónico, el edificio vendría por tierra o no sería una catedral.”¹¹⁷

Es bastante común percibir a la arquitectura histórica como perfecta desde lo formal, lo constructivo, lo funcional y hasta por el carácter, y por la descripción de Villagrán se tiene la impresión de que la catedral fue diseñada de una sola vez y de que es el producto de una invención única para la características de la Ciudad de México, a pesar de que ni la planta basilical, ni las de cinco naves, ni las capillas laterales, son propias de las catedrales ni mucho menos exclusivas. Son, por el contrario, el producto de un proceso histórico muy

¹¹⁶ Villagrán, *Teoría de la arquitectura*, p. 42

¹¹⁷ Ibid, p. 297

largo y de una forma tipológica claramente establecida. La concordancia perfecta entre obra y programa que hace que cualquier cambio suponga la destrucción o que deje de ser una catedral inhibe sin duda la intervención en los monumentos históricos.¹¹⁸

Villagrán usa los términos composición, programa, género de programa, partido, destino y utilidad y casi no utiliza el término función; en su lugar adopta el de utilidad, propio de la tradición vitruviana y mucho menos específico: “Podría pues afirmarse que el carácter es la conformidad de una obra con su programa particular que es la adecuación a su destino y cuando esta adecuación es perfecta, constituye una modalidad formal que caracteriza en su tiempo y lugar geográfico a cierto genero arquitectónico.”¹¹⁹

Al iniciar el ciclo de tres conferencias que Villagrán pronunció en el Colegio Nacional aseveró que bastaba con “contemplar los conflictos que actualmente presentan los edificios antiguos que se encuentran en uso: templos que funcionan ahora como bibliotecas o museos; antiguos conventos convertidos en escuelas o en oficinas públicas...” y luego: “El arquitecto que restaura o que adapta se plantea el problema de respetar el nuevo programa de funcionamiento antes de conservar las disposiciones y formas del monumento (...) que, sin embargo, ya no responde al nuevo destino, a la economía de hoy y a las nuevas exigencias del gusto.”¹²⁰

De los tres problemas esgrimidos, los dos primeros fueron muy cuestionados y el tercero casi no merece consideraciones. Con respecto a si la obra responde o no al nuevo destino depende del caso, pero es deber de los arquitectos y particularmente de los restauradores hacer algunos análisis para determinar si hay compatibilidad entre el programa propuesto y

¹¹⁸ Cabe recordar que después del incendio del 18 de enero de 1967 originado por una mala instalación eléctrica, la misma catedral fue objeto de arduas polémicas entre el historiador Edmundo O’Gorman, los arquitectos Agustín Piña Dreinhofer y José Luis Benlliure del bando de la “reparación” y, por el otro, por un grupo de arquitectos, Enrique del Moral, Ricardo Robina y Mauricio Gómez Mayorga, llamados de la “renovación”. Los primeros pugnaban por una reconstrucción tal y como era y donde era, mientras que los segundos, basados en argumentos sobre estética y funcionalidad, estaban empeñados en reubicar el Coro y el Altar del Perdón para que el espacio fuera imponente y acorde con la importancia del monumento. Lo singular de este debate es que ambas partes se apoyaban en la Carta de Venecia, lo que habla de la manipulación de que estos documentos son objeto. Por muy adecuada y dobles utilidades que tenga cada elemento de la obra, la solución proyectual será polémica, como lo fue desde su construcción.

¹¹⁹ Villagrán, *ibid*, p. 347

¹²⁰ Villagrán, *Arquitectura y restauración de monumentos*, pp. 4 y 5

la obra histórica. Desde el punto de vista de la conservación, no hay duda alguna que debe primar la obra sobre las adaptaciones para el nuevo uso que seguramente también será temporal. Si la economía de hoy significa seguir la secuencia de creación, destrucción y sustitución, estamos de acuerdo, pero si se está pensado en términos de menores costos económicos y ecológicos, lo más probable es que Villagrán esté equivocado. Y si en lo que se refiere la caducidad estética tuviera razón, sería muy difícil encontrar razones para conservar el patrimonio construido.

La fórmula propuesta por Villagrán para proyectar edificios nuevos y para intervenir monumentos históricos era la siguiente: “La finalidad causal genérica de salvaguardar se aúna a lo programal de cada caso de restaurar; y será sin duda lo que ilumine al arquitecto que restaura, del mismo modo que al arquitecto que crea arquitectura su *programa arquitectónico* ilumina el camino que debe seguir su imaginación.”¹²¹ En todo caso, lo que ilumina los pasos de un restaurador al realizar una intervención es en primera instancia la interpretación del propio monumento por medio de una investigación histórica lo más completa posible contrastada con levantamientos arquitectónicos, de fábrica, de alteraciones y de deterioros.

En las arquitecturas de nueva planta y en las arquitecturas históricas el proyecto juega un papel distinto. Lo que en las obras nuevas debe determinarse de antemano, en las obras de restauración sería casi imposible además de inconveniente seguir un proyecto a rajatabla. La obra antigua se descubre, en ambos sentidos de la palabra, durante la propia obra. Será tarea del restaurador saber entender los datos que ella ofrece para proponer nuevas lecturas del inmueble y su virtud estará en el tratamiento que les asigne a partir de lo proyectual.

La adaptación de la teoría de la arquitectura a la restauración puede resumirse en esta frase: “La totalidad del programa inicial no tendrá ya validez en lo útil-habitable, pues al desplazarse una cultura en el tiempo histórico, con ello varían los programas arquitectónicos generales y muchos de los particulares genéricos. Una arena romana más o menos conservada y en uso como la de Arles o Nîmes, en Francia, cuando sirven para

¹²¹ Ibid, p. 17

corridas de toros, sus distribuciones y las mismas graderías y sus accesos resultan ostensiblemente incómodas y hasta inconvenientes al compararse con las facilidades que ofrece un caso de construcción actual.”¹²²

No hay duda que para un pensamiento funcionalista un nuevo uso sólo supone pérdida, lo que fue útil y bello ya no lo es. Mucho menos comparado con las construcciones contemporáneas que responden a las necesidades actuales.

Aunque Villagrán señala como un problema la cuestión de los cambios de uso de edificios históricos, lo percibe más como arquitecto que como restaurador. El problema se reduce a la incomodidad de esos recintos y no a las alteraciones provocadas en ellos a raíz de los trabajos de adecuación. Tampoco da ninguna pista de sus reflexiones en torno a los usos compatibles ni sobre el destino que se puede dar a los edificios patrimoniales.

A partir del triunfo de la abstracción moderna, los arquitectos y los ciudadanos en general perdimos la capacidad de interpretar el carácter de los edificios históricos, de modo que actualmente es difícil que alguien censure la conversión de una cárcel en nada menos que el Archivo General de la Nación.¹²³ Seguro que lo opuesto sería rechazado, y no por cuestiones de carácter, sino por asuntos morales y por la “puesta en valor” de los monumentos, temas estos que abordaremos en el tercer capítulo.

La idealización de los valores permanentes e inmutables que suponen soluciones perfectas como la de la catedral, donde habría una identidad indisoluble entre forma, función y carácter, inhiben cualquier intervención en los monumentos históricos. Es desde esa perspectiva que idealizar las soluciones pasadas torna imposible operar en dichos ámbitos.

Aunque citan a Villagrán, muy distinta es la percepción del problema presentada por Pablo Chico Ponce de León y Jorge Zavala, entre otros. Desarrollan una propuesta muy lúcida y original, según la cual una de las finalidades de la restauración arquitectónica es la de

¹²² Ibid, p. 20

¹²³ Sobre la adaptación de Lecumberri para el Archivo General de la Nación ver el artículo de Jorge Medellín “Recuperación de monumentos históricos y su integración urbana”

devolver la habitabilidad del monumento. Parafraseando a Brandi, quien afirmó que la restauración debía conciliar la instancia histórica con la estética, los autores plantean que “esta dialéctica radicaré más bien en la conciliación de la historicidad y de la actualidad del monumento”¹²⁴ y señalan las que serían para ellos las contradicciones más importantes:

- a. Con los procedimientos, técnicas y materiales empleados en la restauración
- b. Con el uso o destino que se asigne al monumento
- c. Con la intencionalidad o necesidad de conservar o eliminar agregados o de hacer nuevos agregados.

Y con respecto a la posibilidad de dotar de un nuevo uso a un monumento, consideran que la excepción la constituiría la ruina. Aunque esto parece de alguna manera reproducir el discurso dominante de fines del siglo XIX y principios del XX, en realidad, no es así. Por ejemplo, en el caso del claustro del ex convento de Tecamachalco en Puebla que, “aunque se encuentra en un aparente estado ruinoso”, no puede considerarse como tal, ya que “sus mismos elementos contienen la suficiente información para restituirle las condiciones de habitabilidad.”¹²⁵ Finalmente, hacen una serie de recomendaciones para evaluar la cuestión de los nuevos usos, tales como: definir las posibilidades de habitabilidad; investigar la demanda social con la participación directa de la comunidad y determinar la potencialidad de usos del monumento de acuerdo con sus características estructurales, formales y su carácter histórico, así como una descripción de la función del arquitecto, la cual consiste precisamente en conciliar estos requisitos y contradicciones para no distorsionar el testimonio histórico.

En Puebla se llevó a cabo el VII Simposio Interamericano de Conservación del Patrimonio Monumental. Uso contemporáneo de los edificios. Allí se concluyó que “La utilización de monumentos con fines culturales sigue siendo una buena alternativa cuando se plantea como consecuencia de las necesidades sociales reales y de monumentos, cuya vocación

¹²⁴ Chico Ponce de León, *Teoría y práctica en la conservación de un monumento....*, p. 75

¹²⁵ Ibid, p 78

original y sus espacios se adaptan o puedan adaptarse fácilmente a esos fines.”¹²⁶ Es común que se atribuya a los monumentos alguna vocación como si fuera algo inmanente y quizás como manera de justificar intuitivamente el nuevo destino; cabe recordar que ese mismo término fue utilizado por Louis Kahn como una pregunta válida durante el acto de diseño.

Posteriormente se realizó el Simposio sobre “Patrimonio, museo y participación social,”¹²⁷ donde se incluyó una mesa coordinada por Ramón Bonfil —actual presidente del ICOMOS México— llamada “Los edificios históricos. Uso y nuevos usos”. En ella participaron como ponentes: Salvador Aceves, Jaime Ortiz Lajous, Javier Villalobos, Carlos Flores Marini, Rocío Garza, Francisco López, Sergio Zaldívar, Esperanza Ramírez y por Brasil estuvo Paulo Ormino de Azevedo.

Allí se plantaron con bastante homogeneidad de pensamiento —a excepción de Ormino de Azevedo que le adjudicó a la refuncionalización de edificios históricos un rol importante en la resolución de los problemas relacionados con la carencia de vivienda en los centros históricos— una serie de consideraciones como el cambio de uso del suelo de vivienda a comercio en los centros históricos y otras vinculadas con la obsolescencia funcional como lo que señalo Villalobos, “Todos sabemos que las necesidades y las condiciones del pasado en muchos casos nada tienen que ver con el presente, esto fundamentalmente puede enfocarse hacia aspectos tales como el mobiliario y las instalaciones sanitarias, eléctricas, hidráulicas, sonido y otras especiales.”¹²⁸

Hubo también análisis y críticas a casos concretos de edificios ya adaptados para nuevos usos y recomendaciones sobre la conveniencia de que los nuevos destinos no se alejen de las necesidades sociales mientras exista compatibilidad entre el nuevo programa y las características tipológicas del monumento; que se proteja a los monumentos del abandono o

¹²⁶ Organizado por el ICOMOS México y llevado a cabo entre el 8 y el 12 de octubre de 1986. Lamentablemente sólo se publicaron la declaración, las conclusiones y las recomendaciones, no así las ponencias. Ver *Conservación del patrimonio monumental*, pp. 57-60.

¹²⁷ El simposio se desarrolló en México D.F. entre el 28 de mayo y el 2 de junio de 1990, promovido por el Programa Regional de Desarrollo Cultural (OEA) y su organización estuvo bajo la responsabilidad de la Escuela Nacional de Restauración, Conservación y Museografía “Manuel Castillo Negrete”.

desuso y de la sobreutilización o sobreuso; que si bien se entiende que los monumentos deben ganarse la vida debe cuidarse de no prostituirlos.

Dos ponentes, Aceves y Ortiz Lajous, se pronunciaron por la conveniencia de mantener el uso original, “A riesgo de caer en la obviedad diré aquí que el uso ideal para cualquier inmueble es el que le dio origen a su existencia —el uso original— o el o los usos que históricamente ha ido asimilando”¹²⁹ y el segundo “...en principio nos parecería ideal que se conservara su destino original.”¹³⁰ Este punto resulta muy discutible, en primer término, hay muchos usos que ya no existen, cuestión que ya había observado Palladio hace bastante tiempo, y a veces mantener un uso implica mayores cambios en la arquitectura que implantar uno nuevo. Sin embargo, la reflexión tiene sentido, no ya desde el punto de vista de la conservación del monumento, sino por mantener las prácticas sociales en sus ámbitos, cuestión, por cierto, para nada despreciable.

Resulta interesante enumerar los criterios expuestos para adecuar los edificios históricos: Para Lajous: “La adaptación o reutilización de monumentos históricos para usos nuevos o diferentes de su destino original para el cual fue diseñado, debe partir del análisis de la vocación del inmueble...”¹³¹ Ramírez observa que “La compatibilidad de usos hace que no se altere la esencia arquitectónica.”¹³² Por el contrario, Ormino de Azevedo propone el método tipológico “Una contribución metodológica importante para esta cuestión fue dada por los arquitectos Cervellati, Scannavini y De Angelis, (...) Según esa propuesta, la conversión de un edificio a otra función sólo es permitida si existe compatibilidad tipológica entre las dos funciones.”¹³³

Una investigación particularmente interesante es la que presentó Ramírez sobre la zona histórica de Morelia con el objeto de elaborar un plan de conservación urbana. Uno de sus capítulos estuvo destinado a analizar los “usos del suelo de los inmuebles”. El estudio,

¹²⁸ Villalobos, “Tres museos...”, p. 51

¹²⁹ Aceves, “Uso y destino del patrimonio construido”, p. 39

¹³⁰ Ortiz Lajous, “Edificios históricos...”, p. 47

¹³¹ Ortiz Lajous, ídem

¹³² Ramírez, “Tiempos nuevos en arquitectura vieja...” p. 74

¹³³ Ormino de Azevedo, “La integración social de los monumentos...” p. 44

basado en el seguimiento de usos, deterioros y alteraciones, tomó como muestra a 163 inmuebles “declarados intocables” en 1956 y agrupados en los siguiente rubros: religioso, comercial, cultural, recreativo, habitacional, servicio y vacío. Esto con el objeto de contar con datos ciertos sobre la posible compatibilidad de usos. Sus conclusiones fueron que las incompatibilidades alteran la esencia arquitectónica y que “la permanencia del uso original ha traído la conservación del inmueble (...y que) la compatibilidad de usos hace que los inmuebles no alteren su esencia arquitectónica.”¹³⁴

Vicente Flores Arias propone una metodología de análisis de compatibilidad que consiste en cruzar tres variables: uso, espacio construido y tiempo. Con el objeto de “valorar cuantitativamente qué tanto se afecta el factor espacio construido en función del nuevo uso o para hacer viable la funcionalidad de una propuesta.”¹³⁵ Con base a una matriz muy sencilla establece tres alternativas posibles:

1. Uso diferente-Espacio diferente: *modificaciones sustanciales*
2. Uso similar-Espacio similar: *modificaciones no sustanciales*
3. Uso idéntico- Espacio idéntico: *sin modificaciones sustanciales*

Es de presumir que la metodología para el análisis de compatibilidad que Flores presenta parte de un presupuesto funcionalista y se trata de suponer que existe una concordancia directa entre el uso y el espacio arquitectónico.

2.6.1 Antropología urbana y cultural

El trabajo de Ana Rosas Mantecón está enmarcado en la antropología urbana y comprende al patrimonio como una construcción social donde existen jerarquías simbólicas claramente establecidas, “tiende a valorarse más lo prehispánico que lo colonial, lo arquitectónico que lo intangible, lo monumental que lo popular.”¹³⁶ Rosas realizó una gran cantidad de

¹³⁴ Ramírez, p. 74

¹³⁵ Flores, “Aspectos teóricos y prácticos ...”, p. 57

¹³⁶ Rosas, “La monumentalización del patrimonio”, p. 190

encuestas y entrevistas pero hay una que es esclarecedora sobre los temas que nos ocupan. Preguntó sobre el uso deseable de un convento rehabilitado: “Frente a las opciones de convertirlo en un museo (36.3%), escuela (31.6%) y biblioteca (12.2%), es destacable el bajo porcentaje que consideró usos menos sacralizados y más cotidianos como vivienda (2.9%), hospital (7.1%), gimnasio (1.3%) u oficina (0.8%).”¹³⁷

La interpretación de la autora acusa el distanciamiento y la reverencia hacia los monumentos, la asociación entre el monumento (y por lo tanto el pasado) con un uso educativo, mientras que lo lúdico se descarta como posibilidad. Sin embargo, hay algo que no señala y es que aceptando que hay una jerarquía simbólica de los monumentos, la hay también de los usos. Finalmente, lo que Rosas establece es el grado de compatibilidad simbólica entre los monumentos y los usos, cuestión que no tiene nada que ver con la compatibilidad entre obras antiguas y programas modernos que es la forma en que los arquitectos suelen presentar el problema.

A manera de cierre se pudo asegurar que a pesar de las visiones contrapuestas, hacia mediados del siglo XIX, y sobre todo a principios del siglo XX, se va estructurando un consenso sobre lo que es reutilizable y lo que no. Con respecto a la pérdida de las funciones originales, resulta claro, como posteriormente lo señalaron Pane y Gazzola, que este no es el problema de fondo, sino el que se refiere al tipo de adaptaciones que se deben realizar en un inmueble antiguo para mantenerlo en uso.

Si la restauración de los monumentos tiene por objeto por un lado, restituirles alguna o varias de las propiedades perdidas y, por el otro, prolongar su vida útil, el aporte de elementos nuevos (integraciones) es el medio que hace posible lograr su permanencia o dotar a la obra de nuevas capacidades que le permitan seguir funcionando sin afectar su identidad.

¹³⁷ Ibid, pp. 194 y 195

Capítulo III

CARTAS Y LÍMITES LEGALES EN EL USO DE LOS MONUMENTOS

Este capítulo consiste en un breve recuento de la ideología que prevaleció durante el siglo XX sobre la conservación y restauración de inmuebles —en particular en lo que se refiere a las recomendaciones en torno al uso que deben tener los bienes construidos—, y que quedó plasmada en una serie de convenciones, acuerdos y leyes de carácter tanto nacional como internacional.

Con ese objetivo, el capítulo se dividió en tres secciones: La primera se dedica a una revisión de los documentos más importantes y de las “cartas” internacionales sobre el tema. La segunda se refiere concretamente a las “cartas” producidas en Italia, mientras que la tercera se ocupa de la historia del marco legal en México y, fundamentalmente, de los límites que este impone al uso de los monumentos.

Existe una gran cantidad de documentos de muy diversa naturaleza sobre la protección del patrimonio monumental o cultural. Por su ámbito de competencia, algunos tienen alcance regional, nacional, intercontinental o internacional y la mayor parte se limita a dar recomendaciones. Unos pocos adquieren forma de “convenciones” que son suscritas por los estados y que a su vez los obligan jurídicamente. En el caso específico de México, se requiere la ratificación del Senado de la República para que obtengan carácter legal. Sin embargo, en el marco de la globalización, existe un movimiento dentro del ICOMOS que busca formar un tribunal internacional para juzgar los delitos contra el mal uso de los bienes culturales en cualquier lugar del mundo y que, de lograrse, operaría como el Tribunal de la Haya.

El problema de la conservación de monumentos es antiguo, incluso anterior a nuestra era, pero la fundamentación, las técnicas y los criterios sólo fueron aceptados universalmente en el siglo XX. Las cartas internacionales sobre conservación y restauración tienen su origen en la reunión de un comité de expertos que se llevó a cabo en Atenas durante el período entre las dos guerras. Buena parte de los avances y nuevos criterios se fueron volcando

paulatinamente en estos documentos que han sido fuertemente criticados por ser fórmulas esquemáticas, estériles o dogmáticas y porque su redacción se asemeja a los textos legales, a los manifiestos y a las proclamas. En muchos casos son más bien expresiones de deseo que instrumentos que influyen en los gobiernos y en los propios operadores del patrimonio.¹³⁸ Pero más allá de su utilidad legal, tienen un valor incuestionable: se encuentra en ellos el estado del pensamiento en el momento de su redacción a través de la reflexión de los distintos comités en diferentes circunstancias históricas; funcionan como una especie de guía moral para la intervención en los bienes culturales; permiten apreciar el cambio de terminología con respecto a las cuestiones relacionadas con la conservación y la restauración de monumentos, además de representar una fuente por demás valiosa de elementos técnicos.

Los conceptos ligados a lo que hoy llamamos patrimonio cultural y al campo de lo que es digno de preservarse han cambiado y se han ampliado notablemente durante el último centenar de años. El reconocimiento y atribución de valores al patrimonio histórico construido influye sin duda en el uso que pueda darse a los monumentos.

La mera revisión de algunos títulos permite notar la cantidad de temas que se van incorporando al patrimonio de la humanidad, por ejemplo, la Resolución sobre la protección de monumentos de la arquitectura popular y sus conjuntos (Brnő, 1971); la Carta del turismo cultural (Bruselas, 1976); la Carta de los jardines históricos (Florenia, 1982); la Carta internacional para la protección y gestión del patrimonio arqueológico (1990) y la Carta para la protección y gestión del patrimonio cultural subacuático (Sofía, 1996). Resulta evidente que los bienes culturales considerados de valor patrimonial cada vez son más, así como más especializadas las recomendaciones para su conservación.

¹³⁸ Renato Bonelli, uno de los fundadores de la llamada “restauración crítica”, sostiene que la intervención en monumentos históricos no se puede reducir a fórmulas generales y esquemáticas. La propia obra debe sugerir al autor el camino que se debe adoptar con sensibilidad histórica y juicio crítico. También en México, los dos exponentes más importantes sobre la teoría de la restauración discrepan sobre la utilidad y los conceptos vertidos en ellas. Para Salvador Díaz-Berrio, la única carta realmente valiosa es la emitida en Venecia en 1964. Por el contrario, para Carlos Chanfón Olmos ésta se centra en inhibir cualquier acción sobre los monumentos con el argumento de que “la restauración termina donde comienza la hipótesis”, ya que considera como incorrecto el sentido que se le dio a la palabra hipótesis.

En este caso centramos la atención sobre el discurso cambiante y lleno de matices en torno al uso que se debe dar al patrimonio arquitectónico, donde aparecen los términos y conceptos de monumento, bien cultural; conservación, conservación integral, preservación, restauración, revitalización, renovación funcional, adaptación, usos, función y destino.

3.1 Tratados y convenciones internacionales sobre el uso del patrimonio

Atenas, 1931

Carta Internacional de la Restauración de Atenas, emitida por la Conferencia Internacional de Expertos para la Protección y la Conservación de los Monumentos de Arte y de Historia, convocada por la Oficina Internacional de Museos y dependiente de la Sociedad de las Naciones

Venecia, 1964, aprobada por el ICOMOS en 1965

II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos

Las Normas de Quito, 1967

ICOMOS, Informe final de la reunión sobre la preservación y la utilización de monumentos y de sitios del valor artístico e histórico. Declaración de los presidentes de América sobre la conservación y la utilización del patrimonio cultural

Amsterdam, 1975

Carta Europea del Patrimonio Arquitectónico y la Declaración de Amsterdam

Nairobi, 1976

Salvaguarda de los conjuntos históricos o tradicionales y de su ambiente en la vida contemporánea

Berlín Oeste, 1982

Conclusiones de la Conferencia General

Oxford, 1969

Coloquio sobre la conservación, preservación y valorización de monumentos y sitios en función del desarrollo del turismo cultural

Burra, 1979, revisiones: 1981, 1988, 1999

Carta del ICOMOS Australia para sitios de significación cultural

Granada, 1985

Convención para la salvaguarda del patrimonio arquitectónico de Europa

Toledo, 1986; Washington, 1987

ICOMOS, Carta internacional para la conservación de poblaciones y áreas urbanas históricas

Las cartas italianas del restauro

1883 A cargo de Boito

1932 Redactada por el Consiglio Superiore per le Antichità e le Belle Arti

1972 Emitida por el Ministerio de Instrucción Pública

1987 Carta CNR, coordinada por Marconi

3.1.1 Congresos de carácter general***Carta de Atenas de 1931***

La carta sintetiza las conclusiones de la Conferencia de Atenas convocada por la Oficina Internacional de Museos, dependiente de la Sociedad de las Naciones. Se puede afirmar que esta conferencia establece los criterios de la restauración moderna en un primer acuerdo

internacional. La mayor parte de los diez artículos¹³⁹ que la componen está profundamente influenciada por Camillo Boito, quien había fallecido unos años antes, y se basa en considerar a los “monumentos históricos y artísticos” como bienes públicos, así como a limitar las reconstrucciones excesivas.

Pero es el segundo punto el que nos interesa: “La Conferencia recomienda mantener, cuando sea posible, la ocupación de los monumentos asegurando así su continuidad vital, con tal de que el destino moderno respete el carácter histórico y artístico de la obra”. Lamentablemente, este documento quedó opacado y suele confundirse con otro del mismo nombre que se redactó dos años más tarde, me refiero a la Carta del Urbanismo de 1933, perteneciente al segundo congreso de los CIAM. Fue impulsada por Le Corbusier e ideológicamente es radicalmente opuesta a los criterios de conservación que encabezaba Giovannoni en 1931.

Carta de Venecia, 1964

Sin duda es el documento de mayor influencia para la interpretación de los bienes culturales y la actuación sobre ellos. Comienza como los manifiestos de arte moderno, de manera poética y militante: “Cargadas de un mensaje espiritual del pasado, las obras monumentales de los pueblos continúan siendo en la vida presente el testimonio vivo de sus tradiciones seculares. La humanidad, que cada día toma conciencia de la unidad de los valores humanos, los considera como un patrimonio común, y de cara a las generaciones futuras, se reconoce solidariamente responsable de su salvaguarda. Debe transmitirlos en toda la riqueza de su autenticidad.” Esta carta aparece marcada por las ideas de Cesare Brandi con respecto al par histórico-artístico como componente de la obra de arte y de la necesidad de respeto por la doble historicidad. Participaron en su redacción, entre otros, Roberto Pane por Italia y Carlos Flores Marini por México.

¹³⁹ La parte más cuestionada de la Carta es aquella que en el Art. V asevera que “aprueban el uso juicioso de todos los recursos de la técnica moderna, y muy especialmente del cemento armado”. El uso del cemento mostró rápidamente sus efectos negativos sobre los mármoles del propio Partenón y hubo que hacer una restauración de la restauración dando lugar a un sinnúmero de reflexiones sobre la conveniencia de la mantener también las técnicas y/o materiales originales. Quizás las más elaboradas y desarrolladas en la práctica fueron las de Paolo Marconi.

Puede aseverarse que las cartas posteriores no han hecho sino reescribir algunos de sus postulados o bien complementar diversos tópicos.

Artículo 5. “La conservación de los monumentos se beneficia siempre con la dedicación de estos a un fin útil a la sociedad; esta dedicación es pues deseable pero no puede ni debe alterar la disposición o la decoración de los edificios. Es dentro de estos límites donde se deben concebir y se pueden autorizar los arreglos exigidos por la evolución de los usos y las costumbres.”¹⁴⁰

Salvador Díaz-Berrio asevera que “Es difícil considerar inútil una obra artística o histórica, ya que en cuanto podamos contemplarla será útil”¹⁴¹ y una precisión interesante del autor es que la ruina arquitectónica o los monumentos abandonados no deben llamarse edificios “pasivos”, ya que “poseen los mismos valores de las obras pictóricas, escultóricas o históricas (...) en cuanto permiten que exista una comunicación entre el observador o el estudioso y la obra...”¹⁴² Para usarlo integralmente, Díaz-Berrio propone una adaptación recíproca, “las de las necesidades de habitabilidad actual al organismo antiguo respetando todos sus elementos y la de la estructura antigua a las necesidades actuales.”¹⁴³

La referencia al uso social no deja de guardar cierta ambigüedad porque, de hecho, todos los usos son sociales. Hay quienes, como el arquitecto brasileño Paulo Ormino de Azevedo, lo critican desde una perspectiva de izquierda, debido a que consideran que el nuevo uso debe ser social y no sólo “deseable”, como señala la mencionada carta. “Es una concepción en la línea de la intangibilidad de los monumentos defendida en el siglo pasado por John Ruskin que no conduce a nada. Mejor sería establecer criterios para la refuncionalización, semejantes a los sabiamente recomendados para la restauración que, como la refuncionalización, es un mal necesario.”¹⁴⁴ Para Azevedo carece de sentido seguir llenando los centros históricos con centros culturales como archivos y bibliotecas, mientras millares de pobladores viven hacinados sin las más mínimas condiciones de salubridad y

¹⁴⁰ Traducción de Díaz-Berrio. Las demás coinciden en el sentido.

¹⁴¹ Díaz-Berrio, “Comentarios a la Carta de Venecia”, p. 15

¹⁴² Ibid, p. 16

¹⁴³ Ibid, p. 17

seguridad. La reutilización de los monumentos debe tener un sentido social en lugar de centrar el problema en su “decoración”.

Esta crítica apunta contra las concepciones sustancialistas¹⁴⁵ que tienen mayor asidero entre las clases dominantes y otorgan prestigio a los poseedores de monumentos, sean estas personas o instituciones.

3.1.2 Los monumentos y los fines turísticos

Entre otras, hay tres cartas clave en la promoción del patrimonio cultural con fines turísticos: la primera se conoce como Las Normas de Quito, 1967, la segunda proviene de un coloquio organizado por el ICOMOS en Oxford en 1969 sobre “la conservación, preservación y valorización de monumentos y sitios en función del desarrollo del turismo cultural” y la tercera corresponde a la Carta de Turismo Cultural, 1976.

Las Normas de Quito, 1967

Son documentos de carácter latinoamericano y tienen como antecedente a La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Viajes Internacionales y Turismo de Roma, 1963. En Quito se partió de algunas premisas: “la puesta en valor debe entenderse que se realiza en función de un fin trascendente que en el caso de Iberoamérica sería contribuir al desarrollo económico de la región”; se afirma el doble valor del patrimonio cultural, como valor económico e instrumento de progreso, y los valores culturales no se desnaturalizan ni corrompen al vincularse con los intereses del turismo. En ese sentido, los monumentos cumplen una función similar a la naturaleza o a la industria.

¹⁴⁴ Ormindo de Azevedo, “La integración social de los monumentos...”, p. 43

¹⁴⁵ Canclini en “El patrimonio cultural...”, p. 70, señala que hay por lo menos cuatro paradigmas político-culturales, desde los que se definen los objetivos de la preservación del patrimonio. Al primero lo denomina como el “*tradicionalismo sustancialista*”, de acuerdo con el cual, los bienes históricos se juzgan únicamente por el valor que tienen en sí mismos y porque conciben a la restauración como independiente de su uso actual (...) su rasgo común es la visión metafísica, ahistórica, de la humanidad o del *ser nacional*.” Los otros corresponden a la concepción *mercantilista*, muy ligada al turismo, la visión *conservacionista* y

Las Normas de Quito promovieron una solución sesgada por el anhelado proceso de modernización e industrialización de los países de América del Sur por encima de la conservación de los ámbitos tradicionales. “En síntesis, la puesta en valor del patrimonio monumental y artístico implica una acción sistemática, eminentemente técnica, dirigida a utilizar todos y cada uno de esos bienes conforme a su naturaleza, destacando y exaltando sus características y méritos hasta colocarlos en condiciones de cumplir a plenitud la nueva función a la que están destinados”. En otras palabras, con la promesa del desarrollo en la mira, se permite ahora manipular el patrimonio monumental.

Dentro de un marco predominante de políticas desarrollistas, bastante más optimistas que la de los tiempos posteriores, se planteó la conveniencia de utilizar los bienes culturales (materiales) para el desarrollo económico de las regiones supeditando los monumentos a un uso turístico, sin indicar restricciones a los daños que el turismo masivo suele ocasionar. Pero dos años más tarde, en Oxford, en un coloquio organizado por el ICOMOS sobre “la conservación, preservación y valorización de monumentos y sitios en función del desarrollo del turismo cultural,” se previno sobre la necesidad de “asegurar la protección efectiva del patrimonio monumental contra los excesos de su explotación con fines turísticos.”

Aunque la lectura de la carta puede resultar excesivamente mercantilista, dentro del contexto de la retirada progresiva de los estados nacionales de ámbitos tales como la cultura, la salud y la vivienda, se acepta por lo general que los recursos para restaurar el patrimonio monumental deben autofinanciarse.

En estos momentos se está desarrollando en México un programa conjunto entre la Secretaría de Turismo y el INAH para apoyar financieramente los proyectos de reconversión de ex haciendas o construcciones rurales en paradores turísticos, como se realizó en España de manera muy exitosa.

monumentalista que está ligada al Estado y, finalmente, la *participacionista* que subordina los usos de los bienes a las necesidades sociales.

Carta del turismo cultural, 1976

La Carta entiende al turismo cultural como un hecho social, humano y cultural irreversible y lo considera muy positivo, sin embargo, advierte: “el turismo cultural no puede considerarse desligado de los efectos negativos, nocivos y destructivos que acarrea el uso masivo e incontrolado de los monumentos y los sitios”.

En poco más de diez años la percepción sobre los efectos del turismo, particularmente el masivo, cambiaron radicalmente.

3.1.3 Propuestas para la revitalización de los centros históricos

Por su carácter urbano, estas propuestas guardan un enfoque distinto de las que se ocupan de los monumentos como objetos aislados y sin entornos. Sólo mencionamos algunas de las cartas que atienden el problema del uso a una escala mayor, ya que permiten tener una serie de consideraciones distintas y complementarias de la visión restringida al objeto arquitectónico. Retomando las metáforas biológicas, en estas cartas se habla de revitalización y reanimación que son términos que se aplican usualmente a los centros históricos, y aunque no restamos importancia a estos enfoques, no es objeto de esta tesis abundar en esta perspectiva.

La Carta europea del patrimonio arquitectónico y la Declaración de Amsterdam

El 26 de septiembre de 1975, el Comité de Ministros del Consejo de Europa publicó la Carta europea del patrimonio arquitectónico, cuyos principios se reafirman en la declaración final del congreso sobre el patrimonio arquitectónico que se celebró en Amsterdam del 21 al 25 de octubre de ese mismo año. Se trata de documentos de gran importancia y del mismo ámbito porque inician una corriente de pensamiento sobre la

voluntad de “promover una política europea común y una acción concertada de protección al patrimonio arquitectónico, apoyándose en los principios de la conservación integrada.”¹⁴⁶

De hecho, toda la Carta gira en torno a este concepto de conservación que se define en el punto séptimo como “el resultado de la acción conjunta de las técnicas de restauración y de la investigación de las funciones adecuadas”, en otras palabras, se trata de cómo integrar los monumentos a las necesidades actuales.

El tercer punto de la Carta asegura que: “El patrimonio arquitectónico es un capital espiritual, cultural, económico y social con valores irremplazables” y además se dice que “lejos de ser un lujo para la colectividad, la utilización de este patrimonio es una fuente de economía” y debe pensarse con “justicia social” para evitar el éxodo de los habitantes de condición más modesta.

En el Prefacio a la Carta de Amsterdam se insiste en que una política que modere el crecimiento de las ciudades debe basarse en “utilizar y reutilizar lo existente”: “El esfuerzo de conservación debe ser valorado no sólo en relación con el valor cultural de los edificios sino con su valor de uso.”

El término “rehabilitación” que se había mencionado tímidamente en el Simposio de Avignon de 1968, aparece aquí como la posibilidad de adaptar las estructuras internas de los edificios antiguos al hábitat de la vida contemporánea.

Sobre la base de mantener la memoria histórica, gran parte del esfuerzo de estos documentos está en considerar al patrimonio arquitectónico como un elemento central de la estabilidad social y psíquica de los individuos. Además, se presentan las ventajas, incluso económicas, de mantener el patrimonio arquitectónico en activo.

¹⁴⁶ En el preámbulo de la Carta del Comité de Ministros

Nairobi, 1976

Artículo 33. “La protección y la restauración deberían ir acompañadas de actividades de reanimación. Por tanto sería esencial mantener las funciones existentes que sean apropiadas y, en particular, al comercio y a la artesanía, y crear otras nuevas que, para ser viables a largo plazo, deberían ser compatibles con el contexto económico y social, urbano, regional o nacional en el que se inserten. El costo de las operaciones de salvaguarda no debería evaluarse sólo en función del valor cultural de las construcciones sino también con su derivado de la utilización que puede hacerse de ellas. Sólo cabe plantear correctamente los problemas sociales haciendo referencia a esas dos escalas de valor. Esas funciones tendrían que adaptarse a las necesidades sociales, culturales y económicas de sus habitantes, sin ir en detrimento del carácter específico del conjunto de que se trate. Una política de animación cultural debería convertir conjuntos históricos en polos de actividades culturales y darles un papel esencial en el desarrollo cultural de las comunidades circundantes.”

Berlín Oeste, 1982

Esta carta es una de las que continúan con la línea fijada en Amsterdam en 1975, aunque aquí se abandona la concepción de la “conservación integrada” para dar una mayor importancia a la rehabilitación: “El fin de la rehabilitación es mantener la capacidad de la viviendas existentes para asumir un papel útil a la sociedad (...) será necesario esforzarse en encontrar destinos nuevos y económicos para los edificios antiguos.”

Carta de Granada, 1985

Este convenio sostiene que los gobiernos firmantes “deberán adoptar toda una serie de medidas –legislativas, administrativas, financieras ...– que se dirijan a la salvaguarda y protección del patrimonio arquitectónico”. Indica incluso que la ordenación territorial y los planes urbanos deben situar la protección del patrimonio arquitectónico entre sus objetivos primordiales.

En el apartado sexto se establece que bajo los principios de la “conservación integrada” se debe favorecer “el desarrollo de técnicas y materiales tradicionales, la utilización de los bienes protegidos adaptándolos, siempre que sea posible, a las necesidades de la vida contemporánea y controlando el acceso del público en aquellos conjuntos de especial interés turístico.”

En este punto se abre un tema que no había sido tratado en las cartas anteriores y que sigue siendo un hueco en la legislación mexicana. Es el que se refiere a la intensidad en el uso de los monumentos arqueológicos y arquitectónicos. Con respecto al control sobre el acceso de las personas, el caso más famoso es el de las cuevas de Altamira, donde hay que inscribirse con años de anticipación para poder ver las pinturas rupestres, lo cual ha llevado a las autoridades de Navarra —con clara visión comercial— a concursar y construir una réplica muy cercana y mejorada (desde el punto de vista de la facilidad de acceso), así como un extraordinario museo de sitio encargado a José Navarro Balwing.

Salvador Aceves¹⁴⁷ sostuvo que el abuso y la sobreutilización también pueden llevar a la destrucción total de los bienes arquitectónicos o a su menoscabo profundo e irreversible. Esto puede suceder aún cuando el uso en abstracto no sea necesariamente nocivo. El uso turístico-cultural de Tulúm ha llegado a una intensidad tal que resulta imposible contener el desgaste y la multitud de visitantes que lo saturan durante las temporadas altas y esto no es compatible con la fragilidad natural de sus estructuras y acabados.

Toledo, 1986

Esta carta se presenta como complementaria a la de Venecia de 1964 y como principios y objetivos plantea la necesidad de integrar los barrios y ciudades históricas dentro de un plan coherente de desarrollo económico y social: “Los valores a conservar son el carácter histórico de la ciudad o conjunto y la suma de elementos materiales y espirituales que determinan su imagen.” Especialmente: La forma urbana definida por la trama y el parcelario; la relación entre los diversos elementos urbanos, edificios, espacios verdes y

¹⁴⁷ Aceves, *ibid*, p. 40

libres; la forma y el aspecto de los edificios; las relaciones entre la ciudad y su entorno, bien sea natural o creado por el hombre; así como las diversas funciones de la ciudad adoptadas en el curso de su historia.

Se atiende el problema del sobreuso, generalmente ligado al turismo, “A propósito de la afluencia de visitantes, en cada caso se deberá individualizar un límite máximo de personas en relación a la cubicación del espacio, a las características de las superficies expuestas...”

En el punto 2 del anexo A sobre Instrucciones para la tutela de los centros históricos, se señala que la “Renovación funcional de los organismos interiores, permitida solamente allí donde sea indispensable para los fines de mantenimiento en uso del edificio. En este tipo de intervención es de fundamental importancia el respeto, en cuanto sea posible, de las cualidades tipológicas y constructivas de los edificios evitando funciones que deformen el equilibrio tipológico-constructivo (y también estático del organismo).”

3.1.4 Enfoque culturalista

Burra Burra, 1979, actualizaciones: 1981, 1988 y 1999

Para este documento lo más importante es preservar la cultura de un determinado sitio (lugar, paisaje, edificio o conjunto). La significación cultural del sitio se finca en la fábrica, uso, asociaciones y significados, sin negar el hecho de que los significados puedan variar según los grupos e individuos o incluso como resultado de la nueva información disponible.

La carta propone una serie de definiciones y además incluye las conexiones espaciales que existen entre las personas y los sitios. Este concepto se refiere a que las asociaciones están en función de la forma en que se usa un sitio.

Según este documento: “El uso significa las funciones de un sitio, así como las actividades y prácticas que puedan ocurrir en el mismo,” mientras que un “uso compatible significa un uso que respete la significación cultural de un sitio. Este uso no involucra, o lo hace

mínimamente, un impacto sobre la significación cultural.” Se recomienda que “cuando el uso de un sitio es de significación cultural, debe mantenerse” y se entiende que “adaptación significa modificar un sitio para adaptarlo al uso actual o a uno propuesto”. Por lo tanto, “Continuar, mantener o reinstaurar un uso significativo puede ser una forma de conservación preferible y adecuada.”

Se insiste en la conveniencia de mantener o reinstaurar los usos originales en tanto tengan significación cultural, “La conservación se basa en el respeto por la fábrica, uso, asociaciones y significados existentes. Requiere una aproximación a los cambios tan cautelosa como sea necesario, tratando de que sean los menores posibles.”

Algo francamente inusual es que propone una metodología de intervención en los sitios basada en once pasos que giran en torno a la determinación de los significados. Por ejemplo, se recomienda que: “La fábrica, el uso, las asociaciones y significados existentes deberán ser adecuadamente registrados antes de introducir cualquier cambio en el sitio,” lo cual tiene por objeto lograr una declaratoria que limite los usos compatibles en función de la compatibilidad de los significados. En este sentido, esta carta se convierte en pionera en lo que se refiere a la elección del uso o su restricción, en el respeto por las asociaciones y significados, al mismo tiempo que los “nuevos usos deben comportar cambios mínimos para la fábrica.”

Es por esto que considero que la mayor parte de las veces la reinstalación de las actividades no es ni conveniente ni posible. Tal es el caso de los edificios que fueron conventos de monjas, de los cuales sólo quedan fragmentos de algunos conjuntos. Sin embargo, en la Universidad del Claustro de Sor Juana se llevan a cabo cursos de cocina novohispana. Otros ejemplos de cierta reanimación son los museos de sitio, por ejemplo, el antiguo Palacio de la Inquisición es de manera permanente Museo de Medicina y además suele albergar una exposición de instrumentos de tortura. Hay en estos casos la intención expresa y bien lograda de reactivar o conectar una determinada práctica y saberes sociales con el sitio donde se llevaban a cabo, con el peligro manifiesto de fijar la memoria en un aspecto y de relegar otros. Siguiendo la metáfora de la vida que es tan cara a la restauración, la obra

histórica se vuelve escenario de sí misma, renace en sí misma. Aunque pocas veces se puede restaurar un uso, creo que siempre cabe el recurso de la evocación.

Es difícil entender la conexión entre la actual Biblioteca del Congreso situada desde 1936 (en 1991 tuvo una restauración y reorganización de sus espacios) en lo quedó del templo de las monjas clarisas. Se sabe que a los conventos de monjas entraban muy pocos libros, que casi ninguna sabía leer y que en los de hombres estaban reducidos a meros objetos decorativos.¹⁴⁸ La única razón que justifica la conversión de templos en bibliotecas, como lo dijo Cantacuzino, es que se mantiene un ambiente de recogimiento y una cierta similitud en la disposición del mobiliario.

¿Se pueden reinstalar los significados? Devolver un uso a un edificio como el ex convento de Jesús María después de 140 años, ¿implica también reinstalar significados? Seguramente no y esto equivale a suponer que reconstruir un edificio tal y como era, es lo mismo que contar con el original y que tiene el mismo significado. Todo esto recuerda al famoso cuento de Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, aquel francés que copia textualmente la obra magistral de Cervantes. Según Borges, “Componer el Quijote a principios del siglo diecisiete era una empresa razonable, necesaria, acaso fatal; a principios del veinte, es casi imposible. No en vano han transcurrido trescientos años, cargados de complejísimos hechos. Entre ellos, para mencionar uno solo: el mismo Quijote.” Más adelante, el argentino agrega: “El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico.”¹⁴⁹

¹⁴⁸ Blanco, “Panorámica del libro en México”, p. 34

¹⁴⁹ En 1944, Jorge Luis Borges publica *Ficciones*, donde reúne catorce cuentos, muchos camuflados en forma de ensayos como “Pierre Menard, autor del Quijote”. Las interpretaciones de esta broma magistral son muchas, a mi me parece importante ver cómo, en la comparación entre el original y la copia idénticas pero distintas, Borges se decanta por la última versión, mucho más rica y ambigua que la primera. Ni la copia fiel y documentada de formas y funciones tiene ni por asomo significaciones parecidas trescientos años más tarde.

3.2 Cartas italianas del *restauro*

La primera carta, como se mencionó en el primer capítulo, fue liderada por Camillo Boito, quien dio forma precisa a la mayoría de las premisas que se refieren a la restauración y sus principios quedaron plasmados sintéticamente en los siete axiomas del IV Congreso de ingenieros y arquitectos italianos, celebrado en Roma en 1883.

Lo principal era evitar la falsificación, el *falso histórico*, a partir de la discriminación moderna de los añadidos, de entender y tratar al monumento como un documento portador de datos del pasado que no deben alterarse ni modificarse. Se prescribe la búsqueda de la unidad de estilo, tan caro a la tradición francesa, con la idea de no borrar parte de la historia del monumento.

La carta toma como modelo de restauración “científica” a la realizada por Stern y Valadier en el Arco de Tito y en el Coliseo romano entre 1814 y 1822. En ambos casos se trataba de edificios desactivados desde hacía siglos y el primero por partida doble. El Arco, un monumento intencionado (destinado a conmemorar el levantamiento judío en Palestina y la ocupación de Jerusalén bajo el mando de Tito y de su padre, Vespasiano, en el año 71 d.C.), es de función exclusivamente simbólica, carente de espacialidad interna y perteneciente a una cultura lejana, mientras que el Coliseo ya era considerado monumento “muerto” por el propio Boito.

De modo que la primera carta encumbra como restauraciones modélicas dos casos que no tocan el problema de la funcionalidad, pero se entiende que dichos trabajos deben ser mínimos al igual que la intervención en general.

Carta del restauro, 1932

Esta carta nunca tuvo fuerza de ley y está compuesta por once principios esenciales dedicados exclusivamente a objetos arquitectónicos.

El punto 4, uno de los que más extensamente hemos tratado en el segundo capítulo, determina “que en los monumentos que puedan denominarse vivos se admitan sólo aquellas utilizaciones no muy lejanas a los destinos primitivos, de forma que en las adaptaciones necesarias no se efectúen alteraciones esenciales en el edificio.”

En la línea de la austeridad de la arquitectura moderna, el punto 7 indica “que en los añadidos que se consideren necesarios, bien para lograr la consolidación, o para lograr el objetivo de una reintegración total o parcial, o para la utilización práctica del monumento, el criterio esencial que hay que seguir debe ser, además de limitar tales elementos al mínimo posible, el de darles un carácter de desnuda simplicidad y correspondencia con el esquema constructivo.”

Carta del Restauro, 1972

La carta, muy influenciada por Cesare Brandi y por su propia experiencia en el Istituto Centrale per il Restauro de Roma, contiene un breve informe que precede a los 12 artículos que constituyen su cuerpo, además de cuatro anexos que contienen instrucciones metodológicas sobre: “Salvaguarda y restauración de antigüedades” (Anexo A); “La ejecución de restauraciones arquitectónicas” (Anexo B); “De la restauración de esculturas” (Anexo C); e Instrucciones para la tutela de centros históricos” (Anexo D).

En el anexo B se estipula que: “Siempre con el fin de asegurar la supervivencia de los monumentos, se ha venido considerando la posibilidad de usos nuevos de los edificios monumentales, cuando éstos no resulten incompatibles con los intereses histórico-artísticos. Las obras de adaptación deberán limitarse al mínimo conservando escrupulosamente las formas externas y evitando alteraciones sensibles de la individualidad tipológica del organismo constructivo y de la secuencia de espacios internos”. Como se observa, esta cita mantiene la línea de la Carta de Atenas de 1931 y de la de Venecia de 1964, aunque al incorporar la cuestión de la secuencia espacial se acerca a la postura del existencialismo en la arquitectura, el cual habla de la singular experiencia que vive un sujeto al recorrer un sitio histórico.

Carta de la conservación y restauración, 1987

Este documento es el producto de un grupo coordinado por Paolo Marconi y por especialistas en diversas áreas de la conservación. Presenta una serie de críticas a los “excesos” y ciertos matices diferentes con respecto a la carta anterior en lo que se refiere a la “búsqueda” obsesiva y fetichista de la autenticidad, a la vez que introduce por otro lado propuestas para recuperar los oficios manuales en contraposición a las nuevas tecnologías escasamente probadas, particularmente en el área de los refuerzos estructurales.

En el Artículo 2 se presenta un breve glosario que define la restauración como “cualquier intervención que, respetando los principios de la conservación y sobre la base de todo tipo de indagaciones cognoscitivas previas, se dirija a restituir al objeto, en los límites de lo posible, una relativa legibilidad y, donde sea necesario, el uso.” De donde se deduce y queda claro que el uso de los monumentos no es un prerrequisito de la restauración sino más bien el producto de una contingencia.

Posteriormente, en el artículo quinto se ponen límites al sobreuso: “La entrada máxima de personas estará en relación a la cubicación del espacio, a las características de las superficies expuestas, a las visitas y a las variaciones estacionales y cotidianas, climáticas y microclimáticas.”

En el anexo A, “Instrucciones para la tutela de los Centros Históricos”, se plantea que los dos principales tipos de intervención en el ámbito edilicio son el saneamiento estático e higiénico y la renovación funcional de los organismos interiores. Para esta última, se indica que se permite “... solamente allí donde sea indispensable para los fines encaminados a mantener en uso al edificio. En este tipo de operaciones es de fundamental importancia el respeto a las cualidades tipológicas y constructivas de los edificios, evitando funciones que deformen excesivamente el equilibrio tipológico-constructivo (y también estático) del organismo.”

El anexo B, “Instrucciones para proceder en la conservación, mantenimiento y restauración de las obras de interés arquitectónico”, no oculta su distancia con la carta anterior que aplicaba a la arquitectura criterios adoptados para obras de arte predominantemente “grafopictóricas”. Con respecto a la utilización de edificios monumentales, “... se debe subrayar que formas apropiadas de rehabilitación contribuyen a asegurar su supervivencia...”

En resumen, tras la fuerte crítica de Pane y Gazzola expresada en 1964 con respecto a la diferenciación entre monumentos vivos y muertos, las cartas del *restauro* italianas abordan el problema de las adecuaciones funcionales con conceptos restrictivos como “mínima intervención, compatibilidad tipológica, límites a la intensidad del uso y la alteración de recorridos internos.” También se observa una mayor especialización que implica recomendaciones más precisas para cada área.

Como conclusión podríamos asegurar que hay cartas como la de Atenas y la de Venecia que con diferentes matices destacan la conveniencia de mantener en uso a los monumentos siempre que se respeten sus características físicas e históricas y que, en caso contrario, lo desaconsejen.

En 1967, las Normas de Quito recomiendan a los países latinoamericanos utilizar los bienes culturales en beneficio del desarrollo económico de las naciones por medio del uso turístico, limando los conflictos que supone el turismo masivo en los monumentos. Este enfoque tiene vigencia actualmente en México, donde queda claro que a pesar de contar con las instituciones más poderosas de toda América Latina destinadas a la promoción y protección de la cultura (CONACULTA, INAH e INBA), sus recursos resultan absolutamente insuficientes no sólo para restaurar o realizar investigaciones arqueológicas, sino también para conservar y controlar las obras privadas e incluso para actualizar los catálogos de los monumentos muebles e inmuebles del país.

El problema de fondo es la rentabilidad de los monumentos, cuestión que está directamente relacionada con los usos. De ahí surge la necesidad de allegar recursos por medio de

espectáculos, la explotación de museos y de monumentos y de lograr la participación de empresas privadas, como es el caso de Fomento Cultural Banamex, para poder emprender acciones de cierta magnitud.

Con respecto a los sitios (edificios, plazas o conjuntos), existe un amplio margen entre las perspectivas relacionadas con el diseño urbano y con la arquitectura (las cuales centran la mirada en los atributos físicos, en el entorno y en el diseño como los ejes que imparten el sentido del uso) y la reflexión más emparentada con las premisas culturales o antropológicas que intentan investir los espacios públicos con factores de orden simbólico e imaginario que trascienden la dimensión objetiva o física del espacio.

En este sentido, los usos de los sitios guardarán estrecha relación con los hábitos y antecedentes socio-culturales de los usuarios y con la historia y los significados socialmente contruidos en torno a los edificios y lugares públicos. A partir de la reinstauración de la memoria y de la historia, existen ciertos ejemplos de proyectos de recuperación de los espacios públicos que se han realizado en algunas ciudades. En Los Ángeles, por ejemplo, el proyecto *The Power of Place* (Hayden, 1996) congregó a historiadores, artistas y ciudadanos que trabajaron sobre algunos monumentos y espacios de esta metrópolis con el fin de reinstalar la historia y los usos públicos de sectores que habían sido borrados, como es el caso de las mujeres y las comunidades afroamericanas. La devolución de la diversidad cultural y étnica a los espacios públicos y a la ciudad tiene que ver también con dar cabida a distintas formas de representación y de significación ancladas en el género, la clase y la etnia, aspectos que trascienden evidentemente los límites de lo construido y la monumentalidad.

La incorporación del concepto del “patrimonio cultural intangible” es reciente y no aparece mencionado en esos términos en la carta de Burra, aunque conceptualmente es similar.

En primera instancia, los usos hacen al patrimonio intangible, tienen que ver con las prácticas sociales que necesariamente están ancladas a determinados sitios y que son los ámbitos o escenarios donde se desarrollan ciertas actividades dignas de conservarse. Por

ejemplo, la plaza de Xemaá-El-Fná en Marrakech fue declarada patrimonio oral de la humanidad gracias a las gestiones del escritor Juan Goytisolo, por realizarse en ella una serie de prácticas en vías de extinción como el relato de cuentos y también, aunque no mencionado, el ejercicio en la vía pública de la medicina tradicional, la actividad de los encantadores de serpientes, etc.

3.3 Introducción al marco jurídico para el uso de los monumentos en México

En México, el destino o los destinos que pueda adoptar un inmueble están francamente limitados por una serie de leyes y reglamentos y gran parte de la especulación teórica de los arquitectos con respecto a la posibilidad y a la creatividad para adaptar monumentos o incluso para sólo pensar en opciones de refuncionalización resulta inviable desde el punto de vista legal.

El impacto y sorpresa que un cambio de uso produce en nuestra sociedad sigue siendo muy grande a pesar de las pocas veces que esto ha ocurrido. En los países anglosajones no es raro encontrar templos convertidos en discotecas o en espacios deportivos, en México esta situación sería impensable y sería interesante que existieran más estudios antropológicos en torno a la tolerancia social para aceptar la reconversión de espacios religiosos en mundanos.

Esta situación recuerda el primer cambio de uso polémico y diríamos que ha quedado grabado a fuego en la conciencia de las sociedades cristianas, nos referimos concretamente al pasaje bíblico conocido como la “Expulsión de los Mercaderes” del Templo del Rey Salomón. La propia casa del Señor se usaba paralelamente como mercado y esto era permitido por los rabinos fariseos del Templo, pero resultará intolerable para Jesús y le provocará según los mismos textos la ira más violenta de que se tenga memoria. Desde entonces, un simple cambio de usos, o incluso menos que eso, la simple incorporación de otro, supone una profanación brutal. Esto demuestra tres cuestiones elementales: 1) Cualquier edificio por sacro que sea admite otros destinos, 2) Los cambios de uso no necesariamente implican la más mínima modificación de las condiciones físicas del

inmueble y, finalmente, 3) El valor simbólico de los edificios es un aspecto importante que no debe despreciarse en las restauraciones.

El destino de los bienes culturales tangibles representa por un lado, un problema de política cultural y, por el otro, un problema de la administración de los bienes de la nación en términos de la eficacia económica en cuanto al aprovechamiento de los recursos existentes. Con respecto al caso de los inmuebles de propiedad privada, este es un asunto con ribetes particulares.

Paradójicamente, en un régimen capitalista con cada vez menores atenuantes, las declaratorias de monumentos suelen convertirse en una sentencia de muerte al bien que se desea proteger, salvo excepciones, el reconocimiento de su valor cultural equivale a un decremento en el valor económico del bien. Una declaratoria supone una serie de restricciones adicionales al uso y a las modificaciones que potencialmente podrían realizarse al inmueble.

Salvador Aceves señaló acertadamente que, “El uso del patrimonio monumental es un tema que no se ha profundizado suficientemente en los cuerpos de las normas y recomendaciones internacionales que orientan las ocasiones en el campo de las cuestiones monumentales. Y menos aún en la legislación nacional.”¹⁵⁰

En México, y probablemente en la mayoría de los países, la protección del patrimonio cultural está ligada a la formación de la propia nación. Quizás por ello la restauración se consolida como disciplina en el siglo XIX. México no será la excepción.

Las disposiciones legales en torno al patrimonio cultural en México son diversas. Las más importantes emanan de la Constitución Política, de la Ley General de Bienes Nacionales, de la Ley General de Asentamientos Humanos y particularmente de Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas y existen también más de

¹⁵⁰ Aceves, p. 40

veinte legislaciones estatales y de diversas instituciones involucradas que en muchos casos tienen funciones superpuestas.

Constitución Política

El Artículo 7, Fracción XXVII, Fracción XXV, otorga en 1966 facultades al Congreso con respecto a temas de la cultura.

Según el Artículo 73 Constitucional, Fracción XXV: “El Congreso tiene facultad para legislar sobre vestigios o restos fósiles y sobre monumentos arqueológicos, artísticos e históricos, cuya conservación sea de interés nacional...” En su carácter federal, la Constitución Política establece que son los municipios los encargados de decidir sobre el uso del suelo y de los inmuebles. En el Artículo 115, Fracción V, se faculta a los municipios para “formular, aprobar y administrar la zonificación y planes de desarrollo urbano municipal; autorizar, controlar y vigilar la utilización del suelo (...) Intervenir en la regularización de la tenencia de la tierra urbana y para otorgar licencias y permisos para construcciones.”

Ley General de Bienes Nacionales de 1969

Las atribuciones de los municipios y delegaciones se ven limitadas ya que intervienen otras instituciones según de quién sea la propiedad del inmueble y sus características históricas. Los edificios de propiedad federal sean monumentos declarados o no están regidos por la Ley General de Bienes Nacionales.¹⁵¹ Esta Ley establece en el Artículo segundo que los “monumentos históricos o artísticos, muebles o inmuebles de propiedad federal son de uso común” y, de acuerdo con el Artículo 8, es la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE) la encargada de “poseer, vigilar y conservar o administrar los inmuebles de propiedad federal destinados o no a un servicio público (...) Determinar y conducir la política inmobiliaria de la federación; dictar normas técnicas, autorizar y, en su caso,

¹⁵¹ Con esta ley se abroga la del mismo nombre de fecha 23 de diciembre de 1968, publicada en el “Diario Oficial” de la Federación el 30 de enero de 1969.

realizar la construcción, reconstrucción, y conservación de edificios públicos, monumentos, obras de ornato...”

Cabe hacer una precisión con respecto a la propiedad de los bienes del Estado, debido a que estos pueden ser de dos tipos, del dominio público o de patrimonio del Estado. En el primer caso, el Estado no ejerce ningún derecho subjetivo de propiedad, ya que son bienes anteriores a la formación del propio Estado y este ejerce sobre ellos básicamente una protección y vigilancia, mientras que, en el segundo caso, el Estado ejerce una propiedad efectiva.¹⁵²

Según esta ley, la administración de los bienes inmuebles de la Nación tiene un doble propósito: por un lado debe procurar destinarlos a fines socialmente útiles y, por otro, los inmuebles deben ser compatibles con el destino asignado. La cuestión fue establecida en el Artículo 37 (reformado, “Diario Oficial” del 25 de mayo de 1987) de la Ley General de Bienes Nacionales: “El destino de los inmuebles federales para el servicio de las distintas dependencias o entidades de la Administración Pública Federal o de los gobiernos estatales o municipales, se formalizará mediante acuerdo de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología.” Dicha Secretaría “...deberá atender las características y vocación de aprovechamiento del inmueble, la compatibilidad entre el uso para el que se requiere el bien y las disposiciones vigentes en materia de desarrollo urbano; y tratándose de inmuebles que tengan un valor arqueológico, artístico o histórico, el dictamen de la Secretaría de Educación Pública (SEP), por conducto del Instituto Nacional de Antropología e Historia o del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, según corresponda.” Hay que destacar que en estos momentos ambas instituciones dependen del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) y que, por lo general, los dictámenes emitidos por el INAH o el INBA no tienen carácter obligatorio sino que son netamente consultivos.

En el caso de los templos y sus anexos destinados al culto público se regirán en cuanto a su uso, administración, cuidado y conservación por el Artículo 130 Constitucional y su

¹⁵² De la Rosa Falcón, Ponencia: “Normatividad para la conservación de centros históricos”

vigilancia estará a cargo de la Secretaría de Gobernación, de la SEDUE, de los gobiernos de los estados y de los municipios correspondientes. Cuando los templos hayan sido declarados monumentos quedarán también sujetos a la vigilancia e intervención de la SEP (CONACULTA).

Ley General de Asentamientos Humanos

En particular y por su importancia, valdría la pena comentar que la Ley General de Asentamientos Humanos del 23 de julio de 1993 es una herramienta fundamental para la protección y conservación del patrimonio edificado desde los tres ámbitos de gobierno.

Como parte de sus objetivos, esta nueva ley menciona en el Artículo 1:

II. Fijar las normas básicas para planear y regular el ordenamiento territorial de los asentamientos humanos y la fundación, conservación, mejoramiento y crecimiento de los centros de población. III. Definir los principios para determinar las provisiones, reservas, usos y destinos de áreas y predios que regulen la propiedad en los centros de población. En el mismo ordenamiento se reconoce como de utilidad pública la conservación de los mismos centros y, coincidentemente con la Ley General de Bienes Nacionales, se faculta a los gobiernos estatales a formular, aprobar y administrar el programa estatal de desarrollo urbano y a los municipios para promover y realizar acciones e inversiones para la conservación de los centros de población. El Artículo 2° define una serie de términos para los efectos de la propia ley y aunque considero que en la práctica no se usan de esa manera, resulta interesante que los términos uso y destino suelen tomarse como sinónimos. Entre otros, la ley define:

Conservación: la acción tendiente a mantener el equilibrio ecológico y preservar el buen estado de la infraestructura, equipamiento, vivienda y servicios urbanos de los centros de población, incluyendo sus valores históricos y culturales.

Destinos: los fines públicos a que se prevea dedicar determinadas zonas o predios de un centro de población.

Usos: los fines particulares a los que podrán dedicarse determinadas zonas o predios de un centro de población.

Zonificación: la determinación de las áreas que integran y delimitan un centro de población, sus aprovechamientos predominantes y las reservas, usos y destinos, así como la delimitación de las áreas de conservación, mejoramiento y crecimiento del mismo.

Hasta aquí se puede concluir que el uso del suelo y el uso o destino de los edificios es una atribución de los municipios (tercer nivel de gobierno), sin embargo, en el caso de los edificios monumentales, será el CONACULTA a través del INAH o el INBA, según corresponda, el encargado de dictaminar si el uso propuesto es o no aceptable.

Habría aquí un conflicto entre los poderes locales y el poder central o federal que además es a su vez un conflicto al interno del propio INAH. Bolfy Cottom señaló en un artículo inédito llamado “La Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas: ¿inconstitucional?” que los directores de los centros INAH de los estados no están facultados para emitir resoluciones ni oficios que suspendan, nieguen o autoricen permisos a particulares para realizar obras o modificaciones a una construcción considerada monumento histórico. Esto se debe a que los Centros INAH responden a la estructura orgánica del INAH, pero no han sido creados por ley o decreto alguno. Este no es el caso del INAH que, como institución, tiene su fundamento legal en la Ley Orgánica del INAH, publicada en el “Diario Oficial” el 3 de febrero de 1939, según la cual la única persona facultada para realizar estos actos es el director o directora general de la institución. Parte de este problema es que la Ley Federal sobre Monumentos asigna la responsabilidad de su aplicación al Ejecutivo Federal y a sus organismos.

Si bien la protección del patrimonio monumental está reservada al ámbito federal, esto no limita a los ordenamientos locales y municipales para legislar en lo no reservado a aquel ámbito de gobierno.¹⁵³

Los bienes monumentales de propiedad privada se rigen por los planes urbanos y por la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas y son ejecutados por el INAH o el INBA, según sea el caso. De acuerdo con su ubicación geográfica, estos bienes estarán regidos por las leyes estatales¹⁵⁴ —de las cuales hay una veintena— y por los planes parciales de las delegaciones o municipios.

Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público

Probablemente derivada de la nacionalización de los bienes eclesiásticos se ha ido formando un complejo estatuto para las construcciones que son propiedad de la nación y que se destinan al culto. El Artículo 20 establece que las asociaciones religiosas “estarán obligadas a preservar en su integridad dichos bienes y a cuidar de su salvaguarda y restauración (...) así como el uso al que los destinen, estarán sujetos a esta ley, a la Ley General de Bienes Nacionales y, en su caso, a la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, así como a las demás leyes y reglamentación aplicables.” Y el Artículo 29, Fracción XI, considera que son infracciones: “Realizar actos o permitir aquellos que atenten contra la integridad, salvaguarda y preservación de los bienes que componen el patrimonio cultural del país, y que están en uso de las iglesias, agrupaciones o asociaciones religiosas, así como omitir las acciones que sean necesarias para lograr que dichos bienes sean preservados en su integridad y valor.”

3.3.1 Breve historia de las leyes nacionales sobre los usos del patrimonio construido

Para Martha Rosalía Sánchez López, el interés por conservar nuestro patrimonio cultural se remonta a un pasado “muy cercano” y es poco después de haberse declarado la

¹⁵³ Ver ponencia de Dionisio Zabaleta, “El marco jurídico para la protección del patrimonio edificado”

¹⁵⁴ Ver el libro de Olivé Negrete y Cottom, *Leyes estatales...*

Independencia (1821) cuando surge la necesidad de legitimar el gobierno por medio de la formación de la identidad nacional. De modo que comienza por un lado la producción de leyes, reglamentos, decretos, documentos y bibliografía sobre la riqueza cultural de México y, por otro, la fundación de instituciones como el Museo Nacional Mexicano en la Universidad, la Sociedad del Museo Mexicano en 1925 y la Academia Nacional de Historia, en 1835.

Los primeros ordenamientos sobre el patrimonio cultural del país datan de 1827 cuando se emite el Arancel para la Aduanas Marítimas y de Frontera de la República Mexicana que prohíbe la exportación, entre otros bienes, de “monumentos y antigüedades mexicanas.” La herencia cultural indígena se afirma como prioridad del México Independiente, aunque no sucede lo mismo con la producción ni la cultura de los pueblos indígenas vivos. Naturalmente, el período independiente privilegia lo prehispánico sobre lo colonial porque en la mayoría de los países latinoamericanos, los criollos liberales, instruidos y ligados al comercio percibían a la Colonia y sus productos como un signo de atraso y sojuzgamiento.

Ley de Desamortización de los Bienes de las Corporaciones Civiles y Eclesiásticas

Conocida como la Ley Lerdo de 1856 fue redactada por el ministro de economía de Comonfort y se funda en dinamizar la economía donde “...uno de los mayores obstáculos para la prosperidad y engrandecimiento de la nación, es la falta de movimiento o libre circulación de la propiedad raíz, base fundamental de la riqueza pública.” Dicha ley será complementada y precisada dos años después por Benito Juárez con la Ley sobre Nacionalización de Bienes Eclesiásticos como parte de las leyes de reforma que impulsó su gobierno. En el Artículo 1 establecía: “Entran al dominio de la nación todos los bienes que el clero secular y el regular han estado administrando con diversos títulos.” Esta ley generó el cambio de propiedad de los bienes de la Iglesia y propició la destrucción acelerada de sus instalaciones.

Se reglamentó la manera en que los peritos debían hacer los planos¹⁵⁵ (de este trabajo no queda casi nada) para dividir los edificios de las comunidades suprimidas y valuarlas para proceder a su remate. Con la apertura de ciertas calles para facilitar el fraccionamiento, esta disposición trajo consigo la destrucción de algunos edificios civiles y religiosos (entre otros casos, en 1856, se abrió la calle de La Independencia a costa de derribar gran parte del convento de San Francisco; la calle de Ocampo dividió a San Bernardo y, en 1861, la calle de Lerdo hizo lo propio en Capuchinas; La Concepción fue separada por República de Cuba y por la calle del 57; otra calle, Leandro Valle, dividió sin ninguna necesidad a Santo Domingo¹⁵⁶.) y también produjo una importante modificación de la traza de la ciudad colonial, lo cual indica que, en esa época, a pocas construcciones virreinales se las consideraba culturalmente valiosas. No era de esperar que un estado laico y en proceso de construcción defendiera un patrimonio monumental proveniente de los opresores.

Como parte de la ruptura con las instituciones virreinales, este proceso de secularización, producto de una reforma política en torno a la relación iglesia-estado dejó muy claro que había monumentos que por su propia “biografía” era mejor desmembrarlos para venderlos.

El gobierno liberal echó mano de los bienes eclesiásticos con lo que abrió un capítulo muy significativo en la política cultural del país. Las obras construidas se consideraron como patrimonio estrictamente económico para hacer frente a la crisis financiera, cuestión que, por otro lado y de acuerdo con Bazant, resultó ser un verdadero fracaso, al punto que el no pago de la deuda con Francia supuso la invasión francesa a México y la llegada de Maximiliano al poder.

Lo curioso del caso es que fue justamente Maximiliano, un extranjero, quien impulsó la protección del patrimonio cultural de México por medio de disposiciones administrativas y la exaltación de la historia nacional con actos como el que realizó el 16 de septiembre de 1864, cuando hizo colocar una inscripción en el edificio de Dolores donde había habitado Don Miguel Hidalgo. De hecho, este fue el primer monumento histórico reconocido por el

¹⁵⁵ Lombardo, “El patrimonio...”, p. 201

¹⁵⁶ Tovar, Guillermo, *La ciudad de los palacios*, pp. 20 y 21, tomo I

gobierno y también en este caso la suerte del inmueble estuvo en función de su uso, de su propia historia y de su valor documental y no precisamente por sus méritos arquitectónicos.

Por el Artículo 16 de la ley promulgada en diciembre de 1874, el Estado había concedido el uso de algunos de sus templos a instituciones religiosas, al igual que su conservación y mejora. Es indudable que la distinción legal entre templos y conventos ha originado desde entonces una protección especial a los primeros, al punto que se conserva la gran mayoría de ellos. Sin embargo, en los pocos casos en que se conservan tanto los claustros como los templos, estos se encuentran desligados aunque formen parte del mismo conjunto. Incluso hoy es casi imposible desde el punto de vista legal restaurar la relación claustro-coro-templo, cuestión elemental en la vida de los conventos y esencial en las restauraciones. Este es precisamente el caso del ex convento de Jesús María.

Hacia el último tercio del siglo XIX, el régimen porfirista intensificó su apoyo al estudio de la arqueología, la cual había despertado el interés de los viajeros extranjeros a raíz de los conocimientos derivados de los nuevos descubrimientos arqueológicos. Este apoyo se prolongó hasta el final del mandato de Porfirio Díaz a través de acuerdos y decretos tendientes a preservar los monumentos arquitectónicos.

Acorde con los tiempos privatizadores, según el primer decreto del gobierno porfiriano emitido el 3 de julio de 1896, el ejecutivo estaba facultado para dar en concesión a particulares las exploraciones arqueológicas por diez años como máximo y bajo la vigilancia de un delegado del gobierno. Poco después, el 11 de mayo de 1897, el Poder Ejecutivo de la Unión emitió un nuevo decreto complementario al anterior donde declaraba que los monumentos arqueológicos, también llamados “antigüedades mexicanas”, eran propiedad de la nación y que, para identificarlos, se iba a construir la Carta Arqueológica de la República. Aunque el énfasis seguía puesto en la “antigüedades nacionales”, el Estado nuevamente pondría límites a la Iglesia y en 1902 le prohibió terminantemente ejecutar obras susceptibles de afectar la solidez del edificio o sus méritos artísticos e históricos.

Ley Sobre Conservación de Monumentos Históricos y Artísticos y Bellezas Naturales

En pleno proceso revolucionario, el 6 de abril de 1914, Victoriano Huerta promulgó la Ley Sobre Conservación de Monumentos Históricos y Artísticos y Bellezas Naturales, la cual consideraba a la conservación de los monumentos, edificios, templos y objetos artísticos e históricos como de utilidad pública nacional.

Muchos de sus criterios siguen completamente vigentes como, por ejemplo, “Que los monumentos (...) constituyen un patrimonio de la cultura universal que los pueblos deben conservar y cuidar empeñosamente”, mientras que, por otro lado, se asegura que “los monumentos, edificios y objetos artísticos e históricos cuando se conservan sin alteración, constituyen verdaderas piezas justificativas de la evolución de los pueblos; y que, a este respecto, debe impedirse no solamente la destrucción, sino aún la restauración o las enajenaciones que puedan quitar a tales monumentos, edificios y objetos su fuerza probatoria y su carácter original.”

Se crea posteriormente la Inspección Nacional de Monumentos Artísticos e Históricos dependiente de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes para realizar “un inventario riguroso” que clasificara los monumentos en privados o del Estado.

Lo llamativo de esta ley de los tiempos álgidos de la revolución es que la restauración es una actividad que se entiende en términos morrisianos como capaz de “quitar a tales monumentos, edificios y objetos su fuerza probatoria y su carácter original,” pero al mismo tiempo se concibe tempranamente al monumento como un documento de la cultura que no debe ser alterado. También las “bellezas naturales” serán objeto de catalogación y conservación, cuestión muy actual por supuesto, ya que finalmente forman parte del patrimonio.

Ley Sobre Conservación de Monumentos, Edificios, Templos y Objetos Históricos y Artísticos

Durante el gobierno de Venustiano Carranza se promulgó en 1916 la Ley Sobre Conservación de Monumentos, Edificios, Templos y Objetos Históricos o Artísticos, la cual deja bien en claro que la conservación y los intereses nacionales limitan por fuerza los derechos individuales: “Que la propiedad es el derecho de gozar y disponer de una cosa, sin más limitaciones que las que fijen las leyes” y “Que entre esos deberes (del Estado) se encuentra el de conservar todos aquellos monumentos, edificios, templos y objetos que por su interés artístico o histórico son factores de gran trascendencia para apreciar el estado de civilización del pueblo mexicano en las diversas épocas de su evolución...” Justamente el cometido de la ley será el de regular la conducta de los individuos y organizaciones y para ello se deben crear instituciones, procedimientos y penas que garanticen su cumplimiento. En cierto sentido, las leyes en el campo de la preservación son efectivas en la medida que limitan el derecho de la propiedad privada.

La Ley de 1916 establecía que cualquier alteración de los monumentos públicos o privados debía tener la aprobación de la Dirección General de Bellas Artes con la cooperación del Museo Nacional de Historia con respecto a lo histórico, arqueológico y etnológico. En consecuencia, lo relacionado con lo arqueológico quedaba a cargo de la Inspección General de Monumentos Arqueológicos, mientras que la Inspección General de Monumentos Artísticos y de Bellezas Naturales era la encargada de esta materia. Tanto esta ley como la emitida durante la presidencia de Victoriano Huerta entienden a la historia de manera positivista porque sirve “para apreciar el estado de civilización del pueblo mexicano en diversas épocas de su evolución.”

Es claro que tanto en esta etapa de la revolución como en la anterior de Porfirio Díaz, la preocupación central radicaba en conocer y catalogar los monumentos, evitar y poner límites a los saqueos y a la salida ilegal de objetos arqueológicos y para controlar las obras que se efectuaban en los monumentos fueran estos privados o públicos. Sin embargo, no aparece todavía ninguna mención sobre el destino que debía darse al patrimonio construido.

En esta etapa se hace evidente la ampliación de lo que debe conservarse, proceso que aún no termina y que genera dificultades específicas para la preservación. Surgió entonces una suerte de ideología donde el mestizo era el poseedor de la verdadera cultura nacional y de ahí la necesidad de conservar el pasado, tanto prehispánico como colonial, cuyo exponente era precisamente el mestizo.

Sin embargo, la herencia colonial se veía de otra manera porque representaba aquello contra lo que había luchado la nueva nación si bien se valoraban algunos aspectos como la pintura y los edificios que llamaban la atención por su excelente factura. Este proceso se formalizó oficialmente al incluirlos en las leyes de 1930 y 1934 para su protección y conservación y culminó formalmente en 1939 con la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos y Bellezas Naturales

La Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos y Bellezas Naturales se publicó en el “Diario Oficial” el 31 de enero de 1930. “Para efectos de esta ley, se consideran como monumentos las cosas muebles e inmuebles cuya protección y conservación sean de interés público, por su valor artístico, arqueológico o histórico.” Significa un avance con respecto a las leyes de 1914 y 1916 que enumeraban “monumentos, edificios y objetos artísticos” o “monumento, templo o inmuebles” como si fueran categorías excluyentes.

El Artículo 2 tiene aún vigencia: “Las medidas aplicables a los monumentos lo serán también, en su caso, al terreno que los contenga o circunde, y a los edificios o construcciones adosados a ellos, o que en cualquier forma los dañen o impidan su contemplación. Esta ley, anterior a la Carta de Atenas de 1931, previene sobre la necesidad de preservar el contexto de la obra con criterios similares a los que paralelamente hacía Giovannoni en Italia. La ley, preocupada por mantener el ambiente histórico particularmente desde la percepción visual, hablará por primera vez de conservar el “...aspecto típico y pintoresco de las poblaciones que es característico de México.”

Para los monumentos de propiedad nacional o sujetos a la jurisdicción del Gobierno Federal, se establece: “... de todo cambio de destino de los monumentos inmuebles (...) deberán dar aviso a la Secretaría de Educación Pública...” Este párrafo habla de un nuevo papel del Estado como capaz de prever que los monumentos no sólo pueden resultar útiles en distintas funciones sino que muchas de ellas pueden ser inconvenientes: “No se podrá hacer de los monumentos un uso indecoroso o indigno de su importancia artística, arqueológica o histórica, ni podrán ser aprovechados para fines o en formas tales que puedan perjudicar o menoscabar sus méritos.” El tema de las jerarquías de los usos lo retomaremos más adelante.

Con base en que los bienes culturales en tanto documentos o testimonios desempeñan un papel pedagógico —uno de los enfoques más actuales sobre el patrimonio cultural de las naciones—, dichos bienes debían ser públicos y disfrutables por propios y ajenos y era la Secretaría de Educación Pública la encargada de fijar las condiciones de ingreso: “El acceso a los monumentos inmuebles de que se habla en el presente capítulo, se permitirá libremente pero sin perjuicio del uso o servicio al que estén destinados.”

Como ya se dijo, la ley se refiere a la preservación del aspecto típico y pintoresco de las poblaciones, por lo que el Capítulo 5 prohíbe ciertos usos: “...Tampoco se permitirá el establecimiento de garajes, sitios de automóviles y expendios de gasolinas o lubricantes, si no es con autorización de la Secretaría de Educación Pública.” Más allá del término pintoresco, aún hoy es difícil compaginar ciertos requisitos de la modernidad con los centros históricos, cuestión que se pone de manifiesto en la conveniencia de impedir el acceso de automóviles a determinadas áreas.

Esta ley ofrece un instrumento básico para preservar los monumentos que consiste en la posibilidad de ejercer acción penal: “...Se impondrá la pena de arresto mayor y multa de cincuenta a cinco mil pesos, al que con dañada intención destruya o deteriore un monumento...”

***Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos Arqueológicos e Históricos,
Poblaciones Típicas y Lugares de Belleza Natural***

El 19 de enero de 1934, el Presidente Abelardo Rodríguez la publicó en el “Diario Oficial” derogando a la Ley de 1930 y a todas las que se contrapusieran. Con una visión moderna y actual de la conservación, la nueva ley integró en un solo documento a la protección como un problema común a los edificios, poblaciones y al entorno natural. Incorporó los conceptos de “interés público”, “monumentos muebles e inmuebles” y otorgó a la Secretaría de Educación Pública la “autoridad administrativa encargada de la aplicación de esta ley, y como órgano consultivo existirá una Comisión de Monumentos, cuya organización y facultades se determinarán en este reglamento.”

Aunque inicia con la división de monumentos por períodos y se prefigura una distribución de funciones profesionales, no se habla todavía de los monumentos artísticos ni se especifica que los arqueólogos y los antropólogos deben estar a cargo de los monumentos arqueológicos y los arquitectos de los históricos.

Como es lógico, la conservación de los monumentos quedaba sujeta al ámbito de la cultura y se seguían manteniendo las sanciones económicas y de prisión para quienes deterioraran o dañaran los monumentos, las poblaciones típicas o las bellezas naturales.

Establecía asimismo que todos los monumentos de origen arqueológico (prehispánicos) muebles e inmuebles se consideran inmuebles y, por consiguiente, eran del dominio de la Nación, mientras que los “...monumentos históricos, aquellos muebles o inmuebles posteriores a la consumación de la Conquista y cuya conservación sea de interés público...” De modo que se establece una jerarquía diferente: sin distinción, todos los “vestigios de las civilizaciones aborígenes” pasaban a ser bienes de la nación sujetos a custodia. En cambio, para ser considerados históricos —obras de artistas que ya no están vivos— debían cumplir con alguno de los siguientes requisitos: “estar vinculados a nuestra historia política y social” o que por su “excepcional valor artístico o arquitectónico sean exponentes de la historia de la cultura” y, finalmente, para que se les “aplique el régimen especial necesario

para su debida protección y conservación, es preciso que sean declarados monumentos históricos por la Secretaría de Educación Pública.” Vale decir que, de acuerdo con esta ley, los monumentos prehispánicos lo eran de facto y, muy por el contrario, para que los históricos fueran considerados legalmente como monumentos requerían de una declaratoria y de ciertos atributos.

Aunque no se hacía mención sobre límites y controles administrativos a los usos del patrimonio edificado, su reglamento, publicado unos meses después, sí: “De todo cambio de destino de los monumentos inmuebles o cuando dejen de estar a cargo de la autoridad que los tenía a su cuidado, se dará aviso a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, esta última en los casos en que conforme a las leyes debe intervenir en los cambios de destino a que se alude.”

El Artículo 22 del Reglamento está formulado en los mismos términos que la ley precedente ya derogada: “No se podrá hacer de los monumentos un uso indecoroso o indigno de su importancia histórica, ni podrán ser aprovechados para fines o en forma que perjudiquen o menoscaben sus méritos.” De hecho, en ninguna carta internacional de conservación y restauración, ni aun en las más divulgadas de Francia, Italia y España, se hace mención expresa a las cuestiones morales que se derivan de los usos. Este criterio raramente se enuncia en documentos legales, aunque predomina en los medios ligados a la preservación de inmuebles.

Actualmente se habla de la “puesta en valor” de los monumentos y parte de ello se refiere, no a la restauración en sí, sino a la las atribuciones simbólicas que tienen los usos.¹⁵⁷ Como bien lo señalaban las leyes de los años treinta, hay usos dignos e indignos.

Aunque no se formule de manera explícita, se trata de hacer coincidir la categoría del edificio histórico con las categorías del uso actual. Los arqueológicos están considerados como los más importantes, luego los coloniales y por últimos las viviendas populares.¹⁵⁸

¹⁵⁷ El valor semántico de los usos en edificios fue tratado por Umberto Eco en *La estructura ausente*, bajo el título la “Denotación arquitectónica y la connotación arquitectónica”, pp. 336 a 342 y en el capítulo 3, “La comunicación arquitectónica y la historia”, pp. 343 a 357

Lo que se admite socialmente es la elevación en la categoría del nuevo destino, por ejemplo, resulta válido que una penitenciaría como el Palacio de Lecumberri, y pese a su terrible carga histórica, se convierta nada menos que en el Archivo General de la Nación. Aunque usualmente no se dice, el tema de la refuncionalización de los inmuebles patrimoniales no se limita a un problema económico ni mucho menos al de la compatibilidad tipológica, sino que debe atender a cuestiones morales que dignifiquen el pasado.

Hasta aquí, estas leyes estaban lejos de vislumbrar la importancia de los usos en términos de la revitalización de las áreas urbanas.

Durante el régimen de Luis Echeverría Álvarez se añadió el patrimonio del siglo XIX, es decir, el de la cultura del Estado Nacional, antecedente del contemporáneo. Se trata concretamente de la Ley Federal del Patrimonio Cultural de 1970 y de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas de 1972.

Ley Federal del Patrimonio Cultural

Aunque aprobada por el Congreso el 23 de diciembre de 1968, esta ley se publicó en el “Diario Oficial de la Federación” apenas el 16 de diciembre de 1970. Tal y como lo enuncia el título, incluye la incorporación de la expresión de “patrimonio cultural” en la terminología legal y procede de la más o menos reciente antropología cultural. Por lo tanto, se incluyen en la lista los bienes culturales musicales, filmicos, fotográficos, hemerográficos, cartográficos, paleontológicos, etc., que vienen a formar parte de lo que se denomina como patrimonio intangible: “En un lapso de medio siglo se había pasado de una noción que colocaba nítidamente el acento sobre la herencia arquitectónica, y en menor medida sobre la plástica y las artes aplicadas, a otra inclinada a una concepción universal de conocimiento, la creatividad y los testimonios y registros humanos.”¹⁵⁹

¹⁵⁸ Ver el artículo de Ana Rosas, “La monumentalización del patrimonio”, pp. 183 a 203

¹⁵⁹ Tovar, Rafael, “Hacia una nueva política cultural”, p. 95

Como se puede notar la lista de lo conservable va en aumento (y falta todavía incorporar el patrimonio industrial), lo que supone un reconocimiento a las expresiones populares de la cultura. Esto enfrenta al Estado con un parque cada vez mayor que tiene que preservar y que a su vez torna más difícil la selección del patrimonio heredado que merece dicho tratamiento.

En primera instancia, esto supone un reconocimiento de la importancia del uso de los inmuebles en la administración pública, aunque paralelamente el número de secretarías involucradas es cada vez mayor y más compleja desde la operatividad burocrática. El Artículo 19 asevera que “Los decretos de destino o cambio de destino relativos a inmuebles adscritos al Patrimonio Cultural de la Nación, serán expedidos por el Ejecutivo Federal, por conducto de la Secretaría del Patrimonio Nacional y llevarán el refrendo de la de Educación Pública...”¹⁶⁰ Este criterio sigue aún vigente.

Ya no sólo se podrá penar a quién dañe monumentos sino que, según el Artículo 38 y por causas de “utilidad pública”, se aplicará la Ley de Expropiación Federal por “La necesidad de dar al bien adscrito un destino adecuado a su valor cultural, si su propietario se negare o no pudiese hacerlo.” Aunque ya no hay connotaciones morales explícitas, ¿cómo se juzgan los valores culturales de los nuevos usos en relación con los antiguos?

Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas

La Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas de abril de 1972 es la segunda ley emitida durante el gobierno de Luis Echeverría y abroga a la emitida en 1968 y a las que se le opongan. Rige hasta la fecha¹⁶¹ y las principales críticas

¹⁶⁰ En 1952 se creó la Secretaría de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa con el fin de inventariar los bienes nacionales. Estas funciones las cumplieron sucesivamente las siguientes instituciones: Patrimonio Nacional, la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP), la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) durante el mandato de Carlos Salinas y, actualmente, la Secretaría de la Contraloría y Desarrollo Administrativo (SECODAM), a través de la Comisión de Avalúos de Bienes Nacionales (CABIN), que es un órgano desconcentrado y, específicamente, la Dirección General del Patrimonio Inmobiliario Federal.

¹⁶¹ Desde la Comisión de Cultura del Senado, El Partido Acción Nacional impulsó sin éxito la Ley del Patrimonio General de la Nación. Segismundo Engelking realizó el análisis del proyecto de ley y formuló una serie de recomendaciones para que fueran atendidas antes de su promulgación. Ver los números 322 y 323 de

de que es objeto se refieren precisamente a su carácter federal y centralista y, por ende, al control que hace la Federación de las obras y de los recursos. Esto deja al INAH y a su representación los Centros INAH¹⁶² (antes Centros Regionales), en conflicto de intereses con los gobiernos de los estados, con las comunidades indígenas que luchan por el control de los sitios y monumentos actualmente considerados como bienes nacionales.

Otra de las principales críticas se refiere a la división de los monumentos por períodos y a su asignación a institutos y a profesiones, lo que dificulta la conformación de equipos multidisciplinarios para los trabajos de restauración y fomenta los cotos de poder y los guetos ligados a los monumentos.

Con respecto a la cuestión del uso, mientras el arquitecto Salvador Aceves fue Coordinador Nacional de Monumentos Históricos del INAH, al referirse al Artículo 14 (Según el cual el destino o cambio de destino de los inmuebles de propiedad federal declarados monumentos arqueológicos, históricos o artísticos debía hacerse por decreto expedido por el Ejecutivo Federal, por conducto de la Secretaría del Patrimonio Nacional, la cual, a su vez atendía el dictamen de la Secretaría de Educación Pública) señaló que “Es evidente que al intervenir dos secretarías y al requerir del decreto presidencial con todo el proceso legal que esto trae consigo, las modificaciones de uso se hacen al margen de la ley y el Estado no tiene un control real sobre las adaptaciones.” A diferencia del Reglamento emitido en 1934, la ley vigente no especifica ningún criterio para el cambio de uso o destino de los monumentos y sólo establece una serie de “candados administrativos” que dificultan por la vía legal cualquier adaptación a otros usos.

la revista “Obras” de octubre y noviembre de 1999. En general, las críticas y resquemores de los medios se centraron casi exclusivamente en la mayor apertura de los monumentos a su explotación comercial y en la inclusión de la iniciativa privada en su gestión.

¹⁶² En 1990 Bolfy Cottom hace un análisis de la jurisprudencia de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas en torno a un conflicto generado entre el INAH y una institución religiosa en San Luis Potosí. Cottom señala en dicho artículo inédito que los Centros INAH no están facultados para emitir oficios que suspendan, nieguen o autoricen permisos a particulares para realizar obras o modificaciones a una construcción considerada como monumento histórico.

Reglamento de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas. Publicado en el “Diario Oficial” el 8 de diciembre de 1975.

Artículo 45. En el dictamen técnico a que se refiere el artículo 11 de la Ley deberá constar:

- I. Que el uso del inmueble es congruente con sus antecedentes y sus características de monumento artístico o histórico.
- II. Que los elementos arquitectónicos se encuentren en buen estado de conservación; y
- III. Que el funcionamiento de las instalaciones y servicios no altere ni deforme los valores del monumento.

El dictamen se emitirá, en su caso, previo pago de los derechos correspondientes.

Artículos transitorios:

Cuarto. Se abroga el Reglamento de la Ley sobre protección y conservación de monumentos arqueológicos e históricos, poblaciones típicas y lugares de belleza natural, expedido el 3 de abril de 1934 y publicado en el “Diario Oficial de la Federación” el día 7 del mismo mes y año y se derogan las demás disposiciones que se opongan al presente Reglamento.

Acuerdo (Publicado en el “Diario Oficial de la Federación” el día 31 de octubre de 1977 y modificado por acuerdo publicado en el mismo “Diario Oficial” el día 30 de abril de 1986) que dispone que los museos y los monumentos arqueológicos dependientes del Instituto Nacional de Antropología e Historia no serán utilizados con fines ajenos a su objeto o naturaleza.

4º de la Ley Orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Este acuerdo ha dado lugar a las polémicas más amargas con respecto al uso del patrimonio en “custodia” por parte del INAH.

En general, los monumentos arqueológicos o históricos se han usado en contadas ocasiones para espectáculos musicales o incluso bodas, como los conciertos realizados en Chichen

Itzá con Pavarotti, El Tajín y el Castillo de Chapultepec con Elton John. La posibilidad de producir un daño real a los monumentos es mínima comparada con la reacción desmesurada por parte del público y los medios de comunicación. Aunque el argumento se apoya en cuestiones legales que restringen su uso a lo meramente cultural, la cuestión de fondo se relaciona más bien con la indignación que provoca la mera posibilidad de la mercantilización del patrimonio nacional aunada a que son actos socialmente excluyentes.

“Los museos, monumentos arqueológicos, históricos y paleontológicos, así como las zonas de dichos monumentos, bajo la responsabilidad del Instituto Nacional de Antropología e Historia, no serán utilizados por ninguna persona física o moral, entidad federal, estatal o municipal, con fines ajenos a su objeto o naturaleza, salvo lo dispuesto en este acuerdo” y “Sólo con autorización previa y expresa del Secretario de Educación Pública, los bienes a que se refiere el punto anterior, así como sus instalaciones, podrán ser usados para la realización de actos culturales o cívicos relevantes a juicio del propio Secretario.”

El problema es cuál es la naturaleza del inmueble y cuáles son los actos culturales o cívicos relevantes y, finalmente, qué es cultura y que no lo es. De lo que no cabe duda es de que este dictamen, emitido durante el gobierno de José López Portillo, plantea una cuestión fundamental sobre los nuevos usos y es el que se refiere a la compatibilidad simbólica entre un monumento con su propia historicidad y la jerarquía del uso propuesto. No sólo los monumentos tienen jerarquías sino también los usos, aunque duren unas cuantas horas.

Como se habrá visto, el tema del uso de los bienes patrimoniales es algo que excede con mucho a la arquitectura y a la restauración. Es ante todo un asunto de interés público que implica el tipo de relación que se establece con el pasado y la cuestión atañe a varias disciplinas como la antropología y el urbanismo.

Capítulo IV

EL EX CONVENTO REAL DE JESÚS MARÍA

Hay dos criterios válidos para el análisis y producción de edificios, el tipológico, muy influenciado por el estructuralismo y que consiste en centrar el problema en la organización de la forma (sin atender a cuestiones particulares), y el funcional, este es: “El criterio típicamente seguido por los arqueólogos que desean saber para qué se utilizaban los edificios, y que creen que su forma está determinada por la función.”¹⁶³ “El método funcionalista es vivificantemente concreto allí donde lo tipológico es abstracto. Sin embargo, cuando tratamos de aplicarlo a casos específicos, no produce en muchas ocasiones los resultados que promete.”¹⁶⁴ Hay veces en que el análisis funcionalista puede resultar muy útil, por ejemplo, los cambios en la liturgia católica producto de la Contrarreforma devinieron en cambios en la arquitectura religiosa: se consolidaron las plantas longitudinales en contraposición con las centralizadas, pero también se descartaron las plantas basilicales por las criptocolaterales (como las llamó Kubler).

4.1 Conventos de monjas de la Ciudad de México

4.1.1 Características tipológicas y funcionales

Una de las clasificaciones posibles de la arquitectura virreinal¹⁶⁵ tomando el criterio funcionalista es la de separar la arquitectura civil, la militar y la religiosa. Dentro de este último género podemos reconocer a las catedrales, las parroquias, los templos, las ermitas, los recogimientos, los beatarios, los conventos de frailes (y algunos de sus elementos prototípicos al inicio de la Colonia, tales como las capillas abiertas y las pozas) y, finalmente, los conventos de monjas. Estos últimos tienen la particularidad de que contienen fundamentalmente vivienda y en algunos casos escuela.

¹⁶³ Mango, *Arquitectura bizantina*, pp. 5 y 6

¹⁶⁴ Mango, *ídem*

¹⁶⁵ Ver cap. VI “Los géneros de los edificios” en *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos*, 2 vols, *El período virreinal*, vol. I.

Por su cantidad y dimensiones, los conventos o monasterios de frailes son sin duda el tipo que caracteriza al siglo XVI en México, en cambio los de monjas son posteriores, aunque la primera fundación en la Nueva España data de mediados del siglo XVI, para ser exactos, de 1540, cuando se fundó el de La Concepción. Sin embargo, en la mayoría de los casos, su construcción y esplendor es propio del siglo siguiente. “En el siglo XVIII, había en la Ciudad de México, muchos más conventos para mujeres que para hombres (1); estando los de monjas mucho más poblados, eran más ricos y poderosos. La centralización de las riquezas en manos del clero era más pronunciada en los conventos femeninos, ya que habían acumulado muebles, inmuebles y donativos de sus padres, parientes y benefactores a lo largo de tres siglos.”¹⁶⁶ A pesar de esto, lo que se sabe de los conventos de monjas es significativamente menos que lo que se conoce sobre los de hombres.

El Concilio de Trento llevado a cabo en etapas desde 1545 hasta 1563 había recomendado ubicar los conventos de mujeres en las ciudades y que su número debía estar en función de la importancia de la ciudad. Las características de estos conventos son bastante distintas a las de los hombres y quizás la diferencia fundamental radique justamente en que todos los de monjas eran urbanos. Carecían por lo tanto de un atrio importante y el claustro no era una construcción adosada al templo. Este tenía una sola nave situada en forma paralela a la calle (salvo Corpus Christi y Nuestra Señora del Pilar) para facilitar el acceso de los fieles y evitar su contacto con las monjas, quienes utilizaban exclusivamente los coros, mismos que llegaron a ocupar hasta la mitad del área del templo. La clausura era otra característica de los conventos de monjas (porque ellas jamás tuvieron una función misionera como la de los frailes mendicantes), lo que los convertía en verdaderos depósitos para la mujeres que no se habían casado, cuyas vidas debían destinarse al perfeccionamiento espiritual y cuya relación con la sociedad se controlaba y reglamentaba en forma estricta.

Por su ubicación, los conventos de monjas llegaron a controlar un número cercano a las 1500 fincas en la Ciudad de México (número similar a los edificios actualmente catalogados en el Centro Histórico) con una superficie total de aproximadamente una

¹⁶⁶ Salazar, El convento de Jesús María de la Ciudad de México, p. 166

hectárea para menos de cien habitantes. Eran lugares inaccesibles para los habitantes de la ciudad, a tal punto que se excomulgaba a quien osara entrar a la clausura sin autorización. De la Maza señaló que de los conventos de clausura, las monjas no salían ni vivas ni muertas. Cuando el crecimiento fue excesivo, llegaron, como en los casos de la Concepción y Santa Clara, a modificar la traza de la ciudad para ocupar dos manzanas, cosa que por otra parte también sucedió con el convento de frailes de San Francisco. Todo esto los convertía, paradójicamente, en gigantescas obras antiurbanas.

Los conventos femeninos fueron por lo general obras inconclusas. Lo común era que al principio las fundadoras se establecieran en casas adaptadas para ese fin y a medida que aumentaba la población y conseguían recursos comenzaran a adquirir solares y casas contiguas o, como en el caso de las profesas de Jesús María, que consiguieron mudarse a un sitio mejor, donde nuevamente iniciaban el proceso. A medida que adquirían casas para convertirlas en celdas, o incluso en templos, se iban configurando calles internas, claustros, jardines y patios. Por otro lado, las inundaciones, el hundimiento y los temblores, las forzaron a realizar continuos arreglos y reconfiguraciones. Las obras eran permanentes; todos los años había trabajos mayores o menores en algún convento y se contrataba a los mejores arquitectos de la Nueva España para realizarlas. La calidad y la dimensión de los conventos dependía en mucho de la normas de la orden religiosa, del apoyo de la Corona, de la riqueza de las familias de las monjas y, otro tanto, de la administración que los mayordomos hacían de los numerosos inmuebles que las monjas tenían repartidos por toda la ciudad.

La Nueva España llegó a contar con 59 fundaciones¹⁶⁷ distribuidas en las ciudades más importantes: México, Puebla, Querétaro, Guadalajara, Morelia, Mérida, San Cristóbal de Las Casas, San Miguel Allende y Salvatierra. Las monjas estaban agrupadas en ocho órdenes y llegaron a tener veintiún monasterios en la Ciudad de México (1), más uno situado en la Villa de Guadalupe.

¹⁶⁷ El libro más completo y mejor ilustrado sobre las fundaciones femeninas es sin duda el realizado por Amerlinck, *Conventos de monjas. Fundaciones en el México Virreinal*.

Concepcionistas: La Concepción, 1540; Regina Coeli, 1573; Jesús María, 1581; Nuestra Señora de la Encarnación, 1593; Santa Inés, 1595; Nuestra Señora de Balvanera, 1569; San José de Gracia, 1610 y San Bernardo, 1625

Franciscanas: Santa Clara, 1568; San Juan de la Penitencia, 1592-1598; Santa Isabel, 1600

Capuchinas: Capuchinas (Nuestra Señora de Guadalupe y San Felipe de Jesús), 1666; Corpus Christi, 1722; Nuestra Señora de Guadalupe (Capuchinas de la Villa), 1779

Agustinas: San Lorenzo, 1598

Dominicas o Predicadores en México: Santa Catalina de Siena, 1561

Carmelitas: Santa Teresa la Antigua o San José, 1615; Santa Teresa la Nueva, 1704

Orden del Salvador: Santa Brígida, 1735, La Enseñanza Antigua (Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza), 1753; La Enseñanza Nueva o Nuestra Señora de Guadalupe, 1759

Jerónimas: San Jerónimo, 1584

Además del campanario y la sacristía, los conventos contaban con los siguientes elementos que configuraban lo que ahora llamaríamos un programa complejo: un templo de una sola nave y casi todos con portadas gemelas dedicadas teológicamente a la Virgen María y a San José (39 y 40), situadas desde la mitad hacia atrás de la nave. Usualmente, y para el uso exclusivo de las enclaustradas, los templos tenían coros¹⁶⁸ alto y bajo (42) que, por lo general, se comunicaban con los corredores del claustro, llegando a superar la mitad de la longitud del templo, del cual se separaban por medio de rejas.

En el caso del claustro de Jesús María, había una fuente y varios patios menores. Los dormitorios comunes se situaban en “el alto”, mientras que las celdas privadas eran verdaderas casas, donde no faltaban los conflictos entre las religiosas de una orden que, paradójicamente, profesaba la pobreza y la vida compartida. Las letrinas o comunes estaban en la planta baja, al igual que la sala de labor, el refectorio o comedor, la cocina e, incluso, una chocolatería. La primera portería era la entrada, mientras que la segunda funcionaba como una suerte de filtro y control. Estaban el torno, el almacén y las oficinas. En la contaduría trabajaba el mayordomo, quien tenía acceso directo desde la calle; los locutorios eran cuartos divididos por medio de un muro con reja que permitía a la monja cierto

¹⁶⁸ Sobre este tema, ver el libro de Francisco de la Maza, *Arquitectura de los coros de monjas en México*

contacto con su familia y con la gente del pueblo que requería orientación espiritual. Ciertamente, estos locales no eran ajenos a un control férreo por parte de la oidora. Algunos conventos contaban con una escuela de niñas, el “noviciado”; el cementerio, que se ubicaba bajo el coro y, el osario, en un sótano.

La morfología de los conventos femeninos era bastante aleatoria¹⁶⁹ si consideramos que buena parte de los mismos era producto de la donación de viviendas, a las que por lo menos debía cerrársele el acceso desde la calle y abrírselo desde dentro de la manzana. Este es el caso de la escuela para niñas que existía dentro del convento de Jesús María, para la cual, a fines del siglo XVIII, Francisco Guerrero y Torres adaptó originalmente tres viviendas. (4 y 05)

Hacia 1850 había 1494 monjas, 103 novicias y 533 niñas (alumnas internas en conventos de enseñanza y seglares enclaustradas), quienes vivían en los 58 conventos junto con sus 1266 criadas¹⁷⁰. Las monjas pertenecientes a las órdenes regulares dependían principalmente de los bienes raíces y de los capitales invertidos en préstamos hipotecarios. Hay que advertir que la mayoría de ellas aportaba al convento una dote que iba de los 3000 a los 5000 pesos en forma de donación de viviendas generalmente realizada por sus propios padres. Esto explica no sólo la gran cantidad de propiedades que llegaron a tener en la ciudad, sino también el hecho de que en general los conventos ganaran paulatinamente en superficie por la anexión de propiedades contiguas.

¹⁶⁹ María del Pilar Tonda en “Los conventos de monjas....” p. 65, distingue tres tipos de organizaciones: las de tipo regular, las intermedias y las irregulares, y ubica al convento de Jesús María entre las de tipo intermedio.

¹⁷⁰ Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México*, p. 8

2. Foto aérea de 1934 de la manzana ubicada entre las calles de Corregidora, Jesús María, Soledad y Academia, donde se encuentra el ex convento de Jesús María (Aerofoto)



3. Foto aérea del 30 de abril de 1985
(Aerofoto; DDF-COVITUR Cd. México)



4.1.2 *Desamortización de los bienes eclesiásticos*

Esta sección se centra en relatar la historia del edificio que fuera el convento Real de Jesús María desde 1863 (exclaustración definitiva) hasta finales del siglo XX, cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) comienza a restaurar el antiguo claustro.

Si bien no es tema de esta tesis profundizar en las causas económicas, políticas o sociales que llevaron al incipiente Estado mexicano a nacionalizar los bienes de la Iglesia, conviene destacar que dicha acción estuvo precedida e influenciada por un hecho similar llevado a cabo en Francia en 1789, luego en España y posteriormente en varias de sus colonias americanas. Recurrir a los bienes de la Iglesia para resolver las crisis financieras de los estados se volvió en una práctica común sobre todo en el marco de la formación de los gobiernos liberales que se contraponían al poder “medieval” de la Iglesia. Pero también durante la Colonia los conflictos entre el poder civil y el religioso fueron continuos, correspondiendo la parte más álgida al período Borbón, particularmente durante el reinado de Carlos III.

La administración borbónica consideraba que las causas del atraso eran el producto del acaparamiento de las tierras y de la falta de libre comercio. En 1776, la Corona española ordenó la expulsión de la orden jesuita de todos sus dominios y procedió a la venta de sus propiedades; en 1778 se abolieron los monopolios comerciales. Con la apertura de escuelas y academias, los gremios sufrieron un duro golpe al perder el monopolio de la formación de los artesanos y de los profesionales, hasta que, en 1814, quedaron finalmente abolidos. Las últimas obras realizadas en el templo de Jesús María ya no se contrataron directamente con el gremio, sino con el entonces Director de Arquitectura (1794 - 1810) de la Real Academia de San Carlos, Antonio González Velázquez¹⁷¹, quien se hizo cargo de sobreponer portadas neoclásicas a las existentes (39, 40 y 41), la cúpula oval, el coro y los retablos.

Con la llegada de los liberales al poder en 1856, Miguel Lerdo de Tejada ahondó el proceso iniciado por los Borbones. El 12 de julio de 1859 se nacionalizaron todos los bienes del

¹⁷¹ Katzman, *Arquitectura del Siglo XIX en México*, p. 357

clero, los conventos pasaron a ser propiedad del Estado y se dividieron en lotes que se vendieron a particulares. “Acerca de los veinte conventos capitalinos de mujeres dispuso la ley del 5 de febrero que una parte de ellos podría ser suprimida. Las consecuencias de esta disposición no se dejaron esperar mucho tiempo. Pocos días después se resolvió cerrar la mitad de ellos y el 13 de febrero las monjas de estos conventos fueron llevadas a los diez conventos restantes.”¹⁷² Por órdenes del Presidente Juárez, las monjas de Jesús María salieron de su convento el 13 de abril de 1861 y fueron hospedadas en el de Regina durante poco más de dos años para luego regresar temporalmente al ex convento.¹⁷³

El plano para la lotificación del antiguo convento fue realizado por el ingeniero valuador José María Márquez, se puso a disposición de la Comisión de Beneficencia Pública y el producto de sus ventas se destinó al sostenimiento del Hospital de San Pablo.¹⁷⁴

“La emergencia nacional de 1862, que se volvía cada día más grave, condujo al gobierno a decretar el 16 de febrero de 1863 la extinción de todas las comunidades de monjas de toda la república (...) todos los conventos deberían desocuparse a los ocho días a partir de la fecha y el gobierno dispondría de los edificios (...) se puede sospechar que el propósito de la clausura de los conventos restantes no fue meramente fiscal: el gobierno se batía en retirada ante un invasor militarmente mucho más poderoso, invasor que al parecer apoyaba las pretensiones del partido conservador de restablecer a la Iglesia en todos sus dominios; por tanto, la política de hechos consumados dificultaba la realización de ese programa, pues aun cuando el gobierno fuera derrotado de momento, los compradores de los conventos se opondrían a los conservadores.”¹⁷⁵

4.1.3 *El devenir de los usos de los ex conventos de monjas*

No todos los conventos sufrieron la misma suerte: algunos fueron totalmente destruidos, mientras que de otros sólo queda el templo. Habría que agregar que históricamente los

¹⁷² Bazant, *ibid*, pp. 332-333

¹⁷³ Ver “Noticias religiosas” en *El Pájaro Verde*, 19 de agosto de 1863, p.1 y “El convento de Jesús María” en el Periódico *La Sociedad* del 10 de febrero de 1864, p. 2 y del 11 de febrero del mismo año, p. 3

¹⁷⁴ Salazar, *El convento de Jesús María ...*, p. 169

templos han merecido mayores consideraciones sociales que los claustros, a pesar de que su utilidad práctica es más acotada.

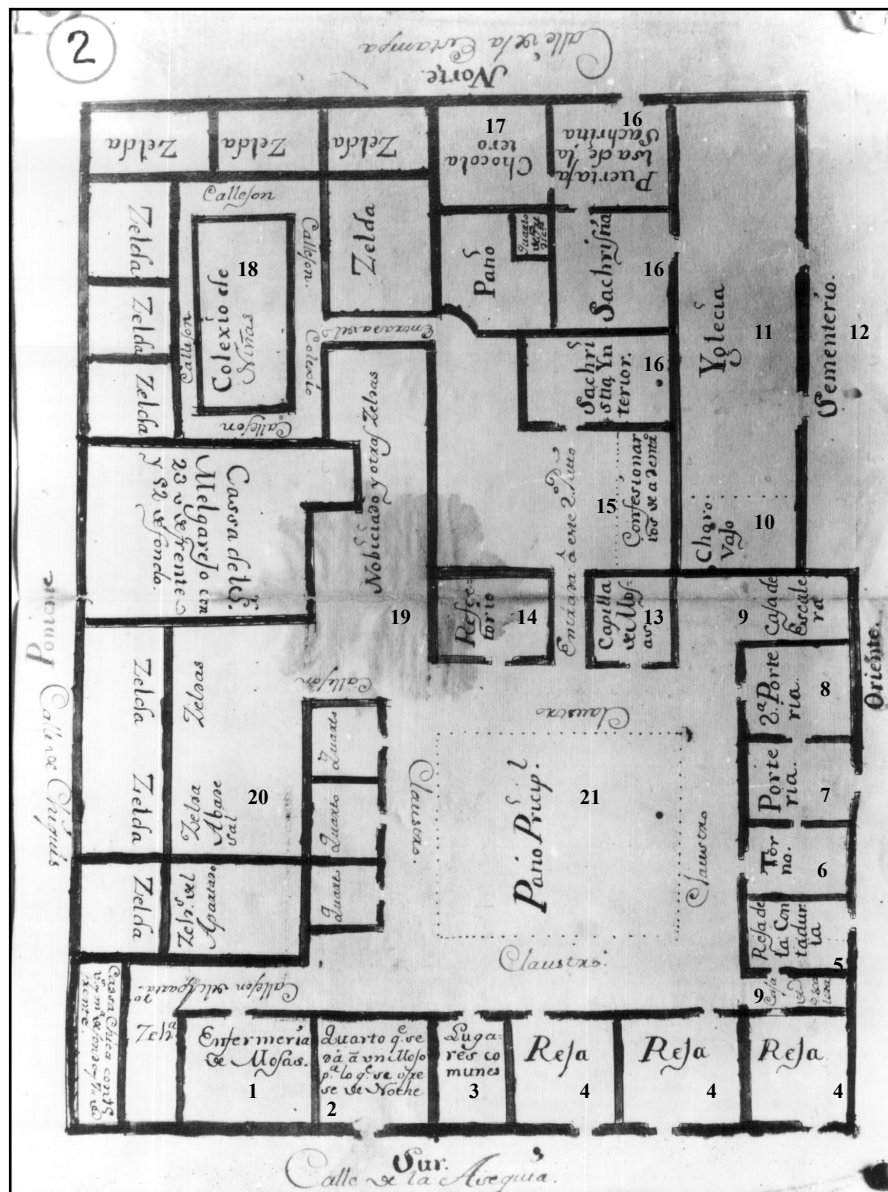
Los templos devueltos al culto merecieron un tratamiento legal bastante particular debido a que, por un lado, los rige la Secretaría de Gobernación bajo la Ley de Asociaciones Religiosas y Culto público, aunque en la mayoría de los casos el clero tiene su posesión y, por otro, no pueden modificar su interior o intervenir en ellos sin la autorización del INAH, ni cuentan tampoco con los recursos necesarios para atraer público que los visite. Una de las razones de la escasa conservación de los conventos femeninos habría que buscarla en su condición urbana ya que en las grandes ciudades los procesos de recambio son mucho más veloces que en las poblaciones pequeñas.

Los conventos de monjas contaron con dos áreas claramente diferenciadas en cuanto a uso y volumetría, una de ellas era la que servía de vivienda, a la que podríamos llamar de uso exclusivo para las monjas, y la otra era la de los templos, cuyo uso estaba destinado a los vecinos y tenía un carácter exclusivamente religioso. Los templos, auténticos hitos urbanos y de gran significación religiosa y cultural, son lo único que sobrevivió en la mayoría de los casos. Paradójicamente, corresponden a lo que resulta más difícil otorgar un uso contemporáneo, no sólo por su escasa compatibilidad tipológica, sino también por las disposiciones legales y la resistencia social.

Ningún convento femenino ha sobrevivido completo a la picota y es probable que el de Jesús María sea el más completo¹⁷⁶ de la Ciudad de México, a pesar de que queda menos de la cuarta parte (6 y 7). Han sobrevivido pocos documentos gráficos anteriores a la exclaustación que permitan tener una idea clara de cómo eran. El único plano original conocido también corresponde a Jesús María (4) y es probablemente de finales del siglo XVIII, pero es un plano anónimo e ideográfico. Se cuenta además con el proyecto de adaptación de tres casas realizado por Guerrero y Torres (6 y 07) para convertirlas en colegio de niñas de acuerdo con las nuevas normas.

¹⁷⁵ Bazant, p.333

¹⁷⁶ Tovar, *La Ciudad de los Palacios...*, p. 91, Tomo II

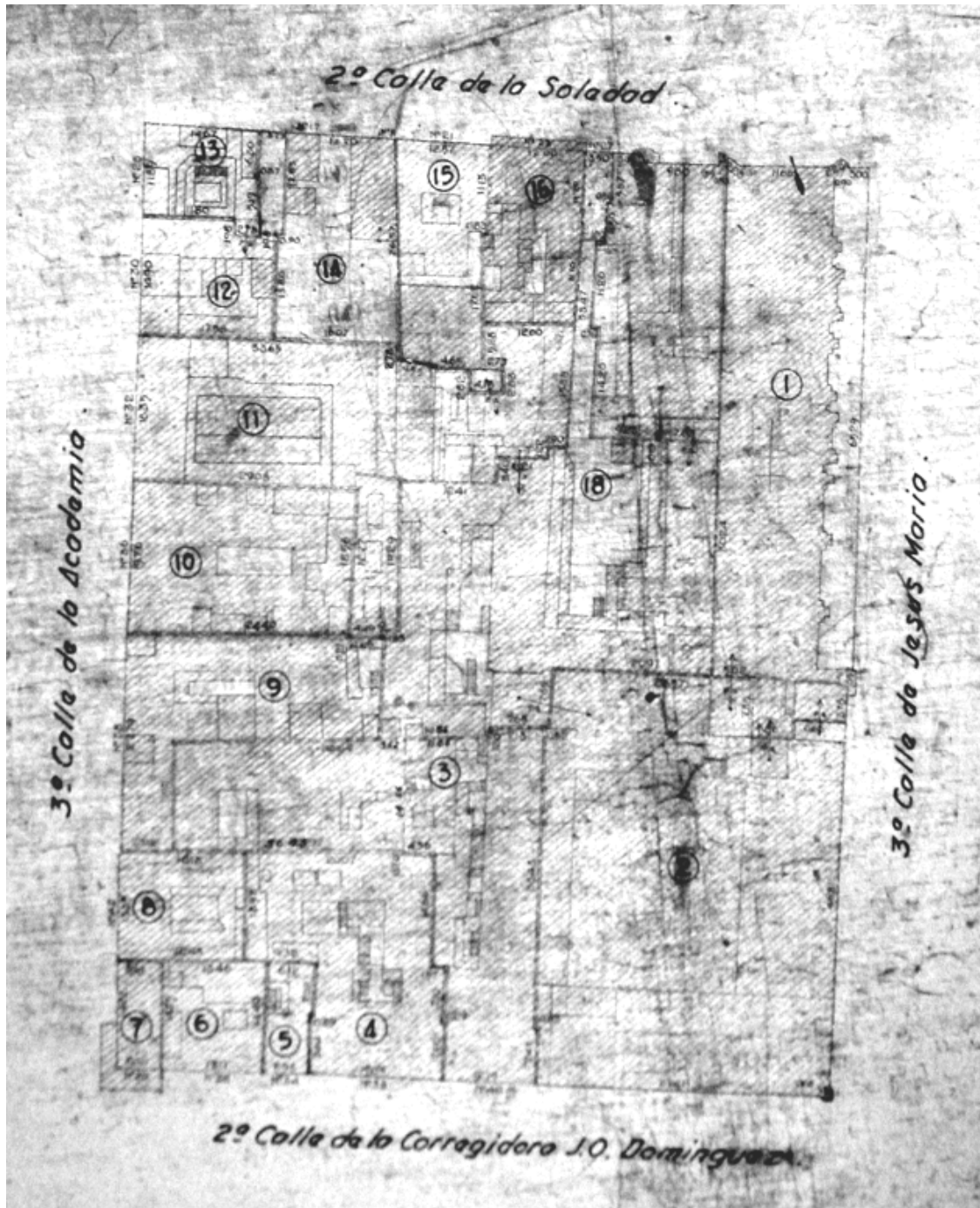


4. Plano ideográfico, probablemente de finales del siglo XVIII, del convento de Jesús María en la Ciudad de México (FCNMH)

Programa Conventual

- | | | | |
|-------------------------------|---------------------|-----------------------|-------------------------|
| 1. Enfermería | 6. Torno | 11. Iglesia | 16. Sacristía |
| 2. Cuarto del mozo | 7. Portería | 12. Cementerio | 17. Chocolatero |
| 3. Lugares comunes (letrinas) | 8. Segunda portería | 13. Capilla de monjas | 18. Colegio de niñas |
| 4. Rejas (locutorio) | 9. Escaleras | 14. Refectorio | 19. Noviciado |
| 5. Contaduría | 10. Coro bajo | 15. Confesionarios | 20. Celdas Particulares |
| | | | 21. Patio principal |

5. Plano catastral de la manzana 23, sección 6, donde se ubicó el convento. Abril de 1938
(Planoteca del AHDF, fondo 2, planero 2)



Santa Brígida constituye la excepción en cuanto al respeto por los templos de monjas, ya que poco después de haber sido declarado monumento, fue demolido en 1933 con motivo de la ampliación de la avenida San Juan de Letrán.

A partir de la refundición, los ex conventos adquirieron una variedad de usos realmente asombrosa y, para verificarlo, basta con revisar lo sucedido con algunos de los que pertenecieron a la orden Concepcionista:

Del convento de La Concepción sólo queda el templo dedicado al culto religioso, la apertura de la calle Progreso implicó su fragmentación y además se vendió en lotes.

Regina Coeli funcionó como cuartel entre 1863 y 1871, posteriormente se convirtió en el hospital Concepción Béistegui y parte del convento se dividió en lotes. En la actualidad sólo sobrevive el templo que está abierto al culto.

La Encarnación acogió a la Lotería a fines de siglo XIX y en 1905 pasó a manos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público para luego convertirse en el depósito de las pinturas incautadas a los conventos. Posteriormente, y de manera sucesiva, fue sede de la Sociedad de Geografía y Estadística, del Ministerio de Gobernación, de la Escuela de Jurisprudencia, de la Escuela Nacional de Niñas y de la Biblioteca Iberoamericana. Actualmente se destina a oficinas de la SEP¹⁷⁷. El templo, desprovisto de los bienes muebles originales, sirve hoy como auditorio. Se unió a la antigua aduana y cuenta con un museo de sitio con la osamenta de las monjas allí enterradas.

Después de la expulsión de las monjas de Santa Inés, el predio se dividió en lotes y sirvió de almacén de telas y jirones. Ya en el siglo XX, parte se utilizó como vecindad y hace diez años el claustro fue restaurado por el arquitecto Alejandro Rivadeneyra para alojar al Museo José Luis Cuevas¹⁷⁸, mientras que el templo está dedicado al culto.

¹⁷⁷ Alva, *Restauración y remodelación en la arquitectura mexicana*, pp. 116-121

¹⁷⁸ Ibid, pp. 158-161

La iglesia del ex convento de San Bernardo fue adquirida por el arzobispo Labastida para abrirla al culto, pero esto no logró impedir que en 1935 se demolieran los coros por completo, así como parte de la nave, misma que había sido declarada monumento en 1931. Por iniciativa del arquitecto Vicente Urquiaga se retiró una de las portadas laterales para reubicarla en la nueva fachada principal. Sólo queda el templo y también está destinado al culto.

En el caso de Jesús María, se conserva buena parte del claustro y el templo (6 y 7) casi completo (pero la inmensa mayoría de los bienes muebles se ha perdido), aunque estos fueron separados y tuvieron destinos independientes desde la década en que se produjo la exclaustación.

4.2 Origen y evolución del convento de Jesús María

El ex convento de Jesús María (1, 2 y 3) está ubicado en el área poniente del Centro Histórico, entre las calles de Corregidora (antes Zaragoza, Oriente 6 o calle de la Acequia), Jesús María (antes Sur), Academia (antes Chisquis) y Soledad (antes La Estampa).

La primera etapa del convento se conoce gracias a las descripciones y entrevistas biográficas realizadas por Don Carlos Sigüenza y Góngora.¹⁷⁹ Su fundación se debió a la iniciativa de Pedro Tomás Denia y de Gregorio de Pesquera, quienes estaban interesados en que la congregación acogiera a las doncellas nobles y pobres descendientes de los conquistadores. La primera fundación tuvo lugar en 1579 en unas casas vecinas al Templo de Santa Veracruz. Pero las incomodidades causadas por la humedad y por lo solitario del sitio (ubicado fuera de la traza) y, por ende, la falta de asistencia de fieles al templo y de las consiguientes limosnas, provocaron su mudanza tres años más tarde a lo que fue su ubicación definitiva.

¹⁷⁹ El libro *Paraíso Occidental*...abarca desde sus orígenes hasta 1684

Desde su fundación se trató de un convento mixto ya que tuvo a su cargo tanto el noviciado como la enseñanza de niñas, cuestión que revestirá importancia particular. A partir de 1774 y como resultado del Cuarto Concilio Mexicano, se prohibió el acceso de las niñas a la clausura. En 1776 tuvo lugar otra situación que provocó cambios sustanciales en la vida de las enclaustradas: la obligación de llevar vida en común. Con estos cambios se quería evitar la relajación de las normas al interno del convento. En 1769, el Rey Carlos III había mandado una la cédula según la cual se impedía la vida en común: “En orden a la vida en común, pecan de mismo modo todos los conventos de religiosas llenos de criadas y personas seglares, de suerte que más bien parecen pueblos desordenados, que claustros de monjas dedicadas al retiro...”¹⁸⁰

La defensa fue asumida por el Lic. Baltasar Ladrón de Guevara¹⁸¹ quien, con base en argumentos teológicos, logró que sólo para casos de excepción se mantuviera la vida privada, así como sostener, apelando a las escrituras originales, la función educativa del convento. El niñado, en consecuencia, debió reubicarse y adaptarse. La propuesta de Guerrero y Torres (6 y 7) consistía en abrir y cerrar vanos para unir tres celdas particulares¹⁸² y aislarlas del monasterio por medio de muros perimetrales.

Nuria Salazar comenta que la imposición de la vida en común supuso no sólo cambios radicales en las costumbres monjiles, “sino que tuvo repercusiones arquitectónicas definitivas. A finales del siglo XVIII, se construyeron nuevos claustros que sustituyeron a la celdas privadas.”¹⁸³

Esta breve narración, centrada en la disputa entre el arzobispado y las monjas, demuestra que en realidad no hizo falta un cambio de uso para que las transformaciones fueran radicales. A veces los títulos de las funciones esconden más de lo que muestran.

¹⁸⁰ Sierra Nava, *El Cardenal y la Ilustración*, p. 108

¹⁸¹ Autor del *Manifiesto que el Real convento de religiosas de Jesús María de México*

¹⁸² Salazar, “Historia artística...” p. 154

¹⁸³ Salazar, *El convento...*, p. 119. Ver la paleografía del documento, “Reconocimiento que hizo Francisco Guerrero y Torres de tres celdas contiguas para adaptar en ellas el colegio de Nuestra Señora del Rosario.” México, 24 de octubre de 1774, pp. 283 a 285

4.3 Usos y propietarios del ex convento de Jesús María

En general podemos distinguir dos etapas del edificio: la primera cuando fue convento propiamente dicho (46 a 48) y, la segunda, a partir de las Leyes de Reforma en que dejó de serlo, período durante el cual adoptó una multiplicidad de usos (43 a 45 y 49 a 51). Sin embargo, una lectura más atenta de la historia del inmueble permite observar que muchas de las transformaciones se fueron produciendo dentro de cada una de las etapas y son testimonio claro de que la continuidad de usos no supone, como muchos creen, una garantía para la conservación de los inmuebles.

Por una circular del Gobierno Federal de febrero de 1861, todos los conventos de monjas de la Capital pasaron al Ayuntamiento de México para que éste aplicara sus productos a los establecimientos de caridad.

Según José María Marroqui: “El edificio fue destinado por el gobierno a sostener en parte los gastos del Hospital de San Pablo y por consiguiente puesta su administración al cuidado del Director de los fondos de la Beneficencia; mas como el hospital no podía tener bienes raíces, el gobierno acordó que se dividiera en porciones pequeñas, capaces cada una de servir de habitación a una familia; que esas habitaciones, una vez valuadas, se dieran en venta a las personas que las solicitaran, procurando que sean de clase pobre.”¹⁸⁴

El mismo año, la Beneficencia Pública adjudicó a Rafaela Padilla de Zaragoza el lote # 22 del ex convento de Jesús María, mientras que el lote # 1 (claustro) se vendió a Pascual Carballeda y Compañía en \$50,000 —aunque todavía servía como cuartel para las tropas—, a un plazo de nueve años y con un rédito del 6% anual e hipoteca de la finca. Carballeda se comprometió a dar entrada por su lote a los vecinos que no la tuvieran. Sobre el costado poniente del lote, Carballeda y Cia., tenía libertad para “rasgar las ventanas que necesiten y aún de abrir arcos...”¹⁸⁵, además de contar con la dotación de agua que tenía el convento en el patio principal.

¹⁸⁴ Marroqui, *La ciudad de México*, tomo III, p. 73

¹⁸⁵ Testimonio de la escritura de adjudicación otorgada por la Beneficencia Pública a favor de lo Sres. Carballeda y C^a 1861, Instituto Mora

Por acuerdo del Gobierno Supremo y por compensación a sus servicios, en 1862 se adjudicó al Ciudadano General Ignacio Zaragoza el lote # 22 del ex convento de Jesús María y se canceló la anterior adjudicación a la Sra. Rafaela Padilla, esposa del General Zaragoza, aunque le estaba prohibido vender, ceder o enajenar el mencionado lote durante un período de nueve años.

Por otro lado, Carballeda cedió a Don Camilo Mesa sus derechos y acciones sobre una parte del lote # 1 contiguo al lote # 2. En la porción de Mesa quedaban tres inquilinos: uno en un cuarto bajo, otro en un cuarto alto y el tercero en una bodega, siendo el producto de los arrendamientos para Mesa. Al pagar éste su parte de \$8,620.10 a la Beneficencia, la deuda de Carballeda bajó a \$44, 254.28.

Segregada de su dependencia del Ayuntamiento en 1862, la Beneficencia Pública quedó en posesión total de la finca del ex convento de Jesús María para distribuirla en lotes y celebrar contratos de compraventa. La Beneficencia enajenó todos los lotes, excepto el número 1 que servía de cuartel para las tropas del ejército.

Pascual Carballeda se negó a cumplir el contrato argumentando que la parte importante de sus propiedades había sido invadida por las fuerzas federales el 22 de junio de 1867 y que nunca había gozado de la merced del agua que le correspondía. No obstante, ese mismo año la Beneficencia Pública ordenó el embargo y encargó un nuevo avalúo a Juan Cardona y Abraham Olvera.

“Los peritos que suscribimos, pasamos a reconocer, medir y valuar el lote número uno del ex convento de Jesús María, que actualmente sirve de cuartel y encontramos que se halla construido sobre un terreno, cuya superficie es de dos mil noventa y nueve metros treinta centímetros de metro cuadrado. (...) Se compone de dos pisos, en el inferior hay entrada, cuerpo de guardia, cuarto de banderas, academia, calabozo, cocina, cantina, cuadra de Plana mayor, patio y común. En el superior las cuadras de la tropa, debiendo advertirse que una de ellas, la que se halla al poniente no pertenece al lote, por cuya razón no se puso en el

plano; además hay un entresuelo; en donde están los pabellones de los oficiales, todo lo que a nuestro entender vale cuarenta y tres mil ochocientos y cuatro pesos, sesenta centavos. México, diciembre 23 de 1875.”¹⁸⁶

De esta descripción queda más o menos clara la forma en que los militares se acomodaron en el ex convento y que utilizaban la crujía poniente —que aún existía— aunque perteneciera a otro lote y que también sobrevivía el entresuelo (antiguas oficinas conventuales) (48), donde estaban los oficiales. Pero no se desprende del avalúo si ya se había cambiado el acceso al edificio (49) o, si por el contrario, seguían usando la portería que hiciera Cepeda en 1692. (12 y 48)

Según Nuria Salazar, en 1877 estos mismos peritos realizaron otro avalúo del lote # 1 — lote 2 en 1938— que sirvió de base para rematar el inmueble. A pesar de que se había considerado en dos tercios de su valor para la venta, nadie se presentó y la Beneficencia optó por quedárselo por los \$34,244 y utilizarlo como instituto, correccional o asilo, cosa que no se dio. Debido a que Carballeda nunca pagó los réditos, se lo demandó en 1881 con un juicio hipotecario. Sobre la transacción con Carballeda, Salazar comenta que es una prueba del fracaso de la venta de inmuebles, por las que el Estado recibió mucho menos de lo que esperaba.

En 1884, en representación de la Beneficencia Pública, Juan de Dios Peza, vendió al Sr. Carlos Álvarez Rul el lote # 1 en \$40,000, debido a que una parte la tenía el Sr. Mesa y al pésimo estado de conservación en que se encontraba el edificio. En 1885, Carlos Álvarez Rul lo vendió a su vez a José Isita en \$52,800, quien luego lo vendió a Salvador Malo en \$60,000, por censo consignativo y con el compromiso de dedicarlo a casa habitación. Para realizar la compra, los señores Villa y Hermanos le prestaron el dinero, por lo que en realidad Malo debía pagar capital e intereses tanto a Isita como a Villa. La propiedad quedó hipotecada.

¹⁸⁶ Salazar, “El convento...” p. 177 (AHSSA. Beneficencia Pública. Fólter 79)

La “descripción que acompaña al plano de la casa no. 1172 de la calle de Acequia en esta ciudad” es de octubre de 1892 y fue realizada por Adrián Téllez Pizarro (ver anexo I), donde queda claro que ya se había cambiado el acceso al edificio de Jesús María por la calle de la Acequia y que la planta baja había sido destinada a comercio: “Es de dos pisos cuyas plantas no se corresponden exactamente, pues hay en el fondo algunas irregularidades; está construida en la esquina de las calles de la Acequia y Jesús María. La fachada principal vé al Sur y se compone de un zaguán y seis accesorias de las cuales, una de ellas, la de la esquina tiene entrada por la calle de Jesús María.”¹⁸⁷ (48 a 50) Lamentablemente no se ha localizado el plano a que el perito hace referencia y parte de su escrito resulta incomprensible.

Aunque en 1894 se adjudicó a José María del Río la casa # 21 de la calle de Acequia en remate celebrado en el juicio hipotecario que se siguió contra Salvador Malo, es evidente que ya rentaba gran parte del inmueble. Al año siguiente, con el fallecimiento del Sr. José María del Río, su esposa, la Sra. Antonia Roux de del Río, heredó la casa de la calle de Acequia o Zaragoza # 21 o 1172 construida en parte del lote # 1.

Un año después, Mariano Téllez Pizarro, perito nombrado por el señor Don Jorge del Río, hace otra valuación: “Su fachada principal consta de tres pisos, bajo, entresuelo y alta, y mira al Sur: en el bajo tiene seis accesorias con diez puertas y un zaguán; en el entresuelo diez balcones que corresponden con las diez puertas de las accesorias.”¹⁸⁸

En 1905, la Sra. Antonia Roux de del Río vendió en \$100,000 su propiedad a los señores Sommer Herrmann y Cía., representados por el Sr. Ernesto Otto. De esos años proceden algunas fotografías (8, 9 y 15) en las que se puede ver sobre la fachada sur del edificio un inmenso letrero pintado en el segundo cuerpo: “Bodegas Sommer, Herrmann y Ca. Sucs. S. en C.”, también se observa la apertura de una puerta y ventanas en la fachada.

¹⁸⁷ El manuscrito original se encuentra en el CEDOC y fue transcrito en la Subdirección de Proyectos y Obras de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH.

¹⁸⁸ Ver en el anexo II la transcripción completa del documento también inédito, cuyo original se encuentra en el CEDOC, expediente Jesús María.

Para entonces el inmueble había sufrido, además de su disgregación, diversas modificaciones: un importante cambio en el partido arquitectónico del claustro; las crujías que daban a la planta baja se habían convertido en accesorias y ya no tenían vinculación con el patio, al cual sólo había acceso por el nuevo zaguán (8 y 49).

En 1922 Enrique Renner compró a Sommer Herrmann y Cía. Sucesores, la finca urbana # 44 de la 2da. calle de Corregidora (antes Zaragoza N° 21). Ese mismo año Renner arrendó a Adalberto García la parte interior y la parte alta donde se encontraba el salón de cine y variedades llamado Cine Progreso Mundial.

En 1932, en su calidad de herederos de Enrique Renner, y con el consentimiento de los demás coherederos, Guillermo Renner y Gavito, Carmen Renner de Haro y Enrique Renner y Gavito, renovaron el contrato de arrendamiento a Guillermo y Fernando García pero con modificaciones: ahora por cinco años y por \$4000 mensuales con todos sus departamentos y accesorias altas y bajas, tanto interiores como exteriores de que se componía la finca, excepto los que se encontraban ya arrendados. También arrendaron por \$500 mensuales todos los útiles, muebles, instalaciones, sillería, aparatos (Anexo B del contrato) que se encontraban en el salón de espectáculos y que fueron objeto del primer arrendamiento el 16 de marzo de 1922. En la cláusula décima se estipulaba: “Los arrendatarios se obligan a destinar la parte interior del edificio y sus dependencias también interiores a la explotación de los negocios de cinematógrafo, variedades y espectáculos similares, siempre que no fueren contrarios a la moral a las buenas costumbres y a los reglamentos de diversiones y espectáculos públicos”. Además, en la decimocuarta cláusula se comprometen “A conservar todas y cada una de las localidades y dependencias del edificio arrendado, en buen estado (...) a tener y conservar las instalaciones necesarias que exijan los reglamentos respectivos...”¹⁸⁹

En 1933, Bienes Inmuebles Rega, Sociedad Civil compró la casa de Corregidora 44 A, con una superficie de 2,010 m² en la manzana 21 de la segunda calle de Corregidora. “Durante ese

¹⁸⁹ Escritura número siete mil seiscientos cuatro. Notario N° 18, 22 de mayo de 1932, Biblioteca del Instituto Mora

tiempo, el claustro sufrió una de sus mayores pérdidas, ya que el 13 de octubre de 1943, el arquitecto Carlos Crombé pidió permiso para derribar cinco arcos (55 y 57) del fondo del patio que se encontraban tapiados y cortados para ubicar la pantalla del cine; primero se negó la licencia, pero al año siguiente se concedió con modificaciones y con la condición de que se restaurara todo el patio suprimiendo la decoración y dejando la piedra aparente según la moda de esa década¹⁹⁰. También en ese año, al demoler la cubierta de la circulación norte, se añadió un tramo de la cubierta de dos aguas mencionada que se había colocado en 1922 para el cine. (56)

Aunque el inmueble seguía manejado por la Operadora de Teatros, en 1974 se cerró el cine y al año siguiente el claustro fue ocupado por la tienda Viana y Cía. (34 a 36), cuya encargada era la señora Echave.

En 1981, Bienes Inmuebles Rega, representada por Carmen Renner viuda de Haro y María Teresa Obregón Renner, vendió la casa # 44 de la segunda calle de Corregidora en \$37 millones cuatrocientos mil pesos al Gobierno Federal, representado por Luis Barrera Flores, Director General de Control de Bienes Inmuebles de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas.

Por decreto presidencial del 21 de octubre de 1982, el claustro se destinó para el uso de la Dirección de Monumentos Históricos del INAH, la cual debía iniciar su utilización antes de los seis meses. La SAHOP debía autorizar el cambio de uso, mientras que la restauración corría por cuenta del INAH. Sin embargo, y dado que el antiguo claustro había sido adquirido por el Estado en 1981, la SAHOP ya había iniciado los trámites de desalojo a fines de 1981: “Sería muy conveniente que la empresa “Viana” pudiera desalojar a corto plazo una sección del edificio para que la citada Dirección iniciara su reubicación de inmediato”¹⁹¹, en referencia a la Dirección de Monumentos Históricos del INAH. Dado que el desalojo completo no tuvo lugar sino hasta 1999, en el plazo estipulado esta institución perdió la posesión del inmueble y con ello la posibilidad de intervenirlo cuando el deterioro no era todavía tan grave.

¹⁹⁰ Salazar, *ibid*, p. 179

¹⁹¹ Oficio interno de la SAHOP dirigido el 16 de oct de 1981 a la Dirección de Asuntos Jurídicos y de Legislación. ACNMH.

8. Fachada por Corregidora, aprox. 1915. Las cuatro ventanas del antiguo dormitorio y botica en la planta alta ya se habían alargado bajando el nivel del antepecho. A la ex oficina del entresuelo se le añadieron puertas-ventanas, en un esfuerzo por regular la composición. Los antiguos locutorios ya funcionaban como accesorias y se había abierto el zaguán por la calle Corregidora, cerca del área que ocupaban los “comunes” a fines del siglo XIX (FCNMH).



9. Las cuatro ventanas están siendo “rasgadas” hasta el nivel de piso. La planta baja se continúa abriendo para el comercio y también se observa un proceso de investimento lingüístico con enmarcamientos moldurados de vanos, cornisa intermedia y rodapié. Año 1920 aprox (FCNMH)



10. Puede verse la cubierta a dos aguas que sirvió para cubrir el patio. En la fachada se observa una puerta-balcón abierta en los años veinte. Esta imagen muestra el inmueble durante los trabajos de restauración dirigidos por Jorge Zavala Carrillo, perito de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH. Año 2001.



11. En 1999, y debido a su avanzado estado de abandono, se desplomó la cubierta arrastrando parte del pretil que cayó hacia la calle de Corregidora.

(Ver Jorge Zavala Carrillo, oficio 037/2000, 20 de marzo de 2000, ACNMIH; INAH)

Fotografía: Adrián Hernández Bárcenas, 1999

12. En la portada del ex convento de Jesús María, obra de Juan de Cepeda, se puede leer *Aducentur regi virginis. Aducentur in templum regis*, 1692 (Las vírgenes son llevadas al rey, son llevadas al templo del rey). Es probable que esta fotografía sea del período en que Sommer, Herrmann y Cia., estaba en posesión del edificio. Los rectángulos de la parte inferior izquierda son anuncios de películas exhibidas en algún cine cercano. Aprox. 1915 (FCNMH)



14. El muro de mampostería se consolidó por medio de un rejunteo. Estado actual de la portada.



13. Portada. Puede observarse que la afectación principal se debe a la incorporación de accesorias. Es posible que la portada haya sido respetada por su valor artístico, además de servir como inspiración para disponer la cornisa intermedia y demás elementos figurativos. Aprox. 1923 (FCNMH)

15. Fachada de Jesús María. Es posible que la construcción de madera y lámina de la azotea se haya usado como bodega. Aprox. 1915 (FCNMH)



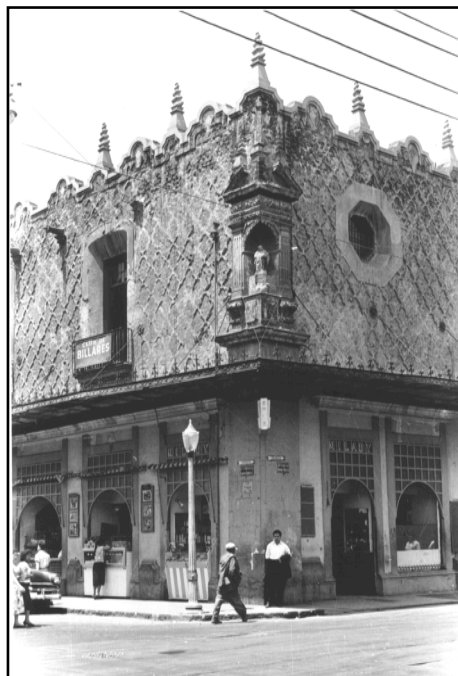
16. Esquina de Jesús María y Corregidora durante el periodo de apogeo del centro de espectáculos, Cine Mundial. Aprox. 1935 (FCNMH)



17. Vista actual de la fachada sobre Jesús María en proceso de restauración



18. Hornacina. Aprox. 1915
(FCNMH)



19. Esquina de Corregidora y Jesús María hacia
1960. Ya se observa un fuerte deterioro de la
decoración añadida en los veinte. Fotografía:
Constantino Reyes Valero. Aprox. 1960
(FCNMH)



20. Esquina de Corregidora y
Jesús María. En el año 2000, el
INAH inició los trabajos urgentes
de restauración. 2001



21. A principios de siglo, el monumento colonial resultó simbólicamente débil para usarse como centro de espectáculos. Por ello se le agregaron las ajaracas, un remate mixtilíneo y pináculos similares a la hornacina. Fotografía: Oscar Sánchez Amado. Aprox. 1923 (FCNMH)



22. El arquitecto Carlos Flores Marini, Jefe del Departamento de Monumentos Coloniales, emitió un oficio donde ordenaba “retirar de inmediato el rótulo del Cine Mundial que se encuentra anexo al templo de Jesús María y paralelo sobre el paramento del convento, igualmente deberá despintar las accesorias de ese mismo paramento para que quede la piedra aparente.” Oficio de fecha 24 de noviembre de 1965 dirigido al propietario de la casa N° 49 de Jesús María, (ACNMH) Fotografía: aprox. 1965 (FCNMH)

23. Vista de la fachada sobre Corregidora. Se busca consolidar estructuralmente el inmueble retomando su aspecto original. Año 2001



4.3.1 *Gran Cine Progreso Mundial*

La irrupción del cine en México fue veloz y llegó a colonizar el centro histórico. Para 1921 había treinta y seis salas y, en 1924, cuarenta y cuatro. Para ese entonces el cine era con mucho el espectáculo preferido por los metropolitanos¹⁹², le seguían de lejos los toros, los teatros, los gallos y los salones de baile.

En la sección de teatros y cines del periódico “El Universal” se anunció con gran pompa: “Mañana viernes 6 de octubre de 1922, de 6 a 11. Grandiosa inauguración de este gran Centro de Espectáculos, que es sin duda el mejor y más completo de los que hay hasta ahora. A esta solemnidad que no tiene precedente en su género han sido invitadas más de 4,000 personas, entre las que figuran los principales miembros de la banca, el comercio y la industria, así como las mejores familias de nuestra culta sociedad. Se proyectará un magnífico programa de películas. Hombres Preferidos por las Mujeres”. (29) El desplegado daba como dirección la 2da. Calle de la Acequia 44, Ericson 123-85 y a Adalberto García como el empresario responsable.

El cine tuvo dos etapas, la que va desde la inauguración en 1922 hasta 1943 (52 a 54), cuando el arquitecto Carlos Crombé¹⁹³, especialista en cines, le hizo algunas reformas, de las cuales la más importante es el derribo de la arcada y crujía norte (27, 55 a 57) con lo que se consiguió mover la pantalla unos cuatro metros hacia atrás y así incrementar ligeramente la capacidad de la sala. Para entonces el cine se llamaba Mundial y había perdido la palabra Progreso tal como consta en un programa de mano (30) hallado recientemente en la azotea del inmueble.

Durante las primeras dos décadas del siglo XX, la exhibición de películas se realizaba en lugares improvisados o apenas adaptados para tal fin como los vestíbulos de los teatros Nacional y Abreu (Templo de San Felipe Neri), los salones de las casa Borda y Boker y la

¹⁹² Reyes, *Cine y sociedad en México*, vol. 2, p. 263

¹⁹³ Entre otras obras, el arquitecto Crombé (D.F. 1888-1951) intervino en el Olimpia en 1921, realizó el Odeón y el Cosmos original en 1946. Es improbable que haya sido el autor de la reconversión del claustro de Jesús María en sala cinematográfica.

azotea del edificio del Buen Tono. Además, en varias plazas de barrio se hicieron exhibiciones nocturnas. Por otro lado y en forma paralela, se dio inicio a otro tipo de adaptaciones cuando se comenzaron a cubrir los patios de algunas casas para lograr espacios más amplios y confortables. Este es el caso del Palacio Encantado en la casa de Coliseo Viejo N° 15 y también a esta corriente pertenece el Cine Progreso Mundial que es un ejemplo algo tardío si se considera que ya se había inaugurado el Olimpia, una obra expresamente construida por Crombé para usarse como teatro y cine que contaba ya con los adelantos de la época para ese género de edificios.

Silvano Palafox comentó lo siguiente: “Respecto a un centro de diversiones, pongamos un teatro, o un cine, casi es innecesario decir que su arquitectura debe ser expresiva en cuanto a su función, e invitar a la alegría, al esparcimiento y a provocar el sentimiento estético, que produce la belleza del edificio, aunado al que proporcionará el espectáculo que se va a presenciar.”¹⁹⁴

El antiguo claustro del ex convento de Jesús María funcionó como cine durante medio siglo. Lamentablemente no se conoce al autor de la adecuación que por cierto fue bastante intensa si se toma en cuenta que se cubrió íntegramente el patio con una estructura de armaduras de fierro remachada y láminas zincadas. Seguramente en la misma intervención de 1921 o 22, se sustituyó la cubierta original de vigas y terrado de los cuatro corredores por losas de concreto reforzadas con flejes a la usanza de la época. De acuerdo con Aurelio Reyes, la capacidad de la sala, antes patio, era de dos mil quinientos un asistentes, aunque esta cifra no coincide con las que presentan Salazar y Ochoa, según quienes, para la inauguración en 1922, había 2051 butacas; en 1937, 2064; en 1945, 2604; en 1955, 1422, mientras que en 1971 se alcanzaron las 2080. A primera vista pareciera poco creíble que tales variaciones puedan ser reales.

Según el anexo B ya mencionado (ver anexo III), se puede corroborar que en 1932 había 2111 butacas. De las violaciones al reglamento es prueba el escrito que el arquitecto Palafox, Jefe del Departamento del Distrito Federal dirigió el 7 de abril de 1934 a la Sec. de

¹⁹⁴ Palafox, “Ideas sobre la arquitectura en México” p. 113, en Pláticas sobre la arquitectura en México, 1933

Topografía solicitando un levantamiento de las lunetas “para comprobar en cualquier momento si se aumentan ó cambian del lugar que ha sido aprobado.”¹⁹⁵ En dicho levantamiento se manifiestan 1530 butacas en el lunetario de la planta baja y 652 en el anfiteatro, lo que suma un total de 2182 lugares. (28)

Es necesario tener en cuenta que el primer reglamento para la construcción y funcionamiento de las salas cinematográficas se publicó en el “Diario Oficial” en 1913, donde se establecían las condiciones mínimas de funcionamiento, tales como la caseta de proyección aislada, el alumbrado eléctrico, las luces de seguridad, las salidas de emergencia, la distancia mínima entre la butacas, la instalación de equipo contra incendio, los extinguidores y las mangueras. La aplicación de algunas de estas medidas provocó daños aún visibles en el inmueble. Por ejemplo, a varias de las columnas o “machones” que soportan los arcos, se les arrasó el capitel para permitir el paso de la alimentación de agua a los gabinetes, cuya posición se puede observar en las fotografías de la sala que tomó Manuel Ramos (24 a 26) en 1935. Por Jesús María y bajo la última rampa de la escalera que vincula los coros bajo y alto, se abrió una salida de emergencia (55 y 57); la antigua contaduría a la que se tenía acceso desde la misma calle se convirtió en baños, además de que, detrás de la pantalla, se construyeron otros sanitarios mixtos.

Por otra parte, los señores García adquirieron sin limitación alguna los derechos relativos a los contratos de arrendamiento de los locales de la parte baja del edificio por los que percibían las rentas correspondientes.

Los arrendatarios se obligaban a destinar la parte interior del edificio a la explotación del cine, variedades y espectáculos y no podían realizar modificaciones sin el consentimiento escrito de la arrendadora: “La arrendadora se reserva el derecho de la azotea para construir otro piso si lo desea y los arrendatarios se obligan a darle el uso del local o terreno por calle de Jesús María necesario para construir escaleras o elevadores.”¹⁹⁶

¹⁹⁵ En la Planoteca del Archivo Histórico del Distrito Federal

¹⁹⁶ Ver contrato de arrendamiento celebrado el 25 de mayo de 1932 entre Enrique Renner por una lado y los hermanos Guillermo y Fernando García por el otro. (Vol. 100, número 70604)

El contrato de 1932, por el cual la sucesión de Enrique Renner arrienda el centro de espectáculos a los señores Guillermo y Fernando García, contiene un inventario detallado (ver anexo III) de los muebles y equipos incluidos. Allí se menciona que además de un salón de baile, ⁽³¹⁾ hubo también una pista de patinaje que posiblemente operó en la desaparecida crujía norte.

Para lograr tal densidad de ocupación se hicieron dos palcos (anfiteatro y galería), soportados por columnas delgadas de fierro colado (24 a 26) y se invadió con asientos parte de los corredores, a los que se les dio pendiente hacia la pantalla para mejorar las isópticas. Con esta adecuación las galerías tapaban parte del arco, por lo que tuvieron que rebajarlo con metal desplegado y yeso dentro de los existentes de medio punto (54). Se usó el acceso abierto a principios de siglo a eje del claustro por la calle de Corregidora (8, 48 y 49), además se levantó el piso y se le dio una ligera pendiente para mejorar la visual.

Muchas de las características del Cine Mundial serían hoy rechazadas por los usuarios, además de que difícilmente podría aprobarlo la reglamentación actual. Entonces era usual y estaba admitido que la distancia entre las filas de butacas fuera de 70 cm (hoy lo mínimo son 98 cm para asientos fijos) y en muchos lugares existían “puntos muertos” provocados por las columnas metálicas o por los antiguos pies derechos (52). Sin embargo, el que las salas tengan actualmente mayores niveles de seguridad y comodidad no es sinónimo de un nivel cultural más alto. En un artículo memorable, Óscar Tusquets Blanca se lamentaba de que las escalares más maravillosas de la historia de la arquitectura no se hubieran podido realizar siguiendo los reglamentos de las construcciones actuales: “...una pieza arquitectónica fascinante a la vez que difícilísima (...) En vía de extinción porque en nuestros días la escalera ha dejado de ser un *pezzo di bravura* del arquitecto para convertirse en un espacio de servicio, puramente funcional, marginal, aislado y casi estandarizado.”¹⁹⁷ Podemos asegurar que con los cines ocurre otro tanto.

La remodelación del antiguo convento en sala cinematográfica se basaba en potenciar algunas de las características propias del edificio (13, 21 y 26), tanto al interior como al

¹⁹⁷ Tusquets, Todo es comparable, p. 87

exterior del mismo. La decoración neocolonial sobre una auténticamente colonial es casi una parodia y llevó posteriormente a muchos expertos a confundir lo auténtico con lo agregado (22). Debe tomarse en cuenta que dicha remodelación se realizó durante el período en que José Vasconcelos promovía desde la Secretaría de Educación una política nacionalista con referente en la arquitectura neocolonial.

A las fachadas, ya modificadas por las bodegas de Sommer Herrmann y Cia., se les agregó un remate mixtilíneo y pingorotas¹⁹⁸ de concreto vaciado similar al que remataba la hornacina¹⁹⁹ (18), dicho remate de corte barroco típico del siglo XVIII seguía el ritmo de las gárgolas ya deshabilitadas pero aún supervivientes, mientras que al paramento del segundo cuerpo se le añadieron ajaracas (13, 16, 53).

Por lógica, las ventanas de los dormitorios de las monjas eran pequeñas y muy altas e impedían el contacto con el mundo exterior (48). A fines del siglo XIX, las cuatro ventanas de Corregidora se habían prolongado hacia abajo (8 y 51) (ver descripciones de Téllez Pizarro en los anexos I y II), y para la segunda década del XX, ya se había realizado una segunda intervención que les bajó el antepecho (9) y les agregó un balcón. Poco después se abrió un quinto vano de forma similar al resto sobre el acceso al cine (54). Si bien la propia Beneficencia Pública, encargada de la venta de los predios, había autorizado rasgar los vanos, se refería a la crujía poniente del claustro, misma que ya no existe y que quedó tempranamente separada del lote 1 —Lote 2 en el plano catastral de 1938— (5).

Toda la planta alta era administrada por los mismos del Cine Progreso Mundial, quienes construyeron en el antiguo dormitorio y enfermería de la crujía sur un salón de baile con piso de mosaico, lambrines de madera, arbotantes y espejos sobre las paredes. Sin embargo, y desde fines del siglo XIX, las crujías de la planta baja estaban destinadas a accesorias que naturalmente tenían acceso directo desde la calle. Como sucede con la mayoría de los centros históricos, la planta baja, que corresponde a la parte más masiva de la construcción,

¹⁹⁸ Término usado por Manuel Sánchez Santoveña, “cuya forma recuerda la de los tornillos” en *La Ciudad de México y el Patrimonio Histórico*, p. 142. En términos más usuales serían pináculos de forma piramidal y salomónica.

¹⁹⁹ Es posible que para el remate el autor se haya inspirado en el que tiene la Casa de los Azulejos.

se dedicó a comercios, las cuales intervinieron, horadaron y debilitaron invirtiendo así la lógica tectónica del edificio.

Quizás en un intento por paliar la falta de *foyer* se hizo una marquesina metálica (de la que quedan sólo las placas para anclar los tensores en los muros) (11 y 14) que ocupó completamente ambos frentes de la construcción, aunque es de agradecer que quedara interrumpida a centímetros de la portada ⁽¹³⁾ del siglo XVII que reza en letras en bajorrelieve: *Aducentur regi virginis. Aducentur in templum regis*: Las vírgenes son llevadas al rey, son llevadas al Templo del Rey 1692.

Además del cine mudo, el Centro de Espectáculos incluía salones de baile llamados el Dancing Mundial (31 a 33) y es posible que hasta una pista de patinaje, situados en ambas crujías de la planta alta y a los que se podía asistir con el mismo boleto.²⁰⁰ Probablemente esta práctica se inauguró en 1921 en el Teatro Cinema Olimpia, al que se sumaron otros cines como el Coloso, el Goya, el Colonial, el Isabel, el Alarcón, el Lux, el Máximo, el Teresa, el Odeón y el Majestic. Amparo Sevilla señala que entre 1915 y los años cincuenta aparecieron varios cines donde se acostumbraba bailar una tanda musical ya fuera con música en vivo o con fonógrafo²⁰¹ durante los intermedios de la casi una hora que tardaba en llegar la película que se había exhibido antes en otra sala. Los bailes pagos se llevaban a cabo en los más diversos lugares de la capital, como academias, casinos, frontones, carpas, balnearios, parques, cines, circos y teatros, lo que es prueba de los cambios sociales posrevolucionarios con respecto al uso del espacio público y al nuevo rol de la mujer. Sin duda, la sociedad se abría a nuevas formas de diversión y de sensualidad en lugares públicos y para ello transformó edificios como el ex convento de San Jerónimo (actual Universidad del claustro de Sor Juana) en el famoso Smyrna Club²⁰², cuya dueña era Antonieta Rivas Mercado.

²⁰⁰ Flores y Escalante en Historia documental y gráfica del danzón en México asegura que “Resonados bailongos cinematográficos que la gente obtenía con la presencia musical de La Orquesta Posadas, la Orquesta Parisien, Los Cadetes del Jazz, o bien los Pilotos del Jazz, grupos que aunque tuvieran norteamericanizado nombre, lo mismo le daban con ganas al fox que al danzón. En este lugar el extraordinario “Tenor de la Voz de Seda”, Juanito Arvizu, presentó por primera vez al músico poeta Agustín Lara, cuando éste apenas se iniciaba como su acompañante en aquellos deliciosos intermedios.” p. 320.

²⁰¹ Sevilla, “Los salones de baile...”, p. 222

²⁰² Ibid, p. 229

Incluso estos usos propios de la modernidad también fueron superados: tanto los salones de baile con orquesta como los grandes cines están prácticamente extinguidos y en mucho mayor medida su combinación en un solo sitio. El primer caso obedece al proceso modernizador y moralizador encabezado por Urruchurtu, el “Regente de Hierro”, quien, en 1957, y por medio de medidas reglamentarias como la prohibición de la venta de alcohol, hizo inviable su continuidad al punto de que en la Ciudad de México actualmente sólo sobreviven tres de ellos: el Colonia, Los Ángeles y el California Dancing Club.

Por su parte, el proceso de la desaparición de los grandes cines comenzó en los años setenta y se debe, entre otros factores, a la competencia del video, la televisión y al surgimiento en muchos países de cines con varias salas pequeñas que al aumentar la oferta de películas en un mismo sitio lograron, a pesar de su inocua arquitectura, desbancar a aquellas enormes salas decoradas con una “...arquitectura de la ensoñación, con una fuerte carga de significados que fue y es vista con suspicacia por una cultura arquitectónica anclada en un funcionalismo a ultranza, con una arquitectura contaminada de superficialidad estética.”²⁰³ Estos o bien cerraron o se subdividieron y mantuvieron el uso, pero cambiando radicalmente la calidad espacial y el sentido que tenía el hecho de participar en un espectáculo masivo. “Es de llamar la atención que los casos de cines que aún mantienen su funcionamiento de origen, son aquellos que basan su programación en cintas pornográficas; el más relevante y significativo es definitivamente el cine Teresa, quizás el más grande y bello del mundo dedicado a este tipo de películas.”²⁰⁴ De hecho, ninguno de los cines de la década de los años veinte queda en funcionamiento en la ciudad de México.

El arquitecto Carlos Flores Marini, en su calidad de Jefe del Departamento de Monumentos Coloniales, emitió un oficio donde ordenó “retirar de inmediato el rótulo del Cine Mundial que se encuentra anexo al templo de Jesús María y paralelo sobre el paramento del

²⁰³ Ricalde, Prólogo a *Espacios distantes aún vivos...*

²⁰⁴ Salazar y Ochoa Vega, *Espacios distantes....* (Prólogo a la reimpresión)

convento, igualmente deberá despintar las accesorias de ese mismo paramento para que quede la piedra aparente.”²⁰⁵ (57)

Probablemente la actividad que más descalificaciones ha merecido es la del billar (19 y 33), aun cuando, en contrapartida, es quizás la que menos alteraciones provocó en el inmueble. Un artículo publicado en “La Prensa” el 20 enero de 1975, bajo el nombre de “Joya arquitectónica derruida”, informa con algunas imprecisiones: “Arriba, donde dos siglos atrás fueron celdas de los monjes, después salón de baile dominical, hay hoy unos tristes y sucios billares”. Para Guillermo Tovar un “...salón de billares con larga asistencia de rufianes.”²⁰⁶ Posteriormente, esto sirvió para justificar ante el INAH a la juguetería que lo sucedió.

Sin duda, la enumeración de edificios mal utilizados realizada por el entonces embajador mexicano en la URRS movía a la indignación y, en algunos casos, a la acción; sin embargo, su discurso omitía decir que dichas actividades no producían un daño físico directo a los monumentos. Las razones de la ira de Iturriaga eran ideológicas y morales y giraban en torno al destino que se debía dar a los monumentos, cuestión que el consideraba en términos similares a los expresados en el Art. 22 del Reglamento de 1934. Por cierto, es difícil encontrar uno tan compatible como el de los salones de billar con los antiguos dormitorios comunes de las monjas jesusas, los cuales, por otro lado, habían sido rechazados durante mucho tiempo por ellas mismas que abogaban por celdas particulares a pesar de la evidente violación de dos de sus tres votos: la vida en común y la pobreza.

El 4 de julio de 1980, la Jefa de Licencias e Inspección del INAH informó en audiencia al contador de Representaciones Jugueteras, S.A., la clausura de la obra de Corregidora 46 en los altos del ex convento de Jesús María (en los que sucesivamente hubo dormitorios de monjas, dormitorios de militares, bodegas, salón de baile y billares) por haber fijado anuncios y aparadores en las ventanas en violación del Art. 42 de la Ley Federal sobre Monumentos de 1972, además de una multa por 50,000 pesos.

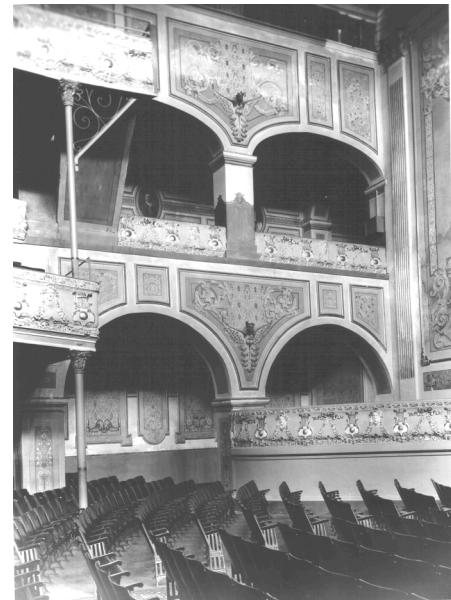
²⁰⁵ Oficio de fecha 24 de noviembre de 1965 dirigido al “propietario de la casa N° 49 de Jesús María”, ACMNH

²⁰⁶ Tovar, *La ciudad de los palacios...*, p. 15, tomo I

24. Interior del Cine Mundial. A la zona de lunetas se le dio pendiente para mejorar las visuales, mientras que la construcción del “anfiteatro” obligó a cambiar con metal desplegado y yeso la forma de los arcos. Fotografía: Manuel Ramos. Aprox. 1935 (FCNMH)



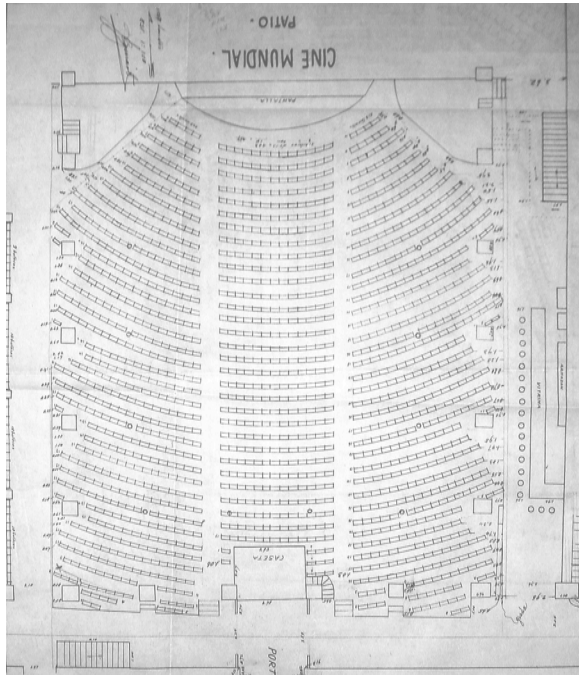
25. Vista del corredor oriente de la planta alta. Desde el cual se accedía al anfiteatro y a la galería correspondiente. Fotografía: Manuel Ramos Año 1935 aprox. (FCNMH)



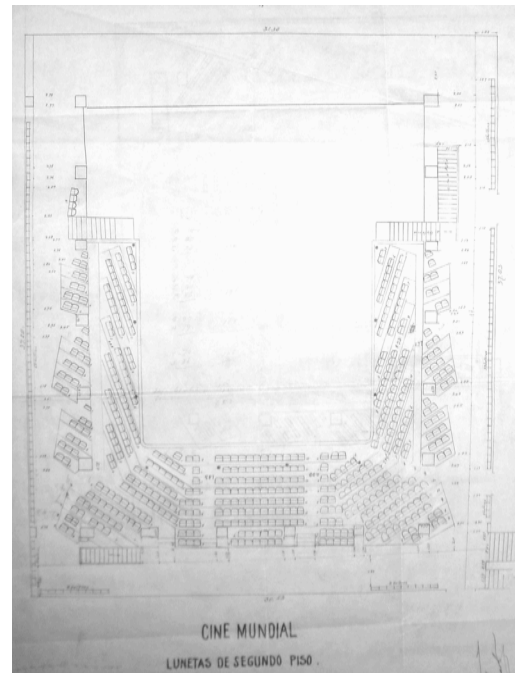
26. Vista del corredor oriente de la planta alta, desde el que se accedía al anfiteatro y a la galería correspondiente. Fotografía: Manuel Ramos. Aprox. 1935 (FCNMH)



27. Interior del claustro. Al fondo se nota la ausencia de la arcada y crujía norte demolidas entre 1943 y 1944. Año 2001



28. Levantamiento de las butacas de la planta baja solicitado por Silvano Palafox (Jefe de la Oficina de Arquitectura del Departamento del Distrito Federal), “para comprobar en cualquier momento si se aumentaban o cambiaban de lugar”. 1934 (Planoteca del AHDF, módulo 8, planero 5, sección de cines)



Plano de las lunetas del segundo piso, 1934 (Planoteca del AHDF, fondo módulo 8, planero 5, sección de cines)

TEATROS Y CINES

¿Cuáles son los hombres preferidos por las Mujeres?
¿Qué cualidades son las que hacen que las mujeres tengan esa predilección y que defectos influyen para hacer que los demás sean repudiados?

Norma Talmadge

“Hombre Preferido por las Mujeres”

Para que usted esté seguro de la calidad artística de esta película, bástele saber que es de la famosa casa alquiladora:
Primer Circuito Nacional de Exhibidores. Av. Uruguay, 19.

ESTRENO EL SABADO PROXIMO en los Cines:
ODEON - UFA CINCO DE MAYO - PROGRESO MUNDIAL - SAN HIPOLITO - BUCARELI - FAUSTO - ROYAL y MAJESTIC.

La artista favorita, de todos los públicos les descifrará a hombres y mujeres, tan difícil problema, en su grandiosa producción.

GRAN CINE PROGRESO MUNDIAL

2a. Calle de la Arqueia, 44. Teléfono 130-85. Empresa: Adalberto García

Mallana viernes 11 de octubre de 1922, de 6 a 11. Grandiosa inauguración de este gran centro de Espectáculos, que es sin duda el mejor y más completo de los que han nacido ahora. A esta solemnidad que no tiene precedentes en su género han sido invitadas más de 4,000 personas, entre las que figuran los principales miembros de la HADSA, el Comercio y la Industria, así como los señores familiares de nuestra alta sociedad. Se proyectará un magnífico programa de películas.

“Hombres Preferidos por las Mujeres”

Se abrió al público esta tarde la Magnífica Película

UN QUIJOTE AMERICANO

Estreno, Sábado, en los Cines:
TRIANON-PALACE - VENECIA - SAN JUAN DE LETRAN - PARISIANA, - LUX y AMERICA.

Por HARRY MYERS
“Cómico Rey del Cinismo”.
SUPERIOR AL MEJOR COMICO CONOCIDO
¿Ha visto Ud. dar el tratamiento de “DON” a un Rey?
Vea a HARRY MYERS.
Exclusiva M. González, S. A. — Apartado Postal 7952.

“EL CENTRO DE LOS

TEATRO OLIMPIA

29. Inauguración del cine “Progreso Mundial” 6 de octubre de 1922, Periódico: *El Universal*, sección primera, teatros y cines, pág. 4 (Hemeroteca Nacional, UNAM)

Cine MUNDIAL Viernes 30 de Enero de 1948
¡Único Día!
GRANDIOSA FUNCION POPULAR Y PELICULAR

La EMPRESA DE ESTE CINE SE COMPLACE EN PRESENTAR UN
“DESPAMFANANTE”
PROGRAMA NACIONAL

Con:
UN GRANDIOSO REPARTO DE ESTRELLAS

- * PEDRO ARMENDARIZ.
- * ESTHER PERMANEZ.
- * SOFIA ALVAREZ.
- * DOMINGO SOLER.
- * JOAQUIN PARDAVE.
- * LUPITA TOVAR.
- * VIRGINIA ZURI.
- * CARLOS ORELLANA.
- * U. U. MARTINEZ CASADO Y
- * RAMON PEREDA

En sus mejores películas
SANTA LA LLORONA MI CANDIDATO

UNA HISTORIA DE AMOR Y DOLOR.
BASADA EN LA FAMOSA LETENDA MEXICANA.
LA MEJOR COMEDIA DE J. PARDAVE.

Una grandiosa Programa de Anuncio al Cine Nacional

Pasando además 3 Únicas Comedias al Gran CANTINFLAS
“CANTINFLAS EN LOS CINEROS”, “CANTINFLAS TORE-RO” y “CANTINFLAS EN PANTIFLAS”.
MAGNIFICAS PELICULAS DE RISA

30. Programa triple de mano de 1948, encontrado en el inmueble en el 2002 por Pedro Cuellar Martínez, durante los trabajos de investigación.



31. Salón de baile “Dancing Mundial”, ubicado en la planta alta de la crujía de Corregidora. Puede verse el piso recubierto con mosaico de pasta decorado, los muros cubiertos a media altura con lambrín de madera, enyesados formando tableros y óvalos iluminados con arbotantes, además de las cinco puertas con los balcones recientemente estrenados. En el plafón se ven la viguería y las zapatas originales. Se observa también un amueblado mínimo consistente en bancas de madera, las cuales están relacionadas en el inventario de los muebles del cine.

Fotografía: Oscar Sánchez Amado
Aprox. 1935 (FCNMH)



32. Aún quedan restos de la decoración del salón de baile. Décadas de descuido y abandono provocaron el desplome de la cubierta y forzaron su retiro y restitución como parte del proceso de restauración. Año 2001



33. Vista reciente del local que fuera dormitorio común de monjas. El piso original fue sustituido por duela, se alargaron las ventanas y recientemente se apuntaló la cubierta.

En agosto de 1980, la Dirección de Monumentos Históricos del INAH solicitó a la misma empresa la realización de una serie de trabajos básicamente en acabados, cancelería e impermeabilización de la cubierta, a lo que el comercio respondió que muchas de las modificaciones se habían hecho antes de su llegada, que ignoraban que debían sujetarse al control del INAH y además algo que resulta cómico por estar en la misma línea moralista que señalara en su momento Iturriaga: “Deseamos hacer notar que en dicho local antes de que nosotros lo tomáramos había unos billares que únicamente eran centro de reunión de vagos y viciosos (...) pero como ustedes comprenderán un negocio al público no puede existir a puerta cerrada, por lo que nosotros pusimos los cristales a la calle totalmente enrasados a la construcción y en los cuales se pensaba exhibir juguetes, lo cual no creemos para nada que vaya en detrimento de la vista del edificio.”²⁰⁷ La aparente ingenuidad del escrito deja traslucir una verdad que es el problema de la compatibilidad entre un edificio histórico y determinados usos.

En cuanto al templo y a la casa anexa, en el N° 269 de la Soledad, fueron archivo de la Secretaría de la Defensa, entre 1934 y 1960. “En el bando publicado el 24 de octubre de 1861 Jesús María apareció como uno de los templos suprimidos, sin embargo, dos días después, la orden se modificó y continuó abierto al público católico.”²⁰⁸

El 21 de mayo de 1909, mientras estuvo a cargo de los Padres del Corazón de María (1871-1924), “Se procedió a deslindar la Iglesia de Jesús María, dependiente de la Secretaría de Hacienda (...) hasta el punto J, lindero con un predio de los señores Sommer, Herrmann y compañía sucesores S. en C.”²⁰⁹

El 30 de diciembre de 1927 ardió el coro bajo y el mismo día de 1929 se incendió el altar del templo (41). El templo fue declarado monumento el 9 de febrero de 1931. Por decreto, en 1933, se retiró del servicio público y el 6 de noviembre del mismo año el Dr. Heraclio Ortiz R., solicitó a la Dirección de Bienes Nacionales el uso del “templo para la iglesia

²⁰⁷ Respuesta del señor Ariel Perla —agosto de 1980—, administrador general de Representaciones Jugueteras, a la Dirección de Monumentos Históricos del INAH (ACNMH)

²⁰⁸ AGN, Ramo Gobernación – Legajos, Vol. 1403, Exp. 2, en Speckman, *Los conventos de monjas...*, p.194

²⁰⁹ Expediente Jesús María, Legajo # 1 (CEDOC)

ortodoxa católica apostólica mexicana”, a lo que se le respondió “...que no es posible atenderlo, porque el referido ex – templo se va a retirar a un servicio público del Gobierno Federal”. De hecho, ya se habían iniciado los estudios (“caben 635 ml de anaqueles y estantería”) para trasladar ahí parte del Archivo General de la Nación, situado entonces en el Palacio Nacional. Finalmente, el Departamento de Bienes Nacionales aceptó que la Secretaría de Guerra y Marina trasladara a Jesús María su archivo de concentración situado en San Ildefonso.²¹⁰

Como un efecto directo de tal decisión, ese mismo año inició el pedido de los deudos que querían recuperar los restos de sus parientes enterrados en los pisos y en los muros del templo desde principios de siglo. Por su parte, en 1934, la curia retiró del lugar los cuerpos de los arzobispos Francisco Javier de Lizama y Beaumont y Manuel Posada y Gardiño.²¹¹

Por considerar insuficiente el área del templo, la Secretaría de Guerra y Marina consiguió en 1934 hacerse de un edificio anexo,²¹² situado en el número 29 de la calle de Soledad, lo cual recuerda la propuesta de W. Morris de no alterar el monumento pero sí de crecer por medio de anexos.

Mientras el monumento seguía siendo objeto de reclamos, Francisco de la Maza escribió en 1956: “Hoy es archivo, polvoso archivo de la Secretaría de la Defensa, que pudo escoger otra iglesia menos importante para inutilizarla en esa forma.”²¹³ Y en agosto del mismo año, el profesor Vicente Reyes M. solicitó al entonces Presidente Don Adolfo Ruiz Cortines que el templo de Jesús María, entonces fuera del culto católico, se pusiera a disposición para establecer de forma permanente el culto a la Patrona de Guanajuato.”²¹⁴

En noviembre de 1958 y por medio del oficio de número 40790, la Secretaría de Guerra y Marina, hoy Defensa Nacional, informó a la Secretaría del Patrimonio Federal que el

²¹⁰ Expediente Jesús María, Legajo # 1 (CEDOC)

²¹¹ Oficio del Arzobispo Alberto María Carreño a la Secretaría Hacienda y Crédito Público del 5 de marzo de 1934. Expediente Jesús María, Legajo # 1 (CEDOC)

²¹² Decreto presidencial 1599 del 15 de agosto de 1934

²¹³ De la Maza, *Arquitectura de los coros de monjas*, p. 32

²¹⁴ Leg. II (CEDOC)

templo ya no era necesario para su servicio. En el acta de entrega a la Iglesia católica, se hace constar “...la existencia de dos invasiones inexplicables existentes actualmente en el predio. La primera corresponde a la superficie situada en la planta baja en el lindero poniente sur del mismo, donde el edificio colindante se mete con un área de aproximadamente 35 m² (...) mientras que las plantas superiores de la iglesia se conservan como propiedad el templo. La segunda invasión queda situada en el lindero oriente sur y precisamente bajo el descanso mismo de la escalera que da acceso a los coros y al campanario (55 y 57). Esta superficie la utiliza y usufructúa el Cine Mundial colindante con el templo como salida de seguridad del salón cinematográfico e, inclusive, según informes recabados con el mismo inquilino, lo rentan los propietarios de este predio durante las mañanas en 250 mensuales para la manufactura y venta de tacos y fritangas.”²¹⁵ Este segundo caso había sido ya reportado en 1957 por la propia Secretaría de Bienes Nacionales.²¹⁶

4.3.2 Historia reciente: “Invasión al ex convento de Jesús María”

Quizás una de las instancias más surrealistas que le ha tocado vivir al ex convento fue la ocupación del claustro desde 1993 a 1999 por parte de organizaciones de vendedores ambulantes. “Invasión al ex convento de Jesús María” fue el título de la nota que el periodista Manuel Magaña Contreras publicó en el “Excelsior” sobre esta situación. Lo cierto es que el 7 de septiembre de 1994 y como parte del “Programa de Mejoramiento del Comercio Popular”, el Departamento del Distrito Federal gestionó ante la Dirección General de Administración Federal la desincorporación del inmueble propiedad de la SEDESOL con el objeto de convertirlo en una “plaza comercial que permitirá reubicar a comerciantes ambulantes actualmente ubicados en el primer cuadro del Centro Histórico.”²¹⁷

²¹⁵ En el oficio de entrega del templo de Jesús María a la SEDENA, dirigido el 8 de marzo de 1960 por el Secretario del Patrimonio Nacional al Director General de Bienes Nacionales. Expediente Jesús María, templo de..., Legajo I, 1931-1994 (ACNMH).

²¹⁶ Oficio dirigido el diecisiete de diciembre de 1957 por el Jefe de Ingeniería y Arquitectura al Secretario de Bienes e Inspección Administrativa (CEDOC).

En 1999, la Organización Nacional Popular de Videntes e Invidentes Emiliano Zapata, liderada por David Guzmán, solicitó a Pedro León Monjaraz de la Universidad Autónoma Metropolitana, sede Azcapotzalco —a cargo de los Servicios Sociales del área de Ciencias y Artes para el Diseño— un proyecto de adecuación y restauración del ex convento en plaza comercial para así poder conseguir un financiamiento institucional. A raíz de esta atractiva pero incómoda solicitud de las organizaciones de vendedores ambulantes, los alumnos que estaban cumpliendo el servicio social realizaron una entrevista a David Guzmán, según quien la Regencia de la Ciudad les había entregado el inmueble: “A nosotros nos los dio Manuel Camacho Solís.” Esto dentro del marco del controvertido proyecto de relocalización de ambulantes emprendido por el entonces gobierno de la ciudad. Sin embargo, continuó Guzmán, “hemos tenido muchos problemas con el gobierno, no nos ha cumplido, y nosotros no queremos estar en la calle (...) como se ve tenemos puestos dentro del edificio (37), pero no los estamos ocupando en realidad para vender, me dicen que los tengo como rehén, para que el gobierno me dé otra cosa ¡no! el gobierno me metió, yo no despoje a nadie de sus cosas...”

A partir de dicha entrevista se fueron aclarando las verdaderas intenciones de la agrupación de vendedores ambulantes y la manera en que habían variado su programa de necesidades con el tiempo. Lo fundamental era que querían una plaza comercial, pero como estrategia ante las autoridades habían agregado talleres, apoyos sociales y de salud para invidentes, “para incorporarlos a la sociedad”. La organización había contemplado introducir a trescientas personas a vender ropa, calzado y artesanías en unos 100 o 200 puestos y establecer una guardería además de un centro de salud infantil. En fin, una especie de “plaza-museo.”

Naturalmente, el INAH se opuso a ceder el inmueble a los ambulantes. El problema radicaba en que esta institución no había entrado en posesión del mismo a pesar de que el gobierno federal se lo había otorgado en 1982, pero con la condición de que su Dirección

²¹⁷ Oficio del Subcoordinador General del Programa de Mejoramiento del Comercio Popular a la Dirección General de Administración Inmobiliaria Federal. 7 sept. 1994 (ACNMH).

General lo restaurara y ocupara en seis meses²¹⁸. Como esto no había ocurrido, el inmueble volvió a la custodia del Patrimonio Federal, con lo que entró en una suerte de limbo legal.

Las siguientes notas periodísticas son pruebas del estado en que se encontraba el edificio y del rechazo que produjo su ocupación por parte de los ambulantes. Ángeles González Gamio señaló: “Aprovechamos esta ocasión para llamar la atención sobre el Templo de Jesús María, que es una maravilla y ahora está abandonado, siendo su uso uriniales de paga.”²¹⁹ Otra nota del mismo tenor: “Una de las demostraciones de abandono que se da en el Centro Histórico, de acuerdo con la información suministrada, es el ex convento de Jesús María, que se encuentra en poder de vendedores ambulantes, presuntamente pertenecientes a la organización de Silvia Sánchez Rico. El venerable inmueble se cae a pedazos y el templo de Jesús María, anexo al ex convento, también tiene serios daños por el abandono de que ha sido objeto durante los últimos años.”²²⁰ Efectivamente, en octubre de 1993, se derrumbó parte de la cubierta de la crujía que da a Corregidora y en 1999 cayó un fragmento del pretil que fue a herir precisamente a uno de los vendedores mencionados. La creciente peligrosidad del inmueble tornó inviable la permanencia de los ambulantes, quienes, por otra parte, usufructuaban cobrando por el uso del baño instalado, en los tiempos del cine, en lo que había sido la capilla de las monjas y bajo la escalera donde trabajaba el mayordomo.⁽¹¹⁾

Esta disputa por los espacios de la ciudad pone de manifiesto varias cuestiones dignas de precisarse. La más notable es la diferente percepción que los distintos niveles de gobierno tienen. Por un lado, el Departamento del Distrito Federal, en una política muy discutible sobre cómo resolver el problema del ambulante, cede un edificio declarado “monumento colonial” en 1931, y que además no le pertenecía, a una organización de vendedores

²¹⁸ En el artículo segundo se fijó la cláusula: “Si los destinatarios no iniciaren la utilización dentro de un término de 6 meses, contados a partir del momento en que se ponga a su disposición, o si habiéndolo hecho los dejasen de utilizar o necesitar, o bien le dieran un uso distinto al previsto por el presente ordenamiento, sin la previa autorización de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP), dichos bienes pasarán con todas sus mejoras y accesiones a la administración de la citada dependencia”.

Lo cierto es que el INAH no tuvo en años la posesión del inmueble. Le correspondía a la SAHOP desocupar el edificio y entregarlo a la SEP y al INAH.

²¹⁹ Ángeles González Gamio, “Don Belisario y las monjas”, en periódico “La Jornada”, 18 de mayo 1995

²²⁰ Alberto Rocha y Manuel Magaña, “Registra el Centro Histórico Capitalino Creciente Índice de Deterioro Urbano”, periódico “Excelsior”, 3 de septiembre 1998.

ambulantes para convertirlo en plaza comercial sin que mediara el más mínimo estudio sobre su viabilidad. Por otro lado, y en su descargo, cabe preguntarse por qué no se podía destinar un edificio histórico abandonado y en pésimas condiciones a un grupo de vendedores ambulantes compuesto por algunos invidentes, con lo cual se podía paliar su condición de marginación y dignificar su actividad.

También se hubiera podido argumentar que un pasaje comercial con acceso desde Jesús María por la portería original y por el zaguán abierto desde finales del siglo XIX podía en verdad resultar en un recorrido interesante. Además de que se hubieran podido restaurar las fachadas haciéndolas prácticamente tan ciegas como lo fueron durante el período colonial. O quizás se hubiera podido abrir los antiguos locutorios sobre Corregidora, cerrar el zaguán mencionado y aprovechar la armadura de fierro remachada (que ya no se hacen de esa manera), sustituyendo las láminas onduladas por materiales translúcidos como vidrios o policarbonatos, así como rehacer el entresuelo y destinarlo a talleres o bodegas.

En fin, la argumentación podría haber sido convalidatoria, pero es probable que el destino de los monumentos esté más sujeto a decisiones de tipo político que a estudios de compatibilidad de usos. De hecho, como lo señaló Canclini, este tipo de disputas se enmarca en una lucha material y simbólica entre grupos o clases sociales.²²¹ Por otra parte, y dado que es al INAH a quien corresponde defender el patrimonio arqueológico e histórico y como, de acuerdo con sus propios estatutos, los edificios bajo su posesión deben destinarse a fines culturales, el uso comercial queda francamente descartado.

La ocupación del claustro por la organización de vendedores ambulantes se da en un período de fuerte deterioro del edificio: medido en términos físicos la estructura ya resultaba riesgosa para sus ocupantes. Desde el punto de vista de su ubicación, los alrededores del inmueble estaban ya prácticamente tomados por el ambulante, mientras que los edificios históricos vecinos se encontraban subocupados y eran usados como bodegas (proceso que lamentablemente sigue incrementándose). Administrativamente, como hemos visto, el inmueble era tierra de nadie. Se habían iniciado ya los desalojos de

²²¹ Sobre la desigualdad social en el uso del patrimonio ver “El patrimonio cultural de México”

algunos de los locatarios, mientras que otros, aun teniendo orden de desalojo, no habían hecho entrega del claustro (Viana, por ejemplo). A penas en el 2001, la joyería Mecalco fue abierta con orden judicial (10), a pesar de lo cual siguieron manteniendo la posesión del inmueble. Y desde el punto de vista funcional, la habitabilidad del edificio estaba, desde hacía décadas, muy limitada.

Durante la década de los noventa se sucedieron infructuosamente diferentes propuestas de uso:

En octubre de 1993 el “Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo del 33° Grado del rito Escocés Antiguo y Aceptado” solicitó al secretario de Desarrollo Social su intervención para obtener legalmente la posesión del inmueble con el fin de situar allí su sede legal.²²²

El INAH lo requería como archivo documental, fototeca, mapoteca, ceramoteca de trabajos arqueológicos, ventanilla única de atención al público e, incluso, como sede del aún inexistente Centro INAH del Distrito Federal.

En 1996, y a través del Fideicomiso del Centro Histórico, la empresa de espectáculos People to People ofreció a CONACULTA hacerse cargo de la mitad de los costos de la restauración y obtener la concesión para operar durante diez años el inmueble y convertirlo en centro de espectáculos culturales. Lo más probable es que la propuesta fuera denegada porque el INAH no tiene dificultades jurídicas para concesionar los inmuebles que están bajo su custodia.

²²² Oficio N° 111,6 de la Secretaría de Desarrollo Social a la Dirección General del Patrimonio Nacional , 11 de octubre de 1993 (expediente Jesús María, ACNMH , INAH)

34. Vista del interior del claustro mientras era ocupado por la tienda Viana. Para entonces ya no quedaba prácticamente nada de lo añadido por el cine Mundial.
Aprox. 1977 (FCNMH)



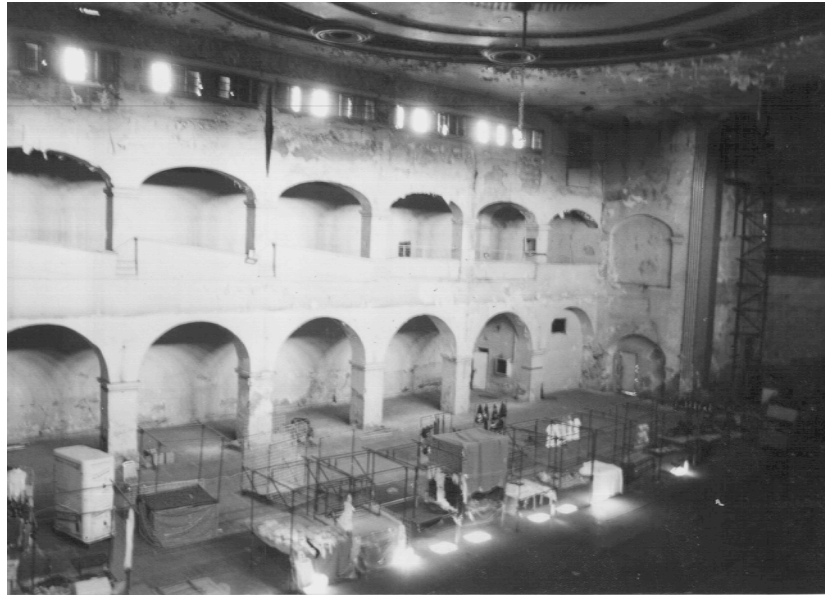
35. Probablemente en 1921, cuando se instaló la cubierta de acero, se sustituyeron las cubiertas de los corredores por losas de concreto. Los corredores altos también se usaron para exhibir muebles.
Aprox. 1977 (FCNMH)



36. Corredor poniente en la planta baja; al fondo se observa el descanso de la escalera que se agregó para el cine.
Aprox. 1977 (FCNMH)

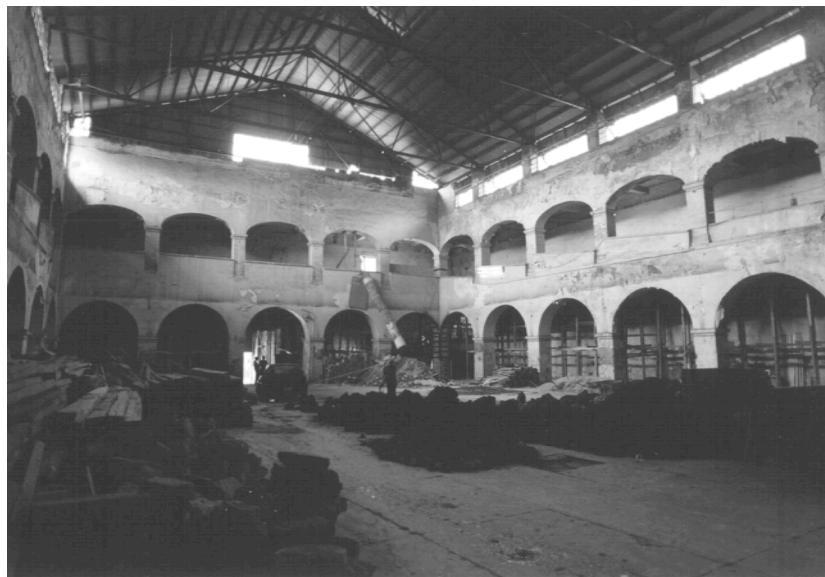
37. Se pueden apreciar los puestos del comercio informal dentro del antiguo patio. Los cuatro arcos en la esquina se agregaron en 1943 cuando se demolió el corredor norte.

Fotografía: René Delgadillo y Mauricio García, mayo-junio 1999



38. La restauración del inmueble incluyó el desmantelamiento del falso plafón.

Año 2001





39. “Los conventos de monjas ofrecen al mundo una fachada peculiar: doble portada sobre uno de los muros laterales del rectángulo que forma la única nave que tienen. Estas dos portadas son siempre iguales en ornamentación e importancia y, generalmente, aparecen un poco remetidas respecto al resto del paño”. Elisa Vargas, *Las portadas religiosas de México*. Vista de la Iglesia de Jesús María. Fotografía: Manuel Toussaint, aprox. 1920 (FCNMH)



40. Portada y cúpula oval de la Parroquia de Jesús María, obra realizada por Antonio González Velázquez entre los años 1802 a 1810.



41. Vista actual del altar de la parroquia.



42. “...el Coro bajo está dividido del templo por una reja (...) el Coro alto no ostenta esa reja formidable, sino otra más sencilla, pero cubierta, como la de abajo, con mamparas de tela que permiten ver desde el interior”. De la Maza, *Arquitectura de los Coros de Monjas*, vista actual

4.4 Situación actual y perspectivas para la reutilización del ex convento

En Jesús María se iniciaron obras de restauración sin que se le hubiera asignado un uso específico (20, 23, 27, 28, 32, 33 y 38). Se trata de trabajos urgentes como el apuntalamiento de los entrepisos, la sujeción de la fachada suelta de Corregidora por medio de tensores, el completamiento de muros caídos y la reducción de grietas del muro colindante con el estacionamiento; también se retiraron tapias de los vanos e instalaciones en mal estado. El tratamiento de las vigas y de las zapatas del entepiso es sin duda una actividad independiente del uso que el edificio pueda llegar a tener. Sin embargo, la cuestión de las instalaciones es más difícil de prever y también resulta complejo determinar la conveniencia de restituir o no el entresuelo. Este no es un tema menor, ya que afecta la decisión de abrir las ventanas tapiadas que les correspondían. Si se abren y no se reconstruye el mencionado entresuelo, la planta baja de la crujía de Corregidora, y en menor medida la de Jesús María, quedarían con buena iluminación aunque, eso sí, en una situación que nunca tuvo.

La autonomía entre el programa y la restauración parecería ser la situación ideal porque, aparentemente, la restauración no tiene que sufrir las demandas de los nuevos usos. Sin embargo, esto tiene algunos límites que en este caso no pasan tanto por el uso que se le pueda dar al entepiso (que originalmente fueron oficinas del convento, luego dormitorios para los oficiales del cuartel y que fue finalmente seccionado por las accesorias y el zaguán de acceso) (44), sino por una decisión incluso previa: ¿se requiere de esa área o conviene por el contrario mantener las plantas bajas de la crujía alta como están actualmente?

El caso de los ex conventos femeninos en la Ciudad de México pone en evidencia varias cuestiones:

Excepto por los templos, de ellos se destruyó casi todo. A tal punto que de los 21 conventos existentes en su momento, se conservaron 16 templos y los cinco restantes fueron demolidos con todo el convento. En la mayoría de los casos de demolición total primó el argumento de la modernización urbana.

En la actualidad, la gran mayoría de los templos supervivientes se destinan al culto, aunque se encuentran en deficientes condiciones de mantenimiento. La excepción es el de la Enseñanza que conserva su extraordinaria arquitectura, los retablos y la pintura barroca, lo que haría impensable destinarlo a otra actividad.

Los cambios de uso en los templos, como en el caso de Jesús María, facilitan la pérdida o, en el mejor de los casos, la reubicación de sus muebles y obras de arte. En consecuencia y con el paso del tiempo, los espacios van perdiendo su carácter sacro.

Aunque muchos de ellos incompletos, se conserva el 76% de los templos, 68% de los cuales mantienen al culto como destino, pero sería un error considerar que este destino es lo que los mantiene con vida. Más bien se trata de una cuestión cultural porque, como señaló Ana Rosas, existe una resistencia social a desacralizar dichos monumentos. La asociación entre la forma tipológica, su impronta, su valor de hito urbano y su destino histórico, hacen que para la gran mayoría de las personas un cambio de uso a gimnasio, por ejemplo, resulte aberrante. Son la percepción popular y la legislación las que otorgan a los templos un lugar especial.

De las otras áreas de los conventos como los claustros, los patios, las celdas privadas, los jardines, etc., es muy poco lo queda y además alterado. Por su parte, los espacios destinados a los claustros han demostrado una increíble polifuncionalidad. Lo cual es lógico, porque no corresponden a una tipología específica de los conventos de monjas, aunque tienen algunas particularidades, sobre todo con relación al coro, al templo y al exterior.

Los claustros y las celdas de las monjas —profesas o no— estaban destinados principalmente a vivienda tanto de ellas como de su servidumbre. Pero si el uso principal del convento fue de vivienda, ¿por qué nos resulta inaceptable tal destino? Tampoco sería ideal convertirlo en condominio habitacional, hotel, ni mucho menos regresarlo a cuartel militar, mercería, bodegas o cine. En términos de la puesta en valor, la verdad es que ni el

uso original ni los subsecuentes parecen adecuados para el monumento, ni para él mismo ni para ayudar a regenerar la zona donde se encuentra.

En síntesis, lo que limita las opciones para el cambio de uso no es precisamente la compatibilidad tipológica sino la sacralización del espacio, la cual, en la práctica, sólo admite los usos culturales: museísticos en primera instancia y, en menor medida, educacionales o institucionales.

CONCLUSIONES

La problemática de los usos y de los nuevos usos del patrimonio edificado es compleja y se encuentra atravesada por múltiples miradas e intereses. En la medida en que los edificios antiguos —y últimamente también algunos del pasado cercano— adquieren reconocimiento social, dejan de ser simples construcciones viejas y se convierten en parte del patrimonio cultural digno de ser heredado, conocido y disfrutado por las siguientes generaciones.

La teoría de la restauración ha mostrado ciertos vacíos y ambigüedades con respecto a la aceptación de los nuevos usos. Quizá sea por ello que en las últimas dos o tres décadas han surgido campos o perspectivas específicas sobre este tema, tales como la conservación o la restauración integral (Carta de Amsterdam), la adaptación, la rehabilitación, la reutilización, el reciclaje y la refuncionalización (en Sudamérica), el *riuso* (en Italia), así como la renovación, la revitalización y la reanimación (para centros históricos). Cada término tiene su historia y sus connotaciones y una obra importante de restauración suele incluir varias de estas modalidades de intervención. Pero, al mismo tiempo, el momento operativo, el del proyecto de adaptación funcional, como ya se dijo en el primer capítulo, se vale de conceptos que son propios de la arquitectura y que representan una herencia para la restauración. Se trata de los conceptos de utilidad, uso, función, programa y tipología.

Mantener los usos originales resulta atractivo porque, en cierto sentido, permite establecer una continuidad histórica, un lazo ritual con el pasado que, sin embargo, necesita sopesarse con la pertinencia del proyecto y las alteraciones que se puedan provocar al inmueble. Por otra parte, en términos de una restauración, la cuestión tipológica no es de por sí definitiva, porque lo que le interesa, en última instancia, es el modelo, el *unicum*, con todas sus particularidades en relación con el nuevo destino. Tampoco la función es suficiente, pero el programa, en cambio, suele dar una idea más completa de lo que puede implicar la adaptación propuesta.

Aunque para mantener la autenticidad del bien construido, los arquitectos expertos en restauración suelen exigir la compatibilidad de usos, de programas o de tipologías, lo cierto es que el papel del restaurador debe percibirse y ejercerse —tal y como señalaron los autores de *Teoría y práctica de la restauración*—, como el del mediador entre las contradicciones que ofrecen la historicidad del inmueble y la actualidad del mismo. La restauración es mucho más compleja y amplia que la rehabilitación, en tanto debe dar cuenta de la historicidad del monumento y no sólo de tornarlo habitable.

A manera de conclusión del análisis hasta aquí esbozado y con miras a arrojar luz sobre el problema de las reutilizaciones de bienes construidos, se plantean a continuación cinco ejes temáticos.

La obsolescencia funcional

En general, los edificios sufren un proceso de obsolescencia funcional como resultado de los efectos provocados por el paso del tiempo. Entendido como el proceso de pérdida de las capacidades de servicio, la obsolescencia funcional tiene, básicamente, dos causas. La primera se debe a factores internos ligados con el deterioro físico del inmueble, los cuales pueden ser tan severos como para llevarlo literalmente a la ruina (los niveles de humedad, temperatura y estabilidad estructural, por ejemplo); mientras que la segunda se relaciona con lo que Monestirolí llamó “la historicidad del tema”; ésta tiene su origen en factores externos, como los cambios culturales y tecnológicos que operan modificaciones sobre las formas del habitar. Si bien es cierto que este proceso no invalida el uso activo de los inmuebles históricos, pone en evidencia la necesidad de intervenirlos para mantenerlos en pie y en uso.

El ex claustro de Jesús María muestra signos muy claros de obsolescencia funcional que ya fueron descritos en el capítulo cuarto de este trabajo. Con respecto a los factores internos, se puede señalar que el propio estado de abandono propició algunos derrumbes tanto en las cubiertas como en los pretilos que pusieron en riesgo la estabilidad del edificio, situación

que forzó al INAH a desalojar el inmueble para comenzar trabajos urgentes de consolidación. Por otra parte, y en lo que se refiere a los factores externos, el inmueble presenta una desactualización tal de los estándares de seguridad y confort (protección contra incendios, instalaciones eléctricas e hidrosanitarias, etc.) que sólo le permitieron en las últimas décadas usos socialmente devaluados y precarios, como fue la ocupación de los ambulantes, quienes terminaron finalmente por abandonarlo. Todo lo cual configura un cuadro de pésimas condiciones de habitabilidad.

La polifuncionalidad

La polifuncionalidad es una aspiración moderna, en especial para Mies que pensaba más en términos espaciales que en soluciones para casos particulares, y que fue corroborada también por Rossi, quien, a mediados de los años sesenta, señaló que los edificios históricos diseñados bajo una determinada organización tipológica tienen la capacidad intrínseca de absorber indistintamente nuevas funciones. Esto puede verificarse revisando lo sucedido con los edificios desamortizados por las leyes de Reforma y, en particular, en el caso del ex claustro de Jesús María que, desde 1861, ha experimentado una sucesión de usos variados extremadamente distantes de su función original. Finalmente, una misma tipología funcional da cabida a una inmensa cantidad de usos.

La adaptación

Si bien la teoría de la arquitectura no aborda directamente el problema de la reutilización de edificios antiguos, existió una práctica continua al respecto que se fundamentaba en la posibilidad de reconfigurar lo construido, imponiéndole criterios contemporáneos e, incluso, de vanguardia. Algunos de los trabajos más famosos en esta materia —que ahora llamaríamos de remodelación— son los de Alberti en el Templo Malatestiano, de Palladio en la “basílica” de Venecia y, dentro de esta misma línea (aunque salvando las distancias),

el trabajo epidérmico realizado por un arquitecto anónimo en la fachada de Jesús María a principios de los años veinte.

Más allá de las cualidades polifuncionales que efectivamente presentan los inmuebles de valor patrimonial, las adaptaciones a nuevos usos se ven condicionadas por determinantes socio-culturales. En general, la indiferencia funcional proclamada por Rossi encuentra su límite en los usos que socialmente se han establecido como los más idóneos para los bienes patrimoniales. En este sentido, debe admitirse que existe una jerarquización tanto del patrimonio construido como de los propios usos. Los determinantes socio-culturales pueden, en algún caso, propiciar usos de un bien inmueble que no necesariamente respetan la espacialidad o la esencia del edificio. Un caso que ilustra esta observación es el del Museo Franz Mayer, instalado en el antiguo Hospital de San Juan de Dios de la Ciudad de México, donde se cubrió la totalidad del segundo patio dejándolo a oscuras. La asignación de un uso socialmente prestigioso como el de museo produjo, sin embargo, una alteración sustancial en la espacialidad del inmueble. Por el contrario, hay otros usos socialmente condenados, como son el de convertir en cabaret al convento de San Jerónimo o en teatro, el Templo de San Felipe Neri, aunque, en términos arquitectónicos, representaron una alteración francamente menor.

En el caso particular de México, se puede percibir una fuerte resistencia social hacia el cambio de uso de los edificios religiosos y muy especialmente cuando se trata de templos. El templo de Jesús María es un buen ejemplo de esta insistencia social por preservar el uso religioso: en 1861, en pleno proceso de desamortización de los bienes eclesiásticos, le fue retirado a la Iglesia por sólo tres días y, posteriormente, en 1934, se entregó a la Secretaría de la Defensa Nacional por más de dos décadas, para devolverlo finalmente al culto religioso. Pero es obvio que el hecho de mantener el uso original no implica de por sí, ni la manutención adecuada del inmueble, ni su uso activo. En general, la conservación de edificios de valor histórico suele enfrentarse con la imposibilidad de mantener su uso original, debido a que en buena parte de los casos ese uso ya se perdió o tiene poco y nada que ver con los requerimientos actuales.

Una nueva mirada

La arquitectura produjo categorías conceptuales que resultan útiles tanto para el diseño como para el análisis histórico y que constituyen, a su vez, una herencia para la teoría y la práctica de la conservación de edificios. Pero el recorrido hasta aquí realizado plantea la necesidad de resignificar algunos componentes de esta trama conceptual. Por ejemplo, la utilidad clásica y la función moderna fueron entendidas como el motivo de la arquitectura: lo que la origina y, además, en el caso del funcionalismo, lo que la determina. Desde la óptica de la preservación, debe verse como una herramienta valiosa para dotar de sentido a los inmuebles y garantizar su mantenimiento.

Por cierto, la función llega a identificarse de manera profunda con una tipología formal, como es el caso de los templos ya mencionados, a tal punto que la creación de edificios bajo los mismos principios obedece más a una cuestión ritual que a una estrictamente funcional. De acuerdo con esta óptica, se puede comprender el anclaje social de las formas, sin que esto necesariamente implique que dichas formas sean las más perfectas e inmejorables para esos usos. Precisamente, es esa no coincidencia entre la forma y la función, lo que permite el desarrollo de la arquitectura y la posibilidad de cambiar el destino de los inmuebles.

Desde el punto de vista de la restauración, convertida para muchos en dogma de fe, se suelen plantear preguntas idealistas o sustancialistas cuando se propone un nuevo uso para un edificio antiguo, como, por ejemplo, el hecho de inquirir por la vocación de un determinado edificio o la prescripción de recetas según las cuales se debe preferir mantener la función original antes que una nueva o la recomendación de que hay que seleccionar una que no altere la esencia del inmueble.

Para acondicionar un edificio histórico a un nuevo destino, se requiere conocer no sólo su función (que sobre todo connota al inmueble), sino contar también con un programa específico que incluya además de los requisitos espaciales, los niveles de humedad, control de ruidos o calidad acústica y todos los aspectos particulares que puedan invalidar la

propuesta. En tanto abstracción de la forma, la visión tipológica suele olvidar la consideración de estos elementos en el momento de la intervención.

Si bien es cierto que en algunos casos es imposible y hasta indeseable —como en los claustros conventuales o en las haciendas henequeneras— restituir el uso original, lo que no hay que perder de vista es que la articulación entre el nuevo uso asignado y el edificio histórico no debe implicar la alteración de la espacialidad. Por otra parte, una refuncionalización masiva de los monumentos produciría una suerte de esquizofrenia, porque la sociedad ya no sería capaz de reconocer sus lugares, sus inmuebles. De modo que la conservación de los edificios a los que se les ha dado nuevos usos supone, por un lado, la continuidad histórica del inmueble y, por otro, exige la permanente resignificación social de su historia.

Consideraciones para una propuesta de uso

Una profunda investigación biográfica del bien inmueble es el mejor instrumento para conocer lo que le es propio y específico. Estos son aspectos fundamentales que la intervención debe preservar en el intento de dotarle una nueva vida anclada en su propia historia. Desde esta perspectiva, el destino del ex convento de Jesús María no se resuelve con la restitución de alguno de sus usos históricamente adquiridos: ¿sería acaso socialmente aceptable, hoy en día, realizar una cuantiosa inversión para recuperar este inmueble y destinarlo a convento de clausura, cuartel militar (con su consecuente secuestro público), mercería, bodega, cine, salón de baile o billar? Parece más bien que la permanencia de este monumento histórico se juega en los terrenos de los sentidos socialmente válidos sobre el patrimonio, o sea, aquellos institucionales o culturales que logren reunir lo que fue desmembrado y restablecer en la medida de lo posible las circulaciones y recorridos originales del claustro. En este sentido, resultaría conveniente también que ambos coros, el templo, así como parte de lo que fue el patio de los confesionarios, quedaran incluidos en el mismo conjunto.

Sería importante también que el nuevo uso tuviera un efecto reanimador de la zona oriente del Centro Histórico, ya altamente degradada. Sin embargo, la posibilidad de un Guggenheim de Bilbao o la de mixtificar usos con vivienda para clases medias y altas, son por ahora propuestas fuera de toda lógica, no sólo por las características del entorno, sino, sobre todo, por las del propio inmueble. En el primer caso, resulta difícil concebir un edificio que tenga características más alejadas de la espectacularidad que el propio Jesús María para absorber el turismo de masas. En cuanto a la segunda propuesta, no cabe duda que el monumento debería someterse a las fuertes alteraciones impuestas por los requerimientos de habitabilidad y comodidad de las viviendas actuales.

Por lo pronto, se podría pensar en un uso de tipo institucional, particularmente de oficinas, siempre y cuando se reconstruyera la crujía norte, demolida en 1943, y se restableciera, en la medida de lo posible, la unidad perdida. Para esto habría que seleccionar un uso de carácter claustral (o sea, que el edificio se viviera desde el interior y que se favoreciera la comunicación entre los locales y los niveles), así como encontrar para el patio un destino adecuado que impidiera considerarlo como un área perdida, candidata a ser cubierta.

Si tuviéramos que proponer una función, aún careciendo de programa, diríamos que, en términos generales, el inmueble debería aplicarse a los servicios comunitarios requeridos por la sociedad, ya sea educativos o de salud y, en especial, para mujeres (atendiendo a su condición histórica), con el objeto de favorecer la permanencia y la calidad de vida de los cada vez más sufridos habitantes del centro de la ciudad. Se trata de un destino que no implica desvirtuar el inmueble y, en términos urbanos, incluso más útil que dedicarlo a oficinistas, comerciantes o turistas que hacen un uso primordialmente diurno. Sería una manera más racional de revitalizar la zona, de evitar la segregación social, así como la innecesaria proliferación de museos en nuestro Centro Histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- Ábalos, Iñaki y Juan Herreros, *Técnica y arquitectura en la ciudad contemporánea, 1950-1990*, España, Nerea, 1992
- Aceves G., Salvador, “Uso y destino del patrimonio construido”, *Memorias del Simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Colección Científica, 1990, pp. 39-42
- Ackerman, James S., *La Arquitectura de Miguel Ángel*, España, Celeste Ediciones, 1997
- Alberti, Leon Battista, *De re aedificatoria*, Rivera Javier, (prólogo), España, Akal, 1991
- Alfaro Salazar, Francisco Haroldo y Alejandro Ochoa Vega. *Espacios distantes... aún vivos. Las salas cinematográficas de la Ciudad de México*, México, UAM Xochimilco, 1999
- Alva Martínez, Ernesto, *Restauración y remodelación en la arquitectura mexicana*. México, COMEX- FCAM-CAM-SAM, 1994
- Amerlinck de Corsi, María de la Concepción, *Conventos de monjas. Fundaciones en el México Virreinal*, México, Condumex, 1995
- Angulo Iñiguez, Diego, *Planos de monumentos de América y Filipinas*, Sevilla, 1933-1939, 3 vols.
- Argan, Giulio Carlo, et al., *El pasado en el presente. El revival en las artes plásticas, la arquitectura, el cine y el teatro*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977
- Argan, Giulio Carlo, *La arquitectura barroca en Italia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1957
- Arnau, Joaquín, *72 Voces para un diccionario de arquitectura teórica*, España, Celeste, 2000
- Ballart, Josep, *El patrimonio histórico y arqueológico valor y uso*, Barcelona, Ariel, 1997
- Bazant, Jan, *Los bienes de la Iglesia en México 1856-1875. Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, México, Nueva Serie, Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1971
- Blanco, José Joaquín, “Panorámica del libro en México”, *El patrimonio Nacional de México II*, México, CNA-Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 15-56
- Belgiojoso, L.B., et al., *Riuso e riqualificazione edilizia negli anni '80*, Milán, Italia, Franco Angeli Editore, 1980

- Benevolo, Leonardo, *Historia de la Arquitectura del Renacimiento. La arquitectura clásica (Del siglo XV al Siglo XVII)*, España, Gustavo Gili, 1981
Historia de la arquitectura moderna, España, Gustavo Gili, 1990
- Bonfil Castro, Ramón, “Los edificios históricos. Usos y nuevos usos”, *Memorias del Simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Colección Científica, 1990, pp. 19-38
- Bohigas, Oriol, *Contra una arquitectura adjetivada*, Barcelona, Seix Barral, 1969
- Borges, José Luis, “Pierre Menard autor del Quijote” en *Ficciones*, España, Alianza Editorial
- Brandi, Cesare, *Teoría de la restauración*, España, Alianza Editorial, 1987
- Canclini García, Néstor, “El patrimonio cultural de México y la construcción imaginaria de lo nacional” *El patrimonio nacional de México*, México, CONACULTA-Fondo de Cultura Económica, 1997, tomo1, pp. 57-86.
- Castillo, Miguel A., et al., *Centros históricos y conservación del patrimonio*, España, Fundación Argentaria, 1998
- Cantacuzino, Sherban, *Nuevos usos para edificios antiguos*, España, Gustavo Gili, 1979
- Capitel, Antón, *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*, España, Alianza Madrid, 1988
- Carrasco Vargas, Ramón, *Arqueología y arquitectura en el ex Convento de San Jerónimo*, México, Colección Científica, INAH, 1990
- Ceschi, Carlo, *Teoria e storia del restauro*, Italia, Mario Bulzoni, 1957
- Ciardini, F., Falini, P., *Los centros históricos: política urbanística y programas de actuación*, España, Colección Arquitectura y Perspectivas, Gustavo Gili, 1983
- Collins, Peter, *Los ideales de la arquitectura moderna; su evolución (1750-1950)*, España, Gustavo Gili, 1997
- Chanfón Olmos, Carlos, *Fundamentos teóricos de la restauración*, Colección Arquitectura, México, Facultad de Arquitectura, UNAM, 1996
- Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos*, vol. II, “El periodo virreinal”, *El encuentro de dos universos culturales*, t.1, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 1997

- Chico Ponce De León, Pablo A., Jorge Zavala C., et al. *Teoría y práctica en la conservación de un monumento: Exconvento de Tecamachalco*, Puebla, México, SEP- INAH, 1982
- Chueca Goitia, Fernando, *Historia de la arquitectura occidental*, España, Dossat, 1985
- Dal Co, Francesco y Manfredo Tafuri, *Arquitectura contemporánea*, Madrid, Aguilar/Asuri, 1980
- León M., Pedro (coord.) Delgadillo, René; García Mauricio y Adrián Hernández, *Jesús María*, documento producto del Servicio Social, México, UAM Azcapotzalco-CYAD, 1999 (inédito)
- Dezzi Bardeschi, Marco, *Riuso e riqualificazione edilizia negli anni '80*, Italia, Franco Angeli, 1981
- Restauro punto e da capo. Frammenti per una (impossible) teoria*, Italia, Franco Angeli, 1991
- Dezzi Bardeschi, Marco, “Sole in Leone León Battista Alberti: Astrología, Cosmología y tradición hermética en la fachada de Santa María Novella”, *León Battista Alberti*, España, Stylos, 1988
- Díaz-Berrio Fernández, Salvador, *Conservación de monumentos y zonas monumentales*, México, SEP, 1976
- Protección del patrimonio cultural urbano*, México, INAH, 1986
- Díaz-Berrio Fernández, Salvador y O. Orive, “Terminología general en materia de conservación del patrimonio cultural prehispánico”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm.3 (diciembre 1984), México, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UNAM, pp. 5-10
- Eco, Humberto, *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen, 1975
- Fernández-Alba, Antonio, *De varia restauratione. Intervenciones en el patrimonio arquitectónico*, España, Celeste, 1999
- Fernández, Roberto, “Notas para una introducción a la teoría y práctica restauradora”, *Teoría e historia de la restauración*, España, Munilla-Lería, 1997, t. 1, pp. 47-99
- Flores Arias, Vicente, “Aspectos teóricos y prácticos sobre la reutilización de espacios construidos”, *Anuario de Estudios de Arquitectura. Historia, crítica, conservación*, México, UAM-A, 1999, pp. 53-73
- Flores y Escalante, Jesús, *Salón México. Historia documental y gráfica del danzón en México*, México, Asociación Mexicana de Estudios Fonográficos, A. C., 1993, pp. 320

- Florescano, Enrique, "El patrimonio nacional. Valores, usos, estudio, y difusión", *El patrimonio nacional de México*, México, CONACULTA-Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 15-27
- De Fusco, Renato, *Historia de la arquitectura contemporánea*, España, Celeste, 1996
- García Canclini, Néstor, "El patrimonio cultural de México y la construcción imaginaria de lo nacional", *El patrimonio nacional de México*, México, CONACULTA-Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 57-86
- Garza Leonard, Rocío E., "Urge rescatar lo olvidado", *Memorias del simposio: patrimonio, museo y Participación social*, México, Colección Científica, 1990, pp. 61
- Gerkan Von, Meinhard, *Rehabilitación de edificios*, España, Ediciones Ceac, 1991
- Gertz Manero, Alejandro, *La defensa jurídica y social del patrimonio cultural*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976
- González Moreno-Navarro, Antoni, "De la reutilización indiscriminada al uso sensato de los monumentos", *Cursos sobre el patrimonio histórico 2. Actas de los VIII cursos monográficos sobre el patrimonio histórico*, Reinos, Universidad de Cantabria, julio-agosto 1997, pp. 286-298
- González Varas, Ignacio, *Conservación de bienes culturales. Teoría, historia, principios y normas*, España, Cátedra, 1999
- De Gracia, Francisco, *Construir en lo construido. La arquitectura como modificación*, Madrid, Nerea, 1992
- Hintzen-Bohlen, Brigitte, *Arte y Arquitectura Roma*, Jürgen Sorges (colab.), España, Köneman, 2001
- ICOMOS Mexicano, *El buen uso del patrimonio*, México, Secretaría de Cultura, Gobierno de Jalisco, 1999
- Conservación del patrimonio monumental. Veinte años de experiencias*, México, Manuales INAH, 2000
- INAH, *Conservación del patrimonio monumental. Veinte años de experiencias*, México, 2000
- El patrimonio monumental del Centro Histórico de México*, México, Colección Científica, 1983
- Metodología del trabajo de conservación de conjuntos históricos*, México, 1989, t.2

- INAH-SEP, *Catálogo Nacional de Monumentos Históricos e Inmuebles, Perímetro A*, México, 1988
- INEGI, *Centro Histórico. Ciudad de México guía turística*, México, INEGI-SECTUR, 1995
- Iturriaga, José, “Contribuciones para el rescate de algunos testimonios del pasado capitalino”, *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural. Ensayos sobre la ciudad*, México, CONACULTA-DDF-UIA, 1994, t. 6, pp.81-112
- Katzman, Israel, *Arquitectura del siglo XIX en México*, México, Trillas, 1993
- Kosík, Karel, *Dialéctica de lo concreto*, Cultura y Sociedad, México, Grijalbo, 1967
- Kubler, George, *La configuración del tiempo*. Madrid, Comunicación, Arte, 1996
- Ladrón de Guevara, Baltazar, “Manifiesto que el real convento de religiosas de Jesús María de México”, Sección de libros raros y curiosos, México, Instituto Mora, 1771
- Le Corbusier, *Principios de urbanismo (La Carta de Atenas)*, México, Planeta-Agostini, 1993
Hacia una arquitectura, Barcelona, Poseidón, 1978
- Lombardo De Ruiz, Sonia, *Atlas histórico de la Ciudad de México*, México, INAH-CNA, 1996
- “El patrimonio arquitectónico y urbano, (de 1521 a 1900)”, *El patrimonio nacional de México*, México, CONACULTA-Fondo de Cultura Económica, 1997, tomo 2, pp. 198-242
- Loos, Adolfo, *Ornamento y delito*, España, Gustavo Gili, 1980
- López Morales, Francisco J., “Aberraciones y aciertos en el uso actual de edificios históricos”, *Memorias del simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Colección Científica, 1990, pp. 65-68
- López Rangel, Rafael, *La modernidad arquitectónica mexicana. Antecedentes y vanguardias 1900-1940*, México, Cuadernos Temporales 15, UAM-A, 1989
- Luque Valdivia, José, *La ciudad de la arquitectura. Una relectura de Aldo Rossi*, España, Oikos-tau, 1996
- Lynch, Kevin, *¿De qué tiempo es este lugar?*, España, Gustavo Gili, 1975
- Mangino Tazzer, Alejandro, *La restauración arquitectónica. Retrospectiva histórica en México*, México, Trillas, 1991

- Mango, Cyril, *Arquitectura Bizantina. Historia universal de la arquitectura*, Madrid, Colección Aguilar/ Azuri, 1989
- Manieri Elia, Mario, *William Morris y la ideología de la arquitectura moderna*, España, Gustavo Gili, 2001
- Marconi, Paolo, *Revestimiento y color en la arquitectura. Conservación y restauración*, España, Universidad de Granada, 1996
- Marroqui, José María, *La Ciudad de México*, t. 3, México, La Europea, 1903
- Martí Arís, Carlos, *Las variaciones de la identidad. Ensayo sobre el tipo en arquitectura*, Barcelona, Ediciones Serbal, 1993.
- Martínez Justicia, María José, *Antología de textos sobre restauración*, España, Universidad de Jaén, 1996
- De la Maza, Francisco, *La Ciudad de México en el siglo XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, SEP, 1985
- Arquitectura de los coros de monjas en México*, México, UNAM, 1983
- Medellín, Jorge L., “Recuperación de monumentos históricos y su integración urbana”, *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural. Ensayos sobre la ciudad*, México, CONACULTA-DDF-UIA, 1994, t.6, pp.151-174
- Mendoza Castells, Fernando, *Rehabilitación de la Ciudad Histórica*, España, Colegio Oficial de Arquitectos de Andalucía Occidental, 1987
- Meráz Quintana, Leonardo, *Conservación arquitectónica y arqueología urbana*, México, UAM-X, 1993
- Molina Montes, Augusto, *La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos*, México, Colección Científica, INAH-SEP, 1975, vol. 21
- Monestiroli, Antonio, *La arquitectura de la realidad*, España, Ediciones Serbal, 1993
- Monnet, Jerome, *Usos e imágenes del Centro Histórico de Ciudad de México*, México, DDF, 1995
- Montaner, José María, *La modernidad superada. Arquitectura, arte y pensamiento del siglo XX*, Barcelona, Gustavo Gili, 1997
- Montoro Bustamante, Rosa, “Cartas y convenios internacionales para la conservación del patrimonio cultural” *Teoría e historia de la rehabilitación*, tomo 1, España 1999, pp. 321-406

Müller, Werner y Gunther Vogel, *Atlas de arquitectura, I. Generalidades, De Mesopotamia a Bizancio*, España, Alianza Editorial, 1984

Atlas de arquitectura. 2, Del románico a la actualidad, España, Alianza Editorial, 1983

Muriel, Josefina, *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, Jus, 1995

Murray, Peter, *Arquitectura del Renacimiento. Historia universal de la arquitectura*, Madrid, Aguilar, 1989

Neumeyer, Fritz, *Mies Van Der Rohe. La palabra sin artificio. Reflexiones sobre arquitectura 1922/1968*, España, El croquis, 1995

Negrete S., Martaelena, “La secularización en la Ciudad de México”, *El corazón de una Nación independiente. Ensayos sobre la ciudad*, México, CONACULTA-DDF-UIA, 1994, t.3, pp. 109-122

Norberg-Schulz, Christian, *Arquitectura Occidental*, España, Gustavo Gili Reprints, 1999

Olivé, Negrete, Julio Cesar y Bolfy Cottom, *Leyes estatales en materia del patrimonio cultural*, México, INAH-CNA, 2000

Ormindo De Azevedo, Paulo, “La integración social de los monumentos. Experiencias y reflexiones sobre el caso brasileño”, *Memorias del simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Colección Científica, 1990, pp. 43-46

Ortíz Lajous, “Edificios históricos. Tres experiencias: ex convento de Santa Catalina en la ciudad de Oaxaca; ex convento de Santa Rosa de Viterbo en la ciudad de Querétaro; la Ciudadela, Ciudad de México”, *Memorias del Simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Colección Científica, 1990, pp.47-50

O’Gorman, Edmundo, “Polémica en torno al Altar del Perdón de la Catedral de México”, *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural. Ensayos sobre la ciudad*, México, CONACULTA-DDF-UIA, 1994, t. 6, pp. 113-150

Palafox, Silvano B., “Ideas sobre arquitectura moderna en México”, *Pláticas sobre arquitectura*, México, Raíces, UNAM-UAM, 1933, pp. 107-134

Palladio, Andrea, *Los cuatro libros de la arquitectura*, España, Akal, 1988

Pane, Roberto, *Actualidad del ambiente antiguo en la problemática moderna*, Italia, La Nuova Italia, 1967

Peñalver, Mariano, “A propósito de la tradición y del patrimonio. Una propuesta hermenéutica seguida de una apuesta teórica”, *Arquitectura y patrimonio, Cuadernos*,

- España, Instituto Español de Arquitectura, Instituto Andaluz del Patrimonio, Universidades de Alcalá y Valladolid, 1994
- Peters, Paulhans, *Reutilización de edificios. Renovación y nuevas funciones*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977
- Pevsner, Nikolaus, *Historia de las tipologías arquitectónicas*, Barcelona, Gustavo Gili, 1980
- Pignatari, Décio, *Semiótica del arte y de la arquitectura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1983
- Pizza, Antonio, *La construcción del Pasado*, España, Celeste, 2000
- Ramírez Aparicio, Manuel, *Los conventos suprimidos en México*, México, Cosmos, 1975
- Ramírez Romero, Esparanza, “Tiempos nuevos en arquitectura vieja. Zona histórica de Morelia”, *Memorias del Simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Colección Científica, 1990, pp.73
- De la Rosa Falcón, Gregorio Gerardo, *Seminario de centros históricos. Normatividad para la conservación de centros históricos*, México, Universidad del Bajío, Aguascalientes, 1996
- Rosas Mantecón, Ana, “La monumentalización del patrimonio”, *Cultura y comunicación en la ciudad de México. Primera parte: Modernidad y multiculturalidad: la Ciudad de México a fin de siglo*, México, UAM-Grijalbo, 1998, pp.183-203
- Reglamento de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos. *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos*, Acuerdos. México, INAH, 1995
- Reyes, Aurelio, *Cine y sociedad en México (1896-1930)*, México, Consejo Nacional de las Artes, 1989, 2 vols
- Riegl, Aloïs, *El culto moderno a los monumentos*, España, Visor, 1980
- Rivera Blanco, Javier, “Restauración arquitectónica desde los orígenes hasta nuestros días. Conceptos, teoría e historia”, *Teoría e historia de la rehabilitación*, España, Madrid, 1989, t. 1, pp.103-169
- “El debate sobre la pertinencia de los nuevos usos en la reciente historia de la restauración”, *Cursos sobre el patrimonio histórico 2. Actas de los VIII cursos monográficos sobre el patrimonio histórico* (julio-agosto 1997). Reinosa, Universidad e Cantabria, 1997, pp. 269-276
- Rivera Cambas, José Manuel. *México pintoresco*. México, Salvat, 1936

- Rojas, Pedro. *Arte mexicano. Época colonial*. México, Hermes, 1963
- Rosell, Lauro E., *Iglesias y conventos de México*, México, Patria, 1979
- Rossi, Aldo, *Autobiografía científica*. España, Gustavo Gili, 1981
- La arquitectura de la ciudad*. Barcelona, Gustavo Gili, 1982
- Roth, M. Leland, *Entender la arquitectura. Sus elementos, historia y significado*, Barcelona, Gustavo Gili, 2000
- Rowe, Colin y Fred Koetter, *Ciudad Collage*, Barcelona, Gustavo Gili Reprints, 1998
- Ruiz de Lacanal, Ma. Dolores, *El conservador-restaurador de bienes culturales. Historia de la profesión*, España, Síntesis, 1999
- Ruskin, John, *Las siete lámparas de la arquitectura en América Latina*, México, Ediciones Coyoacán, 1982
- Salazar Simarro, Nuria María Rosa, *El convento de Jesús María de la Ciudad de México. Historia artística 1577-1860*, Tesis de licenciatura, México, Universidad Iberoamericana, 1986
- Actas del Primer Congreso Internacional. Historia artística del Convento de Jesús María, Siglos XVI-XIX*, México, Universidad Iberoamericana, vol., II
- Salvatierra Cuenca, Vicente, “Arqueología urbana: investigación o intervención”, *Teoría e historia de la rehabilitación*, España, Madrid, 1989, t. 1, pp. 259-257
- Sánchez Carmona, Manuel, “Desarrollo urbano y tendencias arquitectónicas”, *El corazón de una Nación independiente. Ensayos sobre la ciudad*, México, CONACULTA-DDF-UIA, 1994, t.3, pp.19-46
- Sánchez Santoveña, Manuel, *La Ciudad de México y el patrimonio histórico. Proyecto del conjunto de San Felipe Neri*, México, UNAM, 1965
- Santos Zertuche, Francisco, *Señorío, dinero y arquitectura. El Palacio de la Inquisición de México, 1571-1820*, México, El Colegio de México-UAM A, 2001
- Schávelzon, Daniel, *La conservación del patrimonio cultural en América latina. Restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica: 1750-1980*, Buenos Aires, Universidad e Buenos Aires-Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, 1990
- Segarra L., Margarita M., (trad.), *La restauración en Italia. Il restauro in Messico*, México, Facultad de Arquitectura, UNAM, 1988, pp. 53-63, 117-130

- Sevilla, Amparo, “Los salones de baile: espacios de ritualización urbana”, *Cultura y comunicación en la Ciudad de México. La ciudad y los ciudadanos imaginados por los medios*, México, Segunda Parte, UAM-Iztapalapa, Grijalbo, 1998, pp. 222
- Sigüenza y Góngora, Carlos, *Paraíso occidental*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995
- Speckman Guerra, Elisa, *Los conventos de monjas y las leyes de febrero de 1861*, Tesis de Licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1992
- Summerson, John, *El lenguaje clásico de la arquitectura. De León Batista Alberti a Le Corbusier*, España, Colección Punto y Línea, Gustavo Gili, 1991
- Tafuri, Manfredo, *Teorías e historia de la arquitectura. Hacia una nueva concepción del espacio arquitectónico*, Barcelona, Laia, 1977
- La arquitectura del humanismo*, Italia, Xarait Ediciones, 1994
- Terán Trillo, Yolanda, *Atlas histórico de la Ciudad de México*, México, INAH-CONACULTA-Smurfit, 1996, vols. 1 y 2
- Toca Fernández, Antonio, “La venganza de la memoria: Reflexiones sobre la muerte del Movimiento Moderno y el nacimiento de su improvisado sucesor”, *Más allá del Posmoderno. Crítica a la arquitectura reciente*, México, Colección Punto Línea, Gustavo Gili
- Tonda Magallón, María del Pilar, “Templos y conventos novohispanos en el siglo XVIII”, *Estudios Históricos, Arquitectura y Diseño 5*, México, UAM A, 2000
- “Los conventos de monjas novohispanos en el siglo XVII”, *Estudios históricos, Arquitectura y Diseño 6*, México, UAM-A, 2001
- Toussaint, Manuel, *Arte Colonial en México*, México, UNAM, 1990
- Tovar de Arechederra, Isabel, *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural*, México, DDF-CNA-Universidad Iberoamericana, 1993
- Tovar de Teresa, Guillermo, “La destrucción de las ciudades de México”, *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural, Ensayos sobre la ciudad*, México, CONACULTA-DDF-UIA, 1994, t. 6, pp. 59-80
- La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, vols. 1 y 2, México, Espejo de Obsidiana, 1991
- Tovar y de Teresa, Rafael, “Hacia una nueva política cultural”, *El patrimonio nacional de México*, México, CONACULTA-Fondo de Cultura Económica, 1997, t.1, pp. 87-110

- Tusquets Blanca, Óscar, *Todo es comparable*, Barcelona, Colección Argumentos, Anagrama, 1998
- UNESCO, *Recomendación relativa a la salvaguarda de los conjuntos históricos y su función en la vida contemporánea*. Conferencia General, Nairobi (26 de noviembre) UNESCO, 1976
- Valero de García Lascurin, Ana Rita, *La Ciudad de México-Tenochtitlán su primera traza 1524-1534*, México, Jus
- Vargas Lugo, Elisa, *Las portadas religiosas de México*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1986
- Venturi, Robert, *Complejidad y contradicción en la arquitectura*, Barcelona, Colección Arquitectura y Crítica, Gustavo Gili, 2000
- et. al.*, *Aprendiendo de las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*, Barcelona, Gustavo Gili, 2000
- Villagrán García, José, *Arquitectura y restauración de monumentos*, México, INAH, 1976,
- Teoría de la arquitectura*, México, UNAM, 1989
- Villalobos Jaramillo, Javier, “Tres museos”, *Memorias del simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, Colección Científica, 1990, pp. 51-54
- Vitruvio Polion, Marco, *Los diez libros de la arquitectura*, Madrid, Akal, 1992
- Waisman, Marina, *La estructura histórica del entorno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1985
- Walter Kruft, Hanno, *Historia de la teoría de la arquitectura. Desde la antigüedad hasta el siglo XVIII*, España, Alianza Forma, 1990
- Historia de la teoría de la arquitectura. Desde el siglo XIX hasta nuestros días*, España, Alianza Forma, 1990
- Ward-Perkins, John B, *Arquitectura Romana. Historia universal de la arquitectura*, Madrid, Colección Aguilar/Azuri, 1989
- Zevi, Bruno, *Saber ver la arquitectura*, España, Apóstrofe-Poseidón, 1998
- De Zurko, Edward Robert, *La teoría del funcionalismo en la arquitectura*, Argentina, Nueva Visión, 1958

HEMEROGRAFÍA

Cantero, Pedro A., “El uso del desuso”, <http://enteoria.arrakis.es>, on line, junio, 1997

Chanfón Olmos, Carlos, “Eugene Emanuel Viollet-le-Duc (1814-1879), su idea de Restauración”, primera parte, *Cuadernos de arquitectura virreinal*, México, Facultad de Arquitectura, UNAM, núm. 5, 1989, pp. 40-61

Chanfón Olmos, Carlos, “Eugene Emanuel Viollet-le-Duc (1814-1879), su idea de Restauración”, segunda parte, *Cuadernos de arquitectura virreinal*, México, Facultad de Arquitectura, UNAM, núm. 6, 1989, pp. 8-14

Chauvet, Fidel, “El convento mexicano y su función social”, *Conventos del siglo XVI, Artes de México*, México, 1966, pp. 10-11

Christiaanse, Kees, “Fuck the Programme”, *Quaderns*, España, julio de 2001, pp. 86-89

Engelking Keeling, Segismundo, “Controversia para una ley (I)”, *Obras*, México, núm. 322, octubre de 1999, pp. 44-53

“Controversia para una ley (II)”, *Obras*, México, núm. 323, noviembre de 1999, pp. 74-83

Escritura de la propiedad adjudicada al C. Ignacio Zaragoza y que perteneció al Convento de Jesús María:

“El señor Andrés Centeno presentó el derecho a la parte del edificio que fue noviciado, comprendido en el lote núm. uno, como inquilino del piso superior”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 23 de diciembre de 1861

“Se adjudicó el lote núm. 22 al Gral. Ignacio Zaragoza que pertenecía al Exconvento de Jesús María”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 12 de febrero de 1862

“Certificado de beneficencia pública que representa fue dueño y poseyó el edificio que se conoce por Exconvento de Jesús María cuyo edificio pertenece a la expresada beneficencia”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 1º de octubre de 1884

“...sobre el lote núm. Uno del Exconvento de Jesús María, desde el ocho de abril de 1881 a la fecha, en cuyo periodo lo han poseído, sucesivamente la beneficencia pública”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 8 de abril de 1885

“De la escritura de venta del lote núm. uno del Exconvento de Jesús María y censo otorgada entre los señores José de Ysita y Salvador Malo”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 23 de enero de 1885

“Renuncia de los derechos que pueda tener procedentes de las leyes de nacionalización y de impuestos, sobre la casa núm. 2-1/2, ubicada en la calle de Zaragoza, o sea el lote núm. 1 del Exconvento de Jesús María”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 29 de enero de 1895

“Escritura de la adjudicación otorgada por el señor licenciado Esteban Galván, del lote núm. 1 del Exconvento de Jesús María a favor de la Beneficencia Pública”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 29 de julio 1905

“Escritura de venta por concepto de gravámenes de la casa núm. 24 de la calle de la Acequia de Zaragoza, construida en parte del lote núm. uno de los que se dividió al Exconvento Jesús María”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 16 de febrero 1905

“Escritura de venta otorgada por el señor Carlos Álvarez Rul, a favor de señor José Ysita”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 29 de julio 1905

“El señor Enrique Renner adquirió por compra de Sommer Herrmann y compañía Sucesores, la finca urbana núm. 44 de la calle de Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez que hace esquina con la tercera calle de Jesús María donde está marcado con el núm. 29 y en un tramo de con la iglesia de Jesús María, 1932

“Escritura núm. 19, 185 relativa a la sesión de acciones nominativas que otorga el señor Enrique Renner y Gavito, a favor de las señoras Carmen Renner de Haro y Guadalupe Renner”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 19 de febrero 1941

“El contrato de compraventa que otorgan por una parte como vendedora la sociedad civil denominada Bienes inmuebles Rega, sociedad civil representada por las señoras Carmen Renner Gavito viuda de Haro y María Teresa Obregón Renner y por otra parte como comprador el Gobierno Federal”, *Sección de libros raros y curiosos*, México, Instituto Mora, 8 de septiembre de 1981

Fernandez-Alba, Antonio, “Patrimonio arquitectónico y proyecto de arquitectura”, *Astrágalo, cultura de la arquitectura y la ciudad*, España, núm. 3, septiembre de 1995, pp. 37-46

Fernández, Roberto, “Notas para una introducción a la teoría y la practica restauradora”, *Teoría e historia de la rehabilitación*, España, Madrid, 1989, t.1. pp. 47-99

“La novedad arcaica”, *Astrágalo. Cultura de la arquitectura y la ciudad*. España, núm. 2, marzo de 1995, pp. 97-107

Flores Marini, Carlos, “Arquitectura de los conventos en el siglo XVI”, *Conventos del siglo XVI, Artes de México*, México, 1966, pp.05-09

- Fontana, Vincenzo, "Camilo Boito e il resturo a Venezia", *Casabella*. EEUU, núm 45 , septiembre de 1981, pp. 48-53
- González Gamio, Ángeles, "Don Belisario y las Monjas", *La Jornada*, México, 18 de mayo de 1995
- "El arte de ayer y hoy en San Lorenzo", *La Jornada*, México, 28 de septiembre de 1995
- "Salven a Jesús María", *La Jornada*, México, 16 de noviembre de 1995
- "Belleza escondida", *La Jornada*, México, 2 de junio de 1996
- "Las bellezas de Regina", *La Jornada*, México, 27 de agosto de 1996
- "El misterio de la encarnación", *La Jornada*, México, 1 de enero de 1997
- Grajeda, Ella, "Mejorarán Convento de Corpus Christi", *El Universal*, México, 3 de noviembre 2000
- Guerrero y Baca, Luis Fernando, "Componentes de la tipología arquitectónica", *Estudios de tipología arquitectónica*, México, UAM-A, 1998
- Hampâté Bâ, Amadou, "El patrimonio cultural al servicio del desarrollo", *Nuestra diversidad creativa*, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, México, UNESCO, 1994
- Herzog y de Meuron, "Tate Modern", *Quaderns*, España, julio de 2001, pp.62-71
- Hilger, Carlos, "Patrimonio histórico, su revitalización", *Summa*, Buenos Aires, núm. 39, octubre- noviembre de 1999, pp. 140-141
- Irace, Fluvio, "Il Problema del Restauro", *Arbitare*, EE.UU., núm. 323, noviembre de 1993, pp. 141-182
- Ley General de Bienes Nacionales, "Última reforma publicada en el Diario Oficial de la Federación", México, 29 de julio 1994
- Magaña Contreras, Manuel, "Invasión al Exconvento de Jesús María", *La Presa*, México, 17 de junio de 1995
- Marconi, Paolo, "La Carta di 1987 della Conservazione e del Restauro del C.N.R. Motivazioni e applicazioni", *Ricerche di Storia dell'arte*, Italia, núm. 35, 1987, pp. 9-27
- Martí, Carles y Xavier Monteys, "La línea dura", *Revista 2C.*, Barcelona, núm. 22, 1985
- "Noticias sueltas. Convento de Jesús María", *El Pájaro Verde*, México, 18 de agosto de 1863, pp. 03
- "Relación descriptiva de la fundación y dedicación de las iglesias y conventos de México; con una reseña de variación que han sufrido durante el gobierno de D. Benito Juárez. Jesús María", México, 19 de agosto 1863, pp.01

- Retamar De La Flor, Fernando, "Presencia de una ausencia: la dimensión aurática del monumento y la ciudad histórica de la edad moderna", *Astrágalo, cultura de la arquitectura y la ciudad. El efecto de la globalización. Escenarios posurbanos*. España, núm. 10, 1998, pp. 81-94
- Rocha, Alberto y Manuel Magaña, "Registra el Centro Histórico Capitalino Creciente Índice de Deterioro Urbano", *Excelsior*, México, 3 de septiembre de 1998
- Schnaidt, Claude, "Disparen contra el Movimiento Moderno", *Summarios*, núm.16, Buenos Aires, febrero de 1978, pp. 6
- "Convento de Jesús María", *La Sociedad*, México, 10 de febrero de 1864, pp. 2
- "Convento de Jesús María", *La Sociedad*, México, 11 de febrero de 1864, pp. 3
- Luna, José Adalberto, "Joya arquitectónica derruida", *La Presa*, México, 20 de enero de 1975
- Solís, Juan, "Claustro. Restauración recobra su esplendor perdido el convento de Jesús María", *El Universal*, Secc. Cultura, México, 2 de octubre de 2000
- "Abandonada por años, la iglesia de Jesús María, se destruye", *El Universal*, Secc. Cultura, México, 6 de agosto de 2001
- Venturi, Robert y Denise Scott Brown, "Funcionalismo sí pero..." (Comunicación presentada en el Simposio sobre el "Pathos del Funcionalismo", Berlín, "Internationale Design Zentrum", octubre de 1974, reproducida en *Arquitectura Bis*, noviembre de 1974
- Waisman, Marina, "El patrimonio modesto y su reutilización", *Summa*, Buenos Aires, núm. 266/267, octubre de 1989, pp.31-33
- "El Posmodernismo arquitectónico y la cultura posmoderna", *Sumarios*, Buenos Aires, núm. 12, abril 1989, pp. 13-32
- Zabaleta López, Dionisio, "El marco jurídico para la protección del patrimonio edificado" ponencia N° 12 del 6° Taller de imagen urbana en ciudades turísticas con patrimonio histórico, Campeche, 9 al 12 de febrero de 2000,
<http://www.inah.gob.mx/mohi/htmeponencia/mohi630.html>

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo General de la Nación (AGN), Ramo Templos y Conventos, Correspondencia de Virreyes,

Archivo Histórico de la Secretaría de Salud (AHSSA), Fondo Convento de Jesús María, libros

Archivo Histórico del Arzobispado de México

Centro de Documentación (CEDOC) de la Comisión de Avalúos de Bienes Nacionales
CABIN

Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF), Planoteca del Archivo Histórico

Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico/ INAH

Hemeroteca Nacional, UNAM, sección de periódicos y revistas, en papel y microfilm

Unidad Central de Administración de Documentos del Gobierno del Distrito Federal

Delegación Cuauhtémoc, Planoteca, fondo planos de catastro

Archivo Planoteca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH,
(ACNMH)

Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH; (FCNMH)

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
CAPÍTULO I	
1. Templo Malatestiano en Rímini, remodelado por León Battista Alberti, sin que mediara un cambio de función (Fotografía: Hintzen, <i>Arte y arquitectura Roma</i>) y planos del Templo Malatestiano. “Ocultación de la preexistencia medieval y modernización del edificio con una epidermis contemporánea” (Rivera, <i>Teoría e historia de la restauración</i>)	16
2. Palladio: Alzado de la Basílica de Vicenza (Patetta, <i>Historia de la arquitectura</i>) y planta de la Basílica de Vicenza (De Gracia, <i>Construir en lo construido</i>)	17
3. Planta de Santa María Angeli. El proyecto de Miguel Ángel convierte en iglesia a las antiguas termas dioclecianas (Ackerman, <i>Arquitectura de Miguel Ángel</i>)	17
4. Plan Voisin para París, 1925, Le Corbusier. El ímpetu moderno no puede sino borrar el pasado (Ábalos, <i>Técnica y arquitectura en la ciudad contemporánea</i>)	42
5. Museo de Orsay, 1980-1987. La antigua estación ferroviaria fue rescatada de la picota y destinada a museo. Con esta obra irrumpe la valoración de la arquitectura industrial y del <i>Star System</i> de los arquitectos en las adecuaciones funcionales.	42
Estación de ferrocarriles de Orsay, obra de Víctor Lanoux, inaugurada en 1900	
6. Tate Modern: La abandonada central eléctrica diseñada por Giles Gilbert Scott se reconvirtió en sede del museo Tate Modern Herzog y de Meuron (<i>Quaderns 230</i>)	43
CAPÍTULO II	
1. Estado real de la Catedral de Notre Dame y propuesta de Viollet-le-Duc para la Catedral de Notre Dame de París (Rivera, <i>Teoría e historia de la restauración</i>)	51
2. El Arco de Tito antes de la restauración. Se construyó para conmemorar la ocupación de Jerusalén por parte de las tropas comandadas por Tito y Vespasiano en el año 71 d.C. (Patetta, <i>Historia de la arquitectura. Antología crítica</i>) y Arco de Tito. Restauración paradigmática, llevada a cabo por Stern y Valadier entre 1815 y 1822, ajena al problema del “riuso” (fotografía: Hintzen, <i>Arte y arquitectura Roma</i>)	58
3. La construcción del Coliseo romano (Anfiteatro Flavio) fue iniciada por el emperador Vespasiano en el año 72 d.C. Entre 1814 y 1822, Stern y Valadier realizaron la consolidación estructural con ladrillo (fotografía: Hintzen, <i>Arte y arquitectura Roma</i>) y planta del Coliseo romano. Durante el periodo barroco, el Coliseo se usó como cantera de travertino y en el siglo XVII, el Papa Sixto V lo propuso para barrio obrero (Patetta, <i>Historia de la arquitectura. Antología crítica</i>)	59

4. Planta y corte del Panteón romano, construido por orden de Adriano entre los años 118 y 125 d.C., sustituyó al templo de Agripa del año 27 a.C. (Ward-Perkins, *Arquitectura romana*). Convertido en Santa María la Rotonda, fue consagrado como iglesia en el año de 1060, aunque su uso eclesiástico data del siglo IX, razón por la cual es el monumento de la antigüedad clásica mejor conservado. “Recordemos como Bernini convierte el Panteón en iglesia al añadirle simplemente dos campaniles: las populares orejas de burro.” (Rivera, *Teoría e Historia de la restauración*) 60

CAPÍTULO IV

1. Plano de ubicación de los conventos en el centro de la Ciudad de México 128
 2. Foto aérea de 1934 de la manzana ubicada entre las calles de Corregidora, Jesús María, Soledad y Academia, donde se encuentra el ex convento de Jesús María (Aerofoto) 129
 3. Foto aérea del 30 de abril de 1985 (Aerofoto; DDF-COVITUR Cd. México) 129
 4. Plano ideográfico, probablemente de finales del siglo XVIII, del convento de Jesús María en la Ciudad de México (FCNMH) 133
 5. Plano catastral de la manzana 23, sección 6, donde se ubicó el convento. Abril de 1938 (Planoteca del AHDF, fondo 2, planero 2) 134
 6. Plano de reconstrucción parcial de la planta baja del ex convento de Jesús María, años 1780 a 1860 135
 7. Plano de reconstrucción parcial de la planta alta del ex convento de Jesús María, años 1780 a 1860 136
 8. Fachada Corregidora, aprox. 1915. Las cuatro ventanas del antiguo dormitorio y botica en la planta alta ya se habían alargado bajando el nivel del antepecho. A la ex oficina del entresuelo se le añadieron puertas-ventanas, en un esfuerzo por regular la composición. Los antiguos locutorios ya funcionaban como accesorias y se había abierto el zaguán por la calle Corregidora, cerca del área que ocupaban los “comunes” a fines del siglo XIX (FCNMH). 146
 9. Las cuatro ventanas están siendo “rasgadas” hasta el nivel de piso. La planta baja se continúa abriendo para el comercio y también se observa un proceso de investimiento lingüístico con enmarcamientos moldurados de vanos, cornisa intermedia y rodapié. Año 1920 aprox. (FCNMH). 146
 10. Puede verse la cubierta a dos aguas que sirvió para cubrir el patio. En la fachada se observa una puerta-balcón abierta en los años veinte. Esta imagen muestra el inmueble durante los trabajos de restauración dirigidos por Jorge Zavala Carrillo, perito de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH. Año 2001. 146
 11. En 1999, y debido a su avanzado estado de abandono, se desplomó la cubierta arrastrando parte de pretil que cayó hacia la calle de Corregidora. (Ver Jorge Zavala Carrillo, oficio 037/2000, 20 de marzo de 2000, ACNMH; INAH) 147
- Fotografía: Adrián Hernández Bárcenas, 1999

12. En la portada del ex convento de Jesús María, obra de Juan de Cepeda, se puede leer *Aducentur regi virginis. Aducentur in templum regis*, 1692 (Las vírgenes son llevadas al rey, son llevadas al templo del rey). Es probable que esta fotografía sea del período en que Sommer, Herrmann y Cía., estaba en posesión del edificio. Los rectángulos de la parte inferior izquierda son anuncios de películas exhibidas en algún cine cercano. Aprox. 1915 (FCNMH) 148
13. Portada. Puede observarse que la afectación principal se debe a la incorporación de accesorias. Es posible que la portada haya sido respetada por su valor artístico, además de servir como inspiración para colocar la cornisa intermedia y demás elementos figurativos. Aprox. 1923 (FCNMH) 148
14. El muro de mampostería se consolidó por medio de un rejunteo. Estado actual de la portada 148
15. Fachada de Jesús María. Es posible que la construcción de madera y lámina de la azotea se haya usado como bodega. Aprox. 1915 (FCNMH) 149
16. Esquina de Jesús María y Corregidora durante el periodo de apogeo del centro de espectáculos, Cine Mundial. Aprox. 1935 (FCNMH) 149
17. Vista actual de la fachada sobre Jesús María en proceso de restauración 149
18. Hornacina. Aprox. 1915 (FCNMH) 150
19. Esquina de Corregidora y Jesús María hacia 1960. Ya se observa un fuerte deterioro de la decoración añadida en los veinte. Fotografía: Constantino Reyes Valero. Aprox. 1960 (FCNMH) 150
20. Esquina de Corregidora y Jesús María. En el año 2000, el INAH inició los trabajos urgentes de restauración. Año 2001 150
21. A principios de siglo, el monumento colonial resultó simbólicamente débil para usarse como centro de espectáculos. Por ello se le agregaron las ajaracas, un remate mixtilíneo y pináculos similares a la hornacina. Fotografía: Oscar Sánchez Amado. Aprox. 1923 (FCNMH) 151
22. El arquitecto Carlos Flores Marini, Jefe del Departamento de Monumentos Coloniales, emitió un oficio donde ordenaba “retirar de inmediato el rótulo del Cine Mundial que se encuentra anexo al templo de Jesús María y paralelo sobre el paramento del convento, igualmente deberá despintar las accesorias de ese mismo paramento para que quede la piedra aparente.” Oficio de fecha 24 de noviembre de 1965 dirigido al propietario de la casa N° 49 de Jesús María, (ACNMH) Aprox. 1965 (FCNMH) 151
23. Vista de la fachada sobre Corregidora. Se busca consolidar estructuralmente el inmueble retomando su aspecto original. Año 2001 151
24. Interior del Cine Mundial. A la zona de lunetas se le dio pendiente para mejorar las visuales, mientras que la construcción del “anfiteatro” obligó a cambiar la forma de los arcos. Fotografía: Manuel Ramos Aprox. 1935 (FCNMH) 160
25. Vista del corredor oriente de la planta alta, desde el que se accedía al anfiteatro y a la galería correspondiente. Fotografía: Manuel Ramos. Aprox. 1935 (FCNMH) 160

26. Vista de la arcada oriente. La profusa decoración interior del cine fue un aporte simbólico a un espacio considerado como demasiado austero para un centro de espectáculos. 160
Fotografía: Manuel Ramos. Aprox. 1935 (FCNMH)
27. Interior del claustro. Al fondo se nota la ausencia de la arcada y de la crujía norte, demolidas entre 1943 y 1944. Año 2001 160
28. Levantamiento de las butacas de la planta baja solicitado por Silvano Palafox (Jefe de la Oficina de Arquitectura del Departamento del Distrito Federal), “para comprobar en cualquier momento si se aumentaban o cambiaban de lugar”. 1934 (Planoteca del AHDF, módulo 8, planero 5, sección de cines) 161
Plano de las lunetas del segundo piso, 1934 (Planoteca del AHDF, fondo módulo 8, planero 5, sección de cines)
29. Inauguración del cine “Progreso Mundial”, 6 de octubre de 1922, Periódico: *El Universal*, sección primera, teatros y cines, pág. 4 (Hemeroteca Nacional, UNAM) 162
30. Programa triple de mano de 1948, encontrado en el inmueble en el 2002 por Pedro Cuellar Martínez, durante los trabajos de investigación. 162
31. Salón de baile “Dancing Mundial”, ubicado en la planta alta de la crujía de Corregidora. Puede verse el piso recubierto con mosaico de pasta decorado, los muros cubiertos a media altura con lambrín de madera, enyesados formando tableros y óvalos iluminados con arbotantes, además de las cinco puertas con los balcones recientemente estrenados. En el plafón se ven la viguería y las zapatas originales. Se observa también un amueblado mínimo consistente en bancas de madera, las cuales están relacionadas en el inventario de los muebles del cine. Fotografía: Oscar Sánchez Amado. Aprox. 1935 (FCNMH) 163
32. Aún quedan restos de la decoración del salón de baile. Décadas de descuido y abandono provocaron el desplome de la cubierta y forzaron su retiro y restitución como parte del proceso de restauración. Año 2001 163
33. Vista reciente del local que fuera dormitorio común de monjas. El piso original fue sustituido por duela, se alargaron las ventanas y recientemente se apuntaló la cubierta. 163
34. Vista del interior del claustro mientras era ocupado por la tienda Viana. Para entonces ya no quedaba prácticamente nada de lo añadido por el cine Mundial. Aprox. 1977 (FCNMH) 171
35. Probablemente en 1921, cuando se instaló la cubierta de acero, se sustituyeron las cubiertas de los corredores por losas de concreto. Los corredores altos también se usaron para exhibir muebles. 171
Aprox. 1977 (FCNMH)
36. Corredor poniente en la planta baja; al fondo se observa el descanso de la escalera que se agregó para el cine. Aprox. 1977 (FCNMH) 171
37. Se pueden apreciar los puestos del comercio informal dentro del antiguo patio. Los cuatro arcos en la esquina se agregaron en 1943 cuando se demolió el corredor norte. 172
Fotografía: René Delgadillo y Mauricio García, mayo-junio 1999
38. La restauración del inmueble incluyó el desmantelamiento del falso plafón. Año 2001 172

39. “Los conventos de monjas ofrecen al mundo una fachada peculiar: doble portada sobre uno de los muros laterales del rectángulo que forma la única nave que tienen. Estas dos portadas son siempre iguales en ornamentación e importancia y, generalmente, aparecen un poco remetidas respecto al resto del paño”. Elisa Vargas, <i>Las portadas religiosas de México</i> . Vista de la Iglesia de Jesús María. Fotografía: Manuel Toussaint, aprox. 1920 (FCNMH)	173
40. Portada y cúpula oval de la Parroquia de Jesús María, obra realizada por Antonio González Velázquez entre los años 1802 a 1810	173
41. Vista actual del altar de la parroquia	173
42. “...el Coro bajo está dividido del templo por una reja (...) el Coro alto no ostenta esa reja formidable, sino otra más sencilla, pero cubierta, como la de abajo, con mamparas de tela que permiten ver desde el interior”. De la Maza, <i>Arquitectura de los Coros de Monjas</i> , vista actual	173
43. Tabla de usos de Jesús María en la planta baja	177
44. Tabla de usos de Jesús María en el entresuelo	178
45. Tabla de usos de Jesús María en la planta alta	179
46. Reconstrucción hipotética (1800-1863) Planta baja y entresuelo	180
47. Reconstrucción hipotética (1800-1863) Planta alta y planta de azoteas	181
48. Reconstrucción hipotética (1800-1863) Fachadas y cortes	182
49. Reconstrucción hipotética (1880-1900) Planta baja y entresuelo	183
50. Reconstrucción hipotética (1880-1900) Planta alta y planta de azoteas	184
51. Reconstrucción hipotética (1880-1900) Fachadas y cortes	185
52. Reconstrucción hipotética (1922-1943) Planta baja y planta alta	186
53. Reconstrucción hipotética (1922-1943) Planta de azoteas	187
54. Reconstrucción hipotética (1922-1943) Fachadas y cortes	188
55. Reconstrucción hipotética (1944-1975) Planta baja y planta alta	189
56. Reconstrucción hipotética (1944-1975) Planta de azoteas	190
57. Reconstrucción hipotética (1944-1975) Fachadas y cortes	191